



Class F12.8

Book .47

F36

PRESENTED BY

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS.

DE PUERTO-RICO A MADRID.

ESTUDIOS DE VIAJE



PUERTO-RICO.

TIPOGRAFÍA DE JOSÉ GONZALEZ FONT.

FORTALEZA, 27.

1886.

DE PUERTO-RICO A MADRID
por la Habana y Nueva-York.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- TIPOS Y CARACTÉRES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885...\$“ 75
- COSTUMBRES Y TRADICIONES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885..... “ 75
- VARIAS COSAS, caleccion de artículos, narraciones satíricas, semblanzas y juicios literarios..... “ 75
- BERNARDO DE BALBUENA, estudio biográfico y crítico..... “ 25
- HABANA Y NUEVA-YORK, estudios de viaje, (primera série)..... “ 25
- DE PUERTO-RICO Á MADRID, estudios de viaje, (segunda série)..... “ 50
- EL BUSCAPIÉ, semanario popular de crítica literaria, artística, política y social. Premiado en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885. Se han publicado diez tomos y cada uno se vende á.....\$6
-

EN PRENSA.

SEMBLANZAS PUERTORRIQUEÑAS.

DE PUERTO-RICO A MADRID

POR LA HABANA Y NUEVA-YORK.

ESTUDIOS DE VIAJE

POR

Manuel Fernandez Juncos.

Brigadier General Geo. W. Davis
U. S. Volunteers.

Segunda edicion.

PUERTO-RICO.

TIPOGRAFÍA DE JOSÉ GONZALEZ FONT.

FORTALEZA, 27.

1887.

Copy 2

“ verte en el próximo verano, como me
“ lo hacían esperar tu promesa y mi deseo.
“ ¡Todo sea por el amor de Dios, y Él
“ quiera que se realice tu viaje ántes de
“ que pierda para mí el mayor de sus atrac-
“ tivos, ó por lo ménos la ocasion de satis-
“ facer el más vivo y vehemente de mis
“ anhelos de padre!

“ Dígolo porque mi vista, debilitada
“ por el trabajo y por la edad, se va extin-
“ guiendo sensiblemente, y con ella la es-
“ peranza de poderte ver por mis propios
“ ojos.

“ No es tan sólo el amor paternal (que
“ tú ya conoces) acrecentado por eso que
“ impropriamente llaman egoismo de la ve-
“ jez, lo que aviva en mí el deseo de que
“ vengas y la desesperación por tu tardan-
“ za. Es que veo cada dia ménos y con
“ mayor esfuerzo; que no hay cristales ni
“ luces que devuelvan á mis cansados ojos
“ aquel poder natural que ántes tenían de

“ distinguir claramente los objetos y los
“ colores; que las sombras se van estre-
“ chando en rededor mio, y que presiento
“ las tristezas y las ansiedades de una ce-
“ guera que no tardará en llegar.

“ Tú, que tienes hijos y los quieres co-
“ mo buen padre, puedes imaginar la pena
“ que sentirías viéndote sumergir fatal-
“ mente en el mundo de las tinieblas, sin
“ que te fuese dado ver al hijo de tu alma,
“ por largo tiempo ausente en lejano país.

“ Conozco ó me figuro tu situacion, sé
“ lo que importa para un hombre de bien
“ el cumplimiento de sus obligaciones pú-
“ blicas y privadas, y, por grande y natu-
“ ral que sea el afan que tengo por verte,
“ no quisiera ni lo consentiría que por mi
“ causa faltaras en lo más mínimo á nin-
“ guna de aquellas. Antes que los afectos
“ íntimos del corazon están la dignidad del
“ hombre y los deberes que de ella se de-
“ rivan.

“ Pero si fuese humanamente posible
“ que, sin detrimento de estos deberes, rea-
“ lízaras desde luégo el viaje que me anun-
“ cias para más tarde, entónces vén, hijo
“ mio, vén sin tardanza, para que ántes de
“ cegar te vea, te abrace y te bendiga tu
“ padre afectísimo,—RAMON.”

La lectura de estas líneas produjo una de esas escenas de familia que ni pueden describirse, ni podrán comprenderlas bien los lectores que desconocen ó que sólo conocen á medias los más puros y generosos afectos del hogar.

Mi esposa, que es la bondad misma, oyó con gran emocion cuanto mi padre en su carta me decía; dirigió luégo hácia mí sus grandes ojos negros anegados de lágrimas, y con voz firme aunque alterada por la emoción.

— *Vete*—me dijo, tratando inútilmente de serenar su rostro, para que yo no advir-

tiera la penosa lucha de afectos que la atormentaba.

¡ Breve y sencilla frase, que dicha en tales circunstancias y con tal disposicion de espíritu, implica todo un poema de sentimiento y de abnegacion !

Tambien fluctuaba mi voluntad en medio de sentimientos encontrados, y de opuestas y poderosas consideraciones. Los dulces afectos del hogar y las siempre sagradas atenciones de la familia, las exigencias profesionales y los trabajos contínuos que requiere la redaccion y publicacion de un periódico, unido todo á las estrecheces de mi fortuna y á mi invencible apego hácia este generoso y bello país, donde he nacido á la vida de la inteligencia, eran motivos fundados que influían poderosamente en mi ánimo contra la idea, tan acariciada desde hace tiempo, de complacer á mi padre (satisfaciendo á la par un deseo propio) y de contemplar, acaso por últi-

ma vez, la humilde y pintoresca aldea que fué testigo de mis juegos infantiles y de mis primeros dolores.

Era, sin embargo, tan justo y natural el deseo de mi padre; había tal expresion de afecto y de melancolía en sus palabras, y fundaba su pretension en tan nobles motivos de sentimiento, que hubiera sido una crueldad el no agotar todos los medios posibles para complacerle.

Coincidió en este punto mi pensamiento con el de mi buena esposa, y quedó decidido mi próximo viaje para dentro de un mes.

No he de abusar aquí de la indulgencia de mis lectores, refiriéndoles episodios íntimos y trances dolorosos de despedida, que si tienen gran interés para quien los siente y los recuerda, carecen de objeto y de importancia en narraciones destinadas á la publicidad. Baste decir que en el seno de la familia hallé tesoros inapreciables de ca-

riño y de abnegacion, y en el de la amistad obtuve generosamente cuanto necesitaba para llevar á cabo mi propósito. Con tan eficaces auxilios y haciendo un gran esfuerzo de voluntad en gracia del principal objeto de mi viaje, emprendí éste en el hermoso vapor *Valencia*, de la flota del Marqués de Campo, á fines del citado mes de Abril.

Ignoro si estos apuntes podrán interesar algo al lector, y no abrigo esperanza alguna acerca de la cohesion, órden y enlace de las ideas que en ellos emita, ni mucho ménos de la pureza y propiedad del lenguaje. Escritos los más de ellos precipitadamente sobre la rodilla, en el interior de un estrecho camarote (“donde toda incomodidad tiene su asiento”); á compás del molesto balance del buque y del ruido monótono de sus máquinas; con el ánimo entristecido por la ausencia, y el cuerpo mal seguro por el mareo; sin un libro siquiera que

consultar, y en medio de una inquieta y bulliciosa turba de pasajeros más comunicativos y verbosos de lo que conviene al estudio y la meditacion, ni aún siquiera pueden tener en su abono el método expositivo ni el aliciente artístico de la forma.

Sírvame de disculpa en todo caso mi manía inveterada de escribir, y esa propension á referirlo todo, que se adquiere al cabo de algunos años en la vida del periodismo.

ALGUNAS ERRATAS NOTABLES

ADVERTIDAS EN EL TOMO SEGUNDO.

<i>página</i>	<i>línea</i>	<i>dice</i>	<i>debe decir</i>
90	25	animada	animada
144	6	fuerza	pureza
190	10	estruturata	estructura
204	10	Albarerda	Albareda
211	16	VII	XVII
234	25	adtitudes	actitudes
272	4	<i>Duré</i>	<i>Doré</i>

HABANA Y NUEVA-YORK.

I.

A BORDO.

Intimidad entre los pasajeros.—Lo que se sabe entre ellos.—Lo que dicen.—Lo que se callan.—Lo que aparentan.—La afición geográfica.—El mareo.—Jovialidad y apetito.—Diversiones.—Deseo de llegar á tierra.—El capitán del *Valencia*.—Los oficiales.—El cura.—Los marineros.

La residencia á bordo tiene algo de peculiar y característico que la distingue de todas las demás manifestaciones de la vida social.

Reunidos los pasajeros en gran número y en un mismo local, alimentados en una misma mesa, expuestos en caso de peligro á iguales accidentes, y sometidos todos á un régimen de gobierno ó disciplina comun, siéntense poderosamente inclinados al trato familiar y recíproco, surge entre ellos casi instantáneamente el prurito de la intimidad, y bien

pronto se nota el extraño fenómeno de que todos se conocen, se comunican y hasta se tutean en ménos tiempo del que se necesitaría en otra parte para cambiar un saludo seco, reservado y de pura etiqueta convencional. Dos ó tres dias bastan para que todos se conozcan y traten como si hubieran vivido juntos largo tiempo, y es admirable la facilidad con que se *confiesan* unos á otros, refiriéndose mutuamente vidas y milagros, debilidades y proezas, culpas y méritos, tristezas y alegrías, y otra infinidad de detalles de la vida íntima, que ni se cuentan en tierra ni las personas formales suelen mostrar fuera de allí gran interés en averiguarlos.

A las veinte y cuatro horas de haberse embarcado un pasajero, ya saben los demás de dónde viene, á dónde se dirige, cómo se llama, qué profesion ejerce, cuál es su edad (si no es mujer madura), su opinion política (si no es empleado giratorio), su conducta moral, su carácter y sus aficiones; si bebe, si juega, si toca, si canta, si es hombre pacífico ó pendenciero.

Sólo una cosa se calla, se disimula y hasta se disfraza con más ó ménos habilidad: la pobreza.

A bordo nadie es pobre, ó por lo ménos nadie lo quiere parecer. Este rasgo

general de los viajeros en un buque es digno de estudiarse, especialmente en las primeras y segundas cámaras.

Algunos hacen ámplia y pomposa manifestacion de sus riquezas y aun de las que no les pertenecen; otros—sin tantos alardes—aprovechan hábilmente las ocasiones para dar á entender que son gentes de arraigo, y hasta el silencio y la reserva de los más modestos tiende como á traslucir vagamente la idea de un económico bienestar.

Sea por la creencia harto generalizada de que las consideraciones sociales suelen obtenerse en razon directa de lo que se tiene, más bien que de lo que se paga; sea por la especie de impunidad que hay en la ficcion de bienes que nadie conoce, como si dijéramos *el mentir de las estrellas*, ó por la facilidad que hay para echarla de rumbo cuando no hay en qué invertir el dinero, y los gastos ordinarios corren por cuenta del buque, ello es que el que más y el que ménos se tiene ó deja que le tengan por un potentado, y hay quien se dá todas las trazas posibles para parecer á la simple vista de sus compañeros algo así como un príncipe oriental.

Otra de las aficiones que se desarrollan grandemente entre los pasajeros de

á bordo es el estudio práctico de la geografía, y hay quien se toma la tarea de ir señalando uno por uno todos los puntos de la costa, si el buque está á vista de tierra, ó el nombre y particularidades del océano en que aquél va navegando.

Por supuesto que en este punto la afición y la oficiosidad suelen ir mucho más lejos que la ciencia positiva, y tal hay que señala muy sériamente el Cabo de Hornos en las costas dominicanas, el de Finisterre en Cuba, el faro de Maternillo en las Azores, el promontorio de Hateras en Vigo y el banco de Terranova en Gibraltar. A otros les dá por la hidrografía y andan siempre buscando el golfo de las yeguas, el de las vacas y hasta el de los asnos, con una solicitud digna de mejor empleo.

¡Dios libre á cualquiera de mis lectores de viajar en compañía de uno de estos pseudo-geógrafos, que marean más que los balances del buque, y dislocan y despedazan el mundo desde la toldilla de popa, con desenfado y frescura sin igual.

Y no vale apartarse de su lado, mostrar indiferencia por lo que dicen, hacerse el dormido y trancarse en el camarote.

Ellos perseguirán á su *presa* en donde quiera que se halle, y una vez *habida* á

cualquier costa le espetarán la indispensable lección de Geografía demagógica, señalando con el dedo á diferentes puntos del horizonte. Desgraciadamente estos terribles geógrafos no se marean.

Establecida, como ya he dicho, la intimidad instantánea entre todos los pasajeros, y sin menoscabo de ella, se van formando grupos, corrillos y hasta parejas, sirviendo de base á estas subdivisiones no tanto la igualdad de fortunas y de clases como la afinidad de gustos y aficiones, los misteriosos lazos de la simpatía y especialmente los grados de educación.

La falta absoluta de trabajo, lo reducido del local y la carencia de distracciones, son circunstancias que favorecen y hasta imponen el trato íntimo, excitan la verbosidad y aguzan el ingenio para descubrir varios modos de diversion.

Pasado el penoso trance del mareo y recobrados los derechos naturales de la cabeza y del estómago, se desarrolla imponente y voraz el apetito de los viajeros, y á medida que satisfacen esta exigencia vital cunde entre ellos la jovialidad y el buen humor.

Entónces es cuando se desparraman por sobre la cubierta del buque, dando cada cual rienda suelta á su alegría, exhi-

biendo sus habilidades y aun sus torpezas, y haciendo alardes de gran fortaleza y valentía mientras no se presenta algun amago de temporal.

Unos cantan, otros tocan, aquellos juegan, estos discuten, los de más allá murmuran, y todos rien, gritan y se divierten como si el mar fuera su elemento propio y como si se hubieran consagrado siempre á la navegacion.

Pero en medio de este contagioso bullicio, no hay quien no anhele llegar cuanto antes á playa segura, y la vista de la madre tierra hace latir de alegría todos los corazones y produce en todos los ánimos una gratísima impresion.



El capitan y los oficiales del vapor *Valencia* honran á la marina española y dejan siempre agradables recuerdos en el ánimo de las personas que viajan en este buque. Dificilmente se podrían reunir para el ejercicio de las rudas faenas del mar hombres de tan exquisito trato, de tan noble corazon y tan bien cultivado entendimiento.

El capitan, D. Máximo Santamarina, pudiera proponerse como el perfecto tipo de los empleados de esta clase. Hombre

de cultos y afectuosos modales, de expresión agradable, de franco y sincero trato, sóbrio de palabras, pródigo de buenas obras, severo sin afectación en la disciplina, enérgico en los casos de necesidad, firme y sereno en el peligro, y activo, diligente y metódico en todas ocasiones, logra cautivar el ánimo de todos é infundir ese amable respeto que nace directamente de la estimación y del prestigio. Su autoridad es firme, por lo mismo que no se funda en los medios artificiales de la violencia y del temor. A su pericia de marino, justificada en grandes ocasiones, une todas las cualidades de un hombre honrado y de un cumplido caballero.

Dotes no ménos apreciables y en igual concepto enaltecen al primer oficial, D Antonio Estopiña, jóven ilustrado, de exquisita educación, caballeresco y honrado como pocos, y hecho, como suele decirse, de la madera de los grandes marinos. Pertenece á una familia de náuticos distinguidos, y sigue brillantemente las huellas de sus mayores.

D. Pablo Ferrer y D. Manuel Perez Caballero, que le siguen en categoría, alternan dignamente con el primero y con el capitán, y compiten con ellos en pericia y buena educación.

Hay además dos pilotines ó agregados, D. Francisco Fernandez y D. Federico Campuzano, que hacen igualmente el servicio náutico del *Valencia*; un mecánico, D. Juan Torres, y un Mayordomo, D. Enrique García, que merecen elogios por su inteligencia, hidalguía y afabilidad.

El médico, D. Pedro Olaverri, es un jóven navarro de génio alegre, de palabra fácil, de amenísimo trato y de inteligencia nada comun. Tiene aficiones literarias, conoce lo más culminante de la literatura antigua y moderna, y sigue con entusiasmo desde su vivienda flotante el movimiento intelectual contemporáneo. En su mirada inquieta y penetrante, en su peculiar manera de discernir, en la rectitud de su pensamiento, en su firmeza de carácter y hasta en cierta nostalgia de mundo que á veces le contrista y desazona, revela aptitudes y energías que no tardarán en producir sazonado fruto. Su edad llegará apénas á los 25 años, su porte es distinguido y su fisonomía es expresiva, simpática y castizamente española. Cumple con eficacia sus deberes de médico, y aviva y sostiene la general alegría con su agradable y discreta conversacion.

Formando raro contraste con lo ilustrado y selecto del personal científico de á

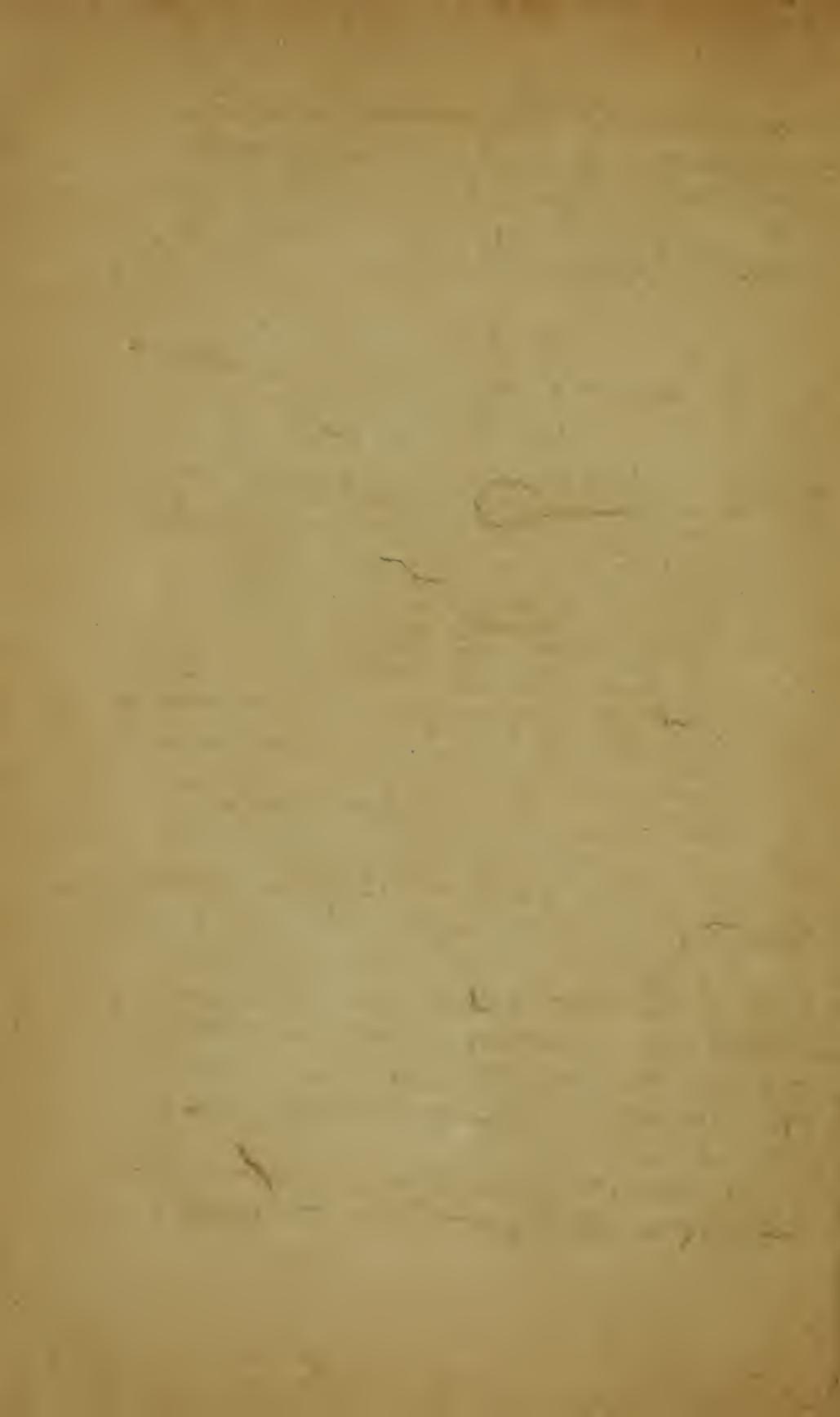
bordo, hay un capellan de aspecto ingrato, de modales incultos, largo de orejas, corto de razones y menguado de entendimiento. Es un hombre alto, grueso, fornido, de rostro amondongado y enorme, de frente aplastada, cerda gris y abundante por cabello, ojos pardos, pequeños y de mirar codicioso, dientes oscuros, anchos y desiguales, y lábios gruesos, ámplios y temblorosos como belfos de rocin. Su traje consiste en un *aparejo* de paño burdo, que tiene algo de túnica, de gaban y de sotana, pero que no es en realidad ninguna de las tres cosas; especie de ropon informe y ambíguo entre capote y hopalanda, en el que parece como envainado su dueño desde el mugriento cogote hasta la mitad de la pantorrilla.

Cuando el viento ó los balances del buque separan un poco los bordes de este gran sayo, en su abertura delantera, se descubre un oscuro chaleco de forma originalísima, ceñido y ajustado al pecho en la parte superior de las solapas, y sumamente ancho por la pretina, formando hácia adelante un pico prolongado, como á manera de proa ó tajamar. Compréndese al instante que ha sido hecho contando á *priori* con un gran desarrollo del abdómen, que concluiría por llenar aquel enorme vacío.

Una gorra sin visera sirve de cúpula á aquel monton de carne nada pulcro, y un par de gruesas botas de campana sirven como de regaton á sus medrados y perezosos piés. Lleva en el cuello un duro corbatin con apéndice de sotagola que se pierde entre los anchos pliegues del ya descrito aparejo, sin el menor asomo de camisa ó ropa blanca. Es en extremo gloton, duerme más de lo justo, fuma como una chimenea y hace público alarde de su aversion al agua, hasta el extremo de asegurar que desde que tiene uso de razon (*sic*) sólo se baña interiormente y con vino. Su conversacion choca á veces con el carácter religioso de que él se encuentra investido, y es impropia de su profesion y de su edad.

Entre los marineros de proa, oscuros y olvidados héroes del trabajo y las fatigas de á bordo, pude observar con agrado cómo en medio de las rudezas de la profesion y el hábito de los peligros se mantienen y avivan los afectos más íntimos y humanos, las más delicadas manifestaciones del sentimiento. Aquellos hombres toscos y encallecidos, que juran y maldicen á cada instante, que arrostran impávidos los mayores peligros y que luchan fuertes y animosos con los elementos desencadenados, como

si desafiaran al génio de la tempestad, se enternecen y emocionan acariciando á un niño, y conservan puro y sublimado el amor de la familia y del hogar.



II.

HABANA.

El puerto.—Movimiento de embarcaciones.—Entrada en la ciudad.—Aspecto del muelle y los alrededores de la Aduana.—Agentes de policía en reposo.—La Habana antigua y la nueva.—Edificios públicos y particulares.—La Universidad.—Instrucción pública.—Bibliotecas.—Policía urbana.—Seguridad pública.—Los *ñáñigos*.—El periodismo.—La afición á los toros.—Los teatros.—Margarita Pedroso.—Sociedades literarias.—Una discusión en el Liceo.—Las iglesias.—La casa Consistorial.—Dos cuadros.—Pocas librerías.—Establecimientos de recreo.—Muchos cafés.—La usura y el ahorro.—Resabios de ostentación.—Coches y cocheros.—Religion y lujo.—Virtudes sociales.—La mujer cubana.—Las habitaciones.—Cercanías de la ciudad.—El Acueducto.—Las obras de Vento.—Un amigo bondadoso.—El Almendares.—El Cementerio nuevo.—Costumbres funerarias.—Los *sacatecas*.—Declaraciones y salvaduras.—Síntesis.

¡Magnífico puerto es el de la capital de la Perla de las Antillas!

La bahía es amplia, segura y de bastante profundidad, y desde ella se distinguen pintorescas y vistosas colinas que recrean el ánimo del navegante que llega, y sirven como de fondo al bello panorama de la ciudad

Continuas vandadas de pequeñas embarcaciones van, vienen, giran, se cruzan y

se eslabonan en aquellas aguas siempre tranquilas, como las de un sereno lago, y buques de varias formas y de diversas partes del mundo se ven aglomerados al rededor de los muelles ó dispersos por diferentes puntos de aquel líquido anfiteatro. De cinco en cinco minutos se ven pasar á todo lo ancho de la bahía, conduciendo pasajeros de la Habana á Regla ó Guanabacoa y vice-versa, una especie de naves en forma de pequeños palacios ó casas de recreo, movidas por fuerza de vapor, que se deslizan de uno á otro lado con notable rapidez, dejando una ancha y espumosa estela sobre el agua y despidiendo negros penachos de humo que suben, se retuercen, se mezclan y se disipan en el espacio, logrando apenas enturbiar muy levemente el clarísimo cielo de aquella hermosa region.

La entrada en la ciudad por los desembarcaderos de Luz ó por las inmediaciones de la Aduana no tiene nada de agradable.

Hay siempre sobre los muelles gran confusion de objetos voluminosos, como cajas, pipas, barriles, grandes montones de cecina seca y otros bultos en desórden que dificultan el paso; gran número de trabajadores casi desnudos, groseramente obscenos y mal hablados, alguno que otro vi-

gilante de la Aduana tomando el fresco, y muchos agentes de policía en reposo, lanzando al viento grandes bocanadas de humo y arrimados contra algun guardacanton. Estos guardias tienen cierta semejanza con nuestros *filósofos* municipales y de orden público, que no gustan de meterse en vidas ajenas y huyen prudentemente de las ocasiones de tropezar con gentes escandalosas y de mal vivir.

Siguen despues las estrechas y tortuosas calles de la Habana antigua, con sus aceras mezquinas y pésimo adoquinado, y todo esto impresiona desagradablemente al viajero que busca en aquellas estrecheces la famosa y opulenta capital de la isla de Cuba.

Desde la calle de Egida en adelante, se nota ya más luz, más anchura y mayor comodidad, y desde allí empiezan las grandes y suntuosas vias de la nueva Habana. Las calles y las aceras en aquella zona son más amplias, el sol penetra en ellas y las ilumina y las baña con más holgura y desahogo; las casas son por lo general más grandes, más esbeltas y de mejor gusto arquitectónico.

En general puede decirse que los mejores edificios de la Habana se deben más bien á la iniciativa individual que á las ges-

tiones de la administracion pública. Fuera de alguno que otro templo, del palacio del Capitan general y de una gran plaza de Mercado, más notable por su extension y solidez que por su estructura artística, apenas si hay edificios públicos que puedan compararse con los palacios de Villalba, Aldama, Almendares, etc., y más de una fábrica de tabacos ocupan mejor y más suntuoso local que el Instituto y la Diputacion.

La enseñanza pública está bastante mal atendida por parte de las corporaciones oficiales encargadas de sostenerla.

La Universidad ocupa un edificio rústico, ruinoso y de pésima distribucion, que tiene trazas de haber sido convento en tiempos atrás. Los departamentos destinado á las cátedras son por lo general pequeños, húmedos y de escasa luz: la biblioteca pobre y descuidada y los laboratorios y gabinetes de Química y Física dejan mucho que desear. Las aulas suelen estar bastante concurridas, y gozan de muy buen concepto los catedráticos que las desempeñan.

No está mucho mejor el Instituto de segunda enseñanza, con relacion á sus necesidades materiales, y en cuanto á la instruccion primaria baste decir que no hay

las dos terceras partes de las escuelas indispensables para atender medianamente á esta necesidad en una poblacion como la Habana, ni tampoco existen casas propias para este importante servicio. Las escuelas primarias carecen comunmente de condiciones higiénicas y pedagógicas, y ocupan un piso ó á veces un sólo departamento de casas destinadas á otros usos muy diferentes.

Segun pude enterarme por personas dignas de crédito, ni se les paga con exactitud el sueldo á los profesores, ni se les proporciona siempre con la debida oportunidad el mobiliario y el material de enseñanza.

Tambien en este punto la iniciativa particular ha tenido que suplir en mucho la gestion administrativa, y hay colegios privados como el de Belen y el de Guanabacoa, servidos por Jesuitas y Escolapios respectivamente, que aventajan á las mejores instituciones oficiales, en riqueza, comodidad, esmero, condiciones higiénicas y material científico para la instruccion experimental.

La enseñanza de la mujer no debe tampoco gran cosa á la administracion pública de la Habana, y los mejores establecimientos que existen para la educacion de

las jóvenes se deben á la iniciativa y al esfuerzo particulares.

Me causó gran extrañeza no haber hallado en la Habana una sola Biblioteca popular, ni siquiera Bibliotecas públicas propiamente dichas. La Sociedad Económica de Amigos del País tiene algunos libros y permite la entrada del público al salon de lectura; la Academia de Ciencias tiene algunos libros tambien, aunque en escaso número; la Universidad, el Instituto y la Escuela de Bellas Artes tienen archivo de libros para su uso, y algunos hay tambien en el Casino, en la Sociedad de Dependientes y en los colegios sostenidos por corporaciones religiosas; pero no hay ninguna Biblioteca provincial ni municipal para la instruccion del pueblo. ¡Triste es tener que decir esto, tratándose de una ciudad española de primer orden!

La policía urbana se encuentra en lamentable abandono. Calles súcias, desempedradas á trechos y á veces encharcadas con los escapes ó filtraciones del acueducto; polvo que mancha y asfixia á los transeuntes en las calles de más importancia, parques y paseos que pudieran ser primorosos, como los de Isabel II, Cárlos III, el Príncipe y Campo de Marte, en el más com-

pleto abandono, con los árboles que parecen secos de puro empolvados, los bancos llenos de tierra, las estátuas de mármol súcías y ennegrecidas, las fuentes casi secas y desaseadas, la hierba en rústica libertad, y todo pregonando incuria y desórden por parte de la administracion.

Causa disgusto ver las plantas bajas de palacios y casas particulares de hermoso aspecto, manchadas con pinturas grotescas y matices arlequinados, que alteran la simetría y desfiguran horriblemente el conjunto.

Así, por ejemplo, se ven á menudo casas con magníficos soportales formados por columnas de piedra de sillar, y cada una de ellas pintada de un color diferente, segun el gusto del bodeguero, fondista, barbero ó revendedor que ocupe el cuarto ó mechinal contíguo.

Se ven con mucha frecuencia, en las fachadas y las esquinas de algunas casas, letreros que dicen: "se prohíbe pegar carteles en este sitio," y precisamente allí es donde hay más carteles pegados y más girones de papel superpuestos, que á veces cubren en todo ó en parte el mismo rótulo de la prohibicion. Este detalle prueba hasta qué punto se mantiene puro en estas tierras el carácter indisciplinado de nuestra

raza, y dá una idea de la falta de policía y de respeto á la propiedad.

Abundan en las calles malhechores que cometen frecuentes hurtos y á veces hasta asesinatos, y se cuenta como una hazaña nada comun el caso en que la policía logre impedir uno de estos lances ó coger algun criminal.

A los dos ó tres dias de mi llegada se produjo un gran alboroto en una de las calles más céntricas de la ciudad. Disputaban dos braceros ó cargadores en la puerta de un almacén, y concluyeron por darse algunas puñadas. Intervino un tercero en la reyerta, para auxiliar á uno de los contendientes; pero no bien intentó dar un golpe, cuando apareció de súbito un nuevo competidor que se puso resueltamente al lado del que combatía solo contra dos.

Creció el escándalo. acudieron otros individuos en auxilio de los primeros, y por cada uno que ingresaba en este bando aparecía otro en el opuesto, hasta llegar á seis ú ocho de cada parte.

Sonó un tiro que parecía una señal, puesto que inmediatamente se generalizó el tiroteo de uno á otro lado de la calle.

—¡ Los ñañigos! dijeron muchas voces á la vez, y empezaron á cerrarse las

tiendas y las casas particulares cercanas al lugar de la escaramuza.

Se propagó la alarma por otras calles, corrieron algunas gentes en busca del salvaguardias, y ya se percivía á lo lejos alguno de estos agentes de la autoridad que avanzaba con lentitud, cuando uno de los combatidores sacó del pecho un pequeño trozo de madera, hizo con él un signo particular á los que lidiaban á su lado y todos desaparecieron.

Procuré adquirir algunos informes sobre este extraño suceso, y pude averiguar que uno de los iniciadores de la reyerta era *ñáñigo*, y que sus compañeros habían acudido á auxiliarle, viéndole comprometido en lucha desigual.

Quise saber luego qué era *ñáñigo*, y me dijeron que se llamaban así los miembros de una sociedad formada principalmente de obreros de raza etíope, que tiene por objeto conocido la proteccion y el auxilio personal de sus afiliados cuando se vean agredidos por fuerza mayor.

Dijéronme tambien que estas riñas y tiroteos eran frecuentes en las calles de la Habana, dando lugar á desgracias lamentables, y añadieron, por último, que todo aspirante á *ñáñigo* debía dar una prueba de valor hiriendo ó matando á algun enemigo

en buena lid, y que en el acto de iniciarse debía beber la sangre de un gallo, ave que sirve de distintivo en ciertas manifestaciones.

Ignoro hasta qué punto serán dignos de crédito estos informes de personas extrañas á dicha sociedad; pero la verdad es que en la Habana se teme en cierto modo la enemistad de los *ñáñigos*, y se refieren diferentes casos en que han prestado auxilios poderosos á personas de su devoción.

La prensa es bastante culta, salvo escasas y desacreditadas excepciones; pero se muestra á veces más inclinada al pugilato personal, á las discusiones *bizantinas* ó á las rencillas domésticas, que al estudio grave, sereno y fundamental de los problemas políticos, sociales y económicos del país.

Me pareció haber notado además en las polémicas cierta acritud ó destemplanza, á veces rayana al encono, que si puede hallar disculpa en la irritabilidad que dejan siempre las discordias civiles y políticas llevadas al grado de exaltación que allí alcanzaron hace algun tiempo, no corresponde enteramente á la alta y humanitaria misión que el periodismo está llamado á ejercer, como verbo y guía de las modernas generaciones.

Se vá propagando aquí la afición á los

toros, aunque no entre las personas verdaderamente cultas.

Los teatros son buenos, espaciosos, de buen aspecto exterior y bien decorados. Suelen actuar en ellos á menudo compañías dramáticas y líricas de bastante mérito; pero á la sazón sólo había cómicos medianos y cantantes de escaso valer, con excepcion de una jóven cubana, la señorita Pedroso, que posee una excelente voz, formas académicas, esculturales, y una esmerada educacion artística. Pertenece á una de las familias más distinguidas de la Habana, y sólo canta en los teatros cuando el producto de la funcion se destina á obras de caridad.

No hay en la Habana Ateneo ni asociacion alguna de escritores. Los hombres doctos suelen cambiar sus ideas de tarde en tarde en la Academia de Ciencias, en la Sociedad Antropológica ó en el Liceo, asociacion casi familiar esta última, en donde se discuten temas y se léen ó recitan composiciones literarias en prosa y verso. Cuando yo la visité se iniciaba una discusion sobre poetisas y poetas cubanos, tema un tanto escabroso por lo desagradable de las comparaciones, y que en definitiva no es de los que ofrecen mayor interés y utilidad. Dos jóvenes sostuvieron aquella noche la discu-

sion, con ménos serenidad de la que exigen las controversias puramente literarias. Uno de ellos, aunque razonador, ingenioso y de palabra fácil, empleaba con demasiada frecuencia los dardos venenosos de la ironía; el otro pecaba de vehemente y rendía demasiado culto al sentimentalismo, con menoscabo á veces de la razon.

Entre los oyentes había muchas y hermosas damas, que asistían con gusto á aquel animado palenque de la inteligencia.

Las iglesias de la Habana son por lo general bastante ricas en ornamentos, aunque de exterior sencillo y falto de carácter arquitectónico.

En la Catedral hay varias pinturas de mérito, entre las que descuellan un cuadro de la Samaritana y un Cristo crucificado, el primero de estilo flamenco y de vigorosa entonacion, y el segundo copia de otro de Velazquez, aunque á notable distancia del original. Las demás pinturas y casi todas las esculturas que he visto en aquellos templos, tienen escaso valor como obras de arte. Tambien hay algunos cuadros de mérito en el colegio de Belen, y un fresco digno de verse en la iglesia de las Mercedes.

En el Ayuntamiento hay una copia regular del famoso cuadro de *Los puritanos*,

y otra pintura histórica, de mérito inferior, relativa á un episodio de la conquista de América.

Noté que había en la Habana pocas librerías, y no todas bien provistas de obras literarias de mérito. El precio de estas suele ser allí bastante caro, salvo cuando se compran en los puestos de libros ya usados, que abundan en plazas y calles, los más de ellos procedentes de las casas de empeños.

Entre los establecimientos de recreo merece ser citado el Casino Español, por la esplendidez del mobiliario y el buen gusto de las decoraciones. Tiene algunos cuadros de mérito, relativos á la historia de Colon y al reinado de Isabel la Católica, y un retrato de esta gran reina, en el que hay algunos detalles de dibujo y de colorido dignos de nota. El salon de lectura está bien provisto de periódicos nacionales y extranjeros.

La colonia catalana tiene otro centro de recreo bien organizado, donde hay cascadas, grutas y primorosos efectos de luz.

Abundan mucho en esta ciudad los cafés, las botillerías y demás *bibliotecas* alcohólicas, frecuentadas asiduamente por personas que llevan impreso en el semblante el sello del vicio y de la ociosidad.

La usura hace tambien grandes estragos en la Habana, y por donde quiera se vén establecimientos, rótulos y anuncios que acusan la presencia de este vicio económico-social. No hay Cajas de Ahorros, ni Montepios, ni establecimiento alguno que desarrolle y favorezca los hábitos de economía y de crédito popular.

La abundancia de dinero que en tiempos atrás dió fama á este centro plutocrático de la gran Antilla, ha dejado en ella ciertos resabios de ostentacion y de opulencia artificial que hoy le perjudican grandemente, y que tal vez impliquen un peligro para lo porvenir. El coche es aquí necesario, segun las reglas convencionales del buen parecer, aún para pasar de una calle á la otra inmediata; y como para las familias de gran *viso* no parece propio un coche de plaza, hay otra clase de coche de alquiler disimulado, con escuditos, coronas ó iniciales enlazadas en las portezuelas y en las mantillas, y con el cochero disfrazado de lacayo con sombrero de alta copa, librea galoneada, pantalon de punto y botas de montar

Cito este sólo detalle en corroboracion de lo ántes dicho, porque la brevedad de estos apuntes no me permite anotar aquí otros muchos de aquella misma índole.

Tampoco el sentimiento religioso está aquí enteramente libre del contagio de ostentacion y vanidad, como lo atestiguan los centenares de coches lujosísimos que hay siempre al rededor de los principales templos, durante las horas de novenas, vísperas y misa mayor. Más de doscientos carruajes lujosísimos, con lacayos tiesos y uniformados, se juntan todos los domingos por la mañana frente á la capilla de Belen, y allí permanecen horas enteras dificultando el tránsito y sirviendo como de anuncio á las riquezas, más ó ménos efectivas, de los dueños que rezan ó bostezan en el templo del que predicó la pobreza y la humildad.

Verdad es que ni este vicio puede atribuirse en general á los habitantes de la Habana, ni es aquí solamente en donde vá el fanatismo en régio coche á la casa de Dios. Anoto el detalle sin generalizarle, y como simple observacion de un viajero curioso que vé la Habana por primera vez.

Por lo demás la culta sociedad habanera tiene grandes virtudes que me complazco en reconocer. Es generosa, caritativa y hospitalaria hasta la abnegacion; hay dignidad y honradez en sus costumbres domésticas; no le falta entusiasmo ni espíritu público, y mantiene en toda su pu-

reza las tradiciones de la española galantería.

Las damas de esta ciudad, como las puerto-riqueñas, conservan en todo su esplendor el tipo de la belleza de la mujer hispano-tropical. Son esbeltas, airoosas, bien modeladas, de fisonomía correcta, muy agradable y ligeramente pálida, como para dar expresivo realce al brillo de sus ojos negros, de dulce y melancólico mirar. Visten con elegancia y decoro, tienen exquisito gusto para la elección de adornos y colores, y andan con gallardía y magestad.

Las habitaciones son medianamente cómodas y están amuebladas con lujo más que con arte. Muchas de ellas son de un solo piso, tienen una gran puerta de entrada, semejante á la de una iglesia, y en todos los demás huecos ó aberturas hay gruesas barras de hierro que les dan la apariencia de jaulas. La puerta principal está siempre cerrada, y para las entradas y salidas ordinarias hay en medio de ella un postigo con llave y llamador. Son muy raros en la Habana los balcones corridos que se usan en Puerto-Rico, y las damas caseras (que son las más) no pueden ser vistas desde la calle sino á través de hierros entrelazados á manera de rejas de

prision. Y como estas damas frecuentan poco los paseos y los teatros, y no van  las tiendas tan á menudo como en Nueva-York y otros pueblos americanos, para verlas fuera del hogar hay que ir  la iglesia  al baile,  donde concurren con alguna frecuencia.

Hay aquí tambien la buena costumbre de veranear en el campo, y muchas familias de la Habana pasan los meses de Julio y y Agosto en pintorescas quintas situadas en diversos puntos del interior.

En los alrededores de esto ciudad hay hermosas quintas destinadas  enfermeras y convalecencias de los marinos, artistas, dependientes de tiendas y forasteros en general, que no tienen aquí familia propia que los asista en sus enfermedades. Estos establecimientos son dignos de especial mencion por los beneficios que reportan y por el plan científico y humanitario de su instalacion. Se hallan todas situadas en los lugares más higiénicos y elevados del Cerro de y Jesús del Monte, pintorescas cercanías de la ciudad. Están construidas con muy buen gusto artístico y segun los buenos preceptos de la ciencia médica. Tienen hermosos patios, parques y jardines al rededor, cómodas y ventiladas habitaciones y buen servicio de agua y ba-

ños. Por una cantidad diaria no muy crecida, ó por poco más de un peso de abono mensual, encuentran allí los enfermos asídua y esmerada asistencia facultativa, alimentación sana y metódica, comodidad para el cuerpo y recreación para el ánimo. Todos estos establecimientos se deben á la iniciativa particular.

El abastecimiento de aguas para la parte Sud de la población se hace por medio de un acueducto que las toma en la misma fuente de Vento, lugar delicioso que dista poco más de tres leguas de la Habana.

Gracias á la bondad de mi paisano y amigo D. Miguel Campa, de quien recibí muchas atenciones mientras estuve en esta ciudad, debo el haber visto y examinado las obras del acueducto, que son admirables por su belleza artística, por su gran solidez y por lo ingenioso y científico de su construcción. No se ha olvidado allí ni un sólo detalle de importancia para conservar la fuerza de las aguas y aumentar, si cabe, sus excelentes condiciones de potabilidad.

Brotan aquellas de un lugar peñascoso cercano á un río y de vegetación espléndida y lozana; se reúnen en un magnífico tanque de forma semi-circular á

donde afluyen en borbotones por todo el rededor, produciendo un agradabilísimo efecto. Después de aereadas allí convenientemente se filtran y corren en murmurante son por el canal hasta la orilla del cercano río, pasan por debajo de éste á favor de un soberbio túnel, obra de gran atrevimiento y de graciosa arquitectura, vuelven á elevarse por su propia fuerza hasta la otra orilla del río, con aislamiento absoluto de las aguas de éste, y siguen su curso en dirección á la Habana por bóvedas de firme construcción y de condiciones higiénicas nada comunes. Es una obra que honra á la Habana y acredita la inteligencia del ingeniero director, D. Francisco Acosta Alvear.

¡Lástima que por informalidades administrativas del Ayuntamiento, que dieron ocasion á un litigio con el Banco, no se utilice más que á medias este acueducto, teniendo que proveerse la mitad de la población de aguas del río de Almendares, muy inferiores en calidad á las de Vento, y conducidas por zanjás insalubres que las ensucian y empeoran!

Otra de las obras públicas más notables de la Habana es el Cementerio nuevo, que está situado á considerable distancia de la población. Hay en él monumentos

de gran valor material y algunos de bastante mérito artístico. Tiene una hermosa capilla acabada de construir, una portada primorosa, principios de arbolado, intentos de jardín y tumbas y estatuas de diversos gustos.

La conducción de los cadáveres pertenecientes á familias acomodadas ó que quieren parecerlo, se hace en carruajes fúnebres, lujosamente enlutados con penachos y crespones. Guían y acompañan estos vehiculos unos hombres vestidos grotescamente con casacas rojas, galones dorados y sombreros de tres picos. A esta clase de ridículos agentes, especie de buittes pintarrajados que se reunen, agitan y graznan en derredor del ya corrupto botin, se les dá el nombre no ménos chocante de *sacatecas*.

No es fácil juzgar acertadamente á un pueblo por las primeras impresiones que se reciben al visitarle. Por eso no abrigo la pretension de formar juicio acerca de la Habana, sino de anotar sencillamente lo que me ha parecido bueno ó malo en mis paseos y observaciones por la ciudad.

Declaro asímismo con lealtad que no tuve tiempo bastante para conocer á fondo la sociedad habanera, ni estoy seguro de haber visto lo mejor que en ella existe.

Llegué como el ave viajera que se posa un instante en la orilla del camino, mira en rededor, retiene en la memoria lo que ha visto ó tal vez lo canta en brevísimo gorgéo, y tiende otra vez las alas para seguir su rauda peregrinacion. Sólo cuento lo que he visto, sin negar que mi instinto de observador, un tanto pesimista, me haya hecho ver muchas cosas por el lado ménos agradable.

Si fuera á sintetizar mi opinion sobre la Habana, sin más fundamento que lo que he podido ver, diría que es un gran pueblo mal gobernado, y que sufre hoy, en lo moral y en lo económico, las consecuencias de grandes injusticias pasadas, siendo una de las mayores la maldecida institucion de la esclavitud.

III.

EL SOL DE LAS ANTILLAS.

PARÉNTESIS LÍRICO.

Ligera hiende la nave
del mar el líquido seno,
y entre las ondas avanza
con gallardo movimiento.
Reina la calma, y á bordo
sólo interrumpe el silencio
la sentida barcarola
de algun cantor marinero,
y los trémulos latidos
y el acompasado estruendo
del hélice, que palpita
cual corazon gigantesco,
dando impulso, fuerza y vida
al negro mónstruo de hierro.

Á sólas con mi tristeza,
desde la nave contemplo
del astro-rey moribundo
los ya fugaces reflejos,
que sobre las pardas nubes

fingen matices sangrientos.
El buque hácia el Norte sigue
su constante derrotero ;
la sombra hácia el buque avanza,
y á presidir el encuentro
llega la noche, y en torno
tiende su lúgubre velo.

Ni una estrella se distingue
sobre el fondo ceniciento
de la bóveda celeste,
envuelta en vapores densos.
¿ Qué fué del cielo antillano,
de aquél primoroso cielo
siempre azul, siempre apacible,
siempre diáfano y sereno ?
¿ Dónde está su gala ? ¿ Dónde
los diamantinos destellos
de sus estrellas hermosas ?
¿ Dónde el matiz pintoresco
y los prodigiosos tintes
de sus celajes espléndidos ?
¿ Dónde aquel sol rutilante,
á cuyo influjo benéfico
se llena el campo de flores,
se impregna de aroma el viento,
entonan las avecillas
sus trinos y sus gorgoros
y es eterna la armonía,
como es el verano eterno ?

¡ Ay, que la rápida nave
traspuso ya los linderos
de aquella region querida,
de aquel deleitable suelo,
y va impasible, callada,
buscando en rumbo certero
las brumas sententrionales,
la triste region del hielo,
donde es más negra la noche,
y es el sol más macilento,
y hay más reposo en la mente
y ménos fuego en el pecho !

Ya la brisa bienhechora
que, en el jardin borinqueño,
de mi acalorada frente
calmaba el ardor extremo,
y jugaba entre mis rizos
y me arrullaba en mi sueño,
cesó en sus dulces caricias,
trocóse en helado cierzo,
mi rostro, implacable, azota,
la sangre hiela en mi cuerpo,
entorpece mis sentidos,
acorta al númen su vuelo
y en negra melancolía
sumerge mi pensamiento.

.....

Nave, voladora nave,
sigue ráuda el derrotero,

dejando atrás las regiones
del Norte brumoso y gélido ;
llega á las costas de España,
y cuando el clima benéfico
de esta dulce patria mia
torne á mi cansado cuerpo
la sávia y vigor perdidos,
vuelve ¡ oh nave ! vuelve presto
y llévame hasta las playas
de mi jardin borinqueño,
donde en cielo siempre puro
brilla aquel astro de fuego
que dió á mi vista fulgores,
que dió entusiasmo á mi pecho,
que encendió mi fantasía
y produjo en mi cerebro
esa agitacion fecunda,
ese vivo centelleo
con que se inicia y se impone
la vida del pensamiento.

A ese eden de mis amores
vuelve ¡ oh nave ! que yo anhelo
sol que me abrase y me inunde,
cielo azul, limpio y sereno,
y no hay sol como el sol suyo
ni cielo como su cielo.

IV.

LA TEMPESTAD.

Preparativos.—Crece la nube.—Las primeras ráfagas.—Temor de los pasajeros.—La bitácora—¡Tres grados bajo cero!
—En plena tempestad.—Noche de angustia.—Accidentes.—Lucha y defensa.—El nuevo día.—La presencia del piloto.—Decrece la tormenta.—Mar de fondo.—
¡Por fin.....!

Hallábase el buque próximamente á la altura del cabo Hateras,—sitio de triste celebridad entre los navegantes, que suelen designar aquella parte del océano con el nombre fatídico de *region de las tormentas*, —cuando al despertar una mañana notamos balances mucho mayores que los de costumbre y procuramos averiguar la causa, cediendo á esa curiosidad, no exenta de recelo, que sentimos siempre en el mar los que desconocemos las prácticas profesionales de la navegacion.

El océano estaba algo más revuelto que en los dias anteriores; las ondas se acentuaban algo más, aumentando su volumen y acelerando su movimiento; remolinos de blanca espuma coronaban de cuán-

do en cuándo los puntos más salientes de la superficie, y producían así como un rumor doliente y quejumbroso al chocar contra los costados del buque.

Una nube de color plumizo asomaba por el horizonte hácia el lado del Noroeste, sirviendo como de franja divisoria en la parte misma en que parece que se junta el cielo con el mar.

Poco á poco fué arreciando el viento del lado de donde venía la nube; mostrábase ésta más oscura y voluminosa á medida que el viento soplaba con mayor fuerza, y el mar se hinchaba y se ennegrecía también progresivamente, como para responder con arrogancia y brío al reto que parecía dirigirle el heraldo del Huracan.

El piloto de guardia miraba con insistencia desde lo alto del puente aquel aparato bélico, daba alguna que otra orden al contramaestre, y seguía paseándose y observando con inalterable serenidad.

Entre tanto la nube, cada vez más negra y amenazadora, se iba extendiendo en rededor del horizonte sensible, y concluyó por encapotar el cielo.

Ráfagas de viento huracanado agitaban y hacían gemir por intervalos las jarcias de la embarcacion.

El mar se enardecía y bramaba con furor creciente.

Á eso de las cuatro de la tarde arreció el temporal, se hicieron más continuas las ráfagas del Noroeste, que ya venían acompañadas de gruesa lluvia, y se estrechó en rededor nuestro el horizonte, limitado por la altura de las olas y la proximidad de la borrasca.

El capitán, que poco ántes se paseaba silencioso y grave por la cubierta de proa, apareció entónces sobre el tablado del puente.

Llevaba un largo capote de tela impermeable y un sombrero particular, de copa amelonada y de ala recta, muy corta por delante y larga y tendida por detrás.

Muchos de los pasajeros, atemorizados por el mal aspecto de la tarde y por los preparativos de la marinería, habíanse refugiado en las cámaras y desde allí observaban lo que podían, haciendo toda clase de augurios y comentarios.

Los más animosos permanecían aún sobre cubierta, fingiendo acaso una serenidad que estaban muy léjos de sentir.

Uno de ellos, no sé si por ignorancia ó por chiste, acercóse hácia una bitácora que había junto al timón, levantó con precaucion una funda de lona que la cubría,

miró hácia dentro un instante, hizo una mueca de desagrado y dijo con altetada y fatídica voz :

—¡ Tres grados bajo cero !

Esta ridícula exclamacion, en la que el tal pasajero confundía el barómetro con el termómetro y ambos instrumentos con la aguja de marear, fué lo bastante para dispersar súbitamente aquél grupo de valientes que, asustados y temerosos, corrieron á comunicar la nueva á los compañeros ya refugiados en las cámaras.

—¡ Tres grados bajo cero ! Dios nos ampare—repetía atemorizada la multitud.

No tardó mucho tiempo en llegar la tormenta á su más alto grado de furor.

Antes de anoecer, ya las olas se alzaban grandes, revueltas é imponentes por uno y otro lado de la nave, que ora subía con ellas á sorprendente altura para despeñarse despues en negros y horrorosos abismos, ó resistiendo á veces su violento choque pasaba á través de ellas y quedaba un instante como sumergida bajo el turbulento remolino de agua y de espuma que la inundaba por completo.

La noche hizo más espantoso aún aquel indescriptible cuadro. Ya no se veía nada en derredor. El cielo y el mar estaban igualmente negros y como mezclados

y confundidos en aquella lucha gigantesca. Hasta el mismo buque en que navegábamos desaparecía por instantes á nuestra vista entre el revuelto caos de la bruma, las olas y las tinieblas. Sólo se percibían á corta distancia olas negras, gigantes, monstruosas, que se acercaban, crecían, retorciéndose rabiosamente y bramaban horribonas al estrellarse contra el férreo casco de la embarcacion. El agua penetraba á torrentes en la sala y aún en los mismos camarotes, ya por los intersticios de la puerta de bajada, ya por los huecos de la escotilla, cuyos gruesos cristales saltaban en mil pedazos al choque violentísimo de las olas.

Todo era consternacion y espanto entre los pasajeros. Muchas mujeres se desmayaron, otras prorrumpían en desesperados gritos, algunas rezaban, dos ó tres madres buscaban á tienta por la cámara un lugar elevado para guarecer á sus hijos, y se arrodillaban al lado de ellos, abrazándolos sin cesar y pronunciando frases de suprema angustia.

Oíase sobre cubierta un ruido atronador: los azotes y los bramidos de las olas, el viento que silbaba furioso entre las jarcias, bancos, mesas, trozos de hierro, baldes y otros objetos arrancados violenta-

mente de sus sitios é impelidos de un lado á otro por el desequilibrio del buque y la fuerza del huracan, todo rodaba, chocaba y alborotaba á porfía en aquel frenético desconcierto, presidido por el génio de la Tempestad.

Sólo un rumor metódico, perenne y acompasado se notaba entre tan desordenado estruendo; rumor que mantenía algun resto de esperanza en el ánimo de los pasajeros, anunciándoles la existencia de una fuerza poderosa é inteligente que luchaba con los elementos desencadenados, sin que éstos hubieran logrado aún desconcertarla ni abatirla: el hélice seguía firme y constante en sus movimientos, y oíase á menudo el metálico rechinar de los guarniles, que dócilmente obedecían al timonel. Palpitaba la potente máquina anunciando que aún había fuego en los hornos y vapor comprimido en las calderas, y las maniobras eficaces del timon demostraban bien claramente que una mano experta y vigorosa dirigía la nave en medio de aquella lucha descomunal.

Gracias á esto y á las buenas condiciones marineras del *Valencia*, pudo él resistir los horrores de aquella noche y pudimos nosotros contarlos ó describirlos después.

Pocas veces se habrá defendido un buque tan briosa y gallardamente contra las olas y el viento como lo hizo el *Valencia* en aquella ocasion.

Era de ver con cuánta viveza y energía recobraba su centro de gravedad, cada vez que un furioso golpe de agua ó el recio empuje de la tormenta le sumergían en parte bajo las olas ó le inclinaban hácia uno y otro costado en alarmante desequilibrio.

Hubo momentos en que parecía que se precipitaba el buque en un abismo sin fondo, y luégo le sentíamos subir casi perpendicularmente, como esos vehículos que bajan y suben con rapidez vertiginosa por las accidentadas vertientes de una montaña rusa.

Al rayar el alba se notó que la tempestad decrecía, pero la cámara continuaba aun convertida en campo de desolacion. Dos ó tres de los pasajeros ménos mareados y abatidos procuraban reanimar á los demás y se arrastraban de uno á otro lado del salon con botellas de vino manzanilla, que á duras penas lograban hacer beber á sus atribulados compañeros.

Y seguían los accidentes nerviosos, los desmayos, los rezos, los gritos de angustia, los recuerdos de la familia ausente

y otras demostraciones de inquietud y de pesar. Por fin se oyó en la escalera un fuerte ruido de pasos, y entró en la cámara el primer oficial. Venía envuelto en un capote encerado y chorreaba agua por todas partes.

Un rumor confuso y general se oyó en toda la sala, y más de cien preguntas á la vez se dirigieron al recién llegado, acerca del temporal y sus consecuencias.

—Ya no es nada,—dijo lacónicamente el piloto, y se dirigió á su camarote

Después, en términos muy corteses y afectuosos, dijo que hacia 24 horas que estaba despierto y que agradecería mucho un poco de silencio mientras lograba empezar á dormir.

Todos accedieron gustosos á tan justo deseo, y desde aquel instante empezó á renacer la confianza entre aquellas atemorizadas gentes.

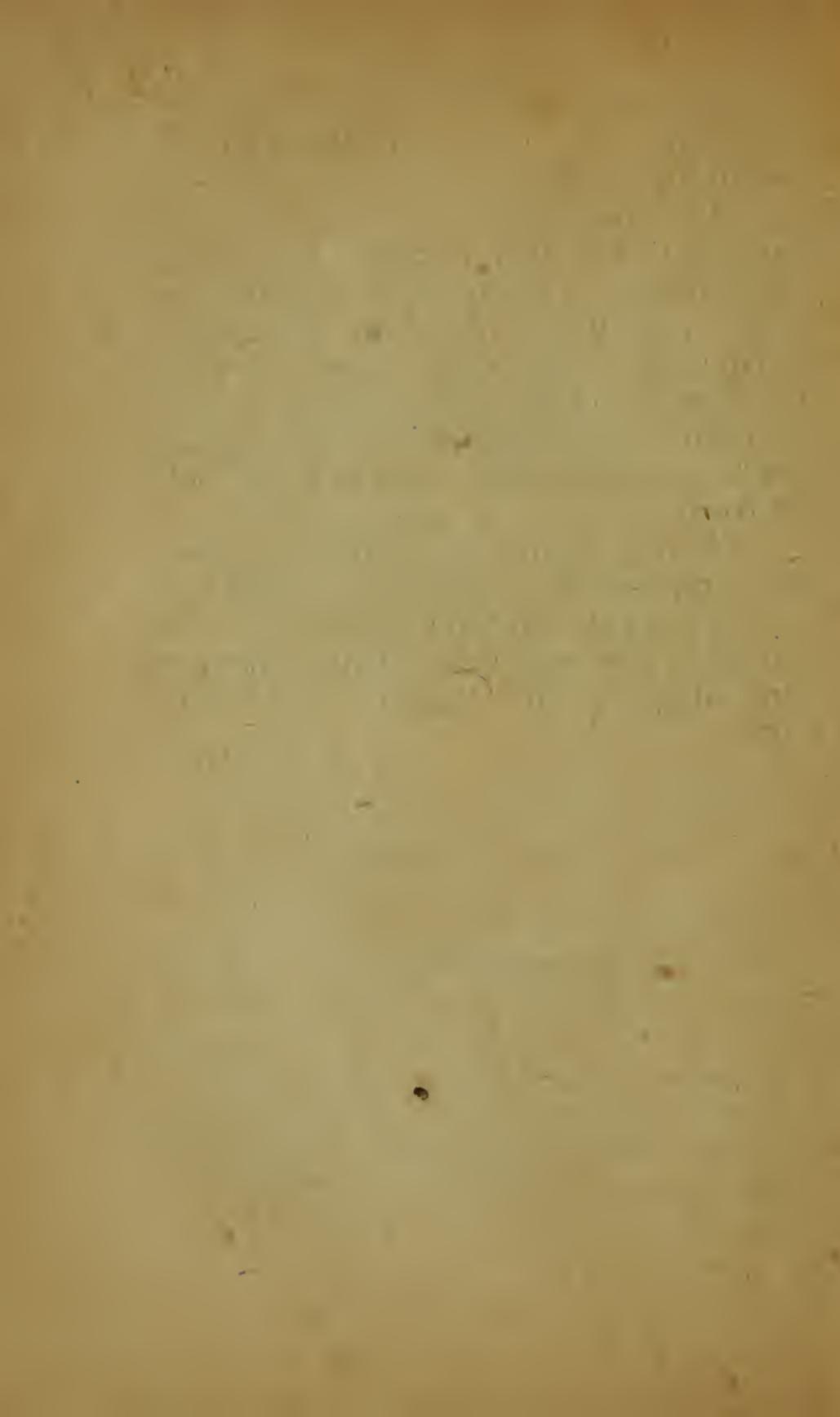
—Cuando el piloto se entrega tan confiadamente al sueño—pensaban—de fijo hay ménos peligro y la tormenta va pasando ya.

Y esta racional consideracion avivó el ánimo de los pasajeros, que poco á poco se fueron asomando, primero á los ventanillos de la cámara, después á las persianas de la escalera y por último al postigo de

la escotilla, que fueron entreabriendo con precaucion.

Habia amanecido ya. La tempestad, cansada de tan fiero batallar, languidecia visiblemente. El mar seguia irritado y terrible, y el buque continuaba subiendo y precipitándose por entre aquel laberinto de gigantes olas. Poco despues cesó el Noroeste y se despejó el cielo.... hasta donde es posible que se despeje el cielo del Norte.

El mar, aunque ya victorioso y libre de la presencia de su enemigo, siguió agitado y rugiente en todo aquel dia, y aún entramos con marejada, veinte y cuatro horas despues, en el puerto de Nueva York.



V.

NUEVA-YORK.

ASPECTO GENERAL.

El Hudson y sus riberas.—Movimiento y variedad de buques.—Fortificaciones.—La vista del puerto.—La ciudad cosmopolita.—Lo que es y lo que fué.—Impresion de asombro.—Edificios soberbios.—El lujo del Comercio y de la Industria.—Las calles.—El ferro-carril elevado.—El vapor y la electricidad.—Las casas.—Arquitectura yankee.—Iglesias y monumentos.—Carácter comercial.—El negocio.—El anuncio.—El espíritu de asociacion.—Carácter de los neoyorquinos.—El hombre.—La mujer.—Respeto á la ley.—La policía.—La instruccion primaria.—Pór qué prospera el pueblo norte-americano.

Nueva-York es una gran maravilla del génio industrial y mercantil de la edad moderna.

La grandeza y variedad de su poblacion cosmopolita, su movimiento casi inconcebible, el tráfico asombroso de su comercio, su actividad fabril, y las infinitas y sorprendentes manifestaciones de su industria y de su vida social, no son para descritos en una breve y somera relacion de viaje.

Para dar una mediana idea de lo que es la ciudad de Nueva-York, sería necesario haber vivido en ella algunos años y escribir por lo ménos un voluminoso libro.

Imposibilitado, por ahora, de emprender tan interesante tarea, habré de limitarme al apunte breve y conciso de las impresiones más notables que haya producido en mi ánimo la vista de este soberbio emporio del comercio y la riqueza del Nuevo Mundo.

Desde ántes de entrar en el puerto, por la desembocadura del rio Hudson, llaman admirablemente la atención del navegante las hermosas quintas y casas de recreo situadas en ambas riberas, con jardines, huertos y bosquecillos primorosamente cultivados.

Las numerosísimas embarcaciones que por allí navegan, buscando la entrada ó la salida de aquel gran centro de la marina mercante, ofrecen tambien un golpe de vista sorprendente. Aquello es un verdadero emjambre de barcos de todas formas y dimensiones, que se cruzan, se mezclan, se barajan y se arremolinan con pasmosa rapidez.

En aquella Babel marítima se ven constantemente los buques de más diversas formas que se pueden imaginar, desde el

gallardo *yackt* de recreo hasta la vetusta galera ó embarcacion de vela latina, desde el gigantesco vapor consagrado á la navegacion trasatlántica hasta el esquife de papel encerado, ó el diminuto remolcador, que cruza con la velocidad de una flecha por entre aquel movible bosque de mástiles y de banderas

A medida que el buque avanza en direccion á la ciudad, se va desarrollando ante la vista del asombrado viajero el soberbio panorama de la poblacion de Nueva-York. Acá imponentes fortificaciones, como Richmond, Tompkins, Lafayette y Hamilton, dispuestas á lanzar proyectiles de 50 arrobas sobre cualquier buque invasor que pase por aquellas aguas; en el centro la caprichosa islilla de Bedloe en donde ha de colocarse en breve la estatua de La Libertad iluminando el mundo (*); allá

(*) Esta estatua colosal fué regalada por el pueblo francés al pueblo norte-americano. Es obra del famoso escultor Bartholdi, está hecha de grandes piezas de bronce y forma un conjunto armónico y de artísticas proporciones, á pesar de su grandioso tamaño, del que puede formarse alguna idea por las siguientes medidas:

El dedo índice tiene 8'03 piés de largo y su circunferencia en la segunda juntura es de 4'72 piés ó 59 pulgadas. La cabeza es de 14'43 piés de alto y cuarenta personas pueden estar dentro de la cabeza á un tiempo. La nariz es de 3½ piés de largo, los ojos son de 2'13 piés de ancho y así todo lo demás, pero todo en perfecta proporcion y simetría; una bella figura femenina, admirablemente revestida y de tamaño más de veinte veces de una mujer de mediana estatura.

muelles extensísimos con increíble aglomeración de barcos que cubren millas enteras en la vasta superficie del Hudson; acullá la magnífica silueta del famoso puente de Brooklyn, por debajo del cual pasan buques de gran porte con toda la arboladura (**), y en lontananza—como una mágica visión de *Las mil y una noches*—un mundo de cúpulas, campanarios, torres, techos y chimeneas, lanzando estas últimas en constantes borbotones humo blanquísimo, que se agita, se extiende, se mezcla, se confunde y forma allá en las alturas una nube comun. ¡Santo y bendito incienso de los pueblos grandes y laboriosos, que se eleva directamente hácia Dios desde el altar fecundo del trabajo!

La ciudad de Nueva-York está en una isla formada por tres grandes rios, el del Este, que va por el lado que indica

El peso total de la estatua es de 440,000 libras, de las cuales 176,000 son de cobre, y el resto de hierro.

El pedestal tiene 62 piés cuadrados en la base y se eleva á 89 piés sobre el cimiento hidraulico ó 154 piés sobre la marea baja.

El extremo de la antorcha de luz eléctrica, á la cual puede subirse por el brazo de la estatua, se encuentra á 151 piés y 1 pulgada sobre el tope del pedestal ó 305 piés y 11 pulgadas sobre la marca baja.

Todo el material del pedestal, incluyendo los cimientos, pesa 28,300 toneladas.

(**) Son curiosos los detalles que he podido adquirir acerca de este gigantesco puente, el mayor en su clase que se ha hecho jamás en el mundo.

su propio nombre, el Harlem, que la limita por el Norte, y el gran Hudson que baña toda la costa de Occidente. Aunque la poblacion actual cubre apenas la mitad de esta isla, que consta de 142,000 solares próximamente, no es aventurado suponer, dado el maravilloso incremento de su vecindario, que ántes de concluir el presente siglo faltará tierra donde edificar nuevas casas en la citada isla, llamada en otro tiempo Manhattan. Por fortuna hay al redor de ella otras islas que ya puede decirse que forman parte de la gran Metrópoli, amen de las facilísimas comunicaciones con que cuenta para extender su poblacion y su influencia hácia diversos puntos del Estado.

Data la fundacion de Nueva-York desde fines del siglo XVII, en que no era más que una aldea de 1,000 vecinos, y no

Fué construido para comunicar entre sí á las ciudades de Nueva-York y Brooklyn.

Esta, última, que tiene una poblacion de 800,000 habitantes, viene á ser prácticamente como una prolongacion de la primera.

En Nueva-York están empleados ó tienen negociaciones frecuentes los vecinos de Brooklyn en su mayor parte, y muchas de las empresas mercantiles ó industriales de Nueva-York tienen en Brooklyn sus factorías, depósitos y sucursales.

Separadas estas dos ciudades por un rio ancho y profundo, por el que navegan buques de todas clases, llegó á ser tal el movimiento de comunicacion entre ambas, que no era ya suficiente para este servicio el constante y rapidísimo ir y venir de

obstante los rudos y frecuentes azotes de la guerra, el fuego, el cólera, la fiebre amarilla y otras epidemias que ha sufrido, cuenta hoy próximamente 1.200,000 habitantes.

La primera impresion que produce esta ciudad en el ánimo del que la visita, tiene mucho de alucinacion y aturdimiento. Yo me sentía como fatigado y confuso el dia de mi llegada, contemplando desde lo alto del puente de Brooklyn ó desde algun punto culminante de Broadway ó de la Quinta Avenida, aquel bullir asombroso, aquel continuo oleaje de gentes que se amontonan, se esparcen, se entretejen, se juntan de nuevo, se chocan y se arremolinan, llenando con exceso esas arterias colosales, orgullo y ornamento de la ciudad.

Todo allí es grande y suntuoso, y

las embarcaciones que podía contener el rio, y en ciertos meses de frio luchaban con las dificultades del hielo y de las nieblas.

Tratóse luego de construir un gran túnel por debajo del agua, pero la idea del puente fué mejor acogida, por más que la anchura y profundidad del rio ofrecían sérias dificultades. Era preciso además no interrumpir la navegacion de buques de gran porte que por allí pasan en mayor número, y esto sólo podía conseguirse con un soberbio puente colgante de suficiente altura para permitir el paso de aquellos por debajo sin necesidad de que bajasen sus mástiles.

Se empezó la construccion de éste por una empresa particular formada por capitalistas de Brooklyn, bajo la direccion del Sr. Henry C. Murphy, y con el Sr. John A. Roebling como

todo ofrece un aspecto nuevo, característico y singular.

Los pecados de la soberbia y el lujo existen también en Nueva-York, que al fin son vicios humanos y tienen tributarios en donde quiera que el hombre viva en sociedad; pero en esta ciudad se manifiestan de una manera especial y propia del carácter norte-americano.

Los palacios más grandes y más costosos que allí se levantan, no son para el poder oficial, para la riqueza momificada ni para la nobleza de pergamino, sino para los bancos, las fábricas, las sociedades de seguros, las imprentas y aun para los establecimientos destinados á la venta de mercancías al por menor.

Bien arrogantemente lo atestiguan, entre otros muchos, los admirables pala-

ingeniero en jefe. Poco después, las ciudades de Nueva-York y Brooklyn compraron la empresa y pasó el puente á ser una obra pública.

Brooklyn deseaba la construcción del puente más que Nueva-York, y se comprometió á pagar dos terceras partes de su costo, mientras que Nueva-York pagaba la otra tercera parte.

El primer trabajo emprendido fué la construcción de las dos grandes torres de piedra que se levantan al lado de cada ciudad, como solemnes centinelas de granito. Para encontrar cimientos sólidos fué necesario excavar mucho más abajo del lecho del río, trabajo que duró largo tiempo. Las dificultades fueron gravísimas y hubo algunos accidentes fatales, pero por fin se concluyó satisfactoriamente este trabajo.

cios del Banco, de la Bolsa del Algodón y de *El Herald*; los soberbios almacenes de Arnold, de Constable y Compañía y de Lord y Taylor; las magníficas casas de *La Equitativa* y *La New-York*, varios Hoteles que no tienen igual en el mundo, y la famosa tienda de Stewart, toda de mármol blanco de primorosa labor, dividida en ocho grandes pisos de considerable altura y de vastísima extensión.

Se ven asimismo parejas de caballos tordos, con las que se enorgullecería cualquier monarca de Europa, conduciendo por aquellas anchas vías prosáicos y humildísimos barriles de bacalao y carne salada; carruajes con plateadas guarniciones y arneses de exquisita elegancia y gran valor, destinados á conducir frutas, legumbres, cereales y otras provisiones de mísero precio; marmóreos palacios de hermosa

Las torres se elevan á la altura de 274 piés. A poco más de 118 piés sobre la marea alta, se divide cada torre en tres subtorres, por entre las cuales pasa todo el tráfico del puente.

Este cuelga de cuatro gigantescos cables de alambres que se extienden de torre á torre, y luego siguen hasta la tierra.

Estos cables están formados de pequeños alambres de acero colocados paralelamente y sujetos por una cubierta continua de alambre que se enrolla por fuera. En cada cable hay 5,000 de estos alambritos y los cables fueron construidos en la misma posición que hoy ocupan, por trabajadores sostenidos en el aire á esa altura.

El diámetro de aquellos es de 18 pulgadas, de cada uno cuelga una multitud de pequeños cables, y estos están

planta y de riquísimo ajuar, hechos y destinados expresamente para la venta de ostras y caracoles, y tabernas de cerveza de á cinco centavos el jarro, instaladas con más amplitud, esmero y magnificencia que la mejor Universidad del mundo.....

El movimiento de las personas que por allí transitan es siempre rápido, constante, acelerado, casi febril. Todas van con un objeto determinado, con una idea persistente, con un itinerario fijo y con un fin de positiva ó probable utilidad. Nadie se detiene en estas grandes vias, donde ejerce su imperio absoluto la actividad utilitaria del pueblo yankee.

El peligro allí no está en andar, sino en estarse quieto. Al que se detiene le empujan ó le atropellan; si es en la acera, la incesante avalancha de personas que la

unidos en los extremos inferiores por vigas de hierro que forman el aparato del puente, á través del cual se extiende la vía férrea.

Durante los trabajos primeros murió Mr. John A. Roebling, ingeniero en jefe, y su hijo Mr. Washington Roebling los tomó á su cargo y concluyó la gran empresa con el mejor éxito.

El centro del puente tiene 145 piés sobre la marea alta. Los más grandes buques mercantes y de la armada pasan continuamente por debajo sin necesidad de calar sus mástiles.

En el medio de los cables se encuentra el Paseo ó vía de pasajeros á pié; una hermosa vía de 20 piés de ancho, llena de gentes en los días claros, desde la cual se obtiene una magnífica vista del panorama de la ciudad de Nueva-York,

inundan; si es en el medio de la calle, la infinita variedad de vehículos que constantemente se cruzan, se revuelven y se eslabonan con increíble velocidad.

Los vagos, si los hay, tienen que abandonar estos sitios para ir á refugiarse en lo más lejano y solitario de los suburbios, donde no tengan que temer el impensado choque ó el doloroso pisoton de las gentes que trabajan.

Como ya las grandes y espaciosas calles que atraviesan y cruzan la ciudad en distintas direcciones no eran suficientes para contener el inmenso gentío que por ellas transitaba, ni eran bastantes para el creciente servicio urbano los travías establecidos, ni había tampoco bastante espacio para tender nuevos rieles, fué preciso construir un ferro-carril aéreo ó elevado, casi al nivel de los techos de las casas, y

A cada lado del paseo se hallan las vías férreas para los trenes que conducen pasajeros. Este ferro-carril es una verdadera curiosidad. Los carros son movidos por un cable sin fin que recibe su movimiento de una poderosa máquina fija en Brooklyn. La vía es doble, una para los carros que van á Brooklyn y la otra para los que vienen. Cada carro tiene por debajo un complicado aparato llamado "grapa," el cual agarra el cable siempre en movimiento, y éste lleva el carro al fin de su viaje, en donde la grapa suelta el cable conductor. Generalmente se forma un tren de dos carros y el intervalo de tren á tren es generalmente de uno á dos minutos.

A uno y otro lado de la vía férrea están los caminos para carretas y coches, formando así las orillas del puente.

El largo del puente de Brooklyn es algo más de una milla.

por allí ruedan cada cinco ó diez minutos hermosos trenes atestados de transeuntes. Estos trenes paran un instante en cada esquina para dejar y recibir pasajeros.

La vía férrea por donde ruedan aquellos, está sostenida por grandes columnas de hierro que se bifurcan á una altura conveniente para sostener ambos rieles. Las locomotoras, llamadas "Dummy Eugines" (máquinas mudas), porque no producen ruido, andan con bastante rapidez, se paran de repente cuando es necesario y ofrecen notables garantías de seguridad.

Muchos ingenieros inteligentes admiran esta atrevida manifestacion del genio emprendedor de los norte-americanos, y hacen grandes elogios del sistema empleado para conseguir que estos trenes recorran sin peligro curvas violentísimos,

Corre del centro de Nueva-York al centro de Brooklyn. El tráfico de este puente es inmenso y aumenta sin cesar. 300,000 personas lo cruzan diariamente y las vías de los carros están llenas durante las horas de negocios, con pesadas carretas y carros de mercancías; además se ven coches particulares, hombres á caballo, manadas de ganado, etc.

Esta imponente obra, que duró 14 años, fué abierta al público en el mes de Mayo de 1883 por el presidente de los Estados-Unidos, en presencia de gobernadores de Estado y grandes designatarios de la Union. El costo total de la obra asciende á quince millones de pseos.

De noche cuando se ilumina el puente con luces eléctricas, se vé como un collar gigantesco de diamantes que se destaca sobre el fondo oscuro del cielo.

como las que forma en las esquinas de algunas calles.

No obstante la circulación diaria de 800,000 personas por esta vía, aminorando considerablemente el tránsito por las calles, ya se va sintiendo la necesidad de nuevas comunicaciones urbanas, y se proyecta *por ahora* la instalación de un ferrocarril por debajo de la ciudad.

En ningún país del mundo se ha hecho tanto como aquí para suprimir las distancias y para sustituir con el vapor y la electricidad el trabajo físico de las gentes. Muy rara es la casa que no tenga máquina elevadora movida por vapor, para evitar á las personas el trabajo de subir por las escaleras; y una vez instalada aquella fuerza motriz en los edificios, se valen de ella para casi todas las funciones mecánicas del servicio doméstico. Hay casa en donde la máquina de vapor, á más de subir á los dueños y visitantes desde el portal hasta el décimo ó duodécimo piso, eleva y distribuye el agua, le dá la temperatura que se desea, muele el café y lo hierva, barre y friega los pisos, limpia las botas, despierta á los que duermen, prepara, cuece y distribuye la comida, mueve la máquina eléctrica para producir la luz Edison, desempeña otras muchas labores

y hasta pide socorro cuando es preciso, atrayendo hácia la casa en un instante médicos, bomberos, mandaderos, agentes de policía ó representantes de la autoridad.

Con tal abundancia se emplean en Nueva-York las comunicaciones eléctricas para el alumbrado, el telégrafo, el teléfono y otros muchos servicios de esta índole, que está toda la ciudad materialmente entretrejida de alambres, y no se puede ver desde ella el cielo sino á través de una tupida red metálica, semejante á la tela de un cedazo.

Las casas en general son grandes, amplias, elevadas y de mucha solidez. Más que casas son verdaderos palacios. Hay mansiones suntuosísimas, que llenarían de orgullo á cualquier monarca de Oriente, y se destinan, por ejemplo, á la venta de colchones ó de zapatos, al hospedaje de mozos ó mozas de comercio ó á la construcción y depósito de máquinas de coser. Muchos de estos edificios son de mármol blanco ó gris; otros están contruidos con grandes sillares de granito ó de una hermosa piedra rojiza que abunda mucho en los Estados-Unidos, y tambien se emplea con frecuencia el hierro en estas construcciones, ya solo ó en combinacion con mármol, ladrillos ú otros materiales.

En estos edificios no predomina por lo general un órden arquitectónico determinado, aunque suelen reunirse muchos de ellos. Lo más comun es imitar el órden dórico ó el corintio en los pisos bajos y el compuesto en los superiores, terminando con torres *Mansarde*, que recuerdan el estilo del renacimiento.

Tambien hay edificios del *órden yan-kee*, independiente de toda otra forma de arquitectura antigua, y alguno que otro en donde se ven muestras de todos los órdenes conocidos formando todos juntos un desórden verdadero.

Hay en Nueva-York iglesias de casi todos los cultos, entre las cuales se distinguen por su belleza y extension las de San Jorge, la Trinidad, Gracia, la Sinagoga judáica, y muy especialmente la Catedral católica de San Patricio, que es sin duda el templo más bello y suntuoso de toda la América.

Está construida de mármol blanco sobre cimientos de roca viva, pertenece al órden gótico decorano y tiene gran semejanza con la Catedral de Colonia, superándola en los adornos de la fachada principal. Aún están por terminar las dos torres delanteras, que se alzarán á las nubes elevando la cruz del Redentor á una

altura de 350 piés próximamente sobre el nivel del suelo.

Junto á la iglesia de la Trinidad, ya citada, hay un cementerio de importancia histórica, en donde se ven, entre otras, las tumbas de Hamilton y del capitán Lawrence, y un hermoso monumento gótico erigido á la memoria de los patriotas americanos que murieron defendiendo á Nueva-York durante la guerra de la independencia.

Las estátuas de Washington en la Tesorería y en Union Square (plaza de la Union), la de Lafayette en este último punto, el monumento del general Worth en la Quinta Avenida, la aguja de Cleopatra en Central Park, y algunas de las esculturas que adornan á éste y al hermoso cementerio Greenwood, son asimismo trabajos dignos de elogio.

Pero la especialidad característica de Nueva-York no la constituyen las obras de arte, por más que, como población opulenta é ilustrada, haya en ella grandes artistas y excelentes obras.

Nueva-York es, ante todo, un pueblo comercial, y todas las facultades y potencias de la gran mayoría de sus vecinos actúan con admirable persistencia sobre un objeto común: el negocio.

No es posible imaginar hasta dónde llegan allí los esfuerzos colectivos é individuales, lo complicado y artificioso de las combinaciones y hasta las sorprendentes agudezas de ingenio para hacer productiva una empresa, para dar fama y crédito á una factoría ó para exhibir cualquier invento, excitando hácia él la curiosidad pública y á veces la admiracion universal.

El anuncio, ese poderoso auxiliar del comercio y de la industria, se emplea en Nueva-York con tal empeño, con tan asombrosa abundancia y en formas tan originales, que ha llegado á constituir una fase nueva, una especialidad característica de aquel mercado universal.

Aparte de los millones de duros que anualmente se invierten allí para la publicacion de anuncios en todos los periódicos del mundo, son innumerables los medios ya conocidos y los que cada dia se van inventando para aumentar aquella gran propaganda.

Allí se ostenta sin cesar el anuncio en los libros, en los periódicos, en los carteles, en los programas de teatro, en las esquelas de convite, en los sobres de las cartas, en los ferro-carriles, en los tranvías, en los coches, en los carros, en el piso de las

calles, en el tazon de las fuentes, en la casa que se cae, en el palacio que se construye, en los andamios que impiden el paso, en las piedras del camino, en el césped de las huertas, en el tronco ó en las frutas de los árboles, en el rocín que se encoja ó mueve en medio de la vía, en la quilla del barquichuelo que naufraga, en la blusa ó la chaqueta del borracho que el policía conduce á la casa de socorro ó á donde pueda dormir la *mona* con tranquilidad. Ya es un animal exótico y rarísimo cargado de carteles y letreros por todas partes; ya un gigantón vestido como los antiguos reyes de armas, y con el ámplio ropaje y la armadura llenos de anuncios; ya dos gañanes que riñen á peñetazo limpio, y despues que han logrado llamar la atencion del público, se desgarran mutuamente la ropa exterior y descubren grandes letreros en sus espaldas, ó ya un *quidam* á quien sorprenden en actitud de dispararse un tiro, y despues que le quitan el arma y le preguntan la causa de su atentado, dice en voz alta que era por no haber podido hacer en toda su vida ningun específico que igualase al descubierto por el doctor Tal ó el fabricante Cual, y explica luégo con frases encomiásticas las grandes excelencias del específico.

Precisamente en los primeros días de mi llegada se tiró un individuo desde lo alto del gran puente de Brooklyn, que mide cerca de 150 piés sobre el nivel del río, y murió á los pocos minutos. El desdichado acababa de establecer una escuela de natacion, y se había propuesto acreditarla saliendo sano y alegre del río, con el anuncio en las espaldas, á la vista de millares de espectadores. Luégo los periódicos darian noticia del hecho y así se economizaba el dinero de los anuncios. Algunos dias despues se tiraron desde aquel mismo sitio otros dos yankees con igual objeto y con mejor fortuna que el anterior.

Otro de los medios más generalmente empleados en Nueva-York para dar forma á los proyectos más atrevidos y realizar con buen éxito las mayores empresas, consiste en la asociacion.

El admirable procedimiento de las sociedades anónimas, débese al genio comercial y emprendedor del pueblo norteamericano.

Allí el que hace y perfecciona un descubrimiento, el que obtiene una patente de invencion ó idea alguna forma de ganar dinero, no tiene que pensar siquiera en los caudales que necesita para llevar á cabo su

propósito, Si el pensamiento es bueno, si se expone con claridad y si el instinto sagaz y certero de los yankees descubre en él ciertas probabilidades de buen negocio, luego al punto se reúnen, como por arte mágico, miles y aun millones de duros para la empresa.

Cosa corriente es en Nueva-York ver alzarse de la noche á la mañana un palacio, un gran edificio destinado á la instalacion de una nueva sociedad para explotar algun invento, para establecer un negocio desconocido, para perseguir una nueva X en el eterno problema de la especulacion industrial ó mercantil.

Hasta las manifestaciones del culto religioso suelen revestir allí en cierto modo la forma de empresa utilitaria, y no es extraño ver por aquellas calles un nuevo reformador de tal ó cual secta, que expone á gritos sus creencias, reúne auditorio, indica la necesidad de levantar un nuevo templo, calcula el costo, presupone los ingresos, demuestra la posibilidad de una ganancia, canta ó recita salmos entre peroraciones y pruebas, y una semana despues está ya construido é inaugurado el nuevo templo. Si los resultados no corresponden despues con las esperanzas, el nuevo edificio se convierte en teatro, en

café cantante, en cervecería ó quizás en iglesia de alguna otra religion.

*
* *

El carácter de los neoyorquinos es más afectuoso que el de los ingleses de Europa.

Sin dejar de amar y enaltecer á la pátria, de la que se muestran justamente orgullosos, son ménos ásperos y desabridos con los extranjeros que los hijos de la Gran Bretaña, se manifiestan mas generosos y hospitalarios, y practican más ámpliamente la gran virtud de la tolerancia y la fraternidad universal. Aprecian al hombre por su trabajo ó por su inteligencia puesta en accion, y á nadie le preguntan de dónde viene, por qué ha venido y cuál fué su conducta pasada. Si es útil ganará la vida, si está enfermo le curarán ó asistirán de balde; si le atropellan le amparará la ley; si roba irá á la cárcel, y si asesina irá al palo, ni más ni ménos que si hubiera nacido y vivido siempre en el país. A nadie se le pide el pasaporte ni se le niegan los derechos de ciudadanía y de vecindad.

Hombres al fin, suelen tener vicios y y extravagancias censurables, pero como

pueblo, como colectividad, pueden competir con los más cultos y virtuosos de la tierra.

La mujer norte-americana es bondadosa y social, aunque no tan impresionable y vehemente como la de la América española. Es por lo general muy reflexiva y serena, pero no carece de vivacidad ni de imaginación.

Alta, rubia, de ojos azules, de tez fresca y sonrosada, de formas amplias y esculturales, más amplias quizás de lo que exige ó consiente el arte clásico, pero no exenta de flexibilidad y gallardía, puede considerarse como el tipo más agradable y bello de las mujeres de su raza.

Viste con elegancia y severidad, es muy amante de la familia y de la patria, posee una educación racional y adecuada á las exigencias sociales del país, puede alternar y alterna con el hombre en el ejercicio del comercio, en varios destinos públicos y aun en las especulaciones científicas, y le aventaja en aptitud para el cultivo de las bellas artes.

Merced á estas circunstancias de carácter y educación, y al eficaz amparo que halla siempre la mujer en las leyes de la República, puede decirse que al bello sexo de los Estados-Unidos no le corresponde

tan bien como al de las demás partes del mundo el dictado de *sexo débil*.



El pueblo de Nueva-York, y lo mismo puede decirse en general del pueblo yankee, es muy respetuoso con la ley.

Sus códigos se distinguen por la claridad y precisión del texto, y por el gran sentido práctico y el espíritu liberal que los informa.

El castigo del delincuente se aplica sin aparato, sin saña, pero con brevedad y energía.

La fuerza armada no se exhibe allí nunca sin necesidad manifiesta, y muy rara vez se vé un uniforme militar entre aquel inmenso torbellino de gente civil.

Tampoco se vé allí la policía, á excepción de los agentes encargados de proteger á las personas. Los demás permanecen invisibles, digámoslo así, hasta que llega el caso en que tienen que ejercer sus funciones. De modo que cuando una persona honrada necesita auxilio, le encuentra sin dificultad, porque por donde quiera descuellan y se distinguen los atléticos agentes del bien público, mientras que el criminal anda siempre receloso y cohibido para

ejercer sus funciones, porque en donde ménos se cree puede estar un agente de policía.

Es análogo este sistema al que proponía en España el gran Jovellanos, hace próximamente un siglo, y sería curioso averiguar si el pueblo yankee utilizó sabiamente las ideas del insigne astur, ó si éste, por el contrario, basaba su plan en la experiencia obtenida por el primero.

Finalmente, la instruccion popular en Nueva-York está organizada con arreglo á los progresos más recientes de la pedagogía. Pocos y buenos textos, aplicacion y práctica alternadas, enseñanza intuitiva y racional.

Las escuelas de niños están servidas por mujeres, por profesoras, y dirigidas por un Maestro Normal. Este no hace más que presidir los estudios, resolver las dudas ó las cuestiones y llevar la representacion del establecimiento. La enseñanza propiamente dicha está á cargo de las maestras, que tienen más aptitud y más paciencia para entenderse con los niños y trasmitirles la instruccion elemental.

Emplean con muy buen éxito la música para dar unidad y precision á los trabajos escolares y aún para educar el oido

del niño, predisponer favorablemente su ánimo y hacerle más agradable la lección.

No he visto nunca un sistema de enseñanza mejor ni más sencillo que éste, ni gobierno que favorezca con más eficacia el desarrollo de la instrucción popular, á la que se debe muy principalmente la gran prosperidad del pueblo norte-americano.

VI.

DETALLES Y EPISODIOS.

Las escuelas.—Condiciones higiénicas de los edificios.—Secciones escolares.—La mujer en la escuela primaria.—Dirección y orden.—La música como elemento de educación.—Funciones del Director.—Método de enseñanza.—Estudio y cultivo de las facultades intelectuales del niño.—Psicología pedagógica.—Progresos de la enseñanza popular.—Las bibliotecas.—Escases de obras contemporáneas.—Tesoros de bibliográficos de la antigüedad.—Autógrafos españoles.—Un códice de Lope de Vega.—*Los jóvenes cristianos*.—Prodigios de la Asociación.

Me causó muy grata impresión la visita que hice á varias escuelas de primera enseñanza. Están instaladas en edificios amplios, cómodos, claros y dispuestos de modo que puedan tener en verano mucha y franca ventilación y estar en el invierno convenientemente abrigadas. Tienen un departamento separado para cada sección, y éstas están formadas por alumnos de una misma ó próxima edad y que cursan una misma asignatura. De modo que cada sección viene á ser como una escuela independiente, regida por una

profesora especial. Ya queda dicho que en Nueva-York están sabiamente encomendadas á la mujer las funciones mas íntimas de la instruccion elemental de los niños.

Por la mañana, ántes de empezar los trabajos, se reunen todas las secciones en un gran salon donde tiene su oficina el Director del establecimiento. Es admirable el órden y la regularidad con que acuden á este acto los niños en correcta formacion, guiados por sus correspondientes profesoras. La de música va marcando en el piano, con notas y armonías convencionales, los movimientos y maniobras que deben ejecutar los alumnos, y éstos obedecen con gran precision, logrando así por medio de la particular influencia de la música sobre el ánimo de los niños, lo que inútilmente se conseguiría con órdenes verbales ú otras demostraciones de mando.

El Director observa el estado general de la escuela y el particular de cada seccion, toma nota de la asistencia y aplicacion de los niños, comunica las órdenes convenientes, recita algun pasaje de la Biblia, contestan los niños con un himno religioso acompañado por el piano, y á una nueva señal de este instrumento, van

desfilando ordenadamente las secciones y dirigiéndose á sus departamentos respectivos.

El método de enseñanza es notable por su sencillez y perfeccion. Pocos y buenos libros, mucha explicacion, ejercicios prácticos y razonados de todas las asignaturas, mucha insistencia en el deletreo y gran cuidado en la formacion de las sílabas, como principios indispensables para leer bien, y especialísimo empeño en no desarrollar la memoria de los niños á expensas de otras facultades psíquicas de mayor importancia.

Allí el mérito no consiste en aprender de corrido muchas lecciones sin comprenderlas, como sucede aún entre nosotros, sino en razonar y discurrir con acierto sobre la esencia ó el fondo de aquellas, desarrollando gradualmente el hábito de la reflexion y del análisis, como auxiliares poderosos del entendimiento. De este modo, en vez de memoriones estériles se obtienen inteligencias niveladas, hombres pensadores y aptos para razonar y comprender.

La ciencia del maestro norte-americano se funda principalmente en el estudio del entendimiento infantil y del proceso de su desarrollo, para conocer cuándo está en

verdaderas condiciones de percibir las diversas asignaturas de la enseñanza.

La pedagogía yankee es más psicológica que empírica, y mas que á enseñar las diversas materias del programa, se dirige á desarrollar las facultades del niño para que perciba, comprenda y domine aquellas asignaturas. (*)

La instrucción primaria es gratuita para todas las clases sociales, y la única que tiene allí carácter verdaderamente oficial.

La instrucción secundaria y la superior se ejercen privadamente, como industrias particulares, y en ellas el pueblo yankee no ha sido ni es tan afortunado como en la enseñanza popular.

*
* *

Abundan en Nueva-York las Bibliotecas, pero no predomina en ellas el libro moderno, como debía esperarse en una población tan nueva y de tan reciente des-

(*) "Sin un conocimiento cuidadoso y reflexivo ed la construcción de la mente del niño, la obra del institutor, con toda su geografía, su aritmética y su gramática es casi absurda, como la del que tratase de ejecutar una difícil operación quirúrgica fundada en el conocimiento de las cochillas, sierras y ligaduras, pero ignorando completamente la anatomía."—*James Johonnot*, Director de los Institutos de maestros de Nueva-York. —*Principios y práctica de la Enseñanza.*

arrollo. A excepcion de la gran Biblioteca del pueblo, establecida en City Hall, en la que se encuentran siempre las últimas manifestaciones de la ciencia y las principales joyas de la literatura universal, no se distinguen estos grandes centros instructivos por la riqueza de producciones extranjeras contemporáneas; pero en cambio poseen riquísimos tesoros bibliográficos de la antigüedad, adquiridos á costa de muchas diligencias y de muchos sacrificios pecuniarios.

En la Biblioteca de Astor y en la de Cooper he visto códices de nueve y diez siglos, que representan valores fabulosos, amén de otros documentos de gran importancia histórica y autógrafos de mucho mérito.

En el segundo de dichos establecimientos hay varias cartas de puño y letra de Isabel la Católica y del Gran Capitan, adquiridas á costa de algunos miles de duros, y un manuscrito autógrafo de Lope de Vega, conteniendo un poema épico sobre la conquista del Brasil.

Traté de averiguar la procedencia de esta casi desconocida joya de nuestro Parnaso antiguo, y supe que había sido comprada en Lóndres por 1,600 libras esterlinas.

Además de las bibliotecas citadas, merecen especial mencion por su importancia y riqueza la de los *Aprendices*, la de la *Sociedad Histórica*, la del *Instituto Americano*, la del de *Jurisprudencia*, la de la *Sociedad de Nueva-York*, la de *Las Mujeres*, la de los *Impresores*, que sólo se abre los sábados por la noche, y la de la *Asociacion Cristiana de los Jóvenes*.

Este último establecimiento es de gran importancia y dá una idea de cómo fructifica en los Estados Unidos el espíritu de asociacion aplicado á obras de cultura y de provecho público.

La Sociedad que le dió vida fundóse en el año 1852. Diez y seis años despues edificó un palacio para instalarse, que costó más de medio millon de pesos. Los sócios no satisfacen más que cinco duros cada año, y tienen derecho á disfrutar diariamente de la biblioteca, gabinetes de periódicos, gimnasio, juegos de bolos, baños, instruccion caligráfica, teneduría de libros, aritmética mercantil, taquigrafía, idiomas francés, castellano y aleman, y dibujo, música y canto.

Se celebran además conferencias y veladas semanales en un teatro que hay en el mismo edificio, y los sócios tienen derecho á una localidad para sí y á dos más

para individuos de su familia. Y aun sobran anualmente muy buenos fondos para ir fomentando la biblioteca y dando impulso á los demás servicios de la Asocia-
cion.

VII.

LOS PERIÓDICOS.

Afección á la lectura.—Fortunas colosales adquiridas en el periodismo.—*The New-York Herald*.—Su instalación.—Las máquinas donde se imprime.—Servicio de anuncios.—Muestras de estos anuncios.—La Frank Leslie, célebre publicista norte-americana.—Sus principales periódicos.—La visita.—Recuerdos de España.

El periodismo es otra de las instituciones civilizadoras que más importancia han llegado á adquirir en los Estados-Unidos de América, y sobre todo en Nueva-York.

Publícanse actualmente en esta ciudad cerca de 300 periódicos, entre los cuales se distinguen el *Herald*, el *World*, el *Morning Journal*, el *Times*, el *Sun* y *La Tribuna* por su influencia en la opinión pública y su vasta circulación.

Los dos primeros cuentan por centenas de millar los números que reparten diariamente.

Allí todas las personas leen periódicos, y los hay especiales para todos los gustos y para todas las clases de la socie-

dad. La dama y el niño, el rico y el pobre, el alto dignatario y el más humilde de los servidores de la República, todos leen su periódico por la mañana, antes de dar principio á los trabajos de cada día. Diríase que el periódico es allí tan indispensable como el *beefsteak*.

En ningún país del mundo se han hecho fortunas tan colosales como en Nueva-York con el producto de los periódicos.

El *New-York Herald*, verdadero coloso de la prensa universal, produce al año más de tres millones de pesos. A favor de este pingüe beneficio puede el dueño enviar por su propia cuenta buques y expediciones científicas al Polo Norte, establecer un cable sub-marino desde América á Europa, destinado al uso particular del periódico, y realizar por sí sólo otras empresas que no podrían llevar á cabo algunas naciones.

Ocupan las oficinas del *Herald* un gran palacio de mármol, situado en la mejor calle y construido expresamente para aquel objeto. En uno de los pisos, que se halla á más de cuatro metros bajo el nivel de la calle, están los hornos, las calderas y las máquinas de vapor. En el que le sigue, hácia arriba, están las gran-

des prensas mecánicas en donde se imprime el periódico.

Son admirables estas máquinas por su tamaño, por su complicacion, y por la rapidez extraordinaria de sus funciones. La mejor y más moderna de dichas máquinas, inventada y hecha expresamente para el servicio del *Herald* en su gran edicion dominical, causa verdadero asombro por la multitud, la brevedad y casi pudiera decirse la *inteligencia* de sus movimientos.

Dá vueltas al gran cilindro donde están adheridos los moldes, distribuye automáticamente la tinta sobre los rodillos, desarrolla el papel continuo, lo conduce hasta el cilindro de impresion, corta ó divide allí mismo, por medio de pequeños taladros, el papel que corresponde á cada periódico, pasa éste despues de impreso por entre un ingenioso telar en donde se dobla, y sigue á otra seccion de la máquina para irse reuniendo con otros hasta formar paquetes de á veinte y cinco. Todo esto con rapidez y precision verdaderamente increíbles.

Estas máquinas, que arrojan cada hora más de 500 paquetes de á 25 ejemplares del *Herald*, son movidas por fuerza de vapor y conducidas por un sólo individuo con la mayor facilidad.

En el siguiente piso está instalado el gran taller de fundición y estereotipia, para multiplicar los moldes del periódico; más arriba está el departamento tipográfico, y en los pisos superiores las oficinas de telégrafos, teléfonos, habitaciones de empleados, depósitos de material, etc.

En una gran parte del piso principal están las oficinas del gran diario y los cajilleros y buzones para el servicio de los *anuncios personales*, que por su índole privada exigen ciertas precauciones y reservas.

Esta clase de anuncios constituye una curiosa especialidad de la prensa norteamericana.

Publícanse generalmente en los diarios de más circulación y en un lugar fijo, para que puedan hallarse fácilmente entre la gran aglomeración de anuncios de índole puramente industrial y mercantil.

Hé aquí algunos que traduje textualmente de algunos periódicos de Nueva-York, y que pueden dar una idea de este género de reclamos:

“Una jóven bien educada, de agradable apariencia y de buena conducta, desea conocer y tratar á un caballero que no pase de cuarenta años, tenga buena

“ salud, sea soltero y notablemente incli-
“ nado al matrimonio. El que carezca de
“ alguna de estas cualidades no pierda
“ tiempo en corresponder á este aviso.”

“ Una viuda jóven, rica, sin hijos y
“ sin parientes en esta ciudad, tendría gus-
“ to en recibir proposiciones formales de
“ casamiento. Posee el francés y habla
“ un poco el castellano. Canta y dibuja.
“ No es fea.”

“ Para practicar el idioma aleman, se
“ desea conversacion con una jóven que lo
“ entienda. El interesado es buen mozo
“ y está en camino de prosperar honrada-
“ mente. Le gustaría que la jóven tuvie-
“ se buen genio y algun caudal.”

“ Una señora formal, bien parecida y
“ de una regular fortuna en oro, aceptará
“ casamiento con un hombre de carácter
“ firme, aunque sea menor de edad. No
“ es indispensable que sea rico, aunque
“ esto pudiera ser un aliciente más. Los

“ libertinos y los borrachos que lean estás
“ líneas, harán bien en no darse por enten-
“ didos.”

“ Jóven instruida, hermosa, diez y sie-
“ te años, sana, rubia, riquísimo pelo y
“ dentadura natural. Admitirá comunica-
“ ciones amorosas y trato breve, honesto
“ que termine en matrimonio. No será
“ aceptado viudo con hijos ó mayor de
“ treinta y dos años. Se darán informes
“ desde luego sobre familia, religion y
“ caudal.”

“ Un marino cansado de navegar, de-
“ sea echar el ancla y mudar de vida, So-
“ licita una mujer casera que no guíne.
“ Tiene honrados propósitos y algo con
“ qué vivir. Edad 45 años. Fuma y
“ bebe.”

Como se vé, los yankees no sólo uti-
lizan el anuncio para todos los actos de la
vida mercantil é industrial, sino que le em-
plean á menudo hasta para los negocios y
tratos de la vida íntima.

Al pié de cada anuncio de está índole hay números que indican el buzón donde se ha de echar la carta en que se den y se soliciten los informes y el cajillero en donde se ha de encontrar la contestación. Así puede guardarse completamente la reserva de los interesados, hasta que llegue el instante oportuno de darse á conocer.

Por el lugar preferente que ocupan estos anuncios personales, y por el servicio de correspondencia privada á que dan lugar en las oficinas de los periódicos que los insertan, se pagan relativamente muy caros.

La abundancia de los que—á pesar de esto—se publican y el mucho dinero que en ellos se invierte, hacen suponer fundadamente que no son ineficaces.

*
* *

Rindiendo justo tributo al talento y la ilustración de la mujer, y cumpliendo á la vez con uno de los deberes más gratos y generales del compañerismo, visité á la célebre Frank Leslie, la gran publicista norte-americana, que dirige y edita cinco periódicos ilustrados de los más importantes de Nueva-York, y otras varias revistas de notable mérito.

Esta insigne escritora, que á una inteligencia clarísima y á una esmerada y sólida instruccion une grandes dotes de energía y el espíritu emprendedor característico de su raza, era esposa de Mr. Frank Leslie, publicista y editor de escasa fortuna, que falleció á los pocos años de haber contraído matrimonio, dejando á su esposa por toda herencia un taller mal organizado y un par de publicaciones de mediano crédito.

La Sra. Frank Leslie, tomando á su cargo todos los trabajos de la empresa, supo no solamente elevarla á una admirable altura, sino que ha conseguido ilustrar el nombre de su esposo, dándole una celebridad universal. Todas las publicaciones que edita y dirige llevan el nombre de Frank Leslie, y en la redaccion de todas ellas toma la ilustre escritora una parte muy principal.

Las más notables llevan los siguientes títulos: *Frank Leslie's Ilustred newspaper*, *Frank Leslie's New ilustred family story paper*, *Frank Leslie's Fact and fiction* y *Frank Leslie's Popular monthly*. Los primeros son por el estilo de nuestra *Ilustracion Española y Americana* y de *La Moda Elegante*, y el último es una revista mensual de más de doscientas páginas en fólío, nutrida de

lectura interesante y de bellísimos grabados.

Recibió mi visita la Sra. Frank Leslie con afectuosa complacencia, y vestida con el traje característico de las mujeres andaluzas. Me habló con gran regocijo de España, de Andalucía, cuyo recuerdo la entusiasma, y especialmente de Madrid, en donde fué muy bien recibida y obsequiada hace dos años por los hombres más eminentes de las letras, las ciencias y las artes. Recuerda mucho la hidalguía y el carácter caballeresco de los españoles, y dice que le agrada más España que ningun otro país de los que ha visitado en Europa.

Habla correctamente el español y el francés, domina las ciencias morales y físico-matemáticas, y conoce y estudia con provecho las principales obras de la literatura universal.

Su conversacion es animada y amena, su aspecto simpático, su mirada penetrante y sagaz.

Su rostro, un tanto marchito por la peremne labor intelectual, ofrece un conjunto armonioso y grato, uniendo la magestad amable del talento á la gracia femenil.

VIII.

LA JUSTICIA.

Los amores de un *policeman*.—Juicio público.—La defensa.—El *Quijote* en los tribunales.—A presidio por amor.

En los primeros días de mi llegada á Nueva-York trataban los periódicos y se hablaba con interés en todos los círculos sociales, acerca de un suceso que traía muy preocupados á los habitantes de la gran ciudad.

Decíase que un *policeman* había violado á una jóven costurera, en un baile, aprovechando la ocasion de haber quedado solos durante algunos minutos en el departamento del ambigú. El hecho había causado gran indignacion, tanto por la calidad del delincuente, que estaba obligado á dar en toda ocasion el mejor ejemplo de moralidad y continencia, como por la severidad con que las leyes y las costumbres del pueblo *yankee* reprueban todo acto contrario á los de-

rechos y preeminencias que allí se conceden á la mujer.

En sesenta horas terminó el juez instructor las diligencias sumarias, y la prensa toda anunció el día, hora y sitio en donde había de celebrarse la vista pública del proceso.

Asistí á este acto, y me sorprendió agradablemente la sencillez democrática del tribunal. Los jurados no se distinguían de los demás concurrentes sino por el puesto que ocupaban, por el orden de sus asientos y acaso por la gravedad y circunspeccion con que seguían el desarrollo del juicio.

El fiscal formuló su acusacion breve, severa, sin alardes de saña ni de figuras retóricas. Pintó la gravedad del delito, citó las palabras textuales de la ley que el *policeman* había doblemente infringido, en su calidad de ciudadano y de agente de la autoridad, y pidió para él la pena de 14 años de prision.

Tocóle su turno al defensor, y subió de punto el interés y la espectacion de los concurrentes. Tenía fama de muy hábil en trabajos de esta índole y bien pronto justificó este favorable concepto.

Su discurso fué sóbrio, concreto, intencionado y racional. Dijo que había mu-

jeres que abusaban maliciosamente de la proteccion con que las favorecían las leyes civiles de la República, que los jueces debían proceder con mucha cautela en casos como el presente, para evitar que ciertas damiselas continuaran haciendo víctimas de su sagacidad ó su descoco á los hombres de bien, y que importaba mucho no convertir por este medio en provecho del vicio lo que sólo debía ser proteccion y amparo de la virtud.

Citó varios casos recientes de tentativas más ó ménos ingeniosas, en que la industria de algunas jóvenes había querido envolver en sus redes á capitalistas ó á empleados con sueldos pingües, para obligarlos á casarse con ellas ó á que les pagaran una gran indemnizacion; alegó la falta de testigos presenciales del hecho que se imputaba á su patrocinado; hizo presente la negacion del *policeman* acerca del acto de violencia que la denunciante le atribuía, y despues de citar algunos textos legales y de razonar muy atinadamente sobre la circunstancia de haber ido sola al baile la costurera en cuestion y sobre la imposibilidad del delito denunciado, sin el consentimiento ó la pasividad de la supuesta víctima, abrió el orador un hermoso libro, y despues de elogiarle como obra de

ingenio sin rival y que parecía dictada por la misma Sabiduría, dijo que se titulaba *Don Quijote* y empezó á traducir con cierta dificultad literaria, pero en términos bien comprensibles, uno de sus más celebrados y bien escritos pasajes.

Era aquel en que, ejerciendo Sancho el gobierno de la ínsula Barataria, se le presenta una mujer quejándose de haber sido forzada por un pastor; oye Sancho las declaraciones de una y otro, pide al segundo la bolsa de dinero que llevaba, se la entrega á la mujer, manda despues al pastor que recobre su dinero á viva fuerza en la calle, pugna éste inútilmente por conseguirlo, y cuando la demandante llega al tribunal á dar cuenta de que le habían querido arrancar, aunque en vano, su dinero, dice el prudente gobernador: “Hermana
“ mia, si el mismo aliento y valor que ha-
“ beis mostrado para defender esa bolsa,
“ le mostrárades y aún la mitad ménos,
“ para defender vuestro cuerpo, las fuerzas
“ del mismo Hércules no os hicieran fuer-
“ za: andad con Dios, y no pareis en esta
“ ínsula ni en seis leguas á la redonda, so
“ pena de doscientos azotes, etc.”

Aplicó el orador muy discretamente el cuento del gran Cervantes al caso de la costurera, y terminó su discurso insistien-

do sobre la necesidad de distinguir muy bien entre el agravio inferido á la mujer inocente y lo que pudiera ser astucia, dolo ó añagaza femenil.

El tribunal, sin embargo, condenó al *policeman* á catorce años de presidio.

¡ Tan rígidas son las leyes norte-americanas en defensa de la mujer, y con tanta severidad se aplican cuando el que las infringe es un funcionario de los que tienen más directamente la obligación de protegerla !

IX.

ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES.

Abundancia y diversidad de espectáculos.—El trabajo y la diversion.—Los teatros.—Cómo se paga á los buenos artistas.—La ópera inglesa.—Un teatro morisco.—Decoraciones y efectos de luz.—Precauciones para los casos de incendios.—Teatros-tabernas.—*The Sporting theatre*.—El *boxing*.—El domingo en Nueva-York.—Excursiones campestres.—Parques, playas, suburbios y cercanías de la ciudad.

El pueblo de Nueva-York, que es uno de los más activos y laboriosos del mundo, es tambien de los más fecundos en diversiones.

Parece que los cansados músculos y el espíritu fatigado de aquellos atletas del trabajo, reclaman con energia al terminar la cotidiana labor, y más especialmente los dias de fiesta, algo en qué solazarse, algo que les distraiga y regocije, sirviendo como de compensacion á la aridez y monotonía de sus faenas.

Para satisfacer esta necesidad hay un gran número de teatros, conciertos, cosmoramas, juegos malabares, ejercicios ecues-

tres y gimnásticos, museos y exhibiciones de rarezas y extravagancias, salas de patinar, círculos de púgiles (*boxing*), espectáculo este último al que aún se muestran muy aficionadas las clases menos cultas de aquella sociedad, y otros muchos lugares de recreo y de diversion.

Sólo en el interior de la ciudad he visto unos quince teatros de primero y segundo orden, sin contar con un gran número de circos, salones y teatrillos de verano, en donde se rinde culto más ó menos inteligente al canto, á la música y á la declamacion.

No tienen los *yankees* grandes aptitudes para el arte musical, ni poseen tampoco en alto grado el discernimiento artístico; pero gustan de admirar y aplaudir á las grandes celebridades escénicas de música y canto. En ninguna parte del mundo se paga tan bien como en Nueva-York á la Patti, á la Nilson, á Tamberlik, á Stagno y á otros artistas de fama, y no hace mucho que llegaron á ofrecer á Gayarre hasta diez mil duros por cada noche en que saliera á la escena.

Allí no se vá generalmente en busca de reputacion artística; pero el que logra alcanzarla y sostenerla en Europa por espacio de algun tiempo sin dudas ni contra-

dicciones, puede estar seguro de que en Nueva-York le enriquecerán y le tributarán los honores más espléndidos que haya recibido jamás en ninguna parte. Allí no se discute el arte; se premia.

Los habituales concurrentes el gran teatro *Metropolitan Opera House*, no se excusan de pagar diez, doce ó veinte duros por una butaca, ó desde cincuenta á ciento por un palco, la noche de funcion en que canta alguna celebridad artística de primer órden.

Y á ella y solamente á ella es á quien van á ver, á oír y á victorear, importándoles muy poco que los artistas que la acompañan sean buenos ó malos, ó que la ópera en que canta alcance buen éxito ó sufra el mayor de los fracasos.

Allí no se silba á ningun artista, ni cuando canta una gran celebridad hay oídos ni atención más que para oírla y admirarla. Por eso los empresarios se cuidan poco de armonizar las partes principales de las compañías de ópera, y acontece por lo regular que una de aquellas eminencias del arte canta en union de artistas bien oscuros y adocenados.

Fuera de la ópera italiana, que gusta allí mucho; de la francesa, que tiene su público especial, y de la alemana que tam-

bien tiene ardientes admiradores, casi todos los demás espectáculos teatrales del género lírico se reducen á operetas cómicas inglesas, de música bastante alegre y juguetona, pero de muy mal gusto artístico en la concepcion y desarrollo del argumento. Tienden constantemente á la caricatura como el *vaudeville* francés, pero con ménos viveza y ménos chiste. En fuerza de buscar el aplauso por medio de situaciones cómicas, llegan á menude á lo grotesco y extravagante. Esta clase de espectáculos gusta mucho entre la que pudiera llamarse allí clase media.

Los teatros son por lo general grandes y bien decorados. El Metropolitano, el de la Gran Opera y el de la Academia de Música son además obras de arquitectura muy notables.

Uno de construccion reciente, que tiene el nombre de *Casino*, ofrece la particularidad de estar hecho con estricta sujecion al gusto árabe de la época de la dominacion de los moros en España. La empresa constructora envió á Sevilla y Granada una comision de arquitectos y de pintores, á fin de que copiaran lo más notable y bello del Alcázar morisco y de la Alhambra, para reproducirlo en la aquitectura y decoracion mural del *Casino*, y de

tal modo cumplieron el encargo, que al visitar este precioso coliseo me creí transportado como por arte de magia á las salas y á los patios más célebres de aquellos grandiosos monumentos del arte musulman.

Todos estos teatros están contruidos y distribuidos de tal modo, que el público puede salir de ellos instantáneamente y sin peligro en casos de incendio, y es obligacion ineludible de los empresarios publicar en los programas de cada funcion el plano del edificio, en el que estén marcadas las salidas con toda claridad.

Abundan mucho los teatros-cafés y hasta los teatros-tabernas, en donde cantan y bailan con ménos arte que desenvoltura unas mujeres vestidas á manera de muñecos llorones, y algunos hombres que imitan personajes políticos de actualidad y representan con grotesta exageracion costumbres ridículas de algunos negros de los Estados del Sud.

La parte culta del pueblo neoyorquino rara vez frecuenta esta clase de establecimientos, donde es gratuita la entrada, aunque se sobreentiende la obligacion de que los concurrentes tomen, por lo ménos, un jarro de cerbeza cada uno.

El más característico de estos teatros,

y sin duda alguna el más favorecido por la gente del bronce, como decimos en España, es el que lleva por título *Sporting theatre*, en donde el *boxing* (lucha á puñetazos) es el espectáculo de preferencia.

En el Estado de Nueva-York no se permiten ni se toleran estas luchas á puño descubierto. Los *box* (púgiles) deben tener puestos durante la lucha unos guantes de piel forrados interiormente con algodón, y la policía tiene especial cuidado en procurar que se cumpla este precepto, sobre todo en los espectáculos públicos.

Pero aun así resulta repugnante y brutal el del *boxing*.

Aparecen los dos campeones desnudos de medio cuerpo arriba sobre un escenario de forma casi circular, con barandillas de cuerda sostenidas por barrotes de hierro. Se acercan, se saludan, se dan la mano y se colocan uno enfrente de otro, algo abiertos de piés, con la cabeza erguida, el pecho palpitante, los puños cerrados á la altura del hombro y en actitud de acometer.

Después de algunos amagos y contorsiones, como para cerciorarse de la fuerza y agilidad de los músculos, se embisten con resolución y brio y chocan aquellos puños unos con otros, produciendo un re-

doble acelerado y sonante, como si repicaran con gruesos troncos sobre el aro de un tambor. Y á uno de estos redobles sigue otro y otro, hasta más de media docena, variando la sonoridad del ruido segun choquen los puños en los guantes, los brazos, los hombros ó el pecho de los combatientes.

El grupo que estos forman en el momento del ataque, produce penosísima impresion en el ánimo de las personas no acostumbradas á estas mercenarias lides. Aquellos semblantes rojos echados instintivamente hácia atrás, para evitar el peligroso contacto de los puños; la desnudez y contraccion de aquellas musculaturas atléticas, nervudas y hasta bellas en sus varoniles proporciones; aquellos fornidos brazos agitándose en amenazador y rápido movimiento; las manchas rojas que aparecen en la piel de los gladiadores, magullada por los golpes del puño contrario; el murmullo y la aprobacion de los espectadores cada vez que uno de los púgiles maltrata *honradamente* á su contrario, y las simpatías que se declaran en favor de uno ú otro combatiente, fundadas en la fortaleza y buena direccion de los golpes que descarga sobre su contrario, no pueden menos de contristar al hombre pensador, vien-

do de qué modo se propende con todo ello á la degradacion del espíritu humano ante el brutal dominio de la fuerza.

Cuando los combatientes se fatigan ó se acaloran demasiado, entra en el circo un hombre provisto de una tohalla y un vaso de aguardiente, se interpone entre los púgiles, les enjuga el sudor, les rocía el rostro y el pecho con el líquido espirituoso, les frota suavemente los músculos, les dirige algunas frases concialiadoras, y despues que se dan las manos los incita de nuevo al combate y desaparece por el foro. Y sigue la lucha hasta que sea preciso repetir aquella misma operacion.

El espectáculo dura poco más de una hora y produce gran animacion entre los concurrentes de ambos sexos, que celebran con cerbeza y *whiskey* los lances más dolorosos de la lucha, y brindan á la salud del púgil que consiga aporrear á su contrario de un modo más enérgico y *magistral*.

Ya queda dicho que las gentes verdaderamente cultas, que constituyen la mayoría del pueblo de Nueva-York, no asisten á este género de diversiones.

*
* *

El domingo no hay funciones de teatros ni se vende cerveza (*lager beer*) en las

botillerías y tabernas. Es el día más triste de la semana en el interior de la ciudad.

La alegría sale bien temprano en trenes de vapor, en tranvías, en naves de distintas formas, en coches, en velocípedos y en mil diferentes formas de locomoción, y se desparrama por los pintorescos arrabales, suburbios, playas, islillas, parques y otros sitios amenos de las cercanías de Nueva-York. Los denominados *Coney Island*, *Long Island*, *Manhattan Beach*, *Brighton Beach*, *West Brighton*, *Hoboken*, *Rochaway*, *Long Branch*, *High Bridge*, *Jerome Park*, *Prospect Park* y *Central Park* ofrecen un animado y bellissimo panorama durante los domingos.

Tal es el bullicioso conjunto de personas de todas las clases sociales que van, vienen, charlan, corren, gritan, bailan, comen, beben, rien y se divierten de tan diferentes modos, que aquello parece la humanidad entera en estado de carnaval.

Nadie allí parece triste ni siquiera meditando y preocupado, y todos procuran distraer el ánimo, recrear los sentidos, olvidar las penas y desquitarse lo mejor que puedan de los trabajos y fatigas de la semana.

Grupos de ancianos y jóvenes de am-

bos sexos, parejas enamoradas que pasean, charlan, se miran, se sonrien y muestran indiferencia por todo lo que no sea el objeto de su amor, gremios numerosos de obreros y de obreras formando alegres y pacíficos escuadrones y rebosando júbilo y animacion; todos andan, bullen y se desparraman por aquellos sitios amenos, que convidan al solaz y al divertimiento.

Hasta las familias enteras, cargadas con sus hijos y con los avios de merendar, dejan sus casas y corren á pasar el dia de fiesta al aire libre entre el bullicio y la animacion general.

Es de advertir que en todo aquel numeroso gentío que se divierte sin la visible tutela de la autoridad y sin alarde ninguno de fuerza pública, no ocurren casi nunca desórdenes graves, y reina, por el contrario, la mayor armonía y el más profundo respeto á la ley.

Numerosos enjambres de niños corren por los jardines y parques sin maltratar un solo árbol, sin tocar siquiera una flor, sin hacer el más leve daño en aquellos sitios destinados á la culta y amena recreacion. Desde la más corta edad se adquiere allí el hábito de cumplir y respetar la ley.

En todos estos lugares, y más especialmente en *Manhattan Beach*, *Coney Island*

y *West Brighton*, es digna de admirarse la variedad asombrosa de juegos, ejercicios y diversiones que la industria *yankee* inventa para ganar dinero alegremente.

X.

LAS PRISIONES.

Cárcel de Nueva-York, *Las Tumbas*.—Aspecto y condiciones del edificio.—Funciones del juez.—Penas y castigos.—Los calabozos.—El patio de la muerte.—Sing Sing.—Paisajes primorosos.—Un presidio sin guardia.—La regeneración moral por medio del trabajo.—Los talleres del presidio.—Lo que ganan y ahorran los presidiarios.—Conclusion.

La premura del tiempo me impidió averiguar el número de cárceles y establecimientos correccionales que existen en Nueva-York y sus cercanías, y hube de limitar mi visita á las dos más importantes: la gran cárcel de la ciudad, llamada *Las tumbas*, y el presidio del Estado en Sing Sing, á 30 millas de Nueva-York, próximamente.

El edificio de *Las tumbas* está situado en un lugar bastante céntrico de la población, y es un remedo poco artístico de la arquitectura egipcia, con detalles y reminiscencias de los órdenes corintio y dórico. Las columnas del pórtico desagradan por

su pesadez y falta de elevacion, y todo el conjunto de la fábrica tiene un aspecto sombrío y revela una solidez abrumadora.

A su entrada se halla el Juzgado de Policía, á donde concurre todas las mañanas el juez del distrito para oír los cargos y declaraciones de los agentes de órden público contra las personas arrestadas durante el día anterior. Los casos de faltas leves quedan resueltos en seguida, por medio de pequeñas multas ó arrestos proporcionados. Cuando las faltas ó delitos revisten cierta gravedad, pasan á la resolucion de un Jurado que se constituye en el mismo edificio tres veces por semana: los mártes, juéves y sábados.

En términos generales puede decirse que esta prision no corresponde á la cultura de la ciudad ni á los progresos que he podido observar allí en casi todos los ramos del servicio público. Aquellos calabozos húmedos y faltos de ventilacion y de luz, aquellas enrejadas galerías donde se mezclan criminales empedernidos con hombres que quizás no han sido presos por actos de verdadera perversion, aquellas celdas estrechísimas y aquella proximidad de hospitales y de prisiones en un mismo departamento, no dejan de justificar en

cierto modo el título de *Tumbas* (Tombs) con que se denomina al citado edificio.

Los pisos superiores están divididos en dos grandes secciones de celdas, una para hombres y otra para mujeres, y el patio central, sombrío y repugnante aun para los que por primera vez y por pura curiosidad le visitan, es el lugar en donde se aplica la última pena á los grandes criminales. Está rodeado de calabozos, que reciben por aquel sitio la única luz que los alumbrá y el único aire que respiran sus míseros moradores, luz y aire que parece que llevan consigo la vision horrenda y el hálito final de los pobres ajusticiados.

* * *

El presidio de Sing Sing está situado cerca del pueblecillo de este nombre, y á 10 leguas de la ciudad.

Difícilmente se podrían imaginar paisajes más primorosos que los que se ofrecen á la vista del viajero desde Nueva-York á Sing Sing, ya realice su excursion en una de las infinitas embarcaciones que navegan por el hermoso rio Hudson, ó ya en el ferro-carril que sigue el mismo curso del rio por una de sus magníficas riberas.

Quintas de recreo hermosísimas, par-

ques y jardines cuidados con el mayor esmero, edificios caprichosos de cuantas formas pudieran imaginarse, ya imitando un palacio indio, un templo persa, un pabellón árabe, una catedral gótica, una torre feudal, un monasterio, una tienda de campaña, un kiosko, una gruta, una jaula de pájaros y caprichosos edificios y primores del arte y de la naturaleza, que se dibujan vagamente en lontananza, crecen y se acentúan sus contornos á medida que se les vé más de cerca, y bien pronto desaparecen por el horizonte opuesto, mientras que otros y otros primores siguen el mismo curso y producen nuevas y grátisimas impresiones en el ánimo del espectador.

Hay momentos en que, por medio de una bella ilusion óptica producida por la rapidez del tren y la variedad asombrosa del paisaje, parece que algun aparato de fantasmagoría hace pasar por delante de nuestros ojos una série de cuadros más nuevos, más variados, y de más frecuencia y belleza que los de *Las mil y una noches*.

De trecho en trecho se ven pueblecillos nuevos, limpios, graciosos, con su escuela pública en un edificio *ad hoc*, su arbolado, su gasómetro y su abundosa fuente vecinal.

Ocupa el presidio de Sing Sing un lugar de bastante elevacion cerca de una de las márgenes del Hudson.

El aspecto exterior del edificio no revela el objeto á que se destina.

Más bien parece un establecimiento fabril, á juzgar por las altas y numerosas chimeneas, y por el humo y el ruido que denuncian desde lejos una gran actividad en el interior.

Ni un sólo centinela guarda las entradas y salidas, ni se ven por todo aquel contorno soldados ni uniformes que acusen la presencia de algun piquete ó destacamento de fuerza pública. Nada de armas ni de aparato marcial.

Un perro tendido perezosamente á uno de los lados del pórtico parecía ser el solo vigilante de aquel sitio, y era seguramente el único sér que por entónces permanecía quieto en aquel centro de accion y laboriosidad.

Allí todos los presidiarios trabajan, y trabajan mucho, quizás por la misma razon de que nadie les obliga á trabajar. Todo el que—por sentencia de los tribunales—ingresa en aquel Presidio, tiene á su disposicion una celda de tres metros de ancho por nueve de longitud, una cama, un aguamanil, un lavabo, un peine, un espejo, una

biblia, dos comidas sanas y abundantes, té ó café por las mañanas, y los sábados un jarro de cerveza. Tiene lo necesario para conservar la vida, y, sin embargo, muy rara vez llega un preso á resistir el tercer día sin solicitar el ingreso en cualquiera de los talleres del Prêsidio. Diríase que allí la actividad es contagiosa, ó que el trabajo tiene un poderoso aliciente para los hombres de aquel país.

Hay en el Prêsidio cuatro grandes talleres, subdivididos en secciones para la construccion de objetos distintos. En el taller de fundicion, que es de los más importantes, hay un gran departamento donde se construyen cocinas económicas, otros donde se funden objetos de arte, de ornamentacion, de construcciones urbanas, etc.

En el taller de herrería hay tambien secciones diversas, lo mismo que en los de zapatería, sastrería y camisería.

Todo allí se ejecuta por medio de máquinas. Los obreros no hacen más que aplicar y dirigir aquéllas oportunamente.

A pesar de este gran alivio y de la consiguiente economía de fuerza muscular, ganan un sueldo que varía de uno á tres pesos, segun los conocimientos y la destreza de cada cual.

De esta suma pertenece una parte al

Estado, otra se mantiene á disposicion del preso para sí ó para su familia si la tuviere, y con la restante se vá formando un caudal que percibe íntegro el presidiario obrero al salir de allí, una vez cumplida su condena.

Al que no sabe ningun oficio se le enseña el que designe, segun su voluntad, y aun hay departamentos especiales donde enseñan á leer y escribir á quien no sepa, y otras asignaturas auxiliares del oficio que ha de ejercer; de suerte que el criminal que entra allí sale instruido, laborioso, poseedor de un buen oficio, dueño de un mediano caudal y regenerado por el trabajo.

En el admirable régimen de este establecimiento penitenciario volví á encontrar el espíritu innovador, juicioso, benéfico y profundamente práctico de aquel gran pueblo, espíritu que no se revela tan claramente en la célebre cárcel de *Las Tumbas*, situada en el mismo centro de Nueva-York.

*
* *

Al terminar estos apuntes de las observaciones que pude hacer personalmente, durante mi breve estancia en la

gran ciudad cosmopolita, debo consagrar un recuerdo de gratitud á la colonia hispano-antillana allí residente, y en especial á mis buenos amigos D. Fermin Toledo, D. J. J. Bas y D. Arístides Rivera, que me auxiliaron mucho con sus conocimientos, con su incansable diligencia y su bondadoso interés.

APENDICE.

(*)

LA MUJER EN LAS OFICINAS DEL ESTADO.

Los viajeros que por primera vez visitan la ciudad de Washington, experimentan gran sorpresa al encontrar un considerable número de mujeres empleadas en los varios departamentos del gobierno.

Más de cuatro mil comparten actualmente el servicio civil con los empleados del sexo fuerte, en los diferentes ramos de la administracion, y muchas de ellas disfrutan de un sueldo anual de 1.200 pesos, otras de 1.600, y no pocas llegan á obtener el respetable haber de 1.800 pesos al año.

(*) Como dato de interés para el estudio social del pueblo *yankee*, agregamos á nuestros apuntes propios las siguientes noticias extractadas de un periódico americano, acerca del empleo de la mujer en los servicios de la nacion.

No obstante el carácter innovador y despreocupado de este gran pueblo, fué preciso vencer muchas preocupaciones para alcanzar este triunfo que abre nuevos horizontes á la vida social de la mujer norte-americana. Hace aún pocos años que logró ser admitida en el ministerio de Estado la primera mujer. Prévias opiniones la consideraban incompetente para el desempeño de servicios públicos que requieren capacidad y discrecion. Miss Mary Markoe, natural de Washington, fué la que por vez primera ocupó una silla en aquel departamento en 1874. De entónces acá el crugido de la seda, los pasos leves y el cuchicheo armonioso, han venido á ser ruido natural en las oficinas de aquel gobierno.

La estadística de cada departamento demuestra que las mujeres empleadas incurren en mayor número de faltas de asistencia durante el año, pero en cambio las faltas graves que se penan con destitucion de empleo están en razon de diez por uno en contra de los hombres.

Raros son los cambios en las empleadas; muchas sirven durante largos años, y sólo alguna que otra deja el empleo por causas honrosas, como el matrimonio, por ejemplo. Generalmente se prefiere á las

solteras que son el sosten de padres ancianos ó enfermos, y de éstas no son pocas las que renuncian sus puestos para tomar estado.

La primera vez que el gobierno de los Estados-Unidos utilizó los servicios de la mujer, fué durante la guerra separatista, cuando se vió compelido á una cuantiosa emission de papel moneda para subvenir á las extraordinarias exigencias de aquel tremendo período. La operacion de canjear la infinidad de billetes mutilados, hizo indispensable la ocupacion del sexo delicado y paciente.

Como eran tan frecuentes las falsificaciones en esa época, sólo la destreza y la minuciosa investigacion propias de los dedos y ojos femeninos, daban resultados para descubrir rápidamente la moneda falsa y el contrahecho billete.

Tres cuartas partes, por lo menos, de los empleados en el departamento del interior son mujeres. Nadie las aventaja en el manejo de los modernos aparatos de escribir, y toda la correspondencia se lleva allí por el sistema mecánico. La mitad del trabajo en la oficina de patente es desempeñada por manos femeniles, y abundan tambien las mujeres en las córtes y tribunales.

Algunas muy inteligentes y muy prácticas en este ramo, escriben sus propias opiniones sobre las causas que allí cursan; opiniones ó informes que los jueces examinan y en muchísimos casos los aprovechan para sus decisiones.

Generalmente se reconoce como muy beneficiosa, así en lo moral como en lo social, la presencia de la mujer en las oficinas gubernamentales. Colocada en los mismos salones de trabajo que los hombres, su roce diario contribuye á hacer más refinadas las maneras de estos y su conducta más escrupulosa. La irreprochable reputacion de los diez mil empleados que forman la fuerza civil masculina del gobierno en Washington, es una prueba de lo saludable de esta influencia.

Algunos años atrás habría parecido monstruosa esta irrupcion de la mujer en las oficinas del Estado. A la hora en que estamos del progreso humano va pareciendo natural y lógica. Ya la vemos ceñir su frente con la borla doctoral en ambas ciencias, la que levanta al enfermo del lecho del dolor y la que arranca al inocente del banco de la ciega justicia de la tierra; sacerdocios ambos que parecen instituidos para el alma abnegada de la mujer.

No faltan espíritus timoratos que se

alarman con la actitud que la mujer viene asumiendo en las evoluciones rápidas y sucesivas que velozmente impelen al mundo.

Para ellos, cada paso que la mujer avanza es una amenaza á la sociedad y á la moral. Quisieran verla eternamente inmóvil, en la última etapa donde la dejó el Cristianismo que hasta allí la trajo, cuando el Cristianismo iba á la cabeza de las evoluciones del Universo. Extraños criterios son éstos, que conciben la marcha de la humanidad por mitades; para el hombre el camino ancho, el ámplio mar abierto; para la mujer las columnas de Hércules erguidas como barrera insuperable.

Y lo mejor es que el artífice de esta trasformacion del destino de la mujer, no es ella misma sino el hombre moderno. Él es quien la arrebató el huso y la rueca que la embrutecian; él es quien la arrancó del fatigoso telar que la aniquilaba; él es quien la redimió del trabajo mortal de la aguja que la dejaba sin aire en los pulmones y sin luz en los ojos; y toda esa labor mecánica que embotaba su alma, fué relegada á la máquina, autómata inconsciente del progreso, que no tiene soplo de Dios que enaltecer ni nobilísima mision que llenar en las sociedades. El hombre de la actual civilizacion fué quien, haciendo una

hoguera en el Index, abrió las compuertas que estancaban las vivificantes aguas de la ciencia, que á torrentes se desbordaron luego para todas las inteligencias sedientas.

La mujer tocó á las puertas de las bibliotecas, y las bibliotecas le franquearon sus tesoros; el libro fué su conquista; un nuevo mundo de ideas se reveló á su espíritu, y con el corazón palpitante de ambición, dilatada la pupila de ansiedad, sumergió su alma en esas fuentes regeneradoras. La Ciencia no la repudió, la Civilización la reconoció por aliada y digna obrera suya, y tomándola de la mano, con la frente ya encendida por la luz divina, la subió al sitio de honor que le estaba reservado en estas últimas y decisivas batallas del siglo, en las cuales no hay fuerza que deba ser desperdiciada ni aliento humano á quien haya derecho á excluir de las gloriosas fatigas.

ÍNDICE.

Páginas.

I	A BORDO.—Intimidad entre los pasajeros.—Lo que se sabe entre ellos.—Lo que dicen.—Lo que se callan.—Lo que aparentan.—La afición geográfica.—El mareo.—Jovialidad y apetito.—Diversiones.—Deseo de llegar á tierra.—El capitán del <i>Valencia</i> .—Los oficiales.—El cura.—Los marineros.....	1
II	HABANA.—El puerto.—Movimiento de embarcaciones.—Entrada en la ciudad.—Aspecto del muelle y los alrededores de la Aluana.—Agentes de policía en reposo.—La Habana antigua y la nueva.—Edificios públicos y particulares.—La Universidad.—Instrucción pública.—Bibliotecas.—Policía urbana.—Seguridad pública.—Los <i>ñáñigos</i> .—El periodismo.—La afición á los toros.—Los teatros.—Margarita Pedroso.—Sociedades literarias.—Una discusión en el Liceo.—Las iglesias.—La casa Consistorial.—Dos cuadros.—Pocas librerías.—Establecimientos de recreo.—Muchos cafés.—La usura y el ahorro.—Resabios de ostentación.—Coches y cocheros.—Religion y lujo.—Virtudes sociales.—La mujer cubana.—Las habitaciones.—Cercanías de la ciudad.—El Acueducto.—Las obras de Vento.—Un amigo bondadoso.—El Almendares.—El Cementerio nuevo.—Costumbres funerarias.—Los <i>sacatecas</i> .—Declaraciones y salvades.—Síntesis.....	13
III	EL SOL DE LAS ANTILLAS.....	35

IV	LA TEMPESTAD.—Preparativos.—Crece la nube.—Las primeras ráfagas.—Temor de los pasajeros.—La bitácora.—¡ Tres grados bajo cero!—En plena tempestad.—Noche de angustia.—Accidentes.—Lucha y defensa.—El nuevo día.—La presencia del piloto.—Decrece la tormenta.—Mar de fondo.—¡ Por fin!.....	39
V	NUEVA-YORK.—ASPECTO GENERAL.—El Hudson y sus riberas.—Movimiento y variedad de buques.—Fortificaciones.—La vista del puerto.—La ciudad cosmopolita.—Lo que es y lo que fué.—Impresion de asombro.—Edificios soberbios.—El lujo del Comercio y de la Industria.—Las calles.—El ferro-carril elevado.—El vapor y la electricidad.—Las casas.—Arquitectura yankee.—Iglesias y monumentos.—Carácter comercial.—El negocio.—El anuncio.—El espíritu de asociacion.—Carácter de los neoyorquinos.—El hombre.—La mujer.—Respeto á la ley.—La policia.—La instruccion primaria.—Por qué prospera el pueblo norte-americano.....	49
VI	ENSEÑANZA PÚBLICA.—Las escuelas.—Condiciones higiénicas de los edificios.—Secciones escolares.—La mujer en la escuela primaria.—DIRECCION Y ÓRDEN.—La música como elemento de educacion.—Funciones del Director.—Método de enseñanza.—Estudio y cultivo de las facultades intelectuales del niño.—Psicología pedagógica.—Progresos de la enseñanza popular.—Las bibliotecas.—Escasez de obras contemporáneas.—Tesoros bibliográficos de la antigüedad.—Autógrafos españoles.—Un códice de Lope de Vega.— <i>Los jóvenes cristianos</i> .—Prodigios de la Asociación.....	73
VII	LOS PERIÓDICOS.—Afeccion á la lectura.—Fortunas colosales adquiridas en el periodismo.— <i>The New-York Herald</i> .—Su instalacion.—Las máquinas donde se imprime.—Servicio de anuncios.—Muestras de estos anuncios.—La Frank Leslie, célebre publicista norte-americana.—Sus principales periódicos.—La visita.—Recuerdos de España.....	82
VIII	LA JUSTICIA.—Los amores de un <i>policeman</i> .—Juicio público.—La defensa.—El <i>Quijote</i> en los tribunales.—A presidio por amor.....	91
IX	ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES.—Abundancia y diversidad de espectáculos.—El trabajo y la diversion.—Los teatros.—Có-	

Páginas.

mo se paga á los buenos artistas.—La ópera inglesa.—Un teatro morisco.—Decoraciones y efectos de luz.—Precauciones para los casos de incendios.—Teatros-tabernas.—*The sporting theatre*.—El *boxing*.—El domingo en Nueva-York.—Excursiones campestres.—Parques, playas, suburbios y cercanías de la ciudad..... 97

X ——— LAS PRISIONES.—Cárcel de Nueva-York, *Las Tumbas*.—Aspecto y condiciones del edificio.—Funciones del juez.—Penas y castigos.—Los calabozos.—El patio de la muerte.—Sing Sing.—Paisajes primorosos.—Un presidio sin guardia.—La regeneracion moral por medio del trabajo.—Los talleres del presidio.—Lo que ganan y ahorran los presidiarios.—Conclusion..... 109

APÉNDICE.—La mujer en las oficinas del Estado. 117

OBRAS DEL MISO AUTOR.

- TIPOS Y CARACTÉRES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885...\$“ 75
- COSTUMBRES Y TRADICIONES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885..... “ 75
- VARIAS COSAS, coleccion de artículos, narraciones, sátiras, semblanzas y juicios literarios..... “ 75
- BERNARDO DE BALBUENA, estudio biográfico y crítico..... “ 25
- EL BUSCAPIÉ, semanario popular de crítica literaria, artística, política y social. Van publicados diez tomos y cada uno se venden á.....\$6 “
-

EN PRENSA.

DE PUERTO-RICO Á MADRID, estudios de viaje, segundo volúmen de la série que empieza con HABANA Y NUEVA-YORK.

EN PREPARACION.

SEMBLAZAS PUERTO-RIQUEÑAS.

PICA-PICA, novela de costumbres.

DE PUERTO-RICO Á MADRID.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- TIPOS Y CARACTÉRES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885...\$“ 75
- COSTUMBRES Y TRADICIONES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885..... “ 75
- VARIAS COSAS, coleccion de artículos, narraciones, sátiras, semblanzas y juicios literarios..... “ 75
- BERNARDO DE BALBUENA, estudio biográfico y crítico..... “ 25
- HABANA Y NUEVA--YORK, estudios de viaje, un volúmen de 132 páginas. “ 25
- EL BUSCAPIÉ, semanario popular de crítica literaria, artística, política y social. Van publicados diez tomos y cada uno se venden á.....\$6 “
-

EN PREPARACION.

SEMBLANZAS PUERTO-RIQUEÑAS.

PICA-PICA, novela de costumbres.

DE PUERTO-RICO A MADRID.

ESTUDIOS DE VIAJE

POR

Manuel Fernandez Juncos.

11



PUERTO-RICO.

BIBLIOTECA DE "EL BUSCAPIÉ."

San Francisco num. 61.

1886.

Copy 2

Esta obra es propiedad de su autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DE PUERTO-RICO A MADRID.

I.

CADIZ.

La ciudad vista desde el puerto.—El amanecer.—Matices y cambiantes.—El ciclo de Andalucía.—Expresion de Byron.—Los boteros.—La procesion del *Corpus*.—La enramada.—Aspecto de las calles.—Devocion andaluza.—Oraciones y chicoleos.—La verbena.—La ciudad blanca.—Edificios notables.—La Catedral.—Panteon subterráneo.—Obras de arte.—Tradicion.—La iglesia de San Felipe Neri.—Las Córtes del año 12.—La casa de Argüelles.—Santa Catalina.—La última obra de Murillo.—Pinturas y pintores.—Parques y jardines. Esculturas.—El cardenal Silos Moreno.—¡ *A los toros!* El Ayuntamiento.—Sala Capitular.—Cuadros y bustos.—Antigüedades.—Academia y Museo de Bellas Artes.—Sus obras principales.—Galería Saenz de Tejada.—Riqueza pictórica.—Decadencia comercial de Cádiz.—Causas principales que la determinan.—Costumbres populares.—Las tabernas andaluzas.—Manzanilla y amotillado.—Alegria y buen humor.—Lo flamenco.—¡ Ole!—¡ Venga de ahí!—Carácter del pueblo gaditano.

Cádiz había sido siempre la ciudad de mis ensueños. Desde niño me la figuraba como un prodigio de belleza, como una mansion de alegría sin par y de inagotables deleites, como un precioso nido de amores, de recuerdos y de esperanzas.

Su origen remotísimo, su admirable situación, las vicisitudes de su historia antigua, el recuerdo de su conquista, que va unido á una de nuestras glorias literarias de la Edad Media, sus hijos ilustres, sus leyendas y tradiciones, su heroísmo en grandes ocasiones y su acendrado amor á la libertad, todo había contribuido á formar y embellecer aquella grata idea en mi imaginación, algo propensa á lo maravilloso en los primeros años de mi juventud.

Predispuesto el ánimo de tan singular manera, y abriantadas más y más aquellas imágenes por el deseo de ver tierra española, hice la travesía de Nueva-York á Cádiz con la viva ansiedad de un niño que espera por momentos la aparición de un hermosísimo juguete.

Llegué por fin al anhelado puerto, pero la noche no me permitió apreciar por de pronto el aspecto de la ciudad desde la bahía. Veíase á lo lejos, entre el cielo y el mar, un caprichoso grupo de luces que indicaban el lugar de la población; pero no se podía distinguir nada de ella en medio de la oscuridad.

La vista de Cádiz al amanecer fué para mí como una espléndida compensación de las penosas brumas del Norte y de la triste monotonía de mar y cielo

que se advierte en la navegacion trasatlántica.

El hermoso cielo de Andalucía, limpio, terso y nacarado como el de los trópicos, mostraba en aquella ocasion los cambiantes magníficos de la aurora: sonrosado y brillante hácia la parte oriental, en donde ya se anunciaban los fulgores del sol naciente, azul claro y hermoso en el centro y amoratado y turquí en el occidente, por donde se escapaban las nocturnas sombras, iban confundiéndose estos colores en tan suave y singular gradacion, que parecían mezclados y extendidos en aquellas celestes regiones por sutil y misterioso difumino. Y allá en lontananza, como sirviendo de lazo de union entre las rosadas tintas de la luz naciente y las vagas sombras de la noche que se despedía, destacábase sobre el azul purísimo del firmamento la bella Cádiz, tan risueña y tan encantadora como la había soñado mi fantasía. Sus airosas murallas, sus edificios blancos, vistosos, esbeltos, coronados de graciosas torres y festoneados minaretes, sus cúpulas brillantes, sus lindas verjas y el primoroso cerco sombrío que forman en derredor de tanta blancura las alamedas de *Apoluca* y el *Perejil*, ofrecían en aquella hora un primoroso conjunto.

La voluptuosa y alegre ciudad donde—segun la expresion de Byron—se refugiaron los placeres y estableció su culto Vénus despues de la ruina de Pafos, se presentaba ante mi vista con magníficos efectos de luz que realizaban su perspectiva. El sol, que levantaba ya su disco de fuego sobre el horizonte, iba iluminando fuertemente aquel hermoso grupo de blancos edificios, que parecían formados de nieve, con todos los primores de calado y filigrana propios del arte musulman.

Vista Cádiz á tal hora y desde el medio de la bahía que le sirve de espejo, figuraba una hermosa franja de encaje enlazando por aquel sitio el cielo con el mar.

*
* *

Un gran número de pequeñas embarcaciones se acercó luego á los costados de la nave que me conducía, y daba gusto ver y oír de qué manera aguzaban el ingenio aquellos boteros andaluces, en solicitud de fletes y pasajes. Aquello era un verdadero derroche de chistes, de agudezas y de maniobras hábiles para interesar á los pasajeros en favor de tal ó cual batel. Hasta los había con *cantuor* y guitarra, para hacer más divertido y ameno el viaje por la

bahía. Yo me fuí con uno de éstos, cuyo patron me había dicho con mucha gracia :

—Ceñorito, embarquece ozté conmigo, que yevo aquí manzaniya, múzica y petenera. Ci ce junde *er* bote, noz ajogaremoz en andalú.



“Era dia del *Corpus*, y estaban cubiertas y enramadas las calles principales por donde había de pasar la procesion. Un toldo blanco extendido á la altura de las azoteas cubría completamente las citadas calles, frescas y limpias, aunque excesivamente angostas, y desde el toldo hasta la altura de los balcones del primer piso pendían de hilos invisibles bellas guirnaldas, hermosos y perfumados ramilletes, flores de todas clases y matices, que se movían levemente en el aire á diversas distancias, como lluvia continua de tan fragantes y delicados objetos. Es admirable y gratísimo el golpe de vista que produce esta galante y popular enramada.

La procesion del *Corpus*, lenta y aparatosa, recorrió despues aquellas floridas calles, bajo una verdadera lluvia de hojas de rosas, que desde los encortinados balcones caían en caprichosos giros sobre el

pallio del Sacramento y las vistosas mantillas de las gaditanas.

Cádiz es por lo general un pueblo muy devoto, pero devoto á la española ó—más propiamente dicho—á la andaluza. Su devocion es alegre, bulliciosa y galante como ninguna. El amor á las cosas del cielo no impide que se admiren y se adoren á la vez los primores de la tierra, y nadie se escandaliza de oír entre *salve* y *pater-noster* una oracion mundanamente amorosa ó un graciosísimo chicoleo.

*
* *

Por la noche se iluminaron espléndidamente las mismas calles entoldadas y decoradas todavía, y hubo en ellas la fiesta popular más animada y más risueña que he visto.

A uno y otro lado de la carrera, desde la Catedral hasta la plazuela en donde está la casa del Ayuntamiento, había una interminable fila de majas y majos con engalanados puestos de dátiles, pasas, uvas frescas, avellanas y almendras tostadas, dulces y confituras de todas clases, horchatas, limonadas y otros varios refrescos, y muchas flores y frutas de la estación. Delante de estos vistosos y enfilados puestos, y á cada

lado de la calle se extendía una hilera de sillas ocupadas generalmente por hermosísimas jóvenes gaditanas de ojos incendiarios, rostro expresivo, mantilla terciada, alta peineta, y trajes de airoso corte y de alegre y vivo color.

Por el espacio que había entre una y otra hilera de puestos y sillas, de frutas en venta y mujeres en exhibición, iba pasando sin cesar y en apretada corriente un inmenso y abigarrado gentío, compuesto de todas las clases sociales de la ciudad.

Allí era de oír el chiste ocurrentísimo y espontáneo, el expresivo requiebro, la sátira picante, el alegre punteo de las vihuelas, el entusiasta *¡ole!* y el armonioso y lánguido cantar.

No es posible concebir un cuadro más animado, más rico en detalles y accidentes, ni más lleno de vida, de movimiento y de color.

Miradas amorosas que se cruzan, palabras insinuantes que se cambian, cuerpos que se frotan al pasar, trajes que se enredan, abanicos que se caen, pañuelos que desaparecen; *chulos* que briundan, majas que cantan, chiquillos que pregonan, *guapos* que riñen, damas que se asustan, oleadas de gentes que se chocan, se oprimen, se entremezclan y forman la corriente humana que circula

por el estrecho cauce ya descrito. La procesion pagana del placer y la alegregria, en el mismo lugar por donde andaba algunas horas antes la procesion del sentimiento religioso. La misma decoracion, las mismas guirnaldas, la misma escena y quizás los mismos actores, sólo que ahora los trajes eran más vivos y las mantillas más despejadas, habia más expresion en los semblantes, más libertad en las palabras y en los ojos de las andaluzas más luz.

La profusion y belleza del alumbrado á *giorno* daba á este cuadro de fiesta popular un golpe de vista hermosisimo y deslumbrador.

*
* *

El aspecto interior de Cádiz es agradable, aunque no tiene nada de suntuoso.

Las calles son por lo general muy estrechas, y las casas de arquitectura sencilla y de poco lujo exterior; pero están siempre tan blancas, tan pulcras, y hay allí tal prurito de aseo y ornato público, tanto en los vecinos como en las corporaciones, que en todo el recinto de la ciudad se disfruta constantemente el gracioso atractivo de la limpieza. La refraccion solar por el dia y la del alumbrado por las noches en

aquellas paredes blancas como el armiño, lleva suficiente luz al fondo de las angostísimas calles, que de otro modo permanecerían en eterna penumbra, como acontece aun en algunas poblaciones españolas de origen musulman.

Entre los edificios públicos más notables por su aspecto arquitectónico, merecen especial mencion la Catedral, el Ayuntamiento y la iglesia de San Felipe Neri. La Aduana carece de mérito artístico, aunque es obra notable por su tamaño y solidez.

La Catedral es un edificio de agradable conjunto exterior y de hermosa fachada; pero sus obras más importantes y artísticas hay que buscarlas en el interior. El Panteon subterráneo que se extiende desde el crucero hasta el altar mayor es obra de mérito extraordinario, especialmente sus arcos planos que sostienen una cúpula rebajada de mayor diámetro y menor sagita que la del Escorial. Los arcos en ángulo de las capillas que rodean el presbiterio son tambien obras atrevidas y de bella construccion.

Hay en este edificio riquezas artísticas de primer orden, tales como el famoso coro de la Cartuja de Sevilla, el gran cuadro del Martirio de San Sebastian, de Ansaldo,

verdadera joya de la escuela italiana; una Santa Teresa, de Cornelio Schut; La Adoracion de los Reyes, de Agustin Castillo (escuela de Velazquez), y algunas esculturas de Gonzalez el Granadino y de Juan Martinez Montañez.

En el dintel interior de la puerta principal hay dos cabezas de diablo, una de ellas admirablemente cincelada.

La tradicion atribuye esta escultura á un marmolista desconocido, que importunaba al director de las obras de la Catedral pidiéndole trabajo, hasta que, cansado este último de oír la misma demanda por espacio de muchos dias, le tiró al importuno un pedazo de mármol diciéndole desdeñosamente:

—Trabaje usted.

—¿Y qué hago? le preguntó el artifice?

—Haga usted. . . . ¡un diablo!—le contestó malhumorado el maestro.

Puso aquél manos á la obra, y tales trazas se dió en la ejecucion, que al poco tiempo habia terminado la cabeza de diablo ya aludida, y una vez satisfecho su amor propio, herido por la desdeñosa resistencia del director á darle trabajo, desapareció.

Celebróse mucho el mérito de la obra;

pero no fué posible encontrar al autor para que hiciese la compañera.

Cuantos escultores intentaron completar la obra del artista incógnito, quedaron en su copia á gran distancia de él. La mejor que pudo obtenerse, y que actualmente acompaña á la original, es de una inferioridad muy notable.

*
* *

La iglesia de San Felipe Neri es de forma oval y de muy buen gusto artístico.

Tiene además el mérito histórico de haber albergado entre sus muros á las célebres Cortes españolas, durante la guerra de la Independencia. Celebrábanse las sesiones en el centro del edificio. El altar mayor estaba cubierto con un velo: cerca de quel había un retrato de Fernando VII custodiado por dos guardias de Cors. Las galerías de la Rotonda servían de tribunas para el público. En la capilla del sagrario se construyó con tablas la tribuna de la prensa y de los taquígrafos.

En la parte exterior del edificio se lee la siguiente inscripcion:

“A LOS ILUSTRES DIPUTADOS DE LAS CÓRTESES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS QUE CONGREGADOS EN

ESTE EDIFICIO FORMARON EL CÓDIGO DE 1812, FUNDAMENTO DE LAS LIBERTADES PÁTRIAS, QUE ABOLIERON EL INÍCUO TRIBUNAL DE LA INQUISICION Y QUE CON SU ENERGÍA DEFENDIERON EL PAÍS CONTRA LAS HUESTES DE FRANCIA.—EN TESTIMONIO DE GRATITUD Y ADMIRACION, EL AYUNTAMIENTO DE 1885.”

El año 1823 hubo tambien Córtes españolas en esta iglesia, mientras duró el estado de sitio que puso fin, por entónces, al sistema constitucional.

Un gran sentimiento de admiracion conmovía mi ánimo al contemplar aquel sagrado recinto, donde por primera vez se proclamaron en España los derechos del hombre y la soberanía nacional.

No léjos de allí, en una modesta casa de la antigua plazuela de los Pozos de la Nieve, hay otra inscripcion que recuerda á uno de los más grandes caractéres de aquella inolvidable Asamblea. Dice así:

“EN ESTE EDIFICIO, EL ILUSTRE CIUDADANO DON AGUSTIN ARGÜELLES, PATRIARCA DE LAS LIBERTADES ESPAÑOLAS, ESCRIBIÓ EL PREÁMBULO DEL VENERANDO CÓDIGO DE 1812.—COMO TRIBUTU DE HONOR Á LA MEMORIA DE ESTE DISTINGUIDO PATRICIO, EL AYUNTAMIENTO DE 1855.”

En el altar mayor de la citada iglesia de San Felipe, hay un cuadro de la Concepcion, obra de Murillo, no el mejor que ha hecho sobre este mismo asunto, sino

uno de aquella hermosa série en la que se pueden estudiar por comparacion las *maneras* sucesivas del gran pintor sevillano, y la forma en que su pincel iba perfeccionando gradualmente la más bella y espiritual de sus creaciones.

Veinte y cinco templos más hay en Cádiz dedicados al culto católico, y en casi todos se encuentran obras de arte dignas de la consideracion del viajero. En la iglesia de Santa Catalina, llamada vulgarmente de los Capuchinos, está el famoso cuadro de Murillo que representa los desposorios de Santa Catalina, última obra de este gran pintor, que no pudo terminarla por haberse caído él del andamio cuando la pintaba, y haber muerto poco despues, de resultas de la caída. Terminó aquella obra Meneses Osorio, el discípulo é imitador más aventajado de Murillo. Hay tambien un San Antonio de este pintor, dos cuadros más pequeños de Meneses y un hermoso lienzo, pintura italiana, que se atribuye á Domingo Zampieri.

En la del Rosario hay un hermoso cuadro de Herrera, y en la de los Angeles es muy digna de verse una bella escultura representando el *Ecce-Homo*, obra de la famosa artista Luisa Roldan.

Tambien es digno de elogio el Cristo llamado de la *buena muerte*, obra de Juan Martinez Montañez, en la iglesia de San Agustin.

Por lo demás, ni la forma arquitectónica de estos templos ni sus obras interiores ofrecen particular interés. Únicamente el oratorio de la Virgen del Refugio llama la atencion por sus hermosas columnas de mármol, jónicas y corintias, y por el gusto artístico de su distribucion.

*
* * *

Hay en Cádiz abundancia de parques y jardines públicos, generalmente pequeños, pero cultivados con exquisito gusto y ordenados con primor. Distribuidos entre estos sitios amenos y en otros lugares de la ciudad se hallan algunas estatuas de bastante mérito, como la de Lucio Cornelio Balbo, célebre caudillo gaditano, primer extranjero que obtuvo en Roma los honores del triunfo; la de Columela, poeta y filósofo, autor de *Re Rustica*, y las de San German y San Servando, patronos de la ciudad.

Enfrente de la Catedral hay tambien una hermosa estatua de bronce, del Cardenal D. Domingo de Silos Moreno, que

siendo Obispo de Cádiz contribuyó muy eficazmente á la terminacion de aquel gran templo.

Esta estatua, que se eleva sobre un esbelto y artístico pedestal, amaneció un domingo con calañés, faja, chaquetilla, un cigarro en la boca, una garrocha en la mano y un gran letrero que decía :

¡¡Á LOS TOROS!!

Causó gran entusiasmo entre la gente chula este disfraz y este anuncio (porque en efecto había toros aquella tarde), y nadie supo dar cuenta de quién había sido el autor de tan original *toilette*.

*
* *

El palacio del Ayuntamiento sólo es notable por su artística fachada y por la pequeña sala Capitular, preciosa muestra de arquitectura interior de la época del renacimiento. Hay en esta sala algunas esculturas y retratos de hijos ilustres de Cádiz, y las banderas de los voluntarios de la libertad en 1808 y 1814.

En la escalera hay un gran cuadro de la antigua escuela sevillana, atribuido á Cornelio Schut. Representa un grupo de

ángeles alrededor de los dos Santos Patronos de la ciudad.

En una de las galerías bajas hay varios retratos de emperadores de Roma. Algunos de ellos parecen pintados por Tiziano.

Las demás pinturas que se conservan en este edificio son obras de poco valor.

Hay en el patio algunas lápidas romanas de edad bastante remota y con curiosísimas inscripciones.

*
* * *

Mi afición al estudio de las bellas artes me llevó también al Museo de Pintura y Escultura, en donde ví algunos cuadros de gran valor y algunas esculturas de mérito.

Hay en la escalera un vaciado de la gran estatua de Hércules Farnesio, y algunos bustos de mármol dignos de verse. En la sala de la Presidencia hay también algunos bajos relieves de bastante mérito, entre ellos un vaciado de Miguel Ángel, que representa á *Constantino acogiendo á la religion cristiana*, y en la galería de estatuas y bustos hay el *Apolo de Belvedere*, los dos *Antinoos*, el *San Gerónimo de Torrignano*, el *Apolino*, *Ganimedes*, *Páris*, el

Fauno de los platillos, Germánico, el dios Pan, el Sacerdote griego, el Júpiter, el Marco Aurelio, -Alejandro moribundo, Adriano, Caracalla, Perseo, Medusa, el Gladiador moribundo y otros varios prodigios del arte griego y romano. Hay también en este departamento un modelo del famoso *Colosseo de Roma*, tal como se hallaba en 1797. Está primorosamente tallado, y es obra del célebre escultor napolitano Domingo Padiglione.

La mayor parte de los cuadros antiguos que cubren las galerías de este Museo procede de los conventos de la provincia.

Hay catorce hermosos lienzos de Zurbarán, el gran maestro de la sombra, inimitable en la pintura de frailes, ascetas y penitentes; un buen *San Francisco*, de Alonso Cano; un *Ecce-Homo*, de Murillo, acaso el más notable de los suyos por la dignidad y dulzura de la expresión y por el encanto del colorido; un *San Pedro*, de Velazquez; *La presentación de la cabeza del Bautista á Herodias*; un *San Miguel* y un *Angel Custodio*, de Lucas Giordano; un *San Bruno*, de Plácido Constanci; una preciosa *Cabeza de San Pedro*, de Rivera, (Spagnoletto) *La muerte de Abel*, por Bianchi; un *San Francisco*, de Greco; un *San*

Gerónimo, de Rubens; una *Virgen de la Faja*, copia magistral de la de Murillo, atribuida á su discípulo Tobar; *El Descendimiento*, por Guido Reni; *Un frutero*, por H. Heem, y algunas copias más ó ménos felices de Reni, Velazquez, Rivera, Murillo, Claudio Coello y Zurbarán.

Entre los cuadros modernos originales, distínguese uno del Gran Capitan en el episodio de la sublevacion militar en Nápoles, uno que representa á Murillo en la caida del andamio, el sacrificio de Guzman en Tarifa, y algunos más que no recuerdo con precision.

En la galería particular del Sr. Saenz de Tejada, hay tambien—entre otras varias joyas del arte pictórico—un *Cristo camino del Calvario*, magnífica pintura de Alberto Durero; un *Ecce-Homo*, de Morales (el divino); un *San Félix* y cuatro primorosos bocetos de Murillo; *La pescadera*, hermoso cuadro de Gerad Dow; un *San Francisco*, del Greco; *El niño de las cerezas*, bellissimo cuadro de Maratta; *La muerte de San Pedro*, del Tiziano; una *Virgen*, de Roelas; una *Magdalena*, de Alonso Cano; *El llanto de San Pedro*, de Rivera; *Una cacería*, de Cornelio Schut, y un *Santo Tomás de Aquino*, de Zurbarán.

Como yo no tenía noticia de que hu-

biese en Cádiz tan apreciables obras artísticas, tuve doble motivo de complacencia en admirarlas y en reconocer que es ésta una de las ciudades españolas en donde se rinde más provechoso culto á las bellas artes.

*
* *

Como Cádiz era el desembarcadero natural de las grandes riquezas del Nuevo Mundo, adquirió mucha importancia durante los siglos XVI, XVII y XVIII, y aún la conservó en los primeros años del presente; pero la emancipacion de los pueblos más ricos y poderosos de la América española, y posteriormente la competencia comercial de Málaga, Barcelona, Valencia, Santander y otros puertos de la Península, muy favorecidos actualmente por los buques destinados á la navegacion trasatlántica, han sido causa de la gran decadencia de Cádiz en el órden económico. Su principal comercio se reduce hoy á lo que llaman allí *tiendas de montañés*, término medio entre tabernas y fondas, en donde la comida se compone especialmente de aperitivos para *hacer boca*, y sirve de pretexto para beber á largos tragos el famoso vino de Jerez y de Sanlúcar de Barrameda.

Lo más notable de su industria consiste en varias joyerías, alguna que otra fábrica de guitarras, de cordones, de fideos, de dulces, etc.; pero en honor de la verdad declaro que las dos mejores fábricas que he visto en toda la ciudad eran de naipes.



Lo que no ha decaído ni tiene trazas de decaer en Cádiz, á pesar de su mermada fortuna, es la alegría y el buen humor. Ya dista mucho de ser un gran centro fabril, pero sigue siendo la ciudad de los placeres como en sus mejores tiempos.

Habrá en esta ciudad quien no trabaje, pero no habrá, de seguro, quien no se divierta, á lo menos por falta de ocasion.

A todas horas del dia y de la noche se oye el animado rasgueo de la guitarra, el lánguido suspiro de la *soleá*, la melodía voluptuosa de la *serrana* y la *seguidilla*, el ¡olé! y el palmoteo de los jaleadores, todo ello acompañado de risas, gritos, choques de copas, ruido de zapateos y otras varias demostraciones de júbilo y animacion.

Las ya citadas tiendas de montañeses, que se encuentran á cada paso en todas las calles de la ciudad, son como á manera

de grandes arpas eólicas, de donde salen todos estos rumores de filarmónica orgía y de galante francachela, que constituyen quizás la nota más persistente y característica de las costumbres gaditanas.

Varias veces me detuve delante de estos establecimientos, cediendo á mi curiosidad de ver cómo se divertían sus parroquianos, y siempre ví el local de la tienda casi desierto. A un lado había varios toneles con pinturas y rótulos muy expresivos, referentes á la bondad y fama del vino que contenían; enfrente el escaparate con botellas y comestibles, y detrás del mostrador dos ó tres mozos despachando sin cesar *cañas* y platos para los departamentos interiores, de donde salía la música y la algazara segun iban entrando el *tintillo* de Rota, el *manzanilla* de Sanlúcar y el *amontillado* de Jerez.

Aquellas puertas que dan entrada y salida á la calle por el lado del mostrador, son poco ménos que inútiles. Raro es allí el bebedor que llega, pide, toma, paga y se vá inmediatamente, como en cualquier taberna vulgar.

En Cádiz se honra demasiado el jugo de la cepa andaluza para tratarle con tal desdén, y no es cosa de echarse al cuerpo el vino más alegre y generoso del mundo

como quien se bebe un miserable trago de peleon.

Por eso allí los consecuentes adoradores del néctar jerezano le consagran lo mejor que tienen: en la juventud sus amores, en la edad madura su experiencia y en la vejez sus recuerdos. Las aventuras galantes, las discusiones políticas, el encuentro de un amigo, la celebracion de unas paces, la noticia grata, el nacimiento de un niño, la compra ó venta de un rocin, todo se *bebe*, se *paladea*, se *pisa* y se *remoja* en los altares de Baco, distribuidos en forma de garitas ó camarines en la espaciosa trastienda del montañés.

Nadie entra solo ni sale triste de aquellas amables grutas del placer y del aturdimiento, donde el olor y el gusto de la pescadilla predisponen en favor del amonitilado, éste excita la hilaridad y la elocuencia, y la música y el canto se imponen al fin como demostraciones naturales de la alegría meridional, que está disuelta en el vino y circula aceleradamente por las venas del que lo toma, hasta comunicarle el entusiasmo, la viveza, la espontaneidad y las pasiones propias del carácter andaluz.

La primera noche que pasé en Cádiz apenas pude conciliar el sueño á causa del

bullicio, la música y las canciones que se oían por todas partes.

Se celebraba la berverna del *Corpus* y atribuí á esta circunstancia toda aquella insistente y carnavalesca animacion; pero como al otro dia continuaba el jaleo y por la noche se repetían la música, los bailes y las canciones, pregunté á uno de los mozos de la posada si podría encontrar un dormitorio donde no se oyera tanto ruido.

—Pue ruido, é decí música y de aquí y de acá—dijo el mozo palmoteando y haciendo una señal expresiva de baile—ezo lo hay donde quiera y ce oye por tóoz cuatro coztao. Ezo aquí ez la coza maz naturalá....

—¿Y hasta cuándo dura?

—Pue dura ciempre, graziaz á Dió... ¡Apañaito que estaría Cáí er dia que ce acabara ezo !

—Pero entónces ¿cuándo duermen aquí?

—¡Toma! Cuando hay mucho zueño. Cuando no, ce divierte uno, que pa ezo noz ha criado Dió..... ¿Quiste ir al patio é la *Barbiana*, onde puntea Guindilla y canta er Chiclanero y hay unas bailaroras hazta ayí....?

—No, gracias, no estoy de humor.

—Pue uzté ce lo pierde, niño; que hay ayí caa cacho é cielo que no hay más que vé.

Apenas pude conciliar el sueño aquella noche en medio de tanta bulla. Cada vez que me despertaba oía los mismos cantares, la misma música, las mismas exclamaciones de ¡olé! y ¡venga de ahí! el mismo derroche de tiempo y de dinero, de salud y de buen humor.

* * *

El pueblo gaditano es alegre, festivo, impresionable, simpático y decididor.

Propende á la diversion más que al trabajo, le tiene más ley al vino que al agua (en lo cual muestra ingeniosamente que no es rana), y siente hácia la música y el baile una inclinacion particular.

Es católico por costumbre, pagano por temperamento y artista de corazon.

Ama la libertad como pocos, y el aseo y la blancura como ninguno.

El amor es su vida, el despótismo su muerte, el trabajo su pena y las corridas de toros su gloria.

Se pasa de listo, es patriota y valiente cuando llega el caso, pero no peca de pendenciero ni de maton.

Cádiz es la ciudad andaluza que cuenta menos casos sangrientos en su estadística criminal.

II.

LA NOVELA DE UN ESTUDIANTE.

INTERMEDIO.

Cuando estuve en la ciudad de Cádiz, el año anterior, sucedióme un caso digno de referirse por el interés que encierra, y por lo que se relaciona con una costumbre más ó ménos generalizada en ciertas poblaciones del litoral andaluz.

Visitaba yo la plaza de la Libertad una mañana, á la hora en que ofrece más animacion y mayor variedad de tipos y de escenas populares aquel bullicioso Mercado, cuando advertí á la salida un puesto de libros que excitó mi curiosidad. Era un revuelto monton de volúmenes visiblemente deteriorados, entre los que alternaban zapatos viejos, visagras viudas, yerros oxidados, espejos rotos, tijeras sin punta y otros muchos objetos y baratijas de diversa forma, de oscura procedencia y de dudosa utilidad.

Fuíme derecho á los libros, y estuve más de un cuarto de hora buscando entre ellos alguno de verdadera importancia, ó que pudiera serme útil ó agradable por algun concepto.

Ninguno me servía.

Eran novelas vulgarísimas, tomos de varias obras incompletas, devocionarios insulsos, almanaques de años pasados, historias de Fierabrás y de Bertoldo, alguna gramática anglo-española sin clave y muchos libros sin principio ni fin, como dicen los catecismos en la definicion de Padre Eterno.

El vendedor se esforzaba en ponderar con frases disparatadas aunque ingeniosas, los volúmenes que yo iba examinando:

Loz Mojicones de Paríz por Don Alejandro Dima, obra famoza, con media libra é dátilez y un jigo chumbo, too miel, por trez pecetaz. . . . Mizté aquí otro libro güeno. . . . *Táctica melitá*. . . . pa lo zordao. . . . *Camino recto y ceguro*. . . . puéz pa ir á la gloria cin fatiga. ¡ Velay la zalvacion por cuatro perroz chico! Maz barato no lo dá ni er cura é mi parroquía. *Poecía*. . . . *de*. . . . *Grillo*. . . . ¡ vaya ci cerán chillonaz y divertía! *Er perro Paco*. . . . *Zanche* . . . *Pez*. . . . *Pezcaero*.

—¡ Venga ece !—gritó al instante un chulo que pasaba por allí !

Tomó el libraco, leyó un momento en la portada y dijo, tirándole desdeñosamente sobre el monton :

—¡ Vaya un modo e leé, tio Rana !

—¿ Puez cómo dice ? Á vé *Sanche Pez Pezquera*. Y zen coplaz. ¡ Ea ! Lo mizmo dá. Ci no ez er de la cuadriya chicha, cerá otro. ¿ Está uzté ? Puée que cea hazta diputao ó regidó ¡ Tate ! Aquí hay un ringlon ezcrito bajo loz verzo. Á vé lo que dice:—*Mardita cea zu* ¡ Caracolez con la nota que le han puezto !

Aquí llegaba el vendedor andaluz en su desaliñado palique, cuando dí con tres volúmenes juntos atados con una cinta roja.

Ví que uno de ellos era la *Historia General*, por D. Fernando de Castro, segun el rotulillo del lomo, y disponíame á comprarla para pagar de alguna manera la atencion y la zalamería de aquel mercader *sui generis*, cuando él mismo me advirtió que no desatara el paquete, porque aquellos tres libros eran de un solo dueño (un montañés) y debían venderse en un lote para no trabucar las cuentas.

—¿ Y cuánto vale todo ?—le pregunté.

—Pue caci na, ceñorito. Cuatro pe-

cetaz pa er tendero, y lo que uzté quiera dar pa ezte cervidó.

Le alargué un duro, tomé el paquete, me dirigí á la posada y empecé luego á examinar mi compra.

Contenía el paquete la ya citada *Historia General*, por el Padre Castro, un ejemplar del libro de Cornelio Nepote, *De vita excellentium imperatorum ad pomponium atticum*, con notas en castellano por Gomez Zapata, y una libreta cuyas primeras páginas contenían apuntes de ropa, versos amorosos y algunos temas, análisis y declinaciones de latin.

El primero de estos volúmenes estaba garabateado con lápiz y con tinta en las portadas blancas y en los márgenes de las páginas impresas subsiguientes, con rasgos mal hechos, figuras estrambóticas, notas incoherentes y números sin relacion. Aquí una tumba, allá un buque, acullá un féretro, más allá un corazon como un repollo junto á un costal con brazos de araña y con rostro de mujer; todo disparatado y deforme, como hecho insensiblemente y pensando en cosas bien ajenas á las lecciones de historia y de latin.

Seguí ojeando los libros con cierta curiosidad.

La disposicion especial de aquellos

mamarrachos, el desórden de ideas que revelaban, su marcada tendencia á representar cosas tristes y sentimentales, y un si es no es de melancólico romanticismo que me parecía percibir en aquel pertinaz garabateo de algun estudiante preocupado, avivaban mi interés á medida que adelantaba en el exámen. De cuándo en cuándo hallaba en medio de aquellas figuras un nombre propio, *Flora*, escrito casi siempre en letras de adorno.

Desde la leccion XXI en adelante los dibujos eran ya ménos frecuentes y desordenados, y no figuraba entre ellos el nombre tantas veces repetido en las páginas anteriores.

Tambien se hallaba limpio y sin manchas el libro de Cornelio Nepote, á excepcion de la portada, en la cual un letrero manuscrito decía: *Ramiro Muñoz*.

Tomé luego la libreta, en cuyas primeras páginas hallé dibujos incorrectos y disparatados como los ya descritos, alternando con los apuntes de ropa y las traducciones de latin, y más adelante el mismo nombre de *Flora* en caractéres gruesos y adornados, sirviendo de epígrafe á la siguiente leyenda.

Celebré mucho el hallazgo de tan ingénua y sencilla relacion, que vino á reve-

larme una historia que yo vanamente trataba de adivinar ó reconstruir, por medio de indicios vagos y de hipotéticas deducciones.

Hé aquí lo que decía el manuscrito:

I.

“Nací en Reinosa.

La frialdad excesiva del invierno en esta region de Castilla la Vieja quebrantaba mucho mi salud, y mis padres resolvieron enviarme á Santander, ya por lo que aquel clima, algo más templado por los aires del mar, pudiera favorecerme, ya para que cursara en el Instituto las asignaturas de la segunda enseñanza.

Allí me enfermé más aún, no sé si por la falta del cuidado materno, que por primera vez dejaba de asistirme, ó por las condiciones poco higiénicas de la ciudad. Ello es que cuando volví á casa, en la época de vacaciones, mi buena madre lloró mucho al verme tan pálido y tan raquítico, y hasta noté que mi padre se esforzaba inútilmente en disimular su tristeza.

Durante el verano me repuse hacien-

do *vida animal*, como decía el médico de la villa. El aire puro de las montañas, la riqueza de los alimentos, las atenciones de la familia y las comodidades del hogar, restituyeron á mi organismo en poco tiempo la salud y las fuerzas que me habían abandonado.

Ya se aproximaba la época en que debía volver á la ciudad para continuar mis estudios, cuando el médico, solícitamente interrogado por mi madre, declaró que no era conveniente enviarme de nuevo á Santander; y como mi padre insistiera en la necesidad de que yo continuase los estudios, se convino en que me enviarían á otra ciudad de más templado clima, donde el invierno fuese más benigno y el aire más seco y más templado que en Santander.

—Pero que no sea muy léjos, decía mi madre.

El facultativo fué de opinion que debía elegirse á Cádiz.

—Es un clima casi tropical, dijo, donde el invierno viene á ser como la primavera en nuestras montañas. También está rodeado de mar, y esto le será al chico muy favorable.

—Pero es demasiado léjos, añadió mi madre tristemente.

Expuso el Doctor nuevas razones de ciencia; alegó mi buena madre razones de sentimiento, aduciendo alguna que otra lágrima en el litigio; mi padre habló de comunicaciones rápidas y de distancias que se acortan por medio del vapor, y al fin quedó decidido que me mandarían á Cádiz.

La despedida fué triste y conmovedora. Mi padre, que se esforzaba por parecer tranquilo, dióme algun dinero y muchos consejos. Mi madre quería trasmirtirme toda su alma á fuerza de sollozos y de lágrimas. Yo estaba inmutado y triste: sentía una gran confusion de ideas en la mente y una congoja indecible que me oprimía el corazon.

Cuando el silbido del tren anunció la hora de la partida, mi padre me condujo á la estacion, cuidó de mi pequeño equipaje, me instaló en el asiento que me correspondía y me abrazó cariñosamente. Luego sacó su viejo reloj de oro, joya de familia, muy estimada, que tenía en una de las tapas el retrato de mi madre y en la otra el de mi única hermana, que había muerto á los diez años de edad, vesó conmovido aquella doble reliquia y me la entregó diciendo:

—Toma, hijo mio. Consérvalo con

amor y llévalo siempre contigo, para que te acuerdes de nosotros en todo tiempo. . .

No dijo más. La máquina había empezado á rugir con resoplidos de fiera, y el tren iba á ponerse en movimiento.

Cuando mi padre bajó del wagon y volvió el rostro para despedirse, ví que estaban sus ojos llenos de lágrimas.

II.

Mi nueva residencia me pareció muy hermosa. Aquella ciudad blanquísima, aquel cielo siempre azul y despejado, como dispuesto á competir en su pureza con la blancura inalterable de la ciudad, aquel hermoso panorama de mar y tierra y aquella espléndida orgia de luz y de colores eran para mí como un mundo enteramente nuevo.

Me instalé en una modesta casa de la calle del Arrecife, me inscribí en la matrícula del Instituto, compré los libros correspondientes á las asignaturas del segundo año y dirigí á mis padres una carta extensa, detallada, casi poética, en la que hacía la descripción de Cádiz y refería fielmente mis impresiones.

Una sólo dejé de comunicarles, la más bella y dulce de todas, la que más honda-

mente afectó mi ánimo y le predispuso en favor de los objetos que me rodeaban. ¿Por qué no se la comunicaba á mis padres? No fué por temor ni por falta de confianza, sino por un sentimiento de delicadeza inefable, una especie de voluptuosidad del alma que me obligaba á callar y á gozar solo de lo que yo llamaba mi secreto, el secreto de mi corazón.

Vivía en la misma calle ya citada, y casi enfrente de mi cuarto, una jóven de extraordinaria belleza. Era alta, esbelta, airosa, de contornos esculturales y de fisonomía celestial.

Quedéme absorto al mirarla por primera vez. Yo no había visto ni me había imaginado nada igual, sino de una manera vaga y misteriosa en mis ensueños de adolescente.

No me sería fácil expresar el efecto que produjo en mí la vista de aquella jóven, ni entra tal expresion en mi propósito. Baste decir que me enamoré de ella perdidamente, con una vehemencia casi rayana de la locura.

¡Era mi primer amor!

Un gran desasosiego se fué apoderando de mi espíritu, y pronto advertí que no podía pensar en cosa alguna con tranquilidad, sin que al instante viniera á interpo-

nerse y á mezclarse con mis ideas el recuerdo de aquella jóven. Leía y repasaba mis lecciones pensando en ella y completamente abstraído en mi amorosa pasión. Todas las facultades de mi espíritu actuaban al rededor de esta idea fija, sin que tuviera yo energía ni voluntad bastante para dirigirlas á otro fin.

¡Era tan dulce pensar en ella!

A veces me sorprendía yo mismo durante las horas de estudio en un estado de sonambulismo especial, con la vista en el libro, la lengua articulando maquinalmente algunas palabras del texto y el pensamiento fijo en la hermosa vecina, sin darme cuenta del tiempo que había pasado en tal disposición.

Mi memoria se resistía entónces á retener las lecciones, y sólo conservaba de ellas un recuerdo vago y confuso, en el cual flotaba constantemente la gallarda imagen de aquella mujer, dominando todas mis ideas y avasallando todos mis pensamientos.

Ni siquiera podía consagrar á mis padres alguna que otra vez un recuerdo puro, exclusivo, independiente de cualquier otro afecto que no fuera el amor filial.

Todo el tiempo de que podía disponer, y no era poco, lo consagraba á mirar á mi hermosa vecina, por entre las celosías de la ventana de mi cuarto. La veía con frecuencia asomada á un pequeño balcon, donde se mostraba magestuosa y arrogante como una reina en su trono.

En medio de mi aturdimiento no se me había ocurrido averiguar quién era ella y á qué clase de la sociedad pertenecía. Lo esencial para mí era verla y amarla mucho sin que nadie lo sospechara. Me parecía una profanacion comunicar á otra persona mi secreto, y aún de *ella* misma procuraba recatarme en los primeros dias.

Desde mi observatorio espiaba con amoroso afan todos sus movimientos, siempre que se hallaba al alcance de mi vista. Desde allí pude tambien oir que otras jóvenes que vivían en la misma casa la llamaban Flora.

—¡Qué nombre tan bello,—dije para mí,—y qué apropiado para tan encantadora mujer!

*
* *

A veces la saludaban desde la calle, y contestaba ella con una dulce sonrisa ó con un expresivo ademan.

Miraba yo al instante á la persona á quien tales demostraciones se dirigian, y si era hombre me sentia contrariado y acometido por un repentino impulso de celos. Aquella sonrisa y aquel saludo de Flora que yo mismo no me atrevia á solicitar, me parecian una usurpacion por parte de los favorecidos.

Seguí amándola en secreto algunos dias más, sin aventurarme á comunicar á nadie mi pasion, ni á preguntar nada que pudiera revelar siquiera el estado de mi ánimo. Preferia que lo supiese ella sola, pero . . . ¿de qué modo?

Yo no tenia valor para dirigirle un saludo, ni para buscar y resistir siquiera una mirada suya. Pasaba siempre de prisa por delante de su casa, dirigia hácia el balconcillo una mirada temerosa y seguia adelante como aturdido, tropezando aquí y allá con los transeuntes y sin mirar en donde ponía los piés.

III.

Un domingo por la mañana la ví algo más acicalada y compuesta que otros días, aunque vestida con encantadora sencillez. Había cambiado su cotidiano traje de percal por otro de muselina, más ajustado y ceñido, que revelaba más fielmente las primorosas líneas de aquel cuerpo airoso y gentil. Una rosa natural, grande y fresca, lucía entre su cabello primorosamente recogido al rededor de la alta y calada peineta, y una mantilla blanca flotaba en hondas de espuma al rededor de aquella cabeza y de aquel pecho, realzando sus naturales atractivos.

Salió á la calle, iba sola y la seguí á larga distancia, admirando la gallardía de su cuerpo y su graciosísimo andar.

Entró en una iglesia, se arrodilló cerca de un altar de la Vírgen del Rosario y

empezó á orar con devocion y recogimiento.

Yo la contemplaba de cerca y me abstraia tambien en dulces é inefables meditaciones. El primer amor tiene algo de religioso, de místico, algo que eleva y que deleita el alma, sin intervencion interesada y material de los sentidos.

¡Ella estaba allí, casi á mi lado, los dos bajo el mismo techo, ante un mismo altar, y respirando ambos aquella misma atmósfera tibia y perfumada por el humo del incienso! ¡Todo esto me parecía en aquel instante el colmo de la felicidad!

Fija mi atencion únicamente en el objeto amado, ni advertí cuándo habia empezado la misa ni cuándo habia concluido. Sólo noté que Flora se levantaba y se disponia á salir.

Adelantéme á ella algunos pasos por un impulso impremeditado y rapidísimo, separé con algun esfuerzo las gentes que interceptaban el paso, llegué al tazon del agua bendita donde moqué dos dedos y los ofreci galantemente á mi adorable vecina. Pagó ella con creces mi diligencia rozando sus dedos con los míos para tomar el agua, y dirigiéndome una sonrisa franca y expresiva que hizo latir de gozo mi corazón.

Me sentia más animoso y resuelto que

ántes de entrar en la iglesia, y seguí á Flora más de cerca, aunque siempre á respectable distancia.

Se detuvo en la Plaza de Mina y sentóse en uno de los bancos de la glorieta central, bajo el delicioso follaje de floridas enredaderas. Yo seguí dando vueltas por los enarenados senderos del parquecillo, al rededor de aquella gruta de hojas y flores en donde Flora parecía hallarse en su centro natural, como la deidad mitológica del mismo nombre.

Acerquéme á un rosal y empecé á formar un ramillete para *ella*. El guarda me sorprendió en mi amorosa tarea, y á fuerza de súplicas y de cigarros conseguí que me dejara en paz y se hiciera el desentendido.

Corri á la glorieta, ofreci timidamente el manojo de rosas á mi adorada, que las tomó sin vacilar, y me senté en otro banco inmediato, sin que se me ocurriera nada que decir.

Miraba alternativamente hácia Flora y hácia el suelo, y retorció sin cesar entre mis dedos la gruesa leontina del reloj.

Algunas mujeres que estaban sentadas por allí cerca se fueron alejando poco á poco, y quedamos Flora y yo solos

bajo aquel primoroso quita-sol de hojas y flores.

La ocasion era de perlas para entablar los preliminares de una declaracion amorosa, pero yo no me atrevía ni hallaba tampoco ideas ni palabras que correspondieran á mis deseos.

Comprendió ella sin duda mi embarazo, y me dijo con dulcísimo acento andaluz:

—¿Viene usted de América?

—No, señora; de Castilla.

—¿Llegó hace poco?

—Hará un mes.

—¿Le gusta á usted Cádiz?

—¡Muchísimo!

Y al decir esto me acerqué un poco al banco de mi bella interlocutora.

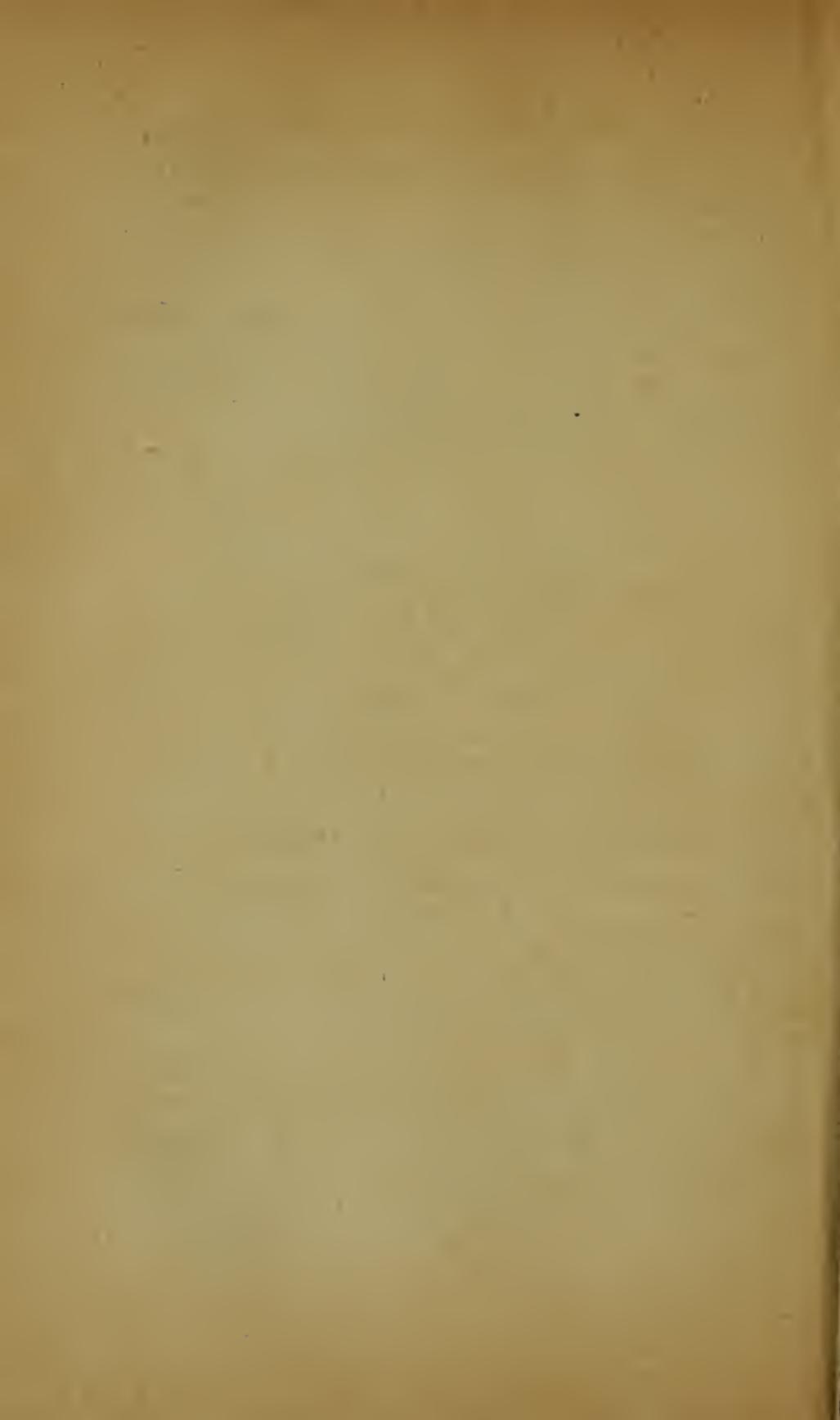
En aquel momento llegaban á la glorieta algunas personas y tomaban asiento en los bancos del rededor.

Flora se abanicó un instante, miró como contrariada á las parejas que nos habían interrumpido y salió en direccion á su casa.

Yo la acompañé por el camino, le dije que vivía en la misma calle, hablamos luego de cosas indiferentes, y al llegar á su casa despidióse de mí con amabilidad y cariño.

Todas estas gratas aventuras en tan poco tiempo superaban á mis esperanzas.

Yo sentía una felicidad interna, indescriptible que regeneraba mi sér. Todo se embellecía y se alegraba en rededor mio, ensanchábase mi pecho de satisfaccion, mi ánimo se fortalecía, y yo me encontraba más audaz y más dueño de mí.



IV.

Aquella misma tarde, despues de varias tentativas, enmiendas y vacilaciones, le escribí á Flora una carta llena de *ayes* y signos de admiracion, mitad original y mitad copiada del *Secretario de los amantes*, pero rebosando amor purísimo por todas sus letras.

Todavía vacilé antes de mandar esta carta con el criado de mi asistencia, temiendo que él sospechara algo acerca de mi amor, y para desorientar su malicia le dije que la carta había venido dentro de otra para mí.

Salió sonriendo el fámulo y quedé yo como ánima en pena, aguardando con gran ansiedad, entre esperanzas y temores, el resultado de mi atrevimiento.

Tardaba la repuesta, y yo me perdía ya en suposiciones y conjeturas, cuando á eso de las tres llegó con ella una niña flacucha y pálida, de tez pecosa, ojos hundidos, garzos y llorosos, y cabello rojizo, enmarañado y abundante.

Entró con desenfado y soltura, preguntó por Muñoz el castellano, dióme un papel sin direccion ni sobre, y se alejó volviendo á menudo el rostro con cierta expresion de vaga y prematura malicia.

Desdoblé con avidez el pliego, que era de papel de cigarros, y leí con asombro lo siguiente, escrito en letra gorda y desigual:

Á las cinco en la Sacristía. Pimpi te enseñará. Tuya,—FLORA.

Quedéme absorto releendo el papel, y meditando acerca de su confuso y original contenido. ¿Qué significaba aquel laconismo, aquel tuteo y aquella cita espontánea, en la que yo no había osado pensar siquiera? ¿Y por qué había elegido para el caso un sitio tan impropio como la sacristía? ¡Si sería beata!

Pensé en la escena del templo aquel mismo dia, pero de ella no resultaban

pruebas de fanatismo, sino de juiciosa y poética religiosidad.

Convine fácilmente conmigo mismo en que bien podían verse y hablarse dos amantes platónicos en una sacristía, sin que hubiera en ello gran ofensa á la religion. Además, no sería la primera ni la última entrevista amorosa en tales sitios celebrada.

Mi amor hácia Flora multiplicó de tal modo las razones en favor de ella, y con tal fuerza de convicción se impuso á los escrupulillos de la conciencia, que todo aquello del papel y el estilo y hasta la sacristía me pareció cosa natural y corriente. Por otra parte, yo no estaba bien enterado de los usos y refinamientos propios de la diplomacia amorosa, y ménos aún en esta ciudad extraña y nueva para mí.

Sólo quedaba en la carta ó papelito de Flora un punto que no había podido resolver mi curiosidad. ¿Quién era *Pimpi*, y qué clase de intervencion había de tener en nuestra entrevista?

La idea de *Pimpi* me hizo recordar que no tardaría en aparecer este nuevo personaje de mi novela amorosa, para conducirme á la sacristía. No había tiempo que perder.

Saqué mi traje más nuevo y lujoso,

limpié con esmero la gruesa leontina de mi reloj, tomé éste para ver la hora, y surgió ante mi vista el retrato de mi madre pintado en la tapa, que parecía mirarme atentamente con franca y bondadosa expresión. Pensé en élla, en mi madre; sentí remordimientos por haberla olvidado más de lo justo, y besé su efigie en un sincero arranque de amor filial. . . .

Al estampar el beso ví que faltaba apenas un cuarto de hora para la cita.

Terminé sin tardanza mi *toiletti*, se fué avivando mi ansiedad á medida que se aproximaba la hora, y ya me disponía á salir cuando me dijeron que un mozuelo preguntaba por mí.

Ordené que le dejaran entrar, y al instante se presentó haciéndome una exagerada cortesía y diciendo con voz melosa:

—¡A la órden de ozté, pairino!

Era uno de esos pilletes que tanto abundan en Cádiz, muy listos y dispuestos para todo, ménos para el trabajo muscular que cansa el cuerpo, y para el oficio mecánico que exige constancia y asiduidad en los trabajos del taller.

Después de hacer ante mí una reverencia exagerada, empezó á darle vueltas sobre un dedo á su sombrerillo de chulo y á sonreirse con truhanesca desfachatez.

—¿Eres Pimpi? le pregunté.

—Er mezmito, pa cervirle.

—Pues vamos.

—Déjece corré cin cudiao con ezte cura (y ponía la mano en el estómago) que á la sacrestía yegaremos en un iztante. En yendo á la vera mia, vá ozté como con er angelito e zu guarda.

Siguió charlando el granuja, cruzamos algunas calles de las más angostas, y llegamos frente á una puerta sobre la cual leí en grandes caractéres:

“LA SACRISTÍA.”

—¡Aquí ez la coza, pairino!

Y diciendo asi entró Pimpi conmigo y me condujo casi á empujones hácia el interior del patio, en donde se oía música de guitarra y gran ruido de voces y palmoteos.

V.

La Sacristía. . . . era una tienda de montañés, una taberna de las más populares por su excelente vino amontillado, en la cual se iniciaban siempre las *juergas* más famosas de la ciudad.

Yo estaba absorto ante el giro que iba tomando aquella inesperada aventura, y un vago presentimiento me anunciaba que iba á ser protagonista forzoso de alguna escena contraria á ese idealismo sin mancha, todo delicadeza, timidez y misterio, que constituye la nota dominante del primer amor.

Quise huir de aquel sitio, pero ya era tarde. Había empezado Pimpi á palmotear al son de la guitarra que sonaba en uno de los cuartuchos cercanos, y á su puerta aparecieron Flora y otra de las jóvenes que frecuentemente la acompañaban.

—¡Ole, pairino! ¡Misté qué cacho e cielo asoma po aquer confezonario! ¡Viva la Zacrestía con toa zu gente!

Y gritando así tiraba Pimpí el hongo por el aire y hacía grotescas demostraciones de regocijo. Luego añadió, dirigiéndose á uno de los mozos de la taberna:

—¡Eh, Calentura! Venga una copa de amontillao á la salú der novio, que ez prezona e rumbo y caliá.

Y se fué tras de Calentura, tarareando una seguidilla y haciendo piruetas y contorsiones propias del baile flamenco.

Quedéme yo un instante perplejo y atontado frente al gabinete donde se hallaba mi hermosa vecina, sin darme cuenta de lo que sentía, hasta que Flora misma acudió á sacarme de tan ridícula situación.

Entré en el pequeño cuarto y me recibieron con gritos y aclamaciones. Flora me fué presentando los personajes de aquel cuadro, en el cual iba yo á ser, por lo visto, el héroe por fuerza.

—Esta es Celinda, mi ... hermana; este es Pacorro, el primo, convidao por ella; este otro es el Tuerto de Chiclana, el primer cantaor y músico del barrio. Toa gente alegre y de confianza. ¡Ea! Descógete y brinda por ellos..... y por mí. El amontillao hará lo demás.

Y llenó las copas, dió una á cada concurrente, probó el vino de la suya y la aplicó á mis lábios hasta hacerme apurar todo el contenido.

Después tomó otra copa, brindó por mí con graciosa coquetería, y apuró, saboreándolo, todo el contenido de aquella, como pudiera hacerlo el más consumado bebedor.

—¡Ole! gritó Celinda, palmoteando como una loca.

—¡Viva la gracia! añadió Pacorro, palmoteando á su vez y lanzando al aire una espesa bocanada de humo.

El Tuerto agitó los dedos por entre las cuerdas de la guitarra, y abrió su boca torcida, oscura y mal dentada, para modular una canción.

—¡Aceitunas, caracoles, bocas del puerto y veinte cañas!—gritó Pacorro asomándose á la puerta del gabinete. Luego se quitó la chaquetilla de majo, que apenas le llegaba á la cintura, la enganchó en una de las perchas que pendían de la pared, invitóme á que hiciera lo mismo para mayor comodidad y holgura, y empezó á cantar haciendo coro al Tuerto de Chiclana, y llevando el compás con los tacones de las botas y las palmas de las manos. Las jóvenes cantaron también, y aquello más que

un concierto de voces humanas se convirtió en un escandaloso y molesto guirigay.

Yo estaba cada vez más aturdido. Miraba á Pacorro con su frente estrecha y surcada por una gran cicatriz, sus ojos brotados y enrojecidos por el rededor, y su barba espinosa y áspera asomando en compactísimos cañones que parecían puntas de acero y sombreaban la parte inferior de aquella fisonomía dura y repugnante. Miraba á Flora, bella como el primer día en que la vi, aunque su rostro parecía entonces un poco alterado por la emoción ó por el vino; tenía los ojos más vivos, más grandes y azuladas las ojeras, más abiertas y movibles las ventanas de la nariz, más encendido el color, y el pecho más agitado y palpitante. . . .

Celinda seguía palmoteando junto á su chulo, y el Tuerto (que “ya había *ascendido* á ciego,” como decía él cuando le llamaban por su antiguo apodo) tocaba y cantaba coplas cada vez más picantes é intencionadas.

Trajeron lo que Pacorro había pedido, se consumieron en un instante las aceitunas, los caracoles y las bocas de cangrejos, y les llegó su turno á las *cañas*, especie de vasos de cristal cilíndricos, estrechos y largos, muy á propósito para que luzca en

ellos el hermoso color ambarino de la manzanilla. Distribuyéronse los vasos, se repitieron los brindis y allí fué el gritar y el reir todos á un tiempo, el chocar de los cristales y el ir y venir de cañas que bullían ante mi vista y se cruzaban rápidas y brillantes como centellas de topacio.

Pacorro siguió pidiendo nuevos platos y nuevas copas.

Yo no podía comer aquellos manjares recargados de pimienta, ni el estado de mi ánimo era el más á propósito para despertar el apetito. Sudaba á mares, y sentía, no obstante, algo así como estremecimientos de frio.

El desencanto había sido grande, repentino y brutal. Aquella muerte casi instantánea de mi amor y de mis ilusiones, me había dejado un vacío que desequilibraba todo mi ser.

Aun sentía yo algun afecto hácia Flora; todavía quedaban en mi corazon reminiscencias de aquel cariño incomparable; pero esto ya no era amor. Era como una lástima dulce y realzada por un noble sentimiento de simpatía, pero lástima al fin . . .

—¿Qué tienes?—me preguntó con afectado mimo, al ver que iba degenerando en tristeza mi aturdimiento.—¿Por qué no comes?

—No tengo ganas....

—Pues bebe, palomo, que el amontillao mata las penas y aquí no hemos venío á filosofar. ¡Vaya esta copilla por mí...! ¡Bien, muy bien; así beben los hombres! ¡Vaya esta otra por Celinda....! ¡Olé! Ahora vaya esta por los dos....

Y tomé desde entónces cuantas me iba ofreciendo, decidido á buscar en la embriaguez el fin de aquel extraño suceso.

Flora se complacía en verme apuñar las copas, y su alegría iba aumentando visiblemente hasta que llegó á un lamentable grado de exaltacion.

Cantó hasta ponerse ronca, palmoteó hasta hincharse las manos, bailó el zapateado, la seguidilla y el vito repetidas veces, y por último se subió á bailar sobre la misma mesa en donde estaban los vasos y las botellas del vino.

Destacábase allí airosa y gallarda como una estátua de bacante griega sobre su pedestal.

Marcó algunos compases con primoroso garbo, movió graciosamente la cintura en ondulantes giros y expresivas desviaciones, y sus brazos serpenteaban al rededor del talle esbelto y del hermoso busto, como buscando compensacion al desequilibrio del cuerpo en sus giros y contorsio-

nes. De pronto y correspondiendo á una variacion musical del guitarrista, empezó á zapatear frenéticamente sobre la mesa, echando al suelo copas, botellas, platos y cuanto habia en su rededor.

Esta nueva locura fué celebrada con aplausos y aclamaciones. Hasta yo mismo aplaudía y *jaleaba* á la intrépida bailadora, de un modo automático y sin conciencia exacta de lo que pasaba por mí.

Los vapores del vino iban ya turbando mi cerebro.

Sentía la cabeza muy pesada, me latían con violencia las sienas, y mi lengua se ponía torpe y perezosa precisamente cuando yo iba teniendo ganas de hablar.

Aun bebí algunas copas más de amon-tillado y alterné como pude con mis compañeros de *juerga*, hasta que al fin, rendido y soñoliento, dejéme caer sobre una silla y recliné la cabeza en el pecho de Flora.

Estaba completamente borracho.

VI.

Al amanecer del siguiente día despertéme avergonzado y confuso. No sabía en dónde estaba, ni quería saberlo; todo mi afán se reducía entónces á salir de aquel sitio, á emanciparme del grosero lazo en que había caído, y á verme libre y lejos de aquella atmósfera de vicio y corrupcion.

Todos dormían al parecer en la casa, y esto favorecía mi propósito de ausentarme oculta y sigilosamente, como si fuera un criminal.

Me incorporé despacio, arreglé mis vestidos en silencio, y pisando con la punta de las botas me dirigí hácia la puerta del gabinete. Pude abrirla sin gran trabajo, pero su movimiento hizo sonar un timbre, y apareció al instante una criada con el cabello en desórden y el vestido á la *négligé*.

—¿Quiere algo el señorito?

—Salir.

—Todavía es temprano y está durmiendo la señá Clemencia.

—Volveré luego.

—Es que las puertas. . . .

Y la criada hizo un movimiento con el puño para indicar que las habían cerrado con llave.

Esta noticia me contrarió de tal manera que no pude disimular el disgusto.

—¿Tan mal le han tratado aquí? dijo la sirvienta con záfia y picaresca expresión.

Llegó luego arrastrando los piés por la estrecha galería una mujer casi anciana, de rostro avinagrado y de cútis escamoso y cetrino. Fijó en mí sus pequeños ojos, vivos y de resplandor metálico, semejantes á los de una serpiente boa, saludóme con zalamería y me condujo á un saloncillo inmediato.

—Mucho madruga usted, me dijo.

—Tengo prisa.

—¿Quiere tomar algo?

—Nada.

—Pues arreglaremos la cuenta. Aquí está la nota de lo gastado en La Sacristía: mil ochocientos reales. Lo demás será lo que usted generosamente quiera darme. Por eso no hemos de reñir.

Me quedé como petrificado al oír estas palabras. ¡Mil ochocientos reales para la taberna, sin *lo demás* que decía mi carcelera con cínica naturalidad! ¡Y yo apenas tenía cuatro pesos en el bolsillo!

Cuando le expliqué mis apuros á la *señá* Clemencia, se enfureció de un modo que todavía me causa espanto. Sus ojos brillaron como ascuas encendidas, me dirigió las palabras más groseras é injuriosas que pueden imaginarse, y estuvo á punto de sacarme los ojos con sus dedos crispados y agudos como garras de gavilan.

A los gritos de aquella furia acudió Pacorro medio borracho aun, con los ojos muy encarnados, la ropa en desórden y una gran navaja en la cintura.

La escena que siguió despues fué para mí en extremo penosa y repugnante. Entre la bruja y el chulo me amenazaron y me ultrajaron sin piedad, y hasta intentaron herirme en un momento en que, indignado y fuera de mí, no encontrando la puerta de salida, traté de arrojarme á la calle desde el piso principal.

Acudió luego un mozo de la Sacristía, tambien mal encarado y con asomo de navaja en la cintura, y se unió á Pacorro y á la tia Clemencia para denostrarme.

Decían que yo "era un tuno, un *tima-*

dor, un pillastre, que me quería divertir con las muchachas más bonitas de Cádiz, comer los mejores platos, beber por azumbres los mejores vinos de Jerez y Sanlúcar de Barrameda y *jalearme* con los mejores músicos de Andalucía, para salir después con que no tenía cuartos para pagar siquiera lo comido y lo bebido. Pero con ellos no me habían de valer ¡puñales! tan descaradas marrullerías, y no tendría más remedio que pagar ó reventar. Si no buscaba modo de satisfacer al instante lo que había bebido y comido, me lo sacarían del buche.”

Y por el mismo estilo siguieron profiriendo amenazas, blasfemias y barbaridades, sin dejarme hablar, y exigiéndome el dinero con imperiosa premura.

—¡Pues mátenme de una vez, y acabemos!—grité desesperado y resuelto á terminar de cualquier modo aquella escena repugnante.

Pacorro y el mozo de la taberna se miraron y cambiaron algunas frases en voz muy baja, como para ponerse de acuerdo acerca de lo que debían hacer.

La vieja aprovechó este instante y se acercó á mí, diciéndome con disimulo:

—¿Cuánto dinero tiene usted?

—Unos ochenta reales á lo sumo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues vengan,—dijo estirando la mano y volviendo la espalda hácia los demás, para que no advirtieran el movimiento.

En cuanto recibió las monedas cambió de posición y de tono diciéndome en alta voz:

—Aquí por dinero no se mata á nadie, señor mio. Cállese usted y vea que no está entre cafres ni ladrones. Una cosa es cobrar lo que se debe, y otra es atropellar á un cristiano. ¡Eso nunca! Ya me pagará usted cuando tenga y cuando guste. Vaya usted en hora buena, y entiéndase con el montañés.

Y me señaló al mozo de la taberna.

Entre éste y Pacorro me condujeron por el interior de la misma casa, bajando escaleras y cruzando pasadizos y galerías, hasta el escritorio del montañés, que era un usurero desapiadado y vulgar.

Nueva escena de amenazas y de amagos para obligarme á satisfacer la deuda, y nueva declaración mía de que no tenía con qué.

—Tendrá siquiera algunas joyas, dijo el tendero señalando hácia mi reloj.

—Esta es una reliquia sagrada, una prenda de familia que no me pertenece.

¡Aquí dentro está el retrato de mi madre!
—exclamé con la ingenuidad y ternura de un niño y con los ojos llenos de lágrimas.

—Tranquilícese usted, jóven, que ya le recobraré en su día. Sólo se trata de asegurar una deuda legítima,—dijóme el usurero con frialdad.

Insistí nuevamente sollozando, supliqué, razoné y hasta me revolví airado entre aquellos hombres de alma fría y de corazón insensible. ¡Todo fué inútil!

Reloj y cadena quedaron en las garras del montañés, de quien sólo pude conseguir un plazo de dos meses para rescatar tan estimables prendas.

*
* * *

Para reunir en tan poco tiempo los noventa duros, hice esfuerzos y diligencias indecibles.

Fingí (Dios me lo perdone) gastos extraordinarios y urgentes, para obtener de mi padre algun aumento en la pensión del mes; escribí reservadamente á mi madre, siempre bondadosa y crédula, para que—á escondidas de aquél—me reuniese la mayor suma de dinero posible, para salir de un grave compromiso de honor; dejé en suspenso el pago del hospedaje,

economicé cuanto pude, y hasta vendí y empeñé mis principales prendas de ropa.

Dos días antes de vencerse el plazo corrí á casa del usurero con los noventa duros, y despues de contarlos y examinarlos bien, díjome que faltaban los intereses, sin cuyo pago no podía entregarme el reloj. Yo no había contado con este apéndice de la deuda, y habíanse agotado ya todos mis recursos.

Hice nuevas tentativas sin esperanzas y con pobres resultados; vendí por diez pesetas mi Diccionario de latin, que me había costado veinte y ocho, y despues de reunir todo lo que pude aún me faltaban tres pesetas y todavía se resistió el tendero á darme la anhelada joya.

— Las cuentas han de ser cabales, niño, decía el vejete con tono afectado y sentencioso.

— Pero si es que no tengo más, si es una miseria lo que falta

— Ciertamente, pero las cuentas hay que *cuadrarlas* en los libros, y en el comercio no hay suma despreciable. Muchos pocos forman un capital.

La calma y la frialdad de aquel hombre me desesperaban, y volví á temer la pérdida del reloj.

— Para reunir esta suma, le dije tris-

temente, he tenido que hacer los mayores sacrificios. Ya no me queda más que alguna ropa inservible y un par de libros de estudio.

—¿Están encuadernados y en buen uso?—dijo con viveza el usurero.

—Sí, señor.

—Pues los tomaré en dos pesetas. ¿No hay algun otro?

Esta última pregunta me sugirió de pronto una idea diabólica, que á la vez era para mí de salvacion y de venganza. Estaba seguro de que el montañés no abriría siquiera aquellos libros, y que procuraría venderlos cuanto antes.

—Tengo otro,—le dije como acordándome de repente.—Está encuadernado y casi nuevo.

—Pues traiga los tres y asunto concluido.

Aseguré el dinero, volví á casa, abrí la libreta de traducciones, añadido en ella estas últimas líneas al episodio de Flora, que yo había escrito como recuerdo de mi primer amor, ato con una cuerda los tres volúmenes y corro á casa del montañés, ansioso de recibir aquella estimable prenda de familia, y de besar el retrato de mi buena madre.

En cuanto á la heroína de esta relación, supe despues que era una desgraciada, una cómplice ó tal vez una víctima de la codicia ajena. Era un *gancho*, como dicen en Andalucía, un reclamo, un medio seductor y engañoso de llevar consumidores, ó más bien pagadores por fuerza, á la famosa tienda del montañés.

¡ Ni siquiera se llamaba Flora ! ”

III.

EL CISNE DE VILAMORTA.

Cuando llegué á la Coruña, despues de un largo viaje marítimo, acababa de publicarse la declaracion del cólera oficial, ó sea la declaracion oficial del cólera en Madrid, y con tan *lógico* motivo pusieron en observacion, presidio ó cuarentena la nave que me conducía, procedente del Nuevo Mundo.

Demás está decir que protesté inútilmente, como buen español, contra tamaña arbitrariedad, y que demostré sin gran trabajo la inconveniencia de acordonar á los sanos que veníamos de la América del Norte, miéntras que los infestados de Madrid y las provincias del Levante andaban sueltos y libres por toda España.

Pasado, por fin, el período más vehemente de mi disgusto, traté de buscar la posible compensacion á un mal que ya no tenía remedio, y le dije al despiadado Ne-

ron que ejercía las funciones de jefe ó delegado de Sanidad:

—Si quiere usted que le perdone la vida cuando me suelten, mándeme desde ahora un buen libro.

—¿De medicina?—prepuntó sonriéndose el aludido.

—¡Vaya al diablo la medicina y hasta la Junta de Sanidad! Quiero un libro ameno, interesante, ingenioso, en fin, una buena obra de imaginacion, para atenuar con su lectura la pena de este injustificado cautiverio.

—¿Una novela?

—Sí.

—¿Quiere usted la de un tal Suarez Bravo, premiada por la Academia Española?

—Nó. Esa debe ser mala.

Y luego, como para poner en un apuro al tirano de Sanidad, añadí:

—Tráigame uste la mejor novela de la temporada, el mejor libro español que se haya publicado en estos últimos meses.

Hizo el doctor un mesurado signo de asentimiento, saludó gravemente con la gorra, dió sus órdenes á los marineros de la falua y ésta empezó á resbalar rápidamente en direccion al muelle de la Coruña.

Media hora despues llegaba al costado

del buque un *ordenanza* conduciendo el libro deseado. Baje á recibirlo con curiosidad y leí en la primera página:

“EL CISNE DE VILAMORTA.”

Era la última producción (en el orden cronológico) de la Sra. Pardo Bazán; era una nueva hermana de *La Tribuna*, esa excelente novela analítica, no bien apreciada aún por la crítica española, salvo honrosísimas excepciones.

Corrí seguidamente á mi camarote, procuré librarme, en lo posible, de toda comunicación profana, y me dí una soberbia orgía de *Cisne*, que duró casi tanto como la saña colérica de la Junta de Sanidad.

Allí fué el saborear discretos diálogos y bellísimas descripciones, el paladear primores de ingenio y el respirar aquel delicioso ambiente de huerto, aquella brisa de aldea, aquel olor de tomillo y albahaca que se percibe en los principales capítulos de *El Cisne de Vilamorta*.

Desde las primeras páginas del libro se revela ya la magistral labor de una pluma de primer orden. ¡Qué vigorosas pinceladas aquellas en que se traza el cuadro crepuscular donde aparece el protagonista

de la obra ! ¡ Qué celajes aquellos ! ¡ Qué pinar ! ¡ Qué cercanías de Vilamorta !

Es natural y bellissimo tambien él rasgo en que comienza la pintura del carácter de Segundo, cuya delicadeza romántica formaba donoso contraste con las groseras burlas de los arrieros y con la escena de los cochinos, detalles que parecen trazados por la regocijada pluma del autor de *Don Quijote*.

El cuadro de la familia del diabético ministro y su llegada á Vilamorta, es gráfico y animado como pocos; no es ménos digno de alabanza el de la vendimia y sus incidentes, y en cuanto al del baile de la *muiñeira* no recuerdo haber leído cosa igual en castellano, como no sea en algun libro de Pereda el gran colorista santanderino, maestro en la pintura de las costumbres populares de aquella region.

Tiene además figuras primorosamente delineadas, como las de Leocadia, Dominiguito y Victoria, y no carecê de tipos deliciosamente cómicos, como el del *Dr. Tropezoso*, los Genday, Elvira Molende y la murmuradora Cármen Agonde, verdadera personificacion de la malicia aldeana.

Ménos primores bastaban para cautivar el ánimo del lector más inconstante y descontentadizo, y yo—que no soy ni lo

uno ni lo otro en tratándose de obras de arte—seguí camino de Vilamorta con el hijo del abogado, me enhebré por las estrechas calles del villorrio, evité como pude el contacto de los dos animales consabidos, entré en la casita blanca, abracé (vamos al decir) á la maestra de escuela, respiré en la ventana el regalado aroma de los claveles, y no fumé como el protagonista de la obra porque . . . vamos, porque no tengo ese vicio, dicho sea sin ánimo de ofender á Don Antonio de Trueba ni á los demás defensores de la nauseabunda hoja de Nicot.

Y seguí despues leyendo y releiendo aquellas magníficas páginas, subyugado por el vigor y la espontaneidad de la frase, la exactitud y viveza del colorido y la belleza del estilo, superior en esta obra á todas las demás novelas de la Sra. Pardo Bazan.

Debido tal vez á la índole un tanto romántica del protagonista ó á las circunstancias especiales de la accion, que dan un marcado y delicioso tinte de idilio á las escenas culminantes de esta obra, no tienen por lo general sus personajes aquella plasticidad realista, aquel admirable relieve que distingue á los principales caractéres de *La Tribuna*; pero en cambio, y por las

mismas causas indicadas, hay en *El Cisne* más suavidad de tonos, más puro ambiente, más placidez y poesía.

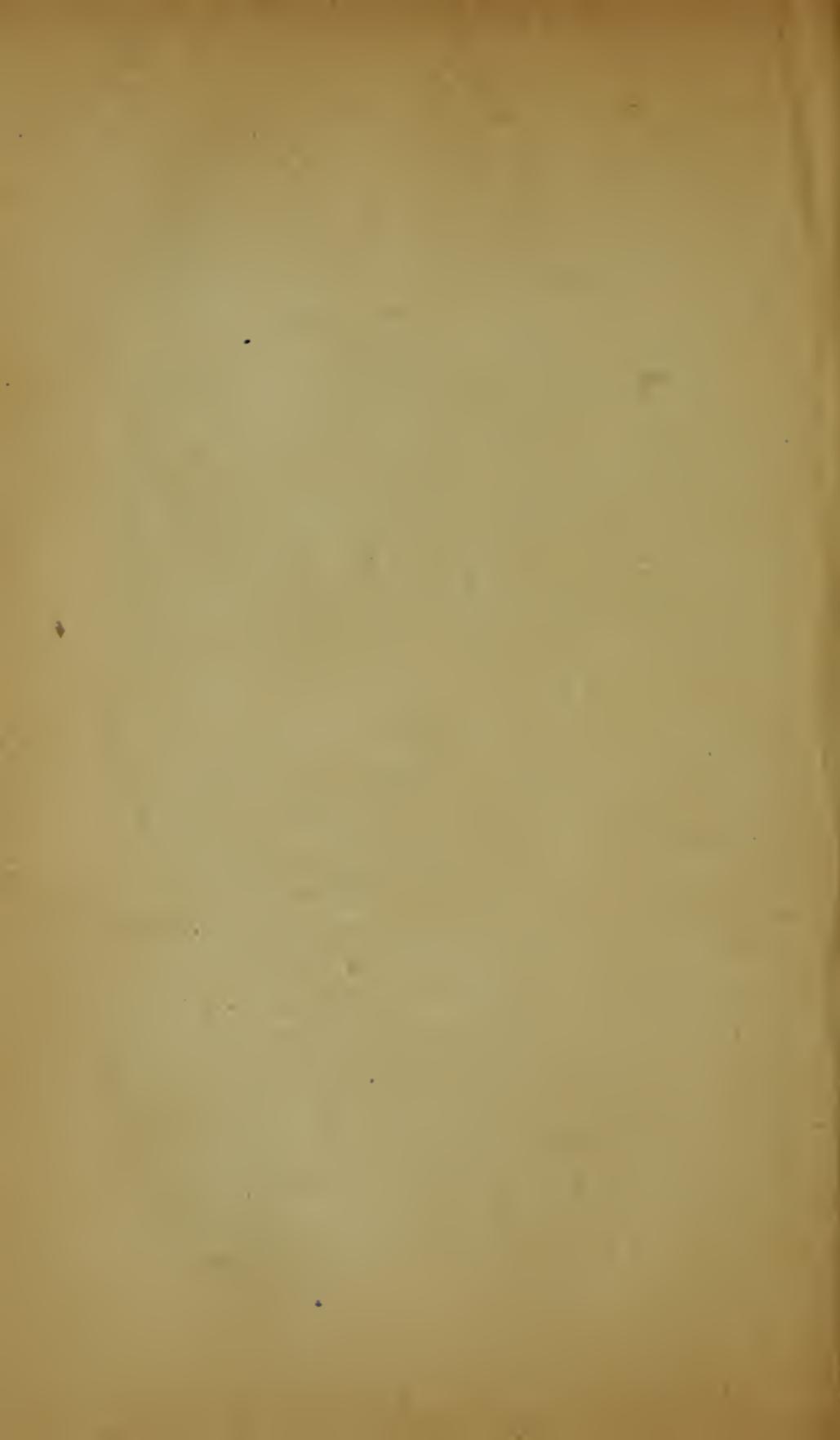
Buen trabajo habrán tenido á estas horas los clasificadores sistemáticos de las novelas, para dar á *El Cisne de Vilamorta* la oportuna y correspondiente filiacion.

De mí sé decir que, entregado en cuerpo y alma á la agradable lectura de la obra, y poseido de una especie de sibaritismo literario que me induce á leer, gustar y repetir muchas veces lo que me cae en gracia, me olvidé (¡ mal pecado !) de la clasificacion del libro, y no puedo decir en verdad si es idealista ó naturalista, cosa que de seguro averiguarán al fin y al cabo los Linneos de nuestra literatura contemporánea. Parecióme, eso sí, muy bueno el libro, y sin averiguar más le señalé con la marca que acostumbro poner á los que, en mi juicio, merecen tan honrosa calificacion.

Cerca de tres dias empleé en la lectura y saboreo de tan hermosa novela. Cuando volví los ojos al mundo de la prosa oficial, del cólera y de los acordonamientos sanitarios, noté que reinaba en el buque gran agitacion, que todos hablaban mal del gobierno y estaban á punto de amotinarse; en fin, aquello era un fiel trasunto de España en estado normal.

Procuré inquirir la causa, y entónces vine á caer en la cuenta de que estábamos allí detenidos é incomunicados injustamente, y todo lo demás que ya sabe el curioso lector.

Traté de apaciguar á mis compañeros, les recomendé la paciencia y la resignacion como virtudes propias para atenuar un mal inevitable, invoqué la teoría canovista de los hechos consumados y propuse la lectura de *El Cisne*, con la cual se habían calmado por completo mis desazones, y hasta dí por muy bien empleada la cuarentena.



IV.

CORUÑA.

Lo mejor de la Coruña.—Vista de la ciudad y sus cercanías.—Las campesinas galiegas.—Las dos ciudades.—Coruña y Marineda.—*La Tribuna*.—Comparacion y parecido.—Emilia Pardo Bazan.—Su gabinete de estudio.—Su conversacion.—Sus proyectos literarios.—Sus niñas.—Jaime.—El banquete.—Finezas y atenciones.

Despues de la egregia escritora de *El Cisne*, de alguno que otro coruñés ilustre y de tal cual coruñesa guapa (que las hay como soles, mejorando lo presente), lo más notable de la Coruña es la Torre de Hércules, edificada en la época de los fenicios, un paseo con arboleda y hermosos jardines, y el aspecto panorámico de la ciudad y sus inmediaciones, vistas desde el centro de la bahía. La poblacion urbana que tiende á formar como un semicírculo, siguiendo la configuracion de aquella parte de la costa, ofrece un golpe de vista muy agradable á los viajeros marítimos. Sirve como de fondo á tan hermoso cuadro una colina llena de huertos, de eras y de pe-

queños prados que se hallaban á la sazón en toda la fuerza de su lozanía primaveral. Desde el buque en donde yo estaba se veían por la tarde algunas familias merendando en aquellas agrestes cercanías de la ciudad, y en los días de fiesta daban mayor variedad y animación al paisaje los grandes grupos de aldeanas que pasaban sin cesar, con sus vistosos y pintorescos trajes y sus canastas de frutas y flores, ya por la carretera que hay en la falda de la colina, ya en pequeñas embarcaciones que iban de un lado á otro del puerto, y en las que se amontonaban aquellas de tal modo—formando una gran piña matizada de rojo, amarillo y verde,—que semejaban desde lejos la nave y su contenido una enorme fuente de fresas meciéndose entre las ondas de la bahía.

La ciudad es agradable, aunque no precisamente bella. Hay cierta irregularidad en su conjunto, cierta desproporción propia de las poblaciones que por algún motivo adquieren más desarrollo del previsto en la época de su fundación. Para satisfacer las crecientes necesidades del comercio, de la industria y del aumento de población, se ha ido formando una nueva ciudad al lado de la ciudad vieja, que hoy figura como un barrio distinto de los de-

más, con su aspecto sombrío, sus calles angostas, su arquitectura sólida y severa, sus escudos nobiliarios, sus templos, sus oratorios, en fin, todo lo que representa y constituye la tradición, enfrente de la ciudad moderna en donde alienta, palpita y se manifiesta de mil diversos modos el espíritu innovador, especulativo y revolucionario de la época presente.

La hermosa calle Real, gala y orgullo de los coruñeses, sirve como de arteria para el tránsito y la comunicación urbana desde la Coruña del pasado á la Coruña del porvenir. . . .

*
* *
*

Pero es inútil que yo continúe describiendo esta ciudad.

¿ Han leído ustedes *La Tribuna*, preciosa novela naturalista, citada en el capítulo anterior? Pues aquella Marineda tan admirablemente descrita en varios pasajes de dicha obra, es el fiel trasunto de la Coruña.

Influido por esa alucinación que suelen producir en el ánimo las descripciones artísticas cuando están hechas con exactitud, vigor y riqueza de colorido, más de una vez creí divisar en aquellos lugares la ga-

llarda figura de *Amparo*, protagonista de la citada obra, ó alguno de sus personajes más característicos; de igual modo que al contemplar las torres ennegrecidas y severas de *Notre Dame*, de Paris, nos parece aun distinguir á través de sus aberturas la sombra de la infeliz Esmeralda ó la deforme figura de Cuasimodo.

Mis principales paseos por la Coruña fueron como un agradable repaso de *La Tribuna*, un estudio de comparacion entre la pintura y el original.



Correspondiendo á una cortés y bondadosa invitacion que vino cabalmente á satisfacer mis mayores deseos, visité á la ilustre escritora gallega, Emilia Pardo Bazán.

Vive en el centro de la ciudad antigua, en la casa solariega de sus antepasados.

Mientras el criado que me condujo á la antesala fué á entregar mi tarjeta de visita, pude ver la hermosa coleccion de cuadros que adorna los muros de este departamento, algunos de aquellos originales y los demás copias afortunadas de las mejores obras de Murillo, Velazquez y otros

maestros. Los cuadros religiosos alternan allí con los profanos en deliciosa mezcla, y revelan por lo general gusto exquisito en la eleccion de autores y de asuntos. Supe despues que muchos de estos cuadros eran obra de la señora condesa de Pardo Bazán, madre de Emilia.

Esta galería de cuadros se prolongaba luego hácia arriba, por los costados de una escalera que conduce á las habitaciones de la gran novelista.

Recibióme su padre, el Sr. Conde de Pardo Bazán, un caballero muy afable y simpático, y despues de algunos instantes de amena conversacion me condujo al gabinete de estudio de su hija.

Era una deliciosa estancia, rica de aire, de luz y de libros; una biblioteca perfumada y alegre, donde las flores naturales alternaban con las del ingenio y la inspiracion.

En la estantería que forra los cuatro costados del espacioso gabinete, había libros de diferentes épocas y paises, y escritos en diversos idiomas y sobre todos los ramos del saber, anunciando la universalidad de conocimientos de la ilustre sacerdotisa de aquel santuario de las letras.

Caprichosamente diseminados sobre la estantería y aun entre los libros y códices,

veíanse pequeñas estátuas, bustos de autores célebres, bellas porcelanas y otros objetos artísticos de primorosa labor, y fotografías auténticas de los escritores y artistas más famosos del siglo actual.

Cuando más abstraído estaba en la contemplacion de tan gracioso conjunto, sentí como un suave rumor de alas y entró en el gabinete la gran escritora.

Vestía un traje blanco de batista, que modelaba sin violencia ni estrecheces artificiales las formas ricas, correctas y majestuosas de aquel cuerpo exuberante de salud y de hermosura. Su semblante es varonil, sin dejar de tener en alto grado la dulzura de expresion y el bello atractivo propios de la mujer. Todo en aquella fisonomía revela claramente las altas dotes intelectuales que distinguen á la ilustre autora de *San Francisco de Asís*. Sus ojos negros, vivos y perspicaces, adquieren una expresion extraordinaria con la vehemencia del discurso, y su rostro se aviva, se enciende, se ilumina y cambia de gesto con animada y graciosa movilidad, armonizándose perfectamente con las inflexiones de la voz y los giros del pensamiento.

En su boca juguetea siempre una sonrisa dulce, benévola y á veces regocijada y chispeante, pero refractaria ó poco dispues-

ta al humorismo acerbo y al desabrido tono de la ironía.

Su conversacion es agradable y amena en grado tal, que oyéndola se pierde á menudo la nocion del tiempo. Cerca de dos horas duró nuestra conferencia, consagrada casi toda á asuntos literarios.

Me habló de la novela contemporánea y de sus más afortunados cultivadores. Juzgó admirablemente á Zola, á Daudet y á los Goncourt; habló en elogio de Perez Galdós, de Pereda, de Alarcon, de Fernan Caballero y otros novelistas españoles; pintó en magnífica síntesis el estado actual de la literatura portuguesa, lamentando las pocas relaciones literarias que aun existen entre las dos naciones ibéricas; me comunicó sus proyectos sobre una *Historia de la literatura española*, escrita de modo que ofrezca interés y vivos alicientes aun para las personas ménos aficionadas á este género de lectura; habló de los materiales que tenía reunidos para esta obra, de los muchos que le faltaban y de los que deseaba obtener de los países hispano-americanos; manifestó con este motivo sus deseos de conocer la América y de estudiar su literatura; dedicó, á instancia mia, brevísimas frases á sus obras publicadas, notando el éxito imprevisto y el aplauso

general que había obtenido *El Cisne*, con ser (dijo) una obra más ligera y de menor estudio que *La Tribuna*; indicó algo acerca de la novela que preparaba para el verano próximo, y después de haber demostrado insensiblemente en su conversacion un talento asombroso, una alteza de miras y una madurez de juicio admirables, y una generalidad de conocimientos casi increíbles en una persona de su sexo y de su edad, dejó traslucir á la postre cierta adorable preocupacion femenina por lo mal que había salido su retrato en la nueva edicion del *San Francisco*, hecha en la casa de Garnier hermanos, de París. . . .

*
* *

Un leve ruido de pisadas en la escalera y dos vocecitas infantiles que se oyeron en la misma direccion, interrumpieron agradablemente á mi sabia interlocutora, que me anunció gozosa la llegada de sus hijas. Eran dos angelitos españoles, como los de Murillo, que son más trigueños, más vivarachos y más alegres que los ángeles cándidos y bonachones de Rafael, de Rubens y Jordán. La más pequeña de las dos era el vivo retrato de su madre, poetizado por el candor de la infancia y reducido á las

graciosas proporciones de niña de cinco años. Llegó corriendo hasta el sillón donde estaba Emilia, saltó en su regazo, la besó y abrazó con delicioso mimo, fué luego á saludarme con afabilidad y despejo, y en un segundo recorrió todo el gabinete, riendo y hablando con esa locuacidad incorrecta y graciosa que constituye el principal encanto de los niños de aquella edad.

La mayor, que tendría seis ó siete años, era más reposada y apacible, de carácter más melancólico y de belleza más espiritual. Si fuera permitido personificar las formas poéticas, diríase que la mayor de estas niñas era un idilio y la más chica un epigrama. Era la una un serafín de la tierra y la otra un diablillo del cielo, con faldas cortas y sombrero tirolés.

Nuestra conversacion varió entónces por completo. Los libros quedaron relegados ante la invasion de las niñas; el arte cedió su puesto á la naturaleza, y la gran novelista dió de mano su pluma y sus laureles para ceñirse la sublime aureola de la maternidad.

No tardó en llegar Jaime, el primogénito, cuyo nombre sirvió de título á un precioso libro de versos dictados por el sentimiento maternal. Venía del Instituto, en donde acababa de obtener brillantes

notas en los exámenes del primer curso de latin.

Este intrépido estudiante de nueve años de edad, revelaba inteligencia clara, precocidad intelectual y mucha travesura de ingenio.

*
* *

Emilia había llevado su bondad hasta el extremo de convidarme con insistencia á comer en su casa, y hube de aceptar este obsequio tan honroso para mí. Fué un verdadero banquete por lo exquisito y espléndido de los manjares y los vinos, y una gratisima escena de familia por la sencillez patriarcal y la intimidad afectuosa que reino durante la comida. Los condes de Pardo Bazán y su ilustre hija tuvieron para mí atenciones y finezas que nunca olvidaré.

Terminado el banquete y cuando ya me disponía á partir, quiso Emilia llevar á mayor grado su benevolencia, dándome cartas de recomendacion para varios escritores de merecida fama, y entre ellas una muy expresiva para D. José M^a Pereda, el admirable pintor de costumbres montañesas de Santander.

Aquella misma tarde, y sin tiempo pa-

ra ver algunos edificios y otros objetos notables de la Coruña, tuve que dejar esta ciudad para embarcarme en el vapor *Valencia*, que ya resoplaba inquieto, lanzando hácia lo alto blanquísimos espirales de humo desde el medio de la bahía.



V.

SANTANDER.

Aspecto de la poblacion.—Su poca importancia monumental.—Sus progresos recientes.—El muelle y sus edificios.—Templos y casas solariegas.—Un gran pintor de tipos y escenas populares.—Don José María Pereda.—Su casa de Santander.—Su *observatorio*.—Su *taller*.—Trabajos del novelista.—Su conversacion.—Rasgos característicos.

Santander es una ciudad pobre de monumentos y no muy rica de caserío. Se conoce que ha progresado y progresa en estos últimos años, y las hermosas construcciones urbanas que se extienden á todo lo largo del muelle nuevo, son como una ostentosa fachada para ocultar á la vista de los viajeros que llegan por aquella parte las imperfecciones de la ciudad vieja.

Á causa de la desigualdad del terreno en que está situada, tienen algunas de sus calles cierto desnivel que las desluce, y hay en ellas algo de la estrechez y tortuosidad propias de las antiguas poblaciones de España.

Sus templos son oscuros, húmedos, de sólida y pesada construcción y de poca importancia arquitectónica.

Las construcciones antiguas son casi todas de sillares, y la mayor parte de ellas tienen signos heráldicos que pregonan la nobleza de sus antiguos moradores. No recuerdo haber visto en ninguna ciudad de la Península tantos escudos nobiliarios como en Santander y sus inmediaciones. Diríase que los hidalgos de Castilla, cansados de la vida cortesana ó de las guerras y discordias en que tanto se agitaron durante largos períodos de la Edad Media, se dieron cita para establecerse en aquel apacible rincón de la cordillera cantábrica, para consagrarse allí al culto regenerador del trabajo y fundar el laborioso pueblo montaños.



Después de haber leído las obras de D. José M^a Pereda, y muy especialmente *Sotileza*, *Un marino*, *La leva*, *El raquero* y *El fin de una raza*, no es posible andar por las calles y plazas de Santander ni discurrir por el muelle entre marineros y pesca-

dores curtidos, pasiegas de carga, pille-tes clásicos y sardineras castizas, sin recordar con asombro al gran maestro de las descripciones montañosas. Tiene su pluma tal vigor de expresion, pinta con tal exactitud y elige para sus obras tipos y lugares tan característicos, que por donde quiera que uno de sus lectores dirija la vista ó los pasos en aquella poblacion, ha de hallar personas y objetos que le recuerden algun pasaje de aquellas admirables producciones.

De mi sé decir que en el poco tiempo que permanecí en la ciudad, tuve ocasion de ver á *Sotileza*, la pulcra y hermosísima pescadora, gala y orgullo del Cabildo de Arriba; á la *Carpia* y la *Chumacera* diciendo pestes de todo el gremio, á *Mocejon* cargado con sus redes y su mugre, al capitan *Bitadura* y hasta al mismísimo padre Apolinar. Ví la célebre casa que servía de habitacion y de infierno al tío *Bolina*, al *Tuerto* y á *Tremontorio*, pasé más de una vez por junto á la *Fisenuca* y la *Bigornia*, y hasta ví claramente, con los ojos de la imaginacion, aquel antiguo *Muelle Anaos* con sus mezquinas fraguas, sus barracas ruinosas, sus depósitos de alquitran y brea, y sus montones de escombros y trastos viejos de marinería, entre los cuales

solían ejercer su industria los *raqueròs* más célebres de la vecindad.

Precisamente en aquellos dias le habían dado á Pereda una serenata con motivo de la publicacion de *Sotileza*, y por todas partes canturreaban las gentes del pueblo las estrofas dedicadas al gran novelista, en las que se nombraba á *Silda*, á *Muergo* y á otros celebres tipos populares de aquella obra, y esto vino á influir muy eficazmente en mi ánimo, ya predispuesto por aquellas lecturas, para que fuese más viva y más completa la ilusion.

*
* *

Don José María Pereda vive durante el invierno en el segundo piso de una hermosa casa, situada en la parte más céntrica del Muelle nuevo, desde donde el novelista montañés estudia fácilmente los tipos, las escenas y las costumbres de la gente de mar, que de tan admirable modo pinta en algunas de sus obras. Despues que pasa la estacion del hielo y cuando la naturaleza revive y se engalana espléndidamente con sus atavíos primaverales, el ilustre escritor se traslada á sus

posiciones de Polanco, uno de los lugares más frondosos, más pintorescos y apacibles de aquella feraz comarca. Allí observa y estudia la naturaleza en toda su grandiosa variedad; allí frecuenta, con interés de artista, el trato de los Niscos, los Macabeos, los Patricios Regüelta, las Tacias, las Catalinas y otros deliciosos tipos que ha sabido inmortalizar en sus obras.



Cuando yo llegué á Santander todavía se hallaba Pereda en su casa de la calle del Muelle. Recibió mi visita en su gabinete de estudio, pequeño departamento amueblado con severidad, de cuyos muros penden algunos cuadros de mérito, representando paisajes agrestes de Polanco y de otros lugares vecinos, y un excelente retrato de Pereda, que parece de Cervantes por la notable semejanza que tienen entre sí ciertos rasgos de la fisonomía de ambos autores, y por estar pintado con valona y ropilla á la usanza del siglo XVI.

Tratóme con afabilidad y llaneza; me refirió sus inquietudes acerca de la enfermedad que á la sazón padecía un hermano

suyo; hablamos de obras literarias y de autores contemporáneos; me contó episodios curiosísimos de su reciente viaje con Perez Galdós por España y Portugal; me refirió con entusiasmo las impresiones de su paso por Astúrias, y terminó tan amena conversacion informándome acerca de sus proyectos literarios y de su falta de paciencia para hacer obras que exijan larga y persistente labor.

—Despues de ideado (dijo) el plan de una novela, y hecho mental y prácticamente el estudio de los personajes, pongo manos á la obra y la escribo sin parar, sin alternativas ni interposicion de otros estudios; trabajando sin tregua ni medida, sin más descanso que el absolutamente preciso, y bajo la influencia de una especie de tension cerebral ardorosa y casi febril. Obra que no concluyo *de un tiron*, difícilmente puedo ya concluirla, y las más de las veces se queda sin concluir.

Pereda es uno de esos caractéres nobles, francos, enérgicos, de acentuada y vigorosa personalidad, que infunden á la vez sentimientos de respeto y de confianza, de simpatía y veneracion. A pesar de su desasosiego con motivo de la enfermedad de su hermano, quiso acompañarme en mis paseos por la ciudad y por el

Sardinero, y hasta me invitó á ir á Polanco, su quinta de recreo, á lo que hube de excusarme por no abusar de su benevolencia y por llegar pronto á donde me esperaba mí padre, con la ansiedad propia de quien se dispone á recibir á un hijo ausente, despues de 26 años de separacion.

VI.

CAMINO DE ASTURIAS.

Viaje en diligencia.—Emociones.—Recuerdos.—Escenas y paisajes.—Compañeros forzosos.—Política y cigarros.—La bota de chacolí.

Nunca sentí emociones parecidas á las de aquel viaje desde Santander á Rivadesella. Despues de tan larga ausencia en un país remoto, iba á ver y abrazar á mi buen padre, aquel sencillo aldeano de corazón tierno y de alma candorosa, que con tan dulce afecto me llamaba desde su apacible retiro; iba á visitar el dichoso albergue donde nací, á sentarme en el mismo hogar, junto á la misma mesa de roble donde había recibido el último consejo y la última caricia de mi madre, á beber en la misma fuente donde saciaba mi sed cuando niño, y á recorrer aquellos inolvidables senderos que habían sido testigos de mi infancia y teatro de mis inocentes diversiones.

A medida que la diligencia que me

conducía se alejaba de la ciudad, iban apareciendo ante mi vista paisajes y escenas que me hacían recordar vivamente los del pueblecillo á donde me dirigía. Ya era un robledal frondoso que se extendía á uno y otro lado de la via, con sus robustas, nudosas y entretegidas ramas, en las que se distinguían algunos nidos de pájaros y se oían deliciosos trinos y rumor ténue de hojas y de aleteos; ya un caprichoso grupo de casas blanquísimas, rodeadas de árboles y flores, de fecundos huertos y de ondulantes y rumorosos maizales; ya un grupo de aldeanas frescas y garridas, con cestas y macanas colmadas de cerezas, fresas, albaricoques y otras varias frutas de la estacion; ya un baile improvisado en la misma vera del camino, al compás de la gaita de un pobre ciego ó sin más música que el canto de las bailadoras y el toque acompasado de un tambor ó de una pandereta; ya, en fin, un bullicioso enjambre de chiquillos que, al ir ó al volver de la escuela, se lanzaban intrépidos hácia el carruaje colgándose de los estribos de la zaga, ó competían en el andar con el galope de las mulas, aun á riesgo de perder en la carrera la gorra ó la boina, los libros de estudio y hasta los pedazos de queso y de borona que llevaban para merendar.

Entregado á estas observaciones, apenas si pude prestar atención á un hombre de negra y abundante barba que iba sentado junto á mí, hablando de política, y que me ofrecía cigarros con insistencia desde que supo que yo no fumaba, ni pude estudiar en todos sus detalles el tipo de otro viajero, tratante en ganado vacuno, que se empeñaba en que yo bebiera vino á cada instante en una bota de cuero que él traía y que empinaba á menudo, ponderando en frases hiperbólicas la excelente calidad del contenido. “Era chacolí, chacolí puro, sin chispa de agua ni mezcla de *trichina* (quería decir *fuchina*). Lo había comprado en Pamplona él mismo, sin valerse de mano ajena, porque en cuestión de vino y de mujeres él no se fiaba de nadie; y teniendo él su bota de chacolí puro al lado, ya podía llover y nevar de firme, que no le tenía miedo al pedrisco ni al temporal.”

VII.

ASTURIAS

LA LLEGADA.

Mi padre.—Sus manifestaciones de alegría.—El hogar donde nací.—La llegada de un *indiano*.—Visitas.—Mis condiscípulos.—Recuerdos de la niñez.

Tan vivo era mi deseo de llegar á la casa paterna, que casi no sentí las incomodidades propias de una jornada de dia y medio, encajonado en el interior de un carruaje duro, estrecho y ruidoso como una legion de diablos con matracas y casca-
beles.

Llegué por fin.

No es para referida la escena en que mi anciano padre, abrazándome conmovido, reía y lloraba á un mismo tiempo y daba gracias á Dios con palabras llenas de uncion y de fé. ¡ Cuánta expresion de alegría en aquel semblante ya mustio ! ¡ Cuánto brillo en aquellos ojos, amenazados ya por la implacable catarata senil !

Yo me asombraba de ver tanta sensibilidad, tanta vehemencia de afectos en un hombre de setenta años, y llegué á temer por su salud en medio de aquellos vivos trasportes de gozo.

Me miraba atento, con la fijeza y la curiosidad de un niño, oía mi conversacion con deleite, me interrogaba sobre muchas cosas á la vez y sólo tenía palabras para hablar conmigo ó de mí.

Llevóme á la bodega donde tenía dos grandes toneles de sidra hecha por él con manzanas de su cosecha, cogidas en árboles sembrados por su mano exclusivamente. Era un capricho de padre con cierto orgullo de viejo y laborioso agricultor.

Quiso que bebiera yo el primer jarro de *su* sidra, oyó con regocijo indecible mis elogios acerca del sabor, aroma y fortaleza del precioso líquido; bebió él luego, paladeando la sidra con deleite para corroborar mi dicho, y despues mandó que la distribuyeran entre todos los vecinos del pueblo que quisiesen beber á mi salud.

Fué aquella una fiesta patriarcal y animadísima que siempre recordaré.

Es costumbre en todos los pueblos de Asturias acudir á casa del *indiano* que llega, y obsequiarle con un presente, que

consiste por lo general en frutas ó manjares de lo más exquisito que haya en el huerto ó en la despensa de cada vecino. Todos cumplen con escrupulosidad este precepto amistoso, y muy principalmente los que están unidos por algun lazo de parentesco á la familia del el recién venido. Éste, en cambio, festeja á sus visitantes y les recompensa el regalo con alguna dádiva, segun la calidad del obsequio recibido y la estimacion que se haga de la persona que lo lleva ó lo remite.

No hay para qué añadir que mi casa paterna se vió invadida constantemente por espacio de algunos dias.

La mayor parte de los parientes y vecinos que llegaban á visitarme, traían á mi mente memorias tristes ó venturosas de los primeros años de mi vida. Unos habían sido mis condiscípulos, otros jugaban conmigo los dias de fiesta, me acompañaban la víspera de año nuevo en las bulliciosas correrías del agujnaldo ó formaban conmigo en el atrio de la capilla la tradicional hoguera de San Juan. Éste me había roto la cabeza de una pedrada, en un momento de belicoso arrebató; aquél había ido en peregrinacion conmigo al santuario de Covadonga, el otro y yo nos habíamos caído juntos de un añoso y corpulento cas-

taño, cierto día que andábamos á caza de nidos de tordo ó de gorrion

Estos recuerdos y otros muchos que se renovaban de igual modo en mi memoria con la presencia de aquellas gentes sanas y sencillas, muchas de las cuales no habían ido nunca más allá de las peñas que cerraban el horizonte de aquel caserío, hiciéronme pensar hasta qué punto pueden ser razonables los siguientes versos de una leyenda asturiana—y aún inédita entónces—de Zorrilla, que á la sazón andaban manuscritos de mano en mano entre las gentes más instruidas de aquella comarca :

“ Feliz quien á la sombra de los castaños vive,
al pié de los que humea su hereditario hogar,
y cartas, ni intereses, ni tiene ni recibe
de más allá del monte, ni más allá del mar.”

VII.

LOS TESTIGOS DE MI INFANCIA.

Renacimiento.—La escuela de Moro.—Instrucción y palos.—El *maëstrin*.—¡Cuarenta años de Magisterio!—Pedagogía sangrienta.—El porvenir de un maestro.—Abnegación sublime.—Sitios y objetos queridos.—La tumba de mi madre.—La capilla.—El rezo.—¡Dichosos los que creen en la eficacia de la oración!

¡ Con qué avidez recorrí las calles, los senderos y las pintorescas cercanías del pueblecillo, y con cuánto placer contemplaba los lugares más frecuentados por mí en la dichosa primavera de mi vida !

Aquella grata revista de personas, objetos y parajes queridos refrescaba mis ideas, despertaba mis aficiones de niño, avivaba extraordinariamente mi buen humor, y hasta me daba agilidad y viveza para saltar y correr como antes por lo más escarpado y agreste de aquellos sitios. Era una especie de renacimiento producido en mí sér por la vista y el contacto de todo lo que constituye el inolvidable terruño natal.

Allí leía y recordaba yo, como en un maravilloso libro de memorias íntimas, todos los accidentes de mi infancia, todos mis afectos y distracciones de niño.

*
* *

Mi padre se complacía también en mostrarme todo cuanto pudiera hablar más vivamente á mi memoria. Me llevó á la escuela de la vecindad, á la misma casita de blancos muros y numerosas ventanas verdes, donde me habían hecho aprender, á palo limpio, los rudimentos más esenciales de la instrucción primaria. Allí estaba el terrible maestro que me había molido las costillas, como á todos los demás chicos de la comarca, y había continuado después y continuaba aún imperturbable en su tarea de apalear y de instruir á las nuevas generaciones.

Cuando llegamos á visitarle estaba precisamente zurrando la badana á uno de sus nuevos discípulos, tarea que hubo de suspender con manifiesta contrariedad para recibir nuestra visita. En cuanto supo que yo era su antiguo alumno, soltó la tremenda vara que esgrimía momentos ántes, corrió á mi encuentro, abrazóme con ter-

nura y habló de mí á su infantil auditorio, presentándome como un modelo de discípulos juiciosos y aprovechados. El bueno del profesor exageraba sin duda mis virtudes para afeor la conducta de sus actuales discípulos, procurando que se enmendaran con la cita de un buen ejemplo.

¡Discípulo aprovechado y juicioso! Mientras el irritable pedagogo iba diciendo estas palabras, miraba yo atentamente aquella nudosa vara de acebo, imágen fiel de la que tantas veces había resonado allí mismo sobre mis espaldas.

Despues que el profesor hubo terminado su arenga, nos contó á mi padre y á mí la causa de su reciente incomodidad.

“Aquel diablo de chico, mientras almorzaban ó jugaban por allí cerca los demás, durante el breve asueto de medio dia, había entrado en la escuela por una ventana, llevando la gorra llena de grillos, y había metido uno en el zurrón de cada muchacho, otro en cada salvadera y el resto en el mismo escritorio presidencial; de suerte que al volver él, el Profesor, estaba la casa hecha un infierno, una verdadera olla de grillos.”

“Las diabluras y las invenciones de aquellos rapaces no tenían fin, y era un milagro que él no se hubiera vuelto loco

en cuarenta años que llevaba de profesion en aquel desgraciado pueblo, donde la última camada de chicos era siempre la peor. Malos habían sido los del año 50, peores los del 60 y más insufribles aún los del 70 y 80; pero los que iban *asomando* tras de ellos eran el mismísimo Barrabás. Por fortuna él estaba fuerte aún, tenía hecha gran provision de varas y palmetas, y sus discípulos le habian de obedecer y respetar ¡canario! ó había de correr allí más sangre que en una fábrica de morcillas.”

Y pronunciaba estas últimas palabras haciéndome guiños y alzando un poco la voz para causar espanto entre sus numerosos discípulos de ambos sexos, harto habitados, por desgracia, á las descalabraduras pedagógicas, para que aquellas frases les produjeran todo el efecto que el bravo preceptor se proponía.

¡Pobre *maestrin* (como allí se le llama comunmente, no sé si aludiendo á la cortedad de su estatura ó de su paga), yo te perdono los palos que me diste, y aun los doy por bien recibidos en gracia del bien inmenso que me has hecho enseñándome á leer y á escribir!

Creo que no hay en el mundo medio suficiente de pagar á los maestros de ins-

truccion primaria los beneficios que de ellos se reciben, por cuya razon han sido y serán siempre acreedores perpetuos de la humanidad.

Yo admiro y reverencio al *maestrin* de Moro, á pesar de su terrible método de estímulo y de correccion. Es un pedagogo anticuado que mueve más la vara que la lengua, habla más al cuerpo que al espíritu (aunque suele dar varazos que llegan al alma), y su sistema de educacion tiene mucho ménos de psíquico que de muscular. La culpa no es de él, sino de la época en que estudió y del medio social en que vive. Así le instruyeron y así instruye, manteniendo en aquel cerrado valle, á fuerza de *leña* y de constancia, el fuego sacro de las primeras letras.

Ni sus obligaciones ni su fortuna le permiten salir de aquel pobre caserío, siquiera para enterarse de que ha cambiado ya algo el arte de la enseñanza. En los dias de labor no puede faltar en la escuela; en los festivos tiene que ayudar á misa, poner su alma con Dios, rayar las planas, cortar las plumas y exprimir agallas ó cerezas negras para proveer de tinta á todos sus discípulos.

Y aun cuando no tuviese precision de hacer todo esto le sería difícil permitir-

se el inusitado lujo de ir alguna vez á la villa, con objeto de orientarse y cambiar alguna que otra palabra con sus colegas, sobre asuntos pedapógicos, porque ni el mezquino sueldo profesional dá para tanto ni la gratificación de los alumnos pudientes suele pagarse en dinero, sino en trigo, en maíz ó en cebada, si á mano viene.

Prescindiendo, pues, de la vara, y aun con ella misma y con todas sus consecuencias, es admirable y gloriosa la figura moral del *maestrin*, y extraordinariamente fecunda y beneficiosa la influencia de su trabajo.

¡ Cuarenta años de magisterio públicó ejercidos sin interrupcion y sin competencia, en una comarca rural de cinco mil habitantes!

Con muy raras excepciones puede decirse que todos los que saben leer en aquella jurisdiccion, hombres y mujeres, y los muchos que han emigrado de allí desde el año 50 hasta hoy, han sido exclusivamente instruidos por el *maestrin*.

En su mocedad educó á los padres; después á los hijos; hoy, tembloroso y jadeante por el peso de los años y la persistencia de tan ruda labor, empieza á lidiar con los nietos, y quizás tenga que hacer lo

mismo con la generacion futura, hasta que un dia se quede ciego ó paralítico sobre la humilde tarima de su escuela, ó se le congestione el cerebro en una de esas incomodidades que le proporcionan á cada rato sus traviesos y bulliciosos discípulos.

¡ Cuánta constancia y cuánta fuerza de voluntad se necesita para no desmayar en tan penosa labor, sin descanso y sin esperanzas de recompensa !

¡ Cuán sublime abnegacion la de este pobre y oscuro mártir del progreso !

Si hubiera igualdad y justicia en eso de las canonizaciones, estoy bien seguro de que, andando el tiempo, había de figurar en los calendarios el nombre de este benemérito *maestrin*.

Le representarían quizás en los altares y retablos con torvo ceño y con formidable y nudosa vara, pero al fin escribirían su historia en el *Año Cristiano* y su nombre pasaría en cierto modo á la posteridad.

Pero . . . ya verán ustedes como no le canonizan.

*
* *

Tambien me acompañó mi padre á otros lugares que tenían para mí cierta ce-

lebridad. Me llevó al molino donde tanto me deleitaba ya en otro tiempo, siguiendo con la vista la multitud de brillantes hilos en que se descomponía la cascada, al dar movimiento rápido á la gran rueda central; me llevó á comer frutas frescas al pié de los mismos troncos de mis árboles predilectos, de mis buenos amigos de la infancia, únicos tal vez que no habían variado en todo el tiempo transcurrido; fué conmigo á la fuente, al huerto, á la cabaña vecina y al inmediato castañar.

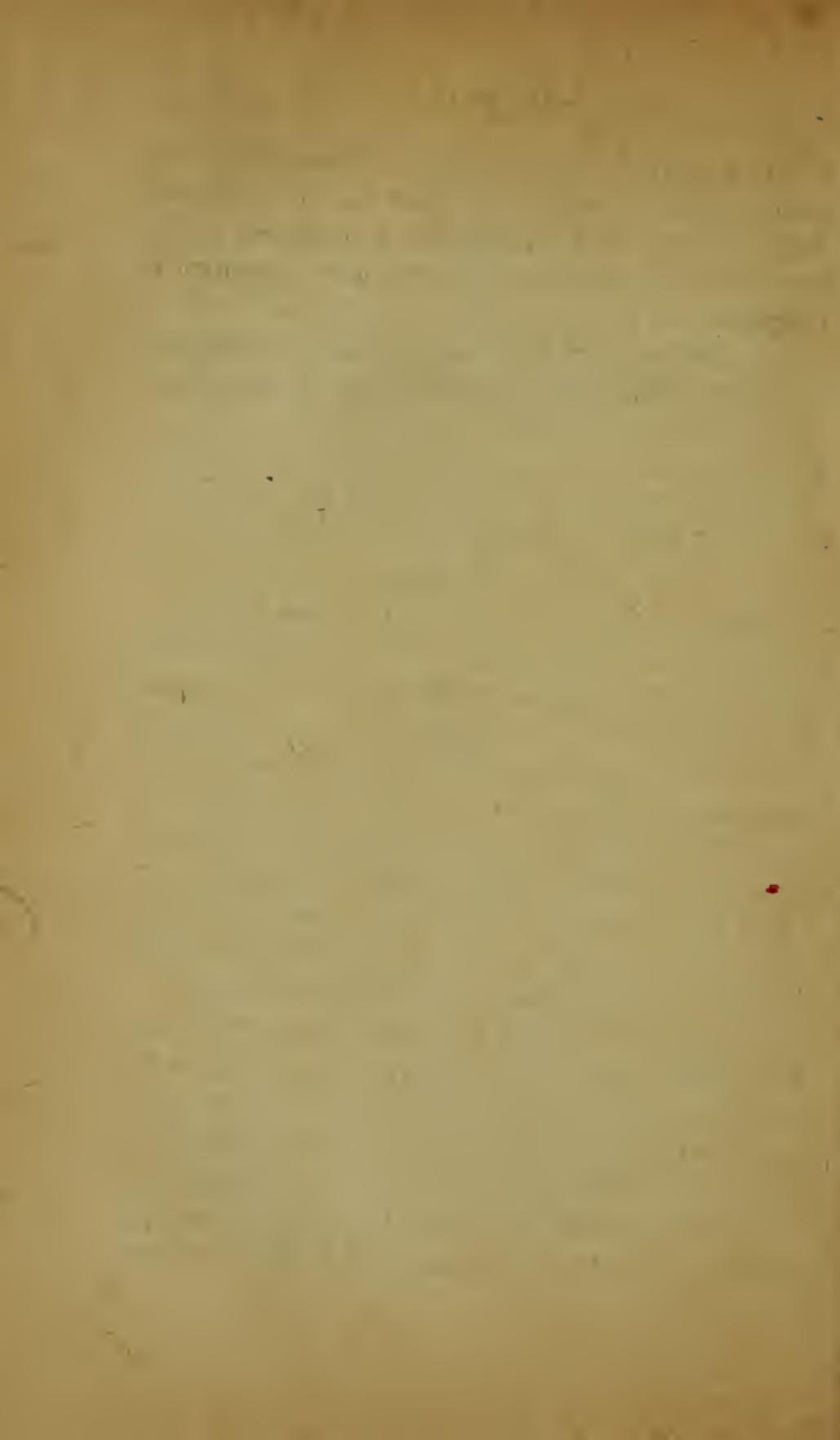
Llevóme frente al balcon de donde yo me había caído cuando niño, á la bolera donde yo me divertía y al soto en que me despedí de mis parientes, á la edad de once años, para venir á Puerto-Rico.

En todos estos sitios solia contarme anécdotas y detalles que avivaban mi memoria y daban á aquellas visitas un interés exclusivamente mio, que no es para contado en este lugar.

Juntos visitamos tambien la tumba de mi madre, donde va envejeciendo ya el árbol sombrío y melancólico, plantado por mí y regado con mis lágrimas la última vez que estuve en aquella mansion de tristes recuerdos; juntos, en fin, llegamos á la capilla donde él y yo rezábamos en otro tiempo. Él volvió á rezar con la misma

fé de siempre, y no pude acompañarle, á pesar mio. Había perdido la fé y hasta se me habían olvidado las oraciones. Me arrodillé á su lado y le oí con profundo respeto.

¡ Dichoso él qué reza todavía, creyendo firmemente en la eficacia de la oracion !



VIII.

PAISAJES Y PAISANOS.

Bellezas naturales.—La primavera en Astúrias.—Carácter, usos y costumbres.—El amor y las flores.—La *Fila*.—Preliminares de bodas.—Los casamientos.—El carro del ajuar.—Las romerías.—*Bailes al fresco*.—Rosquillas y avellanas.—Covadonga.—Cintas y relicarios.—El agua de la fuente.—Creencias y supersticiones.

Astúrias es un país bellísimo y pintoresco.

Como si la naturaleza hubiese querido resarcir á esta region del confinamiento á que parece condenada en el extremo setentrional de la Península, entre la más turbulenta de sus costas y lo más escarpado é inaccesible de la cordillera cantábrica, derramó allí con mano pródiga sus más apreciables tesoros, formando aquella hermosa maravilla que suelen designar con el nombre de *Suiza ibérica* los viajeros inteligentes y observadores que la visitan.

Nada más ameno y digno de verse que los frondosos valles de Astúrias en la

estacion de la primavera. Aletargada la vegetacion durante el invierno por el frio y el peso de la nieve, se desarrolla con extraordinaria energía á las primeras caricias del sol de Marzo. Entónces las montañas se van despojando de su vidriosa túnica de hielo, que se funde y precipita en espumosas cascadas de un efecto magnífico y encantador; los árboles se cubren al mismo tiempo de hojas y de flores, mostrando una variedad de matices verdaderamente asombrosa; las canoras avecillas parece que brotan tambien de entre los tallos y las flores en frecuentes y numerosas bandadas; se perfuma la brisa con las voluptuosas emanaciones de aquel espléndido festin de la naturaleza, y todo allí renace, se agita, se abrillanta y se inunda de luz y de color.

Aun cuando yo llevaba impresa en la retina, por decirlo así, la imágen de la espléndida flora de los trópicos, quedé maravillado ante el indescriptible panorama de aquellos campos de Astúrias, que solamente recordaba de un modo vago y confuso, porque á la edad en que me había ausentado de allí no era posible que pudiese percibir y apreciar en toda su variedad y belleza tan primorosos encantos naturales.

Me deleitaba recorriendo aquellas praderas floridas, verdaderos prodigios de matices y de colores; aquellos espesos y rumberos maizales, donde el soplo más leve de la brisa produce dulces arrullos y agradables ondulaciones; aquellos copudos castañares que interceptan los rayos del sol, formando verdes grutas y deliciosos pabellones donde los tordos, los mirlos y las calandrias suelen ir á cantar, en competencia, sus más delicadas melodías, y aquellos soberbios montes donde se respira el delicado aroma del laurel, el romero y el tomillo que crecen allí en gran abundancia, y donde se recrea el ánimo en la contemplación de los más bellos y variados paisajes que se pueden imaginar.

*
* *

Hay también gran fondo de poesía en ciertos hábitos y costumbres de aquellos lugares, en las creencias y tradiciones del pueblo llano y en los cantares con que éste suele expresar sus naturales afectos.

Los asturianos son de carácter alegre, franco, expansivo, muy hospitalario, bastante impresionable y algo aventurero y soñador. Gustan de la broma y del chis

te, son comunicativos, decidores y galantes, se entusiasman con facilidad, son por lo general valientes y animosos y se muestran siempre muy afectos á las glorias y tradiciones de su país.

En los pueblos importantes de la costa, donde la afluencia de gentes extrañas determina ciertas modificaciones en el traje y aun en las costumbres y el carácter de los vecinos, el verdadero tipo asturiano vá perdiendo muchos de sus rasgos tradicionales y refundiéndose poco á poco en el tipo general español.

Para estudiar al primero en toda su pureza hay que buscarle ya en el interior de la provincia y especialmente en los pequeños caseríos rurales. Allí se hallan todovía estos preciosos ejemplares del asturiano castizo, con su pantalon corto, su airosa chaquetilla, su chaleco de color vivo y de sonante botonadura de filigrana, sus zapatos bajos ó sus corizas ó madreñas, segun lo exijan el tiempo y la estacion, y su monumental montera, puntiaguda y recta si el dueño es hombre casado y formal, ladeada si es galanteador, graciosamente prendida en uno de sus bordes con alfileres de cabeza colorada si el dueño está enamorado y correspondido, y con una vistosa escarápela de cintas si le ha tocado

en suerte ser soldado y está próximo á ingresar en el servicio de las armas. Los mozos que se disponen á embarcarse para América, suelen cambiar con anticipacion el pintoresco traje ya descrito por uno de *medio indiano*, que consiste en chaqueta algo más larga y más fina, pantalon bajo, chaleco *señoril*, camisa de cuello pespunteado, borceguíes crujidores y sombrero de paja ó de castor.

Con estos antecedentes de indumentaria, cualquiera puede averiguar allí sin esfuerzo el estado, la condicion, los afectos, los propósitos, las esperanzas y todos los accidentes y variaciones notables de la vida de sus vecinos.

Tambien las mozas revelan con frecuencia su estado, sus aficiones y sus sentimientos íntimos por medio de signos exteriores, aunque de un modo más delicado y poético. Uno ó más tiestos ó cajones con flores, colocados en las ventanas de la casa, indican que hay allí una ó más jóvenes solteras, y segun el color y la clase de aquéllas se sabe si las chicas tienen novio ó pretendiente, si están comprometidas ó en estado de merecer. Hay signos igualmente conocidos para indicar que tal ó cual moza ama á un ausente, y para distinguir si él está en América ó en la Península.

Todo esto se hace naturalmente, sin alardes ni disimulos, con ingenuidad candorosa y por la fuerza de la costumbre, que tiene allí algo de patriarcal. No se conocen entre aquellas gentes sencillas los refinamientos bucólicos ni el sentimentalismo artificial que todavía pintan en sus églogas los poetas desorientados. Allí se ama y se siente por natural impulso, sin afectaciones ni rodeos, sana y honradamente, salvo alguna que otra excepcion que se tiene por infamante y pecaminosa en alto grado.

El método de vida que observan favorece mucho la conservacion y desarrollo de estas virtudes. El hábito del trabajo es allí general, lo mismo en la mujer que en el hombre, y en ella más que en él todavía, por lo variado y complejo de las faenas que tiene á su cargo. La mujer asturiana de la aldea comparte con el hombre todos los trabajos de labranza, preparacion, coleccion y venta de frutos, y tiene tambien á su cargo las labores del hogar. A unos y otros atiende con actividad pasmosa durante el dia. Por la noche, y mientras los padres disponen lo necesario para las faenas del dia siguiente, se reunen todas las jovenes del vecindario en una sala espaciosa y allí hi-

lan el lino que ha de servir para hacer la ropa blanca de sus respectivas familias. A este agradable concurso de hilanderas, al que dan el nombre de *fila* ó *gila*, concurren los mozos á cambiar algunas frases galantes con sus novias ó pretendidas, y allí, al ténue rumor de las fibras de lino que se tuercen y se contraen á favor de las enérgicas vibraciones del huso bajo los dedos de la hiladora, suelen empezar casi siempre los dulces preliminares del casamiento.

*
* *

Las bodas se celebran por lo general entre aquellas buenas gentes con actos de alegría y de ostentacion muy agradables y pintorescos. Cada casamiento es una fiesta, no sólo para los desposados, sino para todos sus vecinos.

Salen los novios para la iglesia con gran acompañamiento de mozos y mozas del lugar.

La novia va vestida con el traje característico de las antiguas aldeanas de Astúrias, traje que hoy sólo se usa en dia de boda ó en casos muy especiales. Consiste en una falda corta, de color vivo, con negras y vistosas guarni-

ciones; pequeño y caprichoso delantal; jubon ó corselete negro, abrochado atrás con trencilla ó cordon del mismo color de la falda; dengue de franela con ribetes y adornos de terciopelo, las puntas cruzadas sobre la graciosa curva del pecho y prendidas en la parte posterior de la cintura, con dorado y reluciente broche; collar de dos ó tres vueltas de corales, ó cadena de oro si la novia tiene hermanos ó parientes ricos en Américas; largos y afiligranados perendengues, medias caladas y zapato de cordoban.

El mozo viste el traje de aldeano ya descrito, arreglado con más pulcritud y esmero que de costumbre; anda con cierto aire fachendoso y triunfal, que le distinguè entre los demás compañeros, y lleva entre manos un robusto palo de fresno con formidable cachiporra en la parte inferior.

Mientras dura la ceremonia y vuelve la comitiva, se prepara el carro de la boda en casa de la desposada. Este carro es el mismo que allí se usa para la conduccion de frutos y materiales de labranza, con sus ruedas macizas que giran con eje y todo, único medio de que pueda rodar sin peligro por las accidentadas y pendienteísimas callejas de aque-

llos lugares. Cuando se destina á la conduccion del ajuar de una novia se limpia y se pule este vehículo hasta dejarle como nuevo, se adorna con ramos y flores, se engalana con flecos y tejidos de estambre la cabeza de los bueyes que le conducen, se les pone á éstos vistosos collares con campanillas; y se aprietan bien las cuñas del eje para que *cante* mucho, porque es condicion indispensable que el carro de una boda escandalice con sus chirridos á toda la vecindad. Hecho esto, se van colocando en él todos los muebles y enseres que constituyen el ajuar ó dote casero de la novia, y en la parte más elevada y segura se van colgando y prendiendo en vistosa exhibicion (si el tiempo lo permite) los trajes más bonitos y más valiosos de la ya citada heroína de la fiesta.

A veces suelen necesitarse dos ó más carros, si el padre de la novia es rico y generoso y no le quedan más hijas por casar.

Cuando la novia llega de recibir la benedicion eclesiástica está ya dispuesto el carro, los bueyes uncidos, y todo engalanado y listo para partir. Entra aquella en la casa, llora y se despide cariñosamente de la

familia, y, al primer chirrido que produce el carro al ponerse en movimiento, sale ella otra vez con el novio y los acompañantes, y siguen juntos detrás de la escandalosa máquina, que anuncia á todos los habitantes de aquel contorno el paso de un tren de boda por la vecindad. Al oír el aviso del carro, corren aquellos á la orilla del camino para ver los trajes, murmurar si la riqueza del equipo no corresponde con la fortuna del padre, y saludar y bendecir á los novios, deseándoles muchos años de felicidad.



Astúrias es el pueblo clásico de las romerías.

Las antiguas peregrinaciones á ciertos santuarios célebres, y muy principalmente á Covadonga, desarrollaron de tal modo aquella devoción andariega, que fué preciso habilitar santuarios nuevos y multiplicar el número de peregrinaciones, hasta que ya no quedó iglesia parroquial ni capilla de aldea donde no se hiciese anualmente una romería. Todo esto parece que fué al principio obra exclusiva del sentimiento religioso; pero poco á poco se asoció la comodidad á

la devocion, y tras de la comodidad siguió el placer, y con éste la alegría y la francachela, y despues la música y el baile, quedando casi convertidas aquellas piadosas fiestas en meras diversiones paganas.

En el poco tiempo que permanecí en mi pueblecillo hubo hasta seis romerías en las parroquias y ermitas de aquellas inmediaciones, y tuve ocasion de asistir á estas fiestas y observarlas con alguna detencion.

Se anuncian la víspera al oscurecer con ruidoso campaneó, varios cohetes una gran hoguera cerca del templo, y á veces iluminacion en el campanario.

Al siguiente dia, que es el de la fiesta, amanecen varias pipas de sidra y muchos pellejos de vino al redor de la iglesia, con gran aparato de jarros, copas, bandejas y demás avios de beber. Si la estacion es fria, el vino se despacha puro.... hasta cierto punto; quiero decir que se bebe tal como sale del pellejo. En tiempo de calor se hace más consumo de este líquido en forma de *sangría*, ó sea mezclado con azúcar, agua y cáscaras de limon, sirviendo á la vez de tónico y de refresco.

Mientras los sacerdotes de Baco pre-

paran de esta manera sus altares en el exterior del templo, el sacerdote de Cristo, auxiliado por el ama y el sacristan, adorna lo mejor que puede los altares del culto católico, y esparce espadañas, hinojo, romero y otras plantas olorosas por el pavimento de la iglesia y por el atrio ó la parte de afuera que ha de recorrer la procesion. Poco despues empiezan de nuevo los repiques de campanas, y es cosa de ver cómo aparecen entónces por las colinas, collados y montes vecinos multitud de gentes formando caprichosos grupos y larguísimas hileras, y moviéndose todas en direccion á la romería. Los colores vivos de los refajos, chales y pañuelos de las aldeanas, dan á estos vistosos grupos un aspecto animado y encantador.

El alegre y bullicioso *elemento jóven*, que es el que predomina en las romerías desde que el baile, la música, el retozo y el galanteo ha llegado á ser en ellas lo principal, invade bien pronto la extensa campiña que suele haber junto á dichas iglesias y santuarios, destinada ya de antemano á tales diversiones.

Las mozas visten de gala y llegan radiantes de alegría y de satisfaccion. Los mozos las acompañan y las obsequian á su modo, y atruenan el aire frecuente-

mente con el tradicional ¡ijujú!, grito de guerra de los antiguos héroes de Covadonga, y que hoy sirve como expresión de entusiasmo, de alegría ó quizás de amorosos efectos.

Bien pronto se llena la iglesia con los *romeros* más devotos, que suelen ser los de más edad, y para que los de afuera puedan seguir el curso de los oficios divinos, se tira un cohete desde el atrio cada vez que suena la campanilla del altar. Arden en impaciencia las mozas bailadoras cuando advierten que el cura *pedrica* ó se detiene más de lo regular en canturreos y ceremonias, y los mozos van colocando sus palos en grupos y pilares de forma cónica á fin de quedar expeditos para el baile y tenerlos á mano en caso de necesidad.

Empiezan á llegar cestas de avellanas, rosquillas dulces, bizcochos y otras confituras que compran los mozos para obsequiar á sus vecinas y compañeras, circula despues entre ellas y ellos el jarro de sidra, de sangría ó de vino, segun los casos, y no bien anuncian los cohetes de trueno que ha terminado la misa, cuando empieza allí mismo el baile campestre, con toda su algazara de gaita, panderetas y tamboriles.

Todavía suele comenzar esta diversion por la antigua *danza prima*, en forma de círculo; pero bien pronto se entregan los bailadores al airoso ejercicio y á las complicadas contorsiones del fandango y la giraldilla.

Todos estos bailes se ejecutan con acompañamiento de canto.

La influencia de los *indianos* que regresan de las Antillas ó de la América del Sur, va introduciendo en estos bailes alguna que otra danza habanera, y algun wals, mazurka ó polka íntima que se generalizan en las romerías, no obstante la desigualdad y aspereza del piso, nada propio para esta clase de movimientos.

De cuándo en cuándo deja de tocar el ciego, y con esto da á entender á los mozos que es preciso renovar la paga. Una lluvia de monedas de cobre que caen ruidosamente dentro de la montera ó el hongo del pobre músico, le advierte que puede seguir soplando la gaita, que aún hay dinero para pagarle.

Y vuelve á tocar el ciego, y sigue la zambra, la alegría y el buen humor.

De pronto se arma una riña en medio del baile, ya porque un intruso pretendió quitarle á uno de los bailadores su compañera, ó porque uno empujó á

otro, ó porque le derribó la montera ó dijo ¡viva Právia! habiendo allí mozos de Piloña, de Parres ó de otra jurisdicción.

Lánzase el ofendido sobre la piña de los palos en busca del suyo, le imitan acto continuo todos los demás mozos para ponerse á la defensiva, se ven girar un instante por sobre un mar de cabezas las contundentes cachiporras, se retíran las jóvenes del sitio donde bailaban, y el ciego se agazapa ó se escurre hácia otra parte, por lo que pudiera sobrevenir.

Entre tanto los valientes mozos se aporrean y se descalabran con brio á los primeros encuentros, y se apiñan y comprimen despues formando un enorme grupo, una masa viviente que oscila, bulle y se mueve en direccion de las fuerzas que más empujen.

Por encima de esta masa elévase tal vez alguno que otro palo y cae con estrépito sobre alguna que otra cabeza; óyense juramentos, imprecaciones y amenazas entre sorda y confusa gritería, y sigue de este modo la pelea hasta que interviene la guardia civil y logra imponer el órden, recibiendo á veces, con más ó ménos calma, su parte de apretones y cachiporrazos.

Luego se apartan hácia un lado los heridos y contusos, se celebran las paces con vino ó sidra del puesto más inmediato, se busca al ciego de la gaita, se tranquiliza á las bailadoras, se reparten dulces y avellanas en todo el corrillo, se colocan los palos en piñas ó pabellones hasta que se necesiten de nuevo, y empieza otra vez el baile con mayor entusiasmo y animacion.

Las romerías suelen terminar al anochecer del mismo dia en que se celebran, á ménos que estas solemnidades no tengan además carácter de *ferias*, en cuyo caso prolongóanse tres ó cuatro dias y á veces una semana; concurren á ellas negociantes y especuladeres de diversas partes, se suelen repartir más palos que en las meras romerías, y hay tambien mayor variedad de espectáculos y diversiones.

*
* *

La más antigua y célebre de todas las romerías de Astúrias es la de Covadonga, á la que concurren los asturianos en general, sin distincion de clases, y muchas personas de diferentes puntos de España.

A más de la celebridad histórica de

aquel sitio, que fué teatro de una batalla memorable, y verdadera cuna de la independencia de España, contribuye á la gran afluencia de romeros y visitantes la fama de los milagros que se atribuyen á la Virgen de Covadonga, en beneficio de la salud, la fortuna y la felicidad de sus devotos.

Una cinta, una estampa ó un relicario benditos en la gruta donde se venera á la Virgen, se consideran entre aquellas piadosas gentes como talisman de inagotables virtudes.

Entre las muchas creencias y tradiciones que se conservan acerca del santuario de Covadonga, y que darían asunto para llenar más de un volúmen, hay una bastante generalizada y popular que produce á menudo episodios é incidentes muy divertidos.

Se cree por lo general que se casan antes de un año las mozas y mozos que beben agua en el chorro que brota del mismo peñon en donde está la Virgen, y es cosa de ver cómo se agrupan y se estrechan junto á él aquellas aldeanas frescas y hermosas, disputándose un sorbo del bendito y milagroso manantial.

¡ Cuánta sed ! La costumbre, que allí es ya vicio inveterado de la emigracion,

y el crecido número de mozos que las quintas arrebatan anualmente de aquel país, mantienen en un deplorable desequilibrio el número de mozos solteros con respecto al de las mozas, que vienen á estar próximamente en relacion de diez por uno. Así es que los escasos jóvenes que no se van, hállanse en condiciones ventajosísimas para la eleccion de novia, y por este motivo se retardan, se regodean y andan con piés de plomo para someterse á la coyunda, seguros de que en todo tiempo han de encontrar mozas en abundancia para elegir.

Con uno de estos novios tardos y remolones andaba una moza lista y vivarachita el dia que yo fuí á visitar el santuario. Corrió ella hácia el manantial consabido, bebió resueltamente muy buenos tragos y llamó con graciosísimo ademán al novio, que se había quedado á cierta distancia. Acercóse él con algun recelo, y por más que la moza le señalaba el cristalino raudal como incitándole á beber, el muy taimado no se daba por entendido. Entónces le envolvió ella en una dulce y tentadora mirada, y le dijo con mimosa familiaridad:

—Bebe, tochu, bebe, que está fresquina.

Y él contestó con solapada y picaresca expresión :

—Así Dios me salvé que non tengo sede, rapaza.

IX.

OBSERVACIONES GENERALES.

Dialecto asturiano.—Cantares.—Preocupaciones y rutina.—El trabajo.—La caridad.—Instrucción pública.—Riqueza y porvenir de Asturias.

La funesta costumbre de la emigración á que ya he aludido antes, no sólo va trasformando las costumbres y los usos característicos de Asturias, sino que también lleva trazas de acabar con el antiguo dialecto, que llaman *bable*, cuyo parentesco y afinidad con la lengua latina es mayor que el de la castellana, que,—como aquella—renuncia frecuentemente el artículo para dar mayor energía á la frase, y conserva las desinencias de la declinación ménos desfiguradas que la lengua de Cervantes, como observa acertadamente el erudito escritor D. Antonio Balbin de Unquera.

En las aldeas del litoral hablan ya un castellano impuro con algunos resabios de *bable* que se manifiestan más

que en las palabras en los giros, en los modismos y en la construccion propia de aquel antiguo dialecto. Fuera de los pequeños caseríos cercanos al Infiesto y á Caugas de Onís, donde se conservan con mayor fuerza las antiguas tradiciones asturianas, sólo he oido hablar el bable en Gijon y en Oviedo, ya como en son de broma entre personas ilustradas, ó ya como alarde ó demostracion de un provincialismo que me parece plausible, en cuanto tiende á conservar ciertos elementos estáticos, ciertas manifestaciones características de la *individualidad* de un pueblo.

Entre los escritores y poetas que han hecho esfuerzos felices para conservar y purificar el bable, y aun para hacerle instrumento de una literatura regional, como la gallega y la catalana, merece especial mencion D. Teodoro Cuesta, versificador fácil é ingenioso, y uno de los pocos que han pintado hasta ahora la vida de los campesinos asturianos con verdadero color local.

Otro de los medios de conservacion que tiene el dialecto asturiano consiste en los cantos populares, en las tradiciones líricas que allí se conservan entre los campesinos y aun entre las personas cultas.

D. Cárlos G. Ciaño, de Villaviciosa, posee una coleccion bastante rica de estos cantares, recogidos por él mismo en las aldeas y copiados con fidelidad. Trascribiré aquí algunos para muestra, no precisamente de los más bellos y sentidos, sino de los que revelan con más claridad el carácter un tanto satírico de la musa popular asturiana, y que se ajustan más á los giros y construcciones propios del antiguo bable. *

* “El dialecto asturiano, conocido con el nombre de *bable*, es sonoro, y si no extensamente rico, no tan pobre como algunos creen. Háblase en el interior de Astúrias la misma lengua que se habló en España en los siglos medios, y muchas de las frases y giros que se conservan en el poema del Cid son familiares á los labriegos asturianos. Las voces adquiridas de los árabes no traspasaron los aledaños de Astúrias, y será lástima que se deje perder un dialecto que, bien estudiado, podrá dar á conocer la etimología de muchas voces castellanas, y del que podríamos tomar las que nos faltan sin tener que mendigarlas al extranjero.”—Don Agustin Durán. (Discurso preliminar del *Romancero español*.)

“El habla antigua de Astúrias es sucesora en buena ley del latino gótico, tiene perfecta, natural consonancia y estrecha intimidad con el romance que hablaron Berceo, Segura y el Arcipreste de Hita: es un dialecto latino en su mayor y mejor parte, con algunos vocablos arábigos, afixos, orientales y términos de raíz francesa ó lemasina, sin que tampoco le falten vestigios del vascuence. Dialecto pobre en cierta manera para la ciencia y la ilustracion que se desarrollaron al otro lado de su principal cordillera; pero abundante y variado, original y fecundo para pintar la vida campestre, sus usos, costumbres, preocupaciones, juegos, y todos los sentimientos y pasiones del alma, á veces por medio de palabras que no tienen sentido equivalente en castellano á no ser con difíciles rodeos.”—Don Fermin Canella Secades. (*Estudios asturianos*).

Hélos aquí :

Coloradina y guapina,
arrímate á la *fesoria*, *
porque el tu padre non puede
mantenerte de señora.

El señor cura miróme,
díxome que era galana:
señor cura mire el llibro
que eso non le importa nada.

En la plazuela de Nava
bailando con mi morena,
tu pintar, non la pintaste;
pero yo pintar, pintela.

De un pegollu del horru
cayó mia suegra;
lleváronla los diaños,
nunca acá vuelva.

Por muchu que trabayes,
Pepon de Cosme,
por muchu que trabayes
muchu más comes.

Algunos de los cantares asturianos de
esta coleccion fueron ya traducidos al cas-

* Azada.

tellano y se cantan en otras provincias, y aun recuerdo haberlos oído alguna vez en Puerto-Rico.

Sirvan de muestra los dos siguientes, que son verdaderas joyas de la poesía popular :

Aunque vivo al pié del monte
escondida entre la rama,
no tengo mancha ninguna
que no me la lleve el agua.

Hasta mis propios suspiros
son más dichosos que yo:
ellos se van y yo quedo,
¡ ellos se van y yo no !



La falta casi absoluta de ciencia agronómica entre los campesinos del Principado, mantiene en lamentable estacionamiento su producción agrícola. Hay allí todavía mucha rutina en los procedimientos de labranza, y no se estudian siquiera las condiciones del suelo y los medios de conducción y de transporte, para saber qué fruto conviene cultivar en tal ó cual sitio, y dónde es más provechoso fomentar la granjería pe-

cuaria que la siembra—no siempre segura y pocas veces pingüe—del maiz.

Si una instruccion racional y una propaganda activa lograran desterrar de aquellas fértiles comarcas el rutinarismo que las estaciona ; si se lograra dar allí direccion más inteligente y provechosa al trabajo agrícola, abriendo á la produccion nuevos y más despejados horizontes, Astúrias llegaría á ser en breve tiempo una de las regiones más ricas de España.

Son verdaderamente asombrosas la actividad, la fortaleza y la constancia de aquellos labradores en sus faenas, y dudo que haya ningun país en Europa donde se trabaje corporalmente con más brio y decision.

Otra de las grandes virtudes de aquellas gentes consiste en el hábito del ahorro, que sin llegar á la mezquindad ni escatimar el auxilio á los pobres menesterosos, mantiene entre braceros y propietarios cierto relativo bienestar.

El ejercicio de la caridad entre los campesinos de Astúrias, es de lo más bello, generoso y humanitario que he visto. A los pobres de la vecindad se les auxilia frecuentemente, sin dar casi nunca ocasion á que ellos pidan. A los mendigos transeuntes se les dá limosna por el dia y

posada por la noche. En este último caso no se establece distincion alguna entre el pobre huésped y la familia del hospedador ; juntos comen de lo que hay, sentados á una misma mesa ó al rededor del hogar, juntos pasan la velada en franca y agradable conversacion, ya contando el mendigo sus aventuras ó las costumbres de su país si es de tierra distante de Astúrias, ya alternando con sus huéspedes en la narracion de cuentos y tradiciones ó comentando en fraternal corrillo los últimos sucesos de la vecindad. Llegada la hora del descanso, duerme el mendigo en las mismas habitaciones de la familia y en la cama destinada á los huéspedes, que suele ser la más mullida y la mejor.

*
* *

La instruccion popular, que alcanza un mediano desarrollo en las poblaciones ricas é importantes de Astúrias, está muy desatendida en las aldeas y caserios rurales. Generalmente hay una sola escuela para cada parroquia, que comprende ocho ó diez de los citados núcleos de poblacion. A esa escuela, servida por un solo maestro,

tienen que asistir los niños y las niñas de toda la comarca, andando en muchas partes dos y tres leguas á pié cada dia con este motivo. De suerte que en invierno se hielan aquellas pobres criaturas camino de la escuela, y en verano se fatigan, se acaloran y sufren á menudo tabardillos é insolaciones.

Esta enseñanza se reduce generalmente á los principales rudimentos de la instruccion primaria, dirigida más bien á la memoria que al entendimiento.

El clero por su parte (y en esto como en todo hay allí honrosísimas excepciones), se cuida más de fanatizar y de explotar á aquellas sencillas gentes, que de educarlas y dirigirlas por medio de la palabra y el buen ejemplo.

Estos males, que por fortuna pueden tener pronto remedio, el rutinarismo agrícola ya mencionado, la falta de comunicaciones fáciles para el cambio de frutos y mercancías, lo exagerado de las contribuciones y la emigracion que aun lleva los mejores brazos de Astúrias á perecer ó á extenuarse en las abrasadas regiones de América, han retardado y retardan el gran movimiento industrial y comercial á que está llamado por todos conceptos un país tan bello, tan sano, tan rico de minerales

y de tierras productivas, y habitado por una raza de héroes, que despues de haber sido invencibles en la guerra siguen siendo invencibles en el trabajo.

X.

GIJON Y OVIEDO.

Astúrias monumental.—Arquitectura asturiana.—Gijón.—Su importancia histórica.—Desarrollo urbano.—Movimiento marítimo y comercial.—Industrias.—El Instituto de Jovellanos.—Las cátedras.—Escuela de náutica.—Biblioteca.—Sala de bocetos.—Doña Concepción Arenal.—Oviedo.—Aspecto de la población.—Carácter jovial de sus vecinos.—La Catedral.—La Cámara Santa.—La tumba de Alfonso el Casto.—Retablo del altar mayor.—Otras iglesias de Oviedo.—Recuerdos de Feijoo.—El Obispo y *La Regenta*.—Clarín (D. Leopoldo Alas).—El parque de San Francisco.—Camino del Hospicio.—Teodoro Cuesta.—La quinta de Abull.

No tuve tiempo ni medios suficientes para estudiar y conocer los monumentos más notables de Astúrias. En el poco tiempo que me detuve en Oviedo llovió con tal insistencia que ni aun pude ver la famosa catedral con todo el detenimiento que deseaba.

En diversos puntos de la provincia ví algunas ruinas de torres y palacios, más notables por su antigüedad que por su mérito arquitectónico, y algunas iglesias como la del monasterio de Villanueva, que tiene

más de doce siglos ; las de San Miguel y Santa María de Naranco, del tiempo de Ramiro I ; la de Valde Dios, de la época de Alfonso el Magno, y las de Amandi, Deva, Villar-Doveyo y algunas otras de épocas anteriores al siglo XII. *

Jovellanos llamaba con razon arquitectura *asturiana* á la de estas iglesias, por la especialidad de su forma, no usada anteriormente en ningun país, aunque tiene algunas reminiscencias del estilo árabe y del órden toscano.

Gijon es el puerto de mar más favorecido y más importante de Asturias, y su villa más opulenta, más industriosa y más comercial. Y puesto ya en el disparadero de las comparaciones, diré que es tambien la poblacion más bella de toda la provincia.

Tuvo gran importancia histórica cuando formaba parte del condado del mismo nombre, en los tiempos del rey San Fer-

* Un ilustrado arqueólogo asturiano, D. Joaquin García Caveda, describe magistralmente el aspecto y situacion de estas preciosas muestras de la antigua arquitectura asturiana. " Pobres y sencillas, dice, como el pueblo que las ha erigido, estrechas y reducidas como los límites de su patria, robustas como su fé, toscas y desaliñadas como sus costumbres, graves y severas como su carácter, parece que encierran todavía en sus muros silenciosos el genio melancólico de la Edad Media. Hasta la agreste situacion que recibieron del instinto religioso para hacer más solemnes las inspiraciones de la piedad, aumentan su prestigio y la veneracion y respeto que inspiran á pesar de su pobreza.

nando, y más aun cuando era residencia de D. Enrique de Trastámara, y centro de las conspiraciones de éste contra su hermano D. Pedro el Cruel; pero su gran desarrollo urbano y su importancia marítima y comercial datan de hace poco menos de un siglo y debieron en gran parte á la influencia, á la actividad y á la poderosa iniciativa del insigne gijonés Don Gaspar Melchor de Jovellanos. *

El aspecto de la población es agradable, á pesar de la desigualdad de las casas, entre las que abundan bastante las de un solo piso. Tiene varias alamedas deliciosas, aunque un tanto descuidadas, y una hermosa Calle Corrida con honores de *boulevard*.

Entre sus edificios más notables recuerdo el palacio del Ayuntamiento, el Instituto de Jovellanos y un hermoso mercado de hierro.

La iglesia (porque sólo hay una en toda la villa para el culto público) es de mediana capacidad y de escaso mérito artístico. Algunas familias más ó menos aristocráticas suelen concurrir á la capilla

* Me sirvió de mucho para completar y comprobar algunas noticias y detalles de esta reseña de Gijón, el precioso libro titulado *Una villa del cantábrico*, de mi ilustre amigo Don Rafael María de Labra.

particular de la casa de Revillagigedo.

En las cercanías de la villa y sobre todo en el barrio del Arenal, frente á la estacion de bñños marinos, se han construido y se construyen con frecuencia hermosas quintas, *chalets* y jardines elegantísimos, que favorecen admirablemente el bello conjunto de la poblacion.

No obstante la estrechez y otras malas condiciones del puerto, el muelle de Gijon está siempre lleno de buques de vapor y de vela, y su aduana ocupa el tercer lugar entre todas las del Cantábrico. Más de sesenta vapores pertenecientes á compañías marítimas, formadas allí con capitales casi exclusivamente asturianos, mantienen una activa comunicacion entre dicho puerto y los más importantes de España.

Entre los establecimientos más notables de la industria gijonesa pueden citarse algunas fundiciones de hierro y bronce; los grandes talleres del ferro-carril de Langreo; la construccion de máquinas de vapor; la fábrica de cigarros, que es una de las mejores de España; la de vidrio y cristal, que compite en uno y otro género con las mejores de Europa, y ha obtenido los principales premios en la última Exposicion Universal de París; otra de loza y porcelana, que dá excelentes productos; la

de sidra espumosa, que ha dado celebridad y grandes caudales á D. Tomás de Zarracina, que la fundó en 1856, y cuatro ó cinco fábricas de mantequilla, embutidos y conservas alimenticias, que llevan con gran éxito sus productos á los principales mercados de la Península y de América.

A causa de este movimiento fabríl, de la explotacion de las minas carboneras de Laugreo y del aumento cada dia mayor de las construcciones urbanas, se ha formado en la villa y en sus inmediaciones una gran poblacion obrera, que aumenta y acentúa constantemente el espíritu laborioso y democrático de Gijon.

*
* *

Visité el Instituto fundado por el gran Jovellanos á fines del siglo anterior, y que lleva el mismo nombre de este sabio estadista gijonés.

Está regularmente dotado de material científico, sus cátedras están instaladas y servidas con acierto, y tiene anexa una escuela de náutica de gloriosos antecedentes, que aún hoy se considera como la mejor de España. Tambien conserva en el mismo local la escuela de instruccion primaria, gratuita, creada y dotada con

bienes propios por un sacerdote admirador de Jovellanos.

La biblioteca de este último, legada por él al Instituto, cuenta hoy próximamente 12.000 volúmenes impresos y 118 manuscritos de gran valor.

Pero lo más notable de este famoso establecimiento es la sala de bocetos, donde hay 722 auténticos de Murillo, Velazquez, Claudio Coello, Alonso Cano, Céspedes, Goya, Carreño, Miguel Angel, Julio Romano, Rafael, Tiziano, Tintoretto, Veronés, Dominiquino, Rembrant, Dure-ro, Callot y otros grandes pintores nacionales y extranjeros. Es un tesoro artístico reunido con asombrosa diligencia por el fundador del Instituto, á fin dar á éste celebridad duradera, como si para ello no bastase el ser obra y llevar el nombre del inmortal prisionero de Bellver.



Procuré ver en Gijón, donde reside habitualmente, á la ilustre escritora Doña Concepcion Arenal, una de las mujeres de más inteligencia y de más profundo saber que ha habido hasta ahora en España.

Aunque la circunstancia de hallarse ausente dicha señora en aquellos dias, con

ocasion de la boda de un hijo suyo, no me permitió ofrecerla personalmente mis respetos, complázcome en consagrar estas líneas, como testimonio de admiracion, á la ilustrada autora de los *Estudios penitenciaríos*.

*
* *

Oviedo me pareció una población más importante por su historia que por su riqueza urbana y comercial.

La visité en dias lluviosos (que allí suelen ser muy frecuentes aun en verano) y quizás por esta circunstancia no pude apreciar bien el verdadero aspecto de la ciudad. Por lo que ví, sólo puedo decir que es una poblacion sombría, de calles angostas y mal niveladas, principalmente en la parte que corresponde á la ciudad antigua, agrupada junto á la Catedral.

Hay ya barrios enteros con anchas y rectas calles, con casas de uniforme y ostentosa fachada, segun el gusto de la época presente, y la piqueta *revolucionaria* empieza á trasformar alguna parte de la *vetusta* corte de D. Fruela; pero lo viejo impone aún su carácter frio y displicente, su aspecto de poblacion mohosa y aferrada á lo tradicional.

Bajo la influencia de estas impresiones un tanto melancólicas, buscaba yo cierta relacion entre la ciudad y los ciudadanos, entre el Oviedo de piedra y el Oviedo de carne y hueso, y me sorprendió agradablemente el contraste del uno con el otro. Noté que aquel pueblo, en apariencia grave y taciturno, era tal vez el más alegre y bromista del Principado.

Por donde quiera encontraba yo vivos testimonios del carácter jovial de aquellas gentes. En el hotel donde me hospedé, en las tertulias privadas, en el Casino, en las tiendas y en los paseos, lo mismo entre la gente culta que entre la vulgar, pude advertir constantemente una alegría franca y juguetona, un espíritu vivaz, inquieto y comunicativo, y un decidido propósito de diversion. Hasta en la misma catedral, donde parece que todo infunde tristeza, he oido más de un chiste picante, y he visto brotar en muchos labios aquella risa ovetense que es toda regocijo, espontaneidad y buen humor.

La catedral tiene en su interior algo de la melancolía, de la humedad y del aspecto sombrío de la antigua ciudad que la rodea. En aquella penumbra, oscurecida á la sazón por lo nublado y lluvioso del tiempo, no pude distinguir bien los objetos

artísticos ni aun apreciar algunos detalles importantes de la construcción.

Hay allí varios sepulcros de reyes y una hermosa capilla en donde se guardan los restos de Alfonso II el *Casto*.

Aunque algunas de estas obras no conservan actualmente toda la pureza de su primordial estilo, son dignas de la atención del viajero y dan á la catedral verdadera importancia histórica. También tiene mérito por su antigüedad y por algunos detalles artísticos el retablo del altar mayor.

En la Cámara Santa, que es una soberbia capilla de la época de Alfonso VI, se conservan muchas y preciosas reliquias procedentes de Jerusalem, y algunos recuerdos piadosos de Pelayo, el gran libertador de la España goda.

La torre de la catedral es una verdadera joya de arquitectura gótica, decorada con sobriedad y buen gusto, y admirable en sus armónicas proporciones.

Hay en Oviedo otras iglesias notables por su antigüedad, en las que se encuentran restos del arte bizantino y de la unión de éste y el ojival, que fué el que imperó después en aquellas construcciones.

Visité el antiguo convento de San Vicente (convertido en iglesia parroquial) donde se conservan las cenizas del Padre

Feijóo, uno de los españoles más doctos y reformistas del siglo XVIII. Vivió más de cuarenta años en Oviedo, escribió allí casi todas sus obras, fué catedrático de aquella Universidad y Maestro general de la órden de San Benito.

Aunque no hay signo ni inscripcion que señale en el monasterio benedictino la celda que habitó el insigne autor del *Teatro Crítico*, se cree fundadamente que estaba en el departamento que ocupan hoy las oficinas de la Junta de Beneficencia.

*
* *

Pocos dias ántes de mi llegada á la capital de Astúrias, había habido allí no sé qué pendencia entre el Obispo y *Clarín*, el célebre crítico asturiano, con motivo de la publicacion de *La Regenta*, novela profundamente analítica y descriptiva, en cuyos personajes eclesiásticos parece que vió el Prelado alguna semejanza con otros de aquel Cabildo catedral. Lo cierto es que se cambiaron cartas y artículos en los periódicos, que *Clarín* dirigió al Obispo una ingeniosa respuesta, llena de gracia y de intencion, y que cuando yo llegué á Oviedo todavía se hablaba del Obispo y de *La Regenta* muy á menudo y había opiniones

opuestas sobre uno y otra, si bien casi todos convenían en que *La Regenta* era de lo bueno que se había escrito en España en clase de novela experimental.

Como Pereda, el gran pintor de costumbres santanderinas, me había hecho especial encargo de visitar en su nombre á D. Leopoldo Alas (*Clarín*), con quien tenía recientes deudas de gratitud, cumplí gustoso aquella comision que me proporcionó la honra de conocer personalmente á uno de los primeros críticos de España.

Es un jóven de agradable trato, de mirada inteligente y de fisonomía simpática.

Mi primera impresion en su presencia tenía algo de vacilante y dudosa: me costaba trabajo creer que aquel hombre tan afectuoso y benévolo fuese el crítico batallador, implacable y terriblemente sincero que llegó á ser y sigue siendo aún la pesadilla de muchos escritores contemporáneos; pero empezada la conversacion, bien pronto pude notar aquel ingenio vivo y picante, aquel juicio claro y certero, y aquella espontaneidad y gracia en el decir, que constituyen más principalmente el carácter literario de *Clarín*.

Se lamentó con agudeza y donaire de los inconvenientes de la crítica en España,

y dijo que él ya no se sentía inclinado á ejercerla, á ménos que no fuese para el elogio.—No quiere esto decir—añadió—que me proponga elogiar lo malo ; eso nunca ! Lo que haré será tratar únicamente de los libros buenos. Mis tareas de crítico serán de este modo más gratas y ménos frecuentes.

D. Leopoldo Alas tiene grandes condiciones de crítico. A una extraordinaria facultad analítica, muy dispuesta siempre á percibir el aspecto negativo de las producciones literarias, une un gusto exquisito y bien cultivado, un gran caudal de ciencia y de sabia erudicion, y un ingenio agudo y chispeante con el que dá gran amenidad á sus críticas, aparte del natural interés que inspira siempre en estos casos la *desolladura* del prójimo.

La propension natural de *Clarín* hácia la sátira, en la que se ha extremado alguna que otra vez, le ocasionó muchas enemistades y desafecciones que no han dejado de favorecerle, porque los enemigos son tambien factores importantes del crédito literario. Cuando un autor ha escrito y escribe muy buenas cosas, no le viene mal un coro de enemigos que llame hácia ellas la general atencion.

Los méritos de *Clarín* como novelista

no son inferiores á los que tiene acreditados como crítico, á juzgar por *La Regenta*, *Zurita* y algunas producciones cortas de este mismo género.

Ejerce además, por derecho propio, una de las cátedras científicas de la Universidad de Oviedo.



A la salida de la ciudad y en direccion á la Carretera de Castilla hay un parque frondoso y ameno, muy justamente estimado por los ovetenses, que le llaman el Campo de San Francisco.

Por él andaba yo una tarde en compañía del más alegre y bondadoso de los asturianos de Rivadesella, mi amigo y condiscípulo D. José Sanchez Somoano.

Íbamos para el Hospicio, que está situado á uno de los extremos del hermoso bosque, y llevábamos el propósito de ver á D. Teodoro Cuesta, el más popular de los versificadores en dialecto asturiano. Me habian llamado la antencion el ingenio chistoso de este autor, y la exactitud y soltura con que suele pintar en sus romances las costumbres características de aquellos campesinos.

Ni Sanchez ni yo conociamos bien el

camino que llevábamos, y tuvimos que pedir informes á una gallarda moza que á la sazón pasaba por junto á nosotros, cantando tonadillas asturianas. Nos acompañó hasta una pequeña altura que formaba el bosque por aquella parte, y desde allí nos mostró el Hospicio, que se divisaba por entre los árboles. Luego se despidió con afabilidad, y cuando estuvo á cierta distancia de nosotros preguntó maliciosamente, aludiendo á nuestro deseo de visitar aquel depósito de criaturas anónimas :

—¿ *Yé rapacín ó rapacina?* *

Celebramos con risas la ocurrencia, y mi compañero contestó en *bable*, que buscábamos al Director del establecimiento, un poeta ya criado y maduro, y que nuestra misión era puramente amistosa y nó paternal.

*
* *

Tiene Oviedo muy bellas cercanías, ya por la parte de Mieres y del Barco de Soto, ya por el hermoso valle que se extiende hácia el lado opuesto de la ciudad.

Ocupa uno de los puntos más pintorescos de dicho valle la deliciosa quin-

* ¿Es niño ó niña?

ta de Abuli, propiedad de Don Rafael María de Labra.

La Naturaleza dotó pródigamente este sitio de todas las galas y riquezas de la vegetacion y de todas las comodidades apetecibles. Aire puro, suelo fértil, agua clara y abundante, vistas espléndidas y paisajes de admirable belleza y variedad.

La mano del hombre cultivó luégo con arte exquisito todos estos primores, formó jardines y parques deliciosos en casi toda la extension de aquella rica heredad, y levantó en el medio un edificio esbelto, gracioso y lleno de atractivos, con la solidez de un castillo, la elegancia de un *chalet* y la holgura y comodidad de una excelente casa de campo. No me cansaba de admirar allí tantas belezas. Por donde quiera que dirigía la vista en rededor de esta preciosa estancia veía bosquecillos de manzanos, perales, albaricoques y otra infinidad de árboles cargados de frutas, plantas aromáticas y de caprichosísimas formas, y flores de hermosos matices y de admirable variedad, que son otros tantos pebeteros que embalsaman el ambiente, atrayendo hácia allí un enjambre de avcillas y mariposas que daban al cuadro más variedad y animacion.

En este paraiso terrenal sin serpiente

y sin árbol prohibido, pasa los dos meses más calurosos del año el gran tribuno abolicionista, en union de su buena esposa y y de sus hijos pequeños. Allí restaura anualmente las fuerzas quebrantadas en el continuo batallar de la vida política, y en las árduas y abrumadoras tareas de la tribuna, de la cátedra y del foro.

Visitando esta magnífica posesion como yo la visité, acompañado del Sr. Labra y oyéndole referir con sentida frase las emociones y los recuerdos que despiertan en él aquellos bosques y aquellos jardines, se comprende el entusiasmo y el amor casi religioso que el gran orador cubano siente hácia aquella hermosa finca situada en el corazon de Asturias. Uno de los mejores biógrafos del Sr. Labra le atribuye las siguientes frases, que explican perfectamente aquel noble sentimiento:

“ Jamás venderé mi quinta de Abuli ;
“ primero porque es recuerdo de mis pa-
“ dres, segundo porque me dió la salud
“ cuando niño, y finalmente porque me la
“ conserva ahora. Y así como decía Na-
“ poleon que su divorcio con Josefina ha-
“ bía sido su divorcio con la suerte, temería
“ yo que el desprenderme de Abuli equi-

“ valiera á tanto como á pagar con desvio
“ á quien me trataba bien, y á volver la
“ espalda á la fortuna.”

XI.

LA MUERTE DEL DIABLO.

(INTERMEDIO)

El viejo cirujano de Colleres, excelente bebedor de sidra y narrador famoso de historietas y de sucesos locales, me contó —entre otros muchos— el siguiente, cuya veracidad atestiguaron otros vecinos formales del mismo pueblo:

I.

José María Pumarada, conocido más generalmente en el lugar con el nombre de Pepon de Rita, era un mozo arrogante y bien plantado, gran jugador de bolos y hombre capaz de habérselas á palos en una romería con el mismo lucero del alba.

Era firme y activo en el trabajo; pero los días de fiesta gustaba de ir á la villa

vestido del impio y con algunos cuartos, para echar una partida en la bolera y sobre todo para obsequiar á las muchachas. Porque, eso sí, era muy galanteador, y más de dos buenas mozas de la vecindad andaban á la greña por causa de él.

Era cosa de oirlas en un baile ó en una *esfilla* * cuando Pepon *relinchaba* desde la puerta. Ya le conocían por la voz.

Por aquel tiempo (hará poco más de treinta años) llegó á casa del cura de esta parroquia, en calidad de ama, una guapa chica de la Pola de Lena. Era jóven alta, airosa, rubia, de ojos de cielo y de rostro encarnado como una manzana en sazón. Vaya, que no había más que pedir.

Corrió la voz por el pueblo, se murmuró como de costumbre, y todos los vecinos (y especialmente las vecinas) quisieron conocer á la hermosa forastera.

Pepon no se contentó con esto y trató de enamorarla.

“¡Horror! ¡Profanacion! ¡Enamorar el ama del cura...! Eso no tenía precedente en esta parroquia ni en ninguna de por aquí. ¡Jesús, María y José!”

Así decían santigándose y haciendo

* Reunion de mozos y mozas en noche de invierno para deshojar maíz.

mil aspavientos los asombrados vecinos de la aldea, y comentando de diversos modos la tenacidad inaudita de Pepon.

Éste siguió rondando por la noche la casa del cura, cantando coplas expresivas y atronando aquellos alrededores con fuertes y prolongados *ijujús*.

Una noche, víspera de San Juan Bautista, mientras el cura, el ama y la vieja sirviente asistían al novenario y presenciaban la tradicional hoguera, llegó el osado mozo á la casa de aquél con una gran carga de ramos y flores, y enramó la puerta principal.

Ya sabe usted, añadió el sangrador, que aquí los mozos tienen la costumbre de enramar las casas de sus novias ó pretendidas, durante la noche que precede al día de San Juan.

Figúrese cual sería la sorpresa y la indignacion del cura al regresar á su casa, viendo la galante decoracion de la puerta, en lo alto de la cual se destacaban las iniciales J. M. P., formadas con grandes manojos de rosas y de cerezas.

Cerca de allí se arrastraba gruñendo, casi derrengado, el perro guardian de la rectoria.

No fué preciso cavilar mucho para descubrir el autor de aquel desaguisado.

Bien claramente lo decían las iniciales, aun cuando no bastaran los antecedentes.

“Todo aquello era obra del osado Pepon de Rita.

¿Quién sinó él hubiera sido capaz de tan temeraria acción?”

Al día siguiente predicó el cura con acalorada elocuencia, hizo alusiones muy marcadas á Pepon de Rita, refirió con vivos colores el hecho escandaloso de la enramada en la casa parroquial, amenazó con el infierno y hasta con la guardia civil al autor de tal atentado, y recomendó mucho á sus feligreses que evitaran á todo trance la compañía y la comunicación con personas tan sandeces y tan dejadas de la mano de Dios.

Privadamente decía mil impropiedades de Pepon y le señalaba como un condenado, como un perturbador de las conciencias, del cual era preciso huir para no contagiarse y caer en la tentación.

Pero nada de esto atemorizaba al mozo, que seguía rondando la casa del cura y repitiendo de diversos modos sus amorosas demostraciones.

El asunto iba tomando mal giro y amenazaba convertirse en uno de esos famosos chismes que suelen poner á nuestras aldeas en estado de avispero, cuando una

circunstancia, favorable para el cura, hizo alejar bien pronto de Colleres al impertérrito Pepon.

Le tocó la suerte de ser soldado, y tuvo que someterse á la dura pena de abandonar su casa, sus heredades y sus más caras afecciones para cumplir los rígidos deberes de aquel servicio forzoso.

No se inmutó por ello ni llegó á perder en lo más mínimo su natural arrogancia ni su carácter franco y jovial.

La misma noche en que salió de la aldea, pasó por junto á la casa del cura lanzó el grito de guerra de los antiguos cántabros y cantó unas coplas picarescas, aludiendo á los curas jóvenes y á las amas amables, *coloradinas* y de corta edad.

II.

A los ocho años volvió Pepon á su tierra, despues de haber cumplido en el ejército. No venia solo. Se habia casado en Cataluña, donde se hallaba de servicio cuando le dieron la licencia.

Su mujer era una catalana muy lista y trabajadora. Entre los dos arreglaron le casa, labraron las tierras y no tardaron mucho en disfrutar de una posicion holgada aunque modesta, que les permitía alternar dignamente con los labradores acomodados de la vecindad.

Desde el casamiento de Pepon habían variado mucho sus costumbres galantes y pependencieras, y toda su atencion y su actividad se consagraba al amor de su esposa, al trabajo rústico y á la caza, aficion esta última que se había despertado en él con el manejo de las armas de fuego.

A pesar de este cambio evidente de

conducta, el párroco no vió con buenos ojos el regreso de Pepon, que si bien no trataba ya de seducirle las amas, hablaba con cierta libertad sobre asuntos religiosos, decía no sé qué cosas contra el fanatismo, y criticaba á los pobres aldeanos que no mataban un cerdo sin mandar á la iglesia el mejor pernil para San Antonio, ni cosechaban fruto alguno sin dar una buena parte de lo mejor para el alivio de las benditas ánimas.

La inquina del cura creció de punto al advertir, por la baja de los piadosos donativos, el efecto que iban produciendo entre sus feligreses las propagandas del ex-militar.

Y volvieron los sermones transparentes, las amenazas mal encubiertas, y, sobre todo, el encargo especialísimo de que nadie tuviera tratos ni conversaciones con Pepon, que era un impio, un empecatado, un réprobo que no podía parar en bien.

“Entre Pepon y los *indianos* (decía el cura con frecuencia en sus conversaciones y lo daba á entender en sus pláticas) me tienen perturbada la parroquia, que sin ellos sería una malva, un modelo de religiosidad. Siquiera los *indianos* se vuelven para la Habana ó Buenos Aires despues que se cansan de bailar y correr á caballo, y con

un par de sermones calientes, una visita á cada casa ó una confesion general neutralizo los malos efectos de su charla, más imprudente que intencionada; pero Pepon se queda siempre ahí, dale que dale, descomponiendo por un lado lo que yo compongo por el otro, y es el cuento de nunca acabar. Lo que es este no puede parar en bien, y milagro será que no se lo lleve el diablo en cuerpo y alma.”

“¡ Jesus, ave Maria purísima!” decian los oyentes santiguándose y haciendo grandes demostraciones de terror.

De este modo pasaron muchos años. El cura se fué haciendo viejo y avaro, segun malas lenguas; Pepon tuvo algunos hijos, uno de los cuales le acompañaba ya en los trabajos de labranza y hasta en las cacerias, en las que solía manejar la escopeta con habilidad.

Los donativos, las mandas, las promesas efectivas y demás rentas eventuales de la parroquia eran cada dia más escasas, y habia temporadas de San Antonio y de San Martin que no producian ya ni dos docenas de jamones para la iglesia. Todo esto lo atribuía el párroco á la propaganda de Pepon, de quien seguía diciendo en público que estaba condenado y que no podía parar en bien.

Un dia vinieron á buscarme con mucha prisa para que fuese á ver á Pepon, que estaba enfermo. Le hallé casi paralítico y sin voz. Había estado algunas horas privado de conocimiento, pero ya había vuelto en sí, aunque con la memoria muy debilitada y confusa.

Le sangré y se mejoró algo; pero aquella enfermedad no me tenía muy buen aspecto, y así se lo dije á la catalana, que se afligió de veras. Tras de aquel ataque de parálisis podía venir y vendría seguramente otro mayor, del cual sería imposible salvarle.

Aprovechando un momento de mejoría en que pudo hablar algo, aunque con mucha dificultad, le indicaron la conveniencia de llamar al cura, á lo cual se opuso enérgicamente.

Cundió con horror por todo el pueblo la noticia de esta negativa, y el cura aprovechó la ocasion para repetir que aquel hombre estaba dado á Satanás.

Se repuso Pepon, aunque difícilmente, de aquel primer amago, gracias ó lo fuerte de su constitucion y al esmero con que le cuidó la catalana; pero algunos meses despues se repitió el ataque y murió el hombre casi de repente, sin los auxilios de la religion.

Pusieron el cadáver en la sala, como de costumbre, para velarle; concurrieron á este acto algunos vecinos y muchas vecinas, y empezaron las oraciones propias del caso.

La catalana estaba en el interior de la alcoba devorando en silencio sus grandes penas.

Pepin, el hijo mayor del difunto, sollozaba en un rincon de la sala, cerca de una puerta que comunicaba con los cuartos interiores.

Era cerca de media noche. Dormitaban algunas de las personas allí reunidas, y el rezo se iba haciendo ya más intermitente y ménos general, cuando sonó en la puerta un extraño ruido y penetró de pronto en la sala un rarísimo personaje.

Tenía la cara deforme y rígida, con dos áscuas por ojos, unos grandes cuernos de macho cabrio, traje de pieles con larga y peluda cola, uñas muy negras, afiladas y relucientes y una pajuela de azufre encendida en la mano derecha.

Ante aquel espantoso huesped, que se fué derecho á la caja del cadáver haciendo ademán de cogerle con las uñas, todos los concurrentes huyeron despavoridos, alarmando con sus gritos á toda la vecindad.

Sólo Pepin logró dominarse al punto

en medio de aquella horrible confusion. Ya fuese por virtud del valor propio, ya por la solemnidad dolorosa que le aturdió ó por veneracion y respeto al cadáver de su padre, el chico no huyó de allí como los demás. Al principio se sobresaltó, como era natural; despues corrió instintivamente hácia el cuarto contíguo, tomó de allí la escopeta que Pepon tenía siempre cargada y lista, volvió á la sala, disparó sobre aquella diabólica figura que rugía y daba vueltas al rededor del cadáver, y corrió luego hácia la alcoba, donde halló á la triste viuda casi privada de conocimiento.

La detonacion volvió á causar alarma entre los vecinos, que ya se iban acercando otra vez á la casa, aunque con gran cautela, vivamente aguijoneados por la curiosidad.

Venció por fin esta última, y cuando los aldeanos más animosos llegaron á la puerta de la sala mortuoria, vieron al diablo tendido en el suelo, con los cuernos rotos, varias uñas despegadas de los dedos y algunas manchas de sangre en rededor.

Despues de tantearle con los palos y con la punta de los piés, hasta convenirse de que estaba muerto, procuraron

descubrirle el rostro, que estaba envuelto en pedazos de piel y de carton, y al reconocerle no pudieron contener un grito de sorpresa.

¡Era el sacristan de la parroquia!

XII.

DE PAJARES Á GUADARRAMA.

El ferro-carril de Astúrias.—Túneles y viaductos.—La subida del puerto.—Recuerdos históricos.—Leon.—Llanuras de Castilla.—Sahagun.—Palencia.—Valladolid y Ávila.—Las Navas.—Delante del Escorial.—Aspecto de las cercanías de Madrid.

Gracias á la locomotora, que ha logrado atravesar la escarpada y altísima cordillera cantábrica por el sitio llamado puerto de Pajares, puede hacerse ya el viaje desde Oviedo á Madrid con cierta comodidad, y en la octava parte del tiempo que empleaban nuestros antepasados en andar aquella distancia.

Gran batalla han tenido que librar la ciencia y el ingenio del hombre contra la obra de la naturaleza en aquel sitio.

Fué preciso hacer 66 túneles en la montaña, muchos de ellos perforados en la roca viva, y de una gran longitud. El de la *Perruca* mide 3080 metros, y hay seis ú ocho mayores de 1500 metros cada uno,

pudiendo asegurarse que la mayor parte de la via en toda la cordillera es subterránea. A estos importantes trabajos hay que añadir 29 puentes y viaductos, entre los que figura el de *Buron*, formado por tres arcos de veinte metros de luz cada uno, y el de *Parana*, con tramos de 55 metros de largo, formando curva y en pendiente de 2 por 100. * En las obras de menor importancia, se cuentan 3 pontones, 16 alcantarillas, 55 trajeas y 35 pasos superiores é inferiores.

Es admirable el espectáculo que ofrece el tren serpenteando por la imponente cordillera, ya hundiéndose en el seno de la misma, ya volviendo á la superficie para internarse de nuevo y reaparecer, describiendo curvas y espirales y enroscándose como una serpiente en el cuello de aquel gigante de piedra, hasta que por fin llega á la cumbre, lanza un grito triunfal que repiten los ecos de la montaña, y descende en iguales giros por el otro lado del puerto.

Todo este trayecto de la cordillera desde Lena á Busdongo está lleno de tradiciones y de recuerdos históricos.

En Campomanes se recuerda el sitio donde fué muerto por una saeta el rey D.

* Notas de D. Nilo María Fabra.

Sancho el Mayor, de Navarra, á consecuencia de haber abusado de su autoridad real quitando la vida á un hombre y manchando el honor de una mujer en uno de aquellos pueblos vecinos.

En el caserío de Pajares existen todavía vestigios del antiguo Asilo, en donde se amparaban los pastores y los caminantes á quienes la nieve cerraba el paso durante semanas enteras; más adelante, en el lugar llamado la *Perruca*, centro de los famosos montes Nervaseos, está el teatro de la sangrienta batalla entre suevos y vándalos á principios del siglo V, y á pocos metros de allí se alza todavía la casa de *Tibi Gratias*, fundada hace algunos siglos por el Cabildo de Arbas, en el sitio donde Pelayo, segun cuenta la tradicion, dió gracias al cielo por haber logrado expulsar de Astúrias á los inoros.

En cuanto el tren llega al terreno llano de Castilla, acelera la marcha, como para buscar la compensacion del tiempo perdido en la subida y bajada del Pajares, y ni siquiera permite al viajero contemplar brevemente las poblaciones más importantes del itinerario.

Me causó pena el pasar por junto á la antigua corte de Leon, sin poder ver más que una parte de la famosa catedral, que

éstaban restaurando, y la oscura silueta del monasterio de San Márcos, antigua prision del célebre poeta D. Francisco de Quevedo.

El aspecto monótono de las inmensas llanuras castellanas fatiga la vista y el ánimo del viajero. Por donde quiera que se dirija la mirada se ve invariablemente el mismo cuadro: sabanas extensísimas cubiertas de trigo, alguna que otra casa rústica de tierra destacándose de trecho en trecho sobre la eterna llanura, tal ó cual rebaño de ovejas que á lo lejos parecen piedrecitas blancas asomando por entre el agostado césped, y de vez en cuándo algun riachuelo que serpentea difícilmente por aquellas niveladas tierras, como dudando hácia qué parte ha de correr.

Pasé casi de noche por junto á Sahagun, célebre por el fuero monacal de 1085 y por los motines del pueblo contra el poder y la tiranía de los frailes; y pensando en la historia de aquellos lugares famosos que iba recorriendo impasible la locomotora, oí con cierta emocion desde mi asiento los nombres de Palencia, Valladolid, Ávila y otras célebres ciudades que iba cantando sucesivamente el encargado de anunciar las estaciones.

Llegó, por fin, el nuevo dia, anuncia-

do á la vez por las *rosadas tintas de la aurora* y por la gritería de las chicuelas que asaltaban el tren en la estacion de las Navas, ofreciendo *¡ un cantarito de leche !*

Puesta otra vez la máquina en movimiento, no tardó en aparecer ante mi vista el sombrío y magestuoso monasterio del Escorial, y desde este sitio hasta la hermosa arboleda del Pardo sólo pude distinguir tierras estériles, colinas calvas, ásperos pedregales, arbolillos enclenques y uniformes, que dan un aspecto monótono y árido por aquella parte á las cercanías de la villa y corte de Madrid.

XIII.

MADRID.

La llegada.—Estacion del Norte.—*Hotel Peninsular*.—Sus antecedentes.—El patio que describió Larra.—La Puerta del Sol.—Su aspecto.—Una Babel española.—Los dos públicos.—Carácter general del pueblo de Madrid.

El tren se detuvo en la hermosa estacion nueva del Norte, y allí era de ver la confusa multitud de los mozos de carga, y de oír á los cocheros y conductores de omnibus disputándose la conduccion de los equipajes y de los viajeros Elegí el primer vehículo que encontré al paso, y encargué al conductor que me llevara á uno de los hoteles más cercanos á la Puerta del Sol.

Tuvo la ocurrencia feliz de dar conmigo en el *Hotel Peninsular*, de notables antecedentes históricos y literarios. Ocupa todavía el mismo local (Alcalá, 7) que parece una prolongacion del Ministerio de Hacienda, con su aparatosa fachada

de palacio antiguo, su portal espléndido, sus escalones gigantes, de una sola piedra, y aquel soberbio patio que describió Larra hace medio siglo, cuando era el *Peninsular* famoso paradero de las *Diligencias Reales* que comunicaban á Madrid con casi todo el resto de la Península.

Poco ó nada ha cambiado este edificio en lo que respecta á su estructura y division interior. Aún se conserva en el centro aquel patio grande como una plaza, segun la expresion de Fígaro, con sus relojes de sol, sus anchas galerias sus adornos arabescos. Todo en aquella casa tiene las mismas proporciones de amplitud. Los cuartos parecen salas. En el comedor caben más de 200 personas. En el piso bajo hay un gran salon de gimnasia y cuatro ó cinco tiendas, entre las cuales recuerdo la librería de Murillo.

Desde uno de los balcones principales de esta casa, ví por primera vez aquel hormiguero de gente alegre y bulliciosa que inunda á todas horas del dia y de la noche la Puerta del Sol.

Se dá este nombre á una extensa plaza situada casi en el centro de Madrid, en la que desembocan diez grandes vias que en su mayor parte cruzan la poblacion en to-

das direcciones, facilitando el tránsito público y sirviendo de orientacion segura á los forasteros que por primera vez visitan la capital de España.

La forma de la plaza es semi-circular, y tiene en el medio una hermosa fuente de altos y graciosos juegos de agua que dan frescura y animacion á tan famoso recinto.

Es verdaderamente extraordinario el movimiento de carruajes y de personas en la Puerta del Sol. Los trenes de los tranvias que llegan á cada instante llenos de transeuntes por las calles de Alcalá, Mayor, Montera, Carretas, Preciados y Fuencarral; los coches y ómnibus de todas clases y formas que pasan, se cruzan, se enfilan, se detienen un instante para dejar ó recibir pasajeros, cambian de direccion ó siguen su ruta, y el oleaje continuo de gentes que afluyen, giran, se mezclan y se confunden allí en incesante remolino, todo contribuye á convertir aquella plaza en una especie de Babel española, que es como si digéramos la más alegre, expansiva, inquieta, vivaz y desordenada entre todas las Babeles.

Pero observando con atencion se nota que hay por lo ménos dos clases de público en aquel revuelto y abigarrado gentío: el público que pasa y el que se queda, el *di-*

námico y el *estático*, el transeunte y el estacional.

Forman parte de este último muchos vendedores de periódicos y de cerillas, buhoneros, buscones y busconas, *cazadores* de gangas, de pañuelos y aun de relojes; mozos de cordel en reposo, noticieros de afición, charlatanes de oficio, cómicos sin contrata, ciegos que piden, murgas que desafinan, cesantes que maldicen del gobierno y maldicientes que murmuran de todo Madrid.

Allí se dan cita los grandes y los chicos, los nobles y los plebeyos, los monárquicos y los republicanos, y se encuentran sin citarse los bohemios del arte y de las letras y otros muchos desocupados y desocupadas de la villa del *oso* y del buen humor.

*
* *

Madrid es ante todo un pueblo alegre y simpático. Tiene la vivacidad y la gracia del andaluz, el carácter aventurero y festivo del cántabro, la franqueza del aragonés y la generosa informalidad del hispanoamericano, todo ello realzado por una cortesía llana y afectuosa, que más parece rasgo característico que convenida fórmula so-

cial. Puede decirse que es el resúmen perfeccionado de la España festiva, galante, bullanguera, ingeniosa y ávida de diversion.

Es un pueblo inquieto y activo como pocos; pero su actividad es más novelera que laboriosa, y gusta más de ejercitarse en la calle que en el taller.

En estos rasgos generales y característicos no difiere gran cosa el Madrid que yo he visto á la ligera del que describió en sus obras, con gráfico y regocijado estilo, mi bondadoso maestro *El Curioso Parlante*. Aún se encuentran en Lavapiés, en Vistillas y en las inmediaciones del Rastro gentes muy parecidas á las que figuran en el *Panorama* y en las *Escenas matritenses*. También hallé algunos ejemplares de ese tipo semi-salvaje que viste y habla á lo totero, vive de los ahorros y aun de los empeños de una ó más chulas, y no tiene más oficio que el de adiestrarse bien en el arte de herir con la navaja á cualquier otro chulo cuando llegue el caso, y arrostrar la muerte ó el presidio con arrogancia y valor.

En lo que ha variado notablemente Madrid en la segunda mitad del presente siglo es en las costumbres públicas, en el modo de pretender empleos y en la manera de vestir. El espíritu innovador de nuestra época derriba y trasforma allí ba-

rriadas enteras, ensancha y embellece las calles, establece tranvias en todas direcciones, acelera y facilita el movimiento urbano y lleva la luz, el agua, la limpieza y la comodidad por aquel Madrid estrecho, tortuoso y laberíntico de que nos hablan los cronistas de antaño, y del que aún quedan rezagadas muestras en la población actual.

Los progresos de la política y el turno más ó ménos pacífico de los partidos en el poder, han dado extraordinaria variedad y grandes medios de acción á los pretendientes, cuyo número aumenta cada día.

En cuanto á la indumentaria el cambio ha sido tan completo, que solamente cuando hay corridas de toros se ven algunas reminiscencias del antiguo y vistoso traje nacional. La moda parisien impera en todas las clases de la sociedad madrileña, con excepcion de la gente chula, que todavía se distingue en la manera de vestir, aunque con ménos originalidad y buen gusto que en los tiempos de Goya y de D. Ramon de la Cruz.

La chula de hoy, con su largo vestido de percal que cubre los piés, y su pañolon de flecos que desfigura el talle, es un tipo ménos pintoresco y característico que la

manola de antaño, por más que revele su origen en la espontaneidad y donaire de sus dichos, en lo vivo y ardiente de sus miradas y en lo insinuante, acompasado y gracioso del contoneo. Méenos airoso aún me pareció el traje de chulo (que suelen imitar por gala algunos señoritos) con su hongo de abollada copa y ala recta, su chaquetilla exageradamente corta y sus ridículas estrecheces de pantalon.

Las gentes cultas y las que quieren parecerlo visten, calzan y comen á la francesa, y hay quien sólo conserva de su carácter español la costumbre de leer poco, pretender mucho y maldecir del gobierno.

Las madrileñas visten tambien estrictamente con arreglo al figurin de Francia, y á primera vista no se distinguen de las extranjeras más que en la inimitable gracia española del andar.

Puede decirse, pues, que en materia de trajes, como en otras muchas materias, predominan allí dos gustos diferentes, el *flamenco* y el parisien, con menoscabo del verdadero gusto español.

El primero tiene su cátedra en el Café Imperial.

El segundo en el Café Frances, en Fornos y en el Veloz-Club,

Aquél corresponde á la gente *del*
bronze.

Éste á la gente *comme il faut.*

XIV.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

Los teatros.—Paseos principales.—El Salon del Prado.—La Castellana.—Recoletos.—Atocha.—Paseo de carruajes en el Retiro.—Revista de personajes.—El Parque de Madrid.—Los jardines del Buen Retiro.

Necesitaría escribir un libro entero para dar á mis lectores una idea de la poblacion de Madrid, sus edificios más famosos, sus parques, sus jardines, sus teatros, sus monumentos, sus antigüedades y todo cuanto me pareció allí digno de exámen y de mencion especial; pero ni dispongo de tiempo bastante para emprender esta obra (que al fin no añadiría nada nuevo á las que ya se han publicado sobre el mismo asunto), ni en la índole de las presentes notas cabe más que la síntesis de mis impresiones personales, escrita rápidamente, sin meditacion y sin aliño, como para auxiliar á la memoria en el recuerdo de mi primer viaje á la madre patria.

Hé de limitar, por lo tanto, esta reseña á brevísimos apuntes de lo que más ha llamado mi atención en el poco tiempo que permanecí en la corte.



Como consecuencia del carácter alegre, galante y expansivo del pueblo de Madrid, abundan en él extraordinariamente las diversiones, los paseos públicos, los espectáculos y otros sitios de exhibición y recreo.

Hay gran número y variedad de teatros para todos los gustos y para todas las fortunas, desde la ópera italiana al sainete lírico, desde el drama á la zarzuela, desde la comedia de capa y espada hasta la *revista* de actualidad. Este último género, que no es ciertamente una manifestación legítima del arte dramático, alcanza por lo general gran acogida en los teatros populares, y tiende á llevar á la escena las habildosas hazañas de los rateros y pilletes más afamados de la corte, y á poner en caricatura los hombres más encopetados de la política. Contribuyen principalmente al éxito de estas obras la oportunidad de las alusiones, el parecido de los personajes y de las pinturas escénicas, y el poderoso inge-

nio de la musa cómica española, siempre llena de gracia y travesura aun en medio de sus mayores extravíos.

Entre los paseos más famosos y concurridos de Madrid figura principalmente el Salon del Prado, ancha y hermosa via flanqueada por varias hileras de árboles, y adornada con magníficas fuentes de mármol blanco, que forman primorosos juegos de agua. Dos hileras de butacas fijas á una y otra orilla y á todo lo largo del paseo, sirven para el descanso de los paseantes que se fatigan y para la comodidad de los espectadores.

Desde las cuatro de la tarde hasta el anochecer ofrece este paseo un espectáculo animadísimo y encantador.

Damas y caballeros, niños y ancianos, estudiantes y cadetes, grandes y pequeños, eminencias y nulidades, todos confundidos en bulliciosa procesion pasan, giran, vuelven, tornan y se barajan á cada instante, dando al cuadro un extraordinario movimiento y una variedad asombrosa de tonos, de colores y de fisonomías.

Son bellos tambien, aunque no tan concurridos como el Salon del Prado, los paseos de la Castellana, Recoletos, Atocha y otros, en cada uno de los cuales se vé un público especial y característico, que varia

notablemente en las diversas horas del día ó de la noche.

A la orilla de estos paseos hay elegantes kioskos destinados á la venta de dulces, licores y cigarros, puestos de frutas, aguaduchos y horchaterias ambulantes, y de trecho en trecho se ven fuentes hermosas como las de Cibéles, Apolo, Neptuno, las Cuatro Estaciones, Recoletos, etc., y alguna que otra estatua, entre las que descuella la de Cristóbal Colon sobre un alto, blanquísimo y adornado pedestal, semejando, á cierta distancia, uno de esos monumentos de alfeñique ó de sopa borracha, que fabrican en las confiterías para determinadas fiestas familiares.

*
* *

Aunque en todos estos paseos suele haber vias destinadas á los carruajes y caballos, el sitio más frecuentado por unos y otros en las últimas horas de la tarde es el paseo de coches del Retiro. Allí va lo más granado y selecto de la nobleza, la banca y la política, amén de las demás personas que tienen coche ó lo alquilan por un par de horas para darse el gustazo de pasear cómodamente en union de las grandes notabilidades de Madrid. Coches de la

casa real, con escolta de pajes y caballerizos, coches de los ministerios, de los presidentes de las Cámaras, y de los altos funcionarios del poder, todos con escudos nacionales y lacayos con galones de oro; carretelas blasonadas y lujosísimas, llenas de mujeres cargadas de diamantes, y de hombres cargados de cruces y de cintas; berlinas, *landós*, literas y alguno que otro *simon* más ó ménos disimulado, todos llegan en tropel á la entrada del paseo, en donde se reunen y enfilan unos con otros, para emprender su marcha lenta y magestuosa por la citada vía, que se extiende en caprichosas curvas por el parque hasta llegar á la estatua del *Angel Caído*.

Allí se detienen un momento los carruajes, como para rendir culto á la magnífica escultura, y torciendo despues á la derecha vuelven al punto de partida por la orilla opuesta. Por el centro de la espaciosa vía circulan algunos guardias á caballo, encargados de mantener el orden y enfilamiento de los carruajes que ruedan por uno y otro lado, en opuesta direccion. De este modo se pueden ver y examinar desde un coche todos los demás que concurren al paseo, y que van desfilando con lentitud uno á uno, por ante la vista del curioso espectador.

Allí ví á D. Alfonso XII, ya demacrado y enfermo, en compañía de su esposa D^a Cristina, y me entretuve algun tiempo contemplando la solicitud con que buscaban y perseguían algunos cortesanos el saludo un tanto frio y ceremonioso de los monarcas, y cómo se doblaban los cuerpos y se levantaban centenares de sombreros de copa, dejando á las veces en descubierto lustrosas calvas ante el tren de D. Alfonso, el de la ex-princesa de Astúrias ó el de la graciosa infanta D^a Eulalia; ví tambien muchos personajes que sólo son ilustres por la antigüedad de sus blasónes y lo histórico de su apellido, y muchos hombres del pueblo que han llegado á ser verdaderas eminencias científicas, artísticas y literarias por su talento y laboriosidad.

Cuando visité por vez primera este paseo, iba conmigo en el coche un ingenioso y antiguo periodista, muy conocedor de la sociedad madrileña y de las celebridades españolas residentes en Madrid.

No pudo haberme deparado la suerte mejor guía ni compañero más apreciable.

Segun desfilaban los coches á nuestra vista, iba él diciéndome los nombres y la calidad de los personajes, con familiar y jugosa concision:

—“Ese de barba cana, de aspera fiso-

nomía y de mirar desdeñoso y bizco á través de relucientes gafas, es el actual presidente del Ministerio, Sr. Cánovas del Castillo. Va casi siempre solo y como abstraído, no sé si en el desarrollo de alguna nueva teoría ó en la perpetracion de algun soneto amoroso

“ Ese de abultado bigote grís, rostro expresivo y simpático, algo corto de estatura, ligeramente obeso, y vestido y afeitado con pulcritud, es el gran Castelar, el gigante de la palabra, la primer lengua del mundo. Aquel buen mozo que le acompaña es Alvarado, su secretario particular.

“ Pero mire usted aquél de la patilla blanca y brillante como la nieve, y de rostro sonrosado, lleno y varonil; el que viene en el coche descubierto, hablando y riendo sin cesar en medio de un corrillo de mujeres que le escuchan y le celebran. Es Campoamor, el famoso poeta de las *doloras*. Si este gran escéptico siente lo que escribe ¡qué bien sabe en ciertos casos disimular la duda y el dolor !

“ Ese lujoso tren, conducido por soberbios caballos tordos, cubiertos de reluciente plata, es del duque de Fernan Nuñez. Ahí va él con parte de su familia.

“ Por allí viene un coche del Presupuesto, que se conoce por el áureo distin-

tivo de los lacayos. Es el ministro de Ultramar. Dicen que ahora estudia con algun interés los negocios de su departamento, y ya sabe que Puerto-Rico es una provincia de la Habana, en donde se dan bastones muy bonitos, café de Moka y credenciales de diputados.

“ Aquellos dos de la berlina que van hablando y accionando muy vivamente, son Albarerda y Rodriguez Correa (Correita), hombres de más ingenio que talla, narradores verbales amenísimos y fusionistas por casualidad.

“ Esos que pasan ahora no son nada, es decir, son duques, marqueses y otros títulos muy conocidos en la corte, en el Hipódromo ó en los círculos tauromáquicos, pero nada más.

“ De las damas tampoco he de decir cosa alguna que no sea galante, á fuer de verdadero español. Esperemos, que no tardará en presentarse alguna otra notabilidad. . . .

“ ¡ Héla ahí! Ese hombre de fisonomía larga y angulosa, ancha frente que termina en calva, y abultado y respetable bigote de guardia civil cumplido, es Echegaray, el ilustre ingeniero, el más vigoroso y fecundo de nuestros autores dramáticos de la era presente.

“ Aquél de más allá, trigueño y barbudo, cuya fisonomía recuerda la de los abencerrajes granadinos, es Alarcon (D. Pedro Antonio), excelente novelador y estilista, que narra como el primero y filosofa como el último.

“ Ese mozo risueño, de barba rubia y de rostro expresivo y agradable, que ahora saluda á las infantas y descubre á menudo sus dientes incisivos por medio de una graciosa contraccion de lábios, es Romero Robledo, ministro de la Gobernacion, hombre de gran actividad y despejo, habilísimo en negocios electorales, muy amigo de sus amigos y. Pero ahí vá Martos, que le aventaja en sagacidad y trastienda, y es, como si dijéramos, *primer espada* de la elocuencia política.”

Por este mismo estilo me fué mostrando un gran número de notabilidades, cuya relacion haría demasiado largo este capítulo. Al terminar le recordé que no había nombrado á Sagasta, y me dijo que este hombre político frecuentaba poco los paseos de coches, sobre todo cuando no ejercía el poder.

—Gusta más, añadió, de pasearse á pié por el Salon del Prado, en donde se le vé á menudo codeándose democráticamente con la clase llana.

—¿Y Perez Galdós, el célebre novelista?

—Ese no tiene coche ni asiste á más paseos que al de Recoletos... desde las ventanas de su habitacion.

“Y aún allí, para estudiar los personajes de sus novelas, se esconde tímidamente tras de cristales ó celosías.

“Es el hombre más huraño y modesto que hay en Madrid.”



Como paseo matinal de primavera es verdaderamente delicioso el del Parque de Madrid, llamado el Retiro. Tiene estanques y lagos muy caprichosos, fuentes y surtidores muy bellos, esculturas de mérito, pabellanes árabes, persas, egipcios, chinoscos y de otras varias formas, colinas y miradores, grutas de ramaje y de piedra, todo entre árboles y flores que embalsaman el ambiente y dan al parque un aspecto amenísimo y encantador. En este sitio se encuentra siempre al amanecer un público apacible y discreto, que contrasta con el brillante y fastuoso que inunda por las tardes los demás paseos de la poblacion. Familias completas con sus ancianos y sus niños; grupos de colegialas

con traje corto, corrillos de pequeños estudiantes; parejas recién casadas ó que aspira á serlo, seguidas, en este último caso, de la implacable mamá ú otra persona que represente la autoridad casera; jóvenes madrugadores y juiciosos; muchachas de modesta fortuna ó de modestas aficiones, vestidas con elegante sencillez; padres y madres que se recrean con los dichos y las gracias de los pequeñuelos, y alguno que otro enfermo ó convaleciente que va con objeto de distraerse ó fortalecer su organismo, tales son, por lo general, los que más asiduamente frecuentan el Retiro á tales horas, internándose en pequeños grupos por entre árboles y flores, y dando con el rumor de sus pa'abras y sus arrullos de tórtola un misterioso y particular atractivo al más variado y ameno de los parques de Madrid.

Aspecto y público bien diferentes ofrece el llamado Jardín del Buen Retiro, no léjos del anterior, y destinado á la recreación nocturna del Madrid bullicioso y expansivo, especialmente en la temporada de verano. Consta de hermosísimas alamedas, glorietas deliciosas, anchas vías que se cruzan, serpentean y se confunden por entre el frondoso arbolado, pabellones y teatrillos en donde hay constantemente músi-

ca ó espectáculos teatrales, sillas y bancos en abundancia, recodos tentadores, bóvedas de follaje, fuentes, flores, etc., todo ello iluminado por la luz eléctrica, que baña espléndidamente las copas de los árboles y forma en el suelo primorosas combinaciones de claro-oscuro, que tiemblan, se confunden y se trasforman al menor movimiento de las ramas.

Allí vuelve á encontrarse, con su alegría estrepitosa y su animacion carnavalesca, el público galante y novelero que rie y que goza colectivamente, el Madrid del Prado, de la Castellana y de la Puerta del Sol.

XV.

LOS MUSEOS.

El de pinturas del Prado.—El de pinturas del Ministerio de Fomento.—El Arqueológico.—El Antropológico.—El de Ciencias Naturales.—El del Botánico.—El de Anatomía.—El de Artillería.—El Naval.—El de Ingenieros.—La Armería Real.—Carrozas y coches régios.

Había oído hablar con elogio del Museo de pinturas del Prado, pero ni estas alabanzas ni los esfuerzos de mi imaginación lograron darme una idea prévia de las maravillas del arte pictórico atesoradas en aquel edificio. Después de haberle visitado, aunque no con todo el detenimiento que yo deseaba, no me causaron extrañeza las siguientes palabras de un célebre pintor, que bondadosamente me acompañaba en algunas de mis excursiones artísticas: -

—Este Museo, del cual no hacemos aquí ningún alarde, y hasta le tratamos con cierta indiferencia por ser nuestro, es el mejor del mundo por su riqueza y universalidad.

Asombra, en efecto, el número de cua-

dros allí reunidos, y más aun la variedad y calidad de ellos, la fama de sus autores y las diversas escuelas representadas por obras de extraordinario mérito.

Estaba yo como anonadado y aturrido el primer día que entré en aquel santuario de los dioses del arte, abrumado por la grandeza de aquellas obras, deseoso de entregarme á su contemplacion y sin saber por'dónde empezar ni á cuál de ellas había de dar la preferencia.

Todo desaparece allí ante el interés supremo que inspiran aquellas incomparables producciones. La atencion tiende á dividirse, vivamente solicitada á un tiempo mismo por varias obras maestras; esfuerzase la vista queriendo abarcar de una ojeada muchos cuadros á la vez, y en medio de esta lucha y esta ansiedad se pierde la nocion del tiempo y llega la hora de salir del local cuando aún no se ha visto nada detenidamente. Sólo despues de la segunda visita pude ver con un poco de calma algunas de las obras principales, ya que el poco tiempo de que disponía no me permitió hacer un estudio más general.

Allí pude admirar el estilo vigoroso y fresco del gran Velazquez y la naturalidad asombrosa de sus figuras, trasladadas

al lienzo con incomparable expresion de verdad. Aquel soberbio grupo de *La rendicion de Breda*, parece un cuadro vivo. Se sienten las locas alegrías de la embriaguez y hasta el olor del mosto al contemplar el admirable cuadro de *Los borrachos*.

Dotado Velazquez de un genio extraordinario y de una exuberante personalidad artística, dió carácter propio á todas sus obras, rompió resueltamente con el convencionalismo y supo ver y pintar la naturaleza con admirable realidad.

Además de los citados lienzos y de los retratos en que Velazquez inmortalizó con su pincel á varios príncipes y magnates españoles del siglo VII, merecen especialísima mencion *El Cristo*, *La fragua de Vulcano*, y aquellas dos maravillas de entonacion, de luz y de perspectiva aérea: *Las hilanderas* y *Las meninas*.

Ribera es otro gran maestro cuyas obras sorprenden por la seguridad del dibujo, la energía y destreza del modelado y el realismo anatómico de las figuras. Es el pintor del hambre, del sufrimiento y del martirio. Casi todas sus obras representan asuntos dolorosos; la materia humana en su más alto grado de tortura y desesperacion. Su pincel, que parecía refractario á las tintas alegres y

delicadas, supo transmitir al lienzo, con extraordinario realismo, todas las manifestaciones del dolor, desde *El Prometeo en la roca* hasta *El Martirio de San Bartolomé*. Sólo por excepcion pintó alguno que otro cuadro de asunto apacible, como *El sueño de Jacob*, suavizando en cierto modo la expresion dramática y los tonos acentuadamente sombríos que le caracterizan.

Peregrino contraste forman las obras de este pintor con las de Murillo, no ménos ilustre y fecundo, é incomparablemente más apacible y espiritual. Aquél es el pintor de la sombra y éste el de la luz: aquél es gran maestro en la expresion del dolor; éste en la expresion de la felicidad.

Murillo, segun la hermosa frase de Amicis, "nació para pintar el cielo." Sus obras tienen un encanto beatífico indefinible, una expresion de dulzura que mueve el ánimo y le inclina á los más delicados afectos. Todas estas cualidades resaltan extraordinariamente en los cuadros de *San Bernardo*, *San Isidoro*, *Los niños de la Concha* y las magníficas *Concepciones*, que son además admirables por la suavidad del contorno, por la frescura del colorido y por su armonía, transparencia y vaporosidad.

Alguno que otro cuadro de Zurbarán, aunque no de los mejores ni más característicos de este gran pintor, sirven allí, no obstante, para dar una idea de su estilo vigoroso y firme, de la decisión de su claro-oscuro, del realismo de sus composiciones y de las demás cualidades apuntadas ya en uno de los capítulos precedentes, al tratar acerca de las obras de este pintor coleccionadas en la Academia gaditana de Bellas Artes.

Ví también algunos retratos del Greco, notables por la valentía del color, aunque un tanto recargados en tonos grises y no exentos de incorrección en el dibujo. Es digno de estudio este autor por la gran influencia que llegó á ejercer entre los pintores españoles de su época, principalmente los que formaron la escuela toledana.

Detúveme algún tiempo más en contemplar los gloriosos comienzos del arte pictórico español en los cuadros de Gallego, Berruguete y Juan de Juanes, y en estudiar los de Cano, Herrera, Pacheco, Rizzi, Claudio Coello, Mazo, Pareja, Carreño, Menendez y otros pintores, maestros, émulos y discípulos de Velazquez; comparé estas obras con algunas de los sucesores que iniciaron el período de decadencia, y

busqué luégo el renacimiento de nuestra pintura nacional en los cuadros de Madrazo, Fortuny, Rosales, Casado, Gisbert, Pradilla, Palmaroli y otros afortunados pintores de la época actual.

Medio dia de verdadero asombro pasé en la sala de Goya, el más enérgico, el más apasionado y el más español de nuestros grandes pintores. Ante aquella incomparable valentía en el color, aquella espontaneidad, aquella manera propia y personalísima, la exactitud con que comprendió y pintó la vida real y las costumbres características de su tiempo, y sobre todo aquella facilidad y grandeza en la expresion del ódio, la ira, la venganza, en su grado más trágico y terrible, se olvidan ciertas incorrecciones del dibujo y sólo se siente el ánimo inclinado á la admiracion.

¡Qué hermoso cuadro el de *La familia de Carlos IV!* ¡Qué terrible modo de concebir y de expresar los horrores de la guerra en los *Episodios del dos de Mayo!*

*
* *

Las escuelas italianas están representadas en este Museo por una numerosa,

variada y riquísima coleccion de cuadros, entre los que figuran *La Virgen del pez* y *El pasmo de Sicilia*, de Rafael; el *Retrato ecuestre del emperador Cárlos V*, *La Bacanal* y *La ofrenda de Vénus*, del Tiziano; *La disputa de Jesús con los doctores*, de Pablo Veronés; algunos lienzos de Miguel Angel, *La Anunciacion*, del Beato Angélico, *El Tránsito de la Virgen*, de Mantegna, *La Madona*, de Juan Bellini; *Judit y Holofernes*, del Tintoretto, y otras obras excelentes de los mismos autores citados y de Correggio, Salvator Rosa, Reni, Carducci, Lucas Giordano y muchos más.

*
* *

Sigue despues en importancia y número la escuela flamenca, representada por obras y autores de gran mérito y de fama universal. *El jardin del amor* y *La serpiente de bronce*, de Rubens; *San Juan Bautista*, *La Virgen leyendo* y *El triunfo de la Iglesia*, de Van Eyck; varios retratos de Antonio Moro y Van Dyck; algunas tablas bellísimas de Van Eych; el *Salvador y la Virgen*, de Metsys; el admirable tríptico de Van der Weyden, y los graciosos cuadros de Teniers, son repu-

tados como joyas preciosísimas, entre las muchas que atesora el Museo procedentes de esta escuela.



Tambien figuran en tan espléndida coleccion los famosos cuadros *Adan y Eva* de Alberto Durero, algunos muy notables del Bosco y la *Artemisa* de Rembrant.



La más escasa en el número de cuadros es la galería francesa, en la que figuran, sin embargo, lienzos famosos de Poussin y Duguet, y deliciosos paisajes de Claudio Lorena.



Tiene además este Museo una buena seccion de esculturas ; pero la importancia capital de los cuadros pictóricos absorbió de tal manera mi atencion, que no me quedó tiempo ni voluntad para examinar obras de otro género.

Abstraído de tal modo en la contemplacion de las pinturas, ni siquiera adver-

tí las forma y condiciones del edificio, que segun me informaron más tarde es digno de nota por su bella arquitectura y acertada distribucion.

*
* *

Además del Museo de pinturas del Prado, hay otro de gran importancia y variedad en el Ministerio de Fomento,* y una galería rica y selecta en la Academia de Bellas Artes. Tambien hay colecciones de mucho mérito en los Reales Sitios, en San Francisco el Grande, en otros varios templos y en los palacios de la representacion nacional.

*
* *

Otro de los Museos más ricos é interesantes de Madrid es el Arqueológico, situado en la calle de Embajadores. Aunque el edificio y los pabellones que ocupa en la actualidad no corresponden con la importancia y riqueza de este Museo, está ordenado con mucho acierto, y la clasificacion metódica de sus colecciones facilita el

* En este Museo hay, entre otras muchas pinturas notables, una hermosa coleccion de 54 cuadros, casi todos de frailes, pintados por Carducho para la Cartuja del Paular.

estudio gradual de la cultura humana, desde los tiempos primitivos.

La primera sala contiene curiosísimas colecciones prehistóricas. La segunda, más rica y más variada, contiene antigüedades egipcias en número suficiente para dar una idea bastante general de la admirable civilización del antiguo pueblo de los Faraones. Entre los objetos más notables de esta colección figura una momia perfectamente conservada, con adornos, joyas preciosas, cintas y otras finísimas telas marcadas con inscripciones y geroglíficos, y cerrada en una caja de fondo negro con franjas y dibujos dorados, bellos esmaltes y primorosa labor.

En esta y en las salas contiguas hay monumentos y trozos arquitectónicos de Grecia y Roma, hornacinas, lucernas, lápidas, mosaicos, túmulos y otros objetos curiosísimos y de valor extraordinario.

Son notables por su antigüedad y riqueza las colecciones numismáticas, en donde se encuentran monedas y medallas rarísimas, ricas piedras labradas y primorosos camafeos.

Hay también una sala llena de admirables muestras de arquitectura, escultura, ornamentación, indumentaria y otra infinidad de objetos y testimonios de la civiliza-

cion arabe; otra en donde se van coleccionando los objetos destinados al estudio de la Edad Media; una seccion importante, aunque no tan rica como debiera serlo, de objetos históricos y etnográficos de América, y otras varias secciones en donde se exhiben joyas, armas, vasijas, platos, máquinas y otros objetos, muchos de ellos ricos y casi todos dignos de exámen y de estudio particular.

*
* *

El Museo Antropológico, situado junto al Paseo de Atocha, contiene tambien objetos curiosísimos y riquezas científicas de gran estimacion. Fué organizado por el Doctor Velasco, uno de los médicos más inteligentes y laboriosos de España.

*
* *

En el Museo de Ciencias Naturales, establecido en la calle de Alcalá, se conservan colecciones muy numerosas y variadas, como las de Foster, Meneville, Humboldt, Huelant, Rojas Clemente, Vilanova, etc., y un notable grupo de fósiles, en el que figura el famoso ejemplar de megaterio.

Hay además otro Museo más chico de Historia Natural en el interior del Jardín Botánico.

En el Colegio ó Escuela de Medicina hay tambien un rico Museo Anatómico, reputado como el mejor de España.



El Museo de Artillería es de los más ricos del mundo. Hay en él colecciones de armas de fuego, desde su forma primitiva hasta la más refinada y moderna.

Allí, siguiendo el orden gradual y cronológico en que están colocadas estas armas mortíferas, desde el antiguo arcabuz de mecha hasta la última y más terrible variedad de la metraladora, puede estudiarse el constante y progresivo empeño del hombre en la destrucción de su misma especie. Una sola idea sirvió de móvil para la invención y perfección de todas aquellas armas: la idea de matar más hombres en ménos tiempo y con mayor precisión y seguridad.

En una sala del piso principal hay más de doscientas banderas ganadas en combates célebres, entre las cuales figura una que ganó Don Juan de Austria en la

famosa batalla de Lepanto. Tambien se conservan allí los pendones de guerra del Emperador Cárlos V y Hernan Cortés, las espadas de Suero de Quiñones, Diego de Mendoza, García de Paredes, Alvarez Palafox, Wellington y otros varios guerreros ilustres.

*
* *

El Museo naval es magnífico, más que por la riqueza y variedad de sus colecciones, que son buenas, por los hechos gloriosos de que dan firme testimonio los objetos que contiene. El famoso Gabinete de los descubridores es por sí sólo un museo de nuestras glorias nacionables del descubrimiento y la conquista de América. Allí se ven los retratos de Colon, de Cortés, de Pizarro y de otros héroes de aquella gran epopeya; las primeras armas ganadas en los combates contra los indios; modelos de piraguas y canoas; trajes, insignias, joyas, ídolos y otros objetos rarísimos, recogidos por los primeros descubridores; mapas primitivos de las Indias; trozos de árboles célebres, incluso el de la *noche triste*, y recuerdos auténticos y grandes cuadros que representan los episodios más notables del viaje de Colon.

Otra de las salas más importantes de este Museo está casi llena de figuras, cuadros, alegorías y despojos ilustres del combate de Trafalgar.

*
* *

En el Museo de Ingenieros son notables los modelos en relieve de las plazas militares de Tarifa, Cartagena, Mahon, Santoña y Cádiz; los modelos de las principales obras del famoso Canal de Aragon y de otras muchas construcciones civiles y militares, y una riquísima coleccion de maderas de varias partes del mundo.

*
* *

La Armería, situada junto al palacio Real es otro de los Museos que hacen honor á España, por la esplendidez y riqueza de sus colecciones de armas y otros objetos artísticos y de gran importancia histórica. Es admirable el efecto que producen á primera vista aquellas armaduras completas, unas á pié y otras á caballo, colocadas en correctas filas y figurando una legion de guerreros de diversas épocas, dispuestos á comenzar una batalla. Son armaduras brillantes de bruñido ace-

ro y primorosamente labradas, á las cuales dieron movimiento y animacion en siglos pasados los cuerpos de Alfonso V, Fernando V, Cárlos I, Felipe II, Cristóbal Colon, D. Juan de Austria, el Duque de Alba, Gonzalo de Córdova el *Gran Capitán* y otros muchos personajes famosos.

En el techo, en los muros, en los diversos armarios distribuidos en el local de la Armería hay objetos de inestimable valor, ya como recuerdos de grandes hechos ó de personas ilustres, ya como trabajos de arte. Allí pude ver, entre otros objetos célebres, espadas del Cid, de Bernardo del Carpio, de Roldan, de Pelayo, de Isabel la Católica, de Boabdil, de Cárlos I, de D. Juan de Austria, de Hernan Cortés, de Pizarro, del príncipe de Condé, etc., varios estandarte de Lepanto y San Quintin, la bandera austriaca de la guerra de sucesion, un casco de Francisco I, otro de Alí Bajá, un escudo procedente del sitio de París, y un gran número de cimeras, corazas, escudos, guantes, y otros objetos de importancia histórica y algunos de valor artístico excepcional.

Este admirable Museo era todavia más rico en años pasados. Perdió parte de sus trofeos y colecciones en un incendio reciente; pero aun en su estado actual se

le considera como uno de los mejores de Europa.

*
* *

Por último, junto al mismo palacio Real y en dirección de la calle de Bailén hay un edificio que tiene algo de Museo, si no por la variedad, á lo ménos por la riqueza y antigüedad de los objetos que guarda. Son los carruajes históricos de la casa Real, que se exhiben todavía en las grandes solemnidades palaciegas.

Allí está el célebre coche de D^a Juana la Loca, negro, severo, monumental, con tallados de alto relieve y otros trabajos artísticos de notable mérito; una ó dos carrozas de la época de Felipe V; un soberbio coche, llamado de la Corona, de la época de Carlos III; otro lujosísimo, regalado por Napoleon Bonaparte á Carlos IV, probablemente con interesados fines; varios carruajes de diversas formas construidos durante el reinado de Fernando VII y demás monarcas que le sucedieron hasta nuestros días: coches de gala, de media gala, de paseo, de viaje, etc.; coches para el rey, para la reina, para el príncipe, para los infantes y hasta para la alta servidumbre de palacio.

En casi todos estos trenes regios se advierte una ostentosa y desordenada magnificencia, con más brillo que arte, y con más aparato que belleza y comodidad. Profusion de p'ata y oro en coronas, escudos, cifras, molduras, arneses y guarniciones; mucha seda, mucho penacho, mucho colorin, formando todo un conjunto carnavalesco y chillon que no se aviene con la gravedad de las altas instituciones.

XVI.

VARIAS COSAS.

La Biblioteca Nacional.—La sombra de Hartzenbusch.—Emilio Ferrari.—Códices y autógrafos célebres.—El testamento de Isabel la Católica.—El devocionario de Carlos V.—Primeras ediciones del *Quijote*.—El Ateneo.—El Congreso.—Ultimos discursos de un debate.—Cuadros notables.—El leon sin cola.—Precauciones prudentes.—El Senado.—San Francisco el Grande.—Las Salesas.—Atocha.—El palacio real.—Regios mamarachos.—La Cárcel-Modelo.—Sistema celular.—Escritores presos.—*Delitos* de opinion.—Corridas de toros.

La Biblioteca Nacional, situada en la calle de su nombre, tiene gran riqueza de códices y libros antiguos. Los modernos abundan más en otras bibliotecas, tales como las de las Academias de la Lengua y de la Historia, las de la Universidad, San Isidro y el Ateneo.

Al discurrir por aquellas salas rodeadas de estanterías que contienen el gran tesoro de nuestra literatura clásica, no pude ménos de recordar al insigne Hartzenbusch, alma y vida de aquel glorioso establecimiento hasta hace pocos años, res-

taurador y comentarista incansable de nuestros grandes poetas y escritores de la *edad de oro*. Aún me parecía verle corriendo apresurado y ansioso, de uno á otro estante, con la pluma en una mano y varios códices en la otra, ojeando y rebuscando con avidez, y moviendo sus ojillos perspicaces tras de los espejuelos relucientes, tal como le describe Perez Galdós.

Pero ahora oficia en este santuario de las letras otro *sacerdote* de ménos edad, más bonito y más perezoso que Hartzenbusch, pero tambien poeta de buena raza y de glorioso porvenir.

Don Emilio Ferrari, que este es el nombre del poeta á quien me refiero, tuvo para mí exquisitas atenciones que nunca olvidaré, y gracias á su bondadosa é inteligente direccion pude ver en pocas horas lo más raro y notable de la Biblioteca.

Tuve entre mis manos códices y documentos preciosísimos de la edad media; las obras manuscritas de los principales maestros de nuestra literatura patria; autógrafos de Cervántes, de Lope, de Quevedo, de Rojas, de Calderon; el testamento manuscrito y original de Isabel la Católica, conservado entre dos láminas de acero, con maravillosas labores de cincel y de incrustraciones de oro y plata, obra maes-

tra de la fábrica nacional de Toledo, y el célebre devocionario del emperador Carlos V, de hojas de pergamino con hermosa letra de mano, tintas indelebles de varios colores y magníficas láminas pintadas por artistas célebres; volúmen preciosísimo, en cuyas páginas se ven las huellas de los dedos de aquel monarca, señalando los pasajes y los dibujos en que fijaba con preferencia su atención. Ví las ediciones más antiguas y raras del *Quijote* y de otros libros famosos, y gran número de obras curiosísimas y de gran valor histórico y literario.

*
* *

El nuevo edificio del Ateneo, de fachada estrecha y casi nula, es, sin embargo, un local apropiado y capaz para el objeto á que se destina. La escalera es hermosa y el salon de actos magnífico. La forma y distribución de este departamento, el órden de las tribunas, la disposición, el color y la hechura de las butacas, y aquel primoroso techo con reminiscencias egipcias, pintado por Mérida, forman un conjunto muy agradable y original.

La Biblioteca del Ateneo es rica, sobre todo en obras modernas; el gabinete

de periódicos es de los más variados y selectos que hay en Madrid. También es notable por su número y mérito la galería de retratos de los presidentes, desde la fundación del Ateneo,



Tuve la mala suerte de que se suspendieran las sesiones del Congreso el mismo día en que llegué á Madrid, y no pude alcanzar en este glorioso templo de la elocuencia más que una sutil é ingeniosa rectificación, de Martos, otra rectificación acre y mordaz de Sagasta, y un resúmen hábil, conceptuoso y arrogante, de Cánovas del Castillo. Los tres son excelentes oradores de combate; pero sus discursos no podían darme idea cabal de las varias y magníficas manifestaciones de la elocuencia política española.

Al siguiente día volví al palacio de las Cortes, ya desierto y triste, para ver el hermoso cuadro de Gisbert, *Los comuneros*, y algunas otras pinturas notables de Casado del Alisal. Iba en compañía de un gran orador, D. Rafael María de Labra, quien me inició en la historia de aquel dédalo de salas, gabinetes y pasillos, donde

se fraguaron tantas intrigas políticas, y donde tuvieron origen y desarrollo hechos de gran transcendencia en la vida política de España durante el siglo actual.

Un detalle curioso que dá cierta idea del ingenio y buen humor de los *cacos* de Madrid: A uno de los dos leones de bronce que hay junto al hermoso pórtico del Congreso, le habían mutilado la cola, llevándose la parte más abultada y maciza.

Con tal motivo habíanse puesto vigilantes en aquella parte del palacio, para evitar que se robaran la cola del otro leon, y se tomaron iguales precauciones en la Plaza de Oriente, á fin de que no se llevaran la gran cola que mantiene el equilibrio de la estatua ecuestre de Felipe IV.

*
* *

En el palacio del Senado, antigua residencia de D^a Maria de Molina, ví entre otras cosas notables el reciente cuadro de Pradilla, *La Conquista de Granada*, el gran lienzo de la coronacion de Quintana, y una Biblioteca hermosísima, con artísticos estantes de hierro y bronce dorado, muy bien provista de libros notables sobre Historia, Política y Administracion.



Los templos de Madrid no corresponden, por lo general, con la importancia de la poblacion ni con la suntuosidad de otros edificios, como el palacio Real, la Plaza de toros y el ministerio de la Guerra. Solamente la iglesia de San Francisco el Grande puede competir en extension y belleza con muchos de los edificios civiles y militares de la Corte.

Es un templo de hermosas proporciones y de agradable arquitectura, compuesta de los órdenes dórico y jónico, en su fachada principal. El interior del templo es circular y mide cerca de 120 piés de diámetro, coronado por media naranja y linterna de atrevida y esbelta construccion.

Cuando le visité, este notable edificio estaba trasformado en taller de pintores y escultores. El templo de la fé religiosa habíase convertido temporalmente en templo del arte. Plasencia, sostenido por un andamio junto á la bóveda, *ejercía de Dios* en aquel instante, haciendo un cielo, una gloria eterna con serafines, ángles y arcángeles, llenos de idealidad y de uncion, agrupados con exquisito gusto y dispuestos en escorzos admirales; Ca-

sado del Alisal hacía en otra capilla el milagro de *La aparición de Santiago*; más adelante algunos escultores dirigían la colocación de altares, de columnas y de hermosas estatuas de santos, mientras que rodaban por el suelo, en delicioso desorden, cabezas de frailes, brazos de vírgenes, alas de querubines, mitras de yeso, molduras y capiteles destrozados y otros muchos despojos y atributos de la antigua devoción.

Revelaba cierto espíritu de revolución é iconoclasmo el aspecto de aquella basílica, de la cual se expulsaba á los santos viejos y mal avenidos con la estética, para dar acogida y colocación á las obras legítimas del arte.

*
* *

El templo de las Salesas es notable por las pilastras y bajos relieves de la fachada, por sus columnas interiores, de órden corintio y jónico, y por los sepulcros de Fernando VI y del duque de Tetuan, situados uno enfrente de otro, en los crueros del edificio.

Hay en esta iglesia algunos cuadros de mérito.

*
* *

La basílica de Atocha, tan favorecida por la familia real, es un templo antiguo, desaliñado y de poca importancia artística. Tiene alrededor de la nave central una preciosa colección de banderas ganadas á los moros en diversas batallas, y en una de las capillas laterales un magnífico sepulcro del general Prim.



Sólo ví el palacio Real por el exterior y muy rápidamente.

Me pareció soberbio en sus dimensiones, armonioso en su distribución y bello en su conjunto artístico. No pertenece á un órden de arquitectura determinado; pero participa principalmente del jónico y del dórico en las columnas y pilastras. Su aspecto general es suntuoso y magnífico.

Las grandes estátuas de reyes que ántes coronaban las cornisas, alternando con pilastras y jarrones en lo alto de las balaustradas, las bajaron hace algun tiempo, colocándolas alrededor de la Plaza de Oriente que colinda con el palacio. Es una série de mamarrachos gigantes, de cara estúpida, de ridículas adtitudes, rotos y entablillados por diversas partes del cuerpo, con parches y sinapismos en las es-

paldas, y con las coronas y los cetros hechos añicos.

Un ingenioso escritor de Madrid decía con mucha gracia, que estos reyes liados y feísimos inspiraban horror á la monarquía.



La Cárcel-Modelo me pareció bien construida y ordenada, y representa un adelanto notable en el sistema penitenciario español. Su distribución interior está dispuesta en forma de radios que convergen hácia la entrada, por lo que se le dá con frecuencia el nombre de *Abanico*.

Los presos están individualmente separados unos de otros, por medio de celdas provistas de lo indispensable para el aseo y el descanso, y cuando salen al locutorio ó pasean por los lugares destinados á este ejercicio, deben llevar la cara cubierta con un capuchon.

Todas estas medidas obedecen á principios científicos y moralizadores, dignos de aplauso.

¡Lástima que aún se encierre allí á los escritores que sólo cometen lo que se ha dado en llamar *delitos de opinion*!

Tres periodistas ocupaban otras tantas

celdas de la Cárcel-Modelo el día que yo la visité. Habían cometido el *crimen* de no estar conformes con la verdad oficial, de tener y publicar ideas propias, que no concordaban con las opiniones del gobierno.

La única diferencia notable que se establece entre los presos por delitos comunes y los que sólo están allí por puras abstracciones políticas, consiste en que á estos últimos se les permite salir de sus celdas sin capuchon.



No fuí á la plaza de Toros.

Confieso con toda ingenuidad ¡oh gente chula y apasionada por el gran espectáculo de los cuernos! que estuve cerca de un mes en Madrid sin haber visto una sola corrida. ¡Perdon!

No fué por desden ni por hipocresía. Si llego á estar algún tiempo más en la corte, voy á los toros.

Más de un domingo tuve que hacer esfuerzos de voluntad para no seguir tras aquella muchedumbre engalanada, radiante, inquieta y loca de regocijo, que afluía como desbordada corriente á la espaciosa calle de Alcalá, dificultando á menudo el

paso de los trenes del tranvía, los ómnibus, las diligencias, las carrozas, los coches de la aristocracia y del pueblo, todos atestados de gente bulliciosa, comunicativa, risueña y como contagiada por esa excitación alegre y loca que constituye la fase principal y característica de este género de diversiones.

Más que los accidentes brutales y azarosos de la lidia, hubiera deseado contemplar los gestos, los ademanes, demostraciones y actitudes de las 12,000 personas que presencian ordinariamente las corridas de toros en Madrid. Hubiera estudiado con cierto interés aquellas alternativas del susto y del entusiasmo, aquella serie de diversas y rápidas emociones, aquel espléndido derroche de movimiento, de vida y de pasión.

Pero volaba el tiempo, se aproximaba el día de mi viaje. . . . ¡y Madrid tenía tantas cosas buenas que ver!

XVII.

LA OCTAVA MARAVILLA.

Una visita al Escorial.---Mis compañeros de viaje.---La llegada.
---Aspecto exterior del edificio.---En la portería.—
Una vieja original.---La sala del secreto.---La Iglesia.
---La sacristía.---La bóveda del atrio.---El coro.---El
Convento.---La Biblioteca.---El Palacio.---El Panteon.
---Cuadros y tapices.---Cercanías del Monasterio.---
Regreso á Madrid.

—Quedamos en que mañana, á las siete, en la Puerta del Sol

—Eso es.

—Punto concreto: el Café Imperial.

—Ó la librería de San Martin.

—Bueno, pues en la librería.

—Á las siete en punto, que no se olvide.

—¡Puntualidad inglesa!

—¿Y por qué no española?

—Porque se nos iría el tren.

—Hombre, eso que usted dice no es muy patriótico

—Pero es verdad.

—Bien, bien; pongamos de acuerdo

nuestros relojes para mayor exactitud. *Yo voy* con el Ministerio de la Gobernacion.

—¡Valiente guía!

—Yo con el Observatorio.

—Méenos mal.

—Yo con Esparza. . . .

—Pues tomemos la hora del Observatorio, con algunos minutos más.

Así hablaban un sábado por la noche, al salir de los jardines del Buen Retiro, tres buenos amigos que al día siguiente habían de ser mis compañeros de viaje al Monasterio del Escorial. Cumplieron puntualmente lo acordado, y, media hora despues de habernos reunido en la Puerta del Sol, salíamos en uno de los trenes del ferrocarril del Norte.

¡Gran día me hicieron pasar estos tres amigos!

Uno de ellos era el reputado publicista D. Antonio Guerra y Alarcon, hombre de carácter franco y entero, de trato excelente, de vasta y sólida instruccion y de exquisito gusto literario. Conocía yo, desde hace algunos años, el mérito de este escritor por sus excelentes artículos en *La América*, *La Discusion*, *El Progreso* y otros periódicos de Madrid, y muy especialmente por dos tomos de la *Biblioteca Artística*, tan justamente premiados con medalla de

primera clase en la Exposicion Literaria y Artística; pero mi viaje á Madrid me proporcionó la fortuna de tratarle personalmente, confirmando de este modo el buen concepto que ya tenía formado acerca de él.

Otro de ellos era el jóven músico D. Cárlos Guaza, muy estimado en Madrid por sus méritos de artista y por sus excelentes condiciones personales.

El otro era mi buen amigo y condiscípulo D. José Sanchez Somoano, que me acompañó tambien en mis viajes por Asturias.

No hubiera sido posible elegir compañeros más útiles y agradables.

Un literato, un artista, un profesor de gimnasia médica y escritor por añadidura. La sabiduría, el sentimiento y la fuerza muscular.

Todos afables, entusiastas, francos, generosos, expansivos. . . . el carácter español, en suma, concentrado en aquellos tres hombres, y manifestándose en su más alto grado de cultura y espontaneidad.

No hay para qué decir que el ingenio y la gracia de mis amigos sazonaron constantemente nuestra conversacion, dando un vivo y particular interés á los menores detalles é incidentes, y aun á las tristes re-

flexiones que sugiere la contemplacion del gigantesco edificio del Escorial.

*
* *

Merced al prodigioso adelanto de la via férrea, hicimos en poco más de una hora el viaje en que Felipe II invirtió una semana, algunos meses antes de su fallecimiento.

El pueb'ecillo del Escorial es alegre y atractivo, pero la soberbia mole de la *octava maravilla* se impone de tal modo á la vista y al ánimo del viajero, que al fin ejerce sobre él una atraccion decisiva.

No se puede apreciar, sin embargo, toda la grandeza y altura del famoso edificio, mientras el que le mira esté situado frente á la gigante sierra de Guadarrama.

La obra de la naturaleza domina y empequeñece á la obra del hombre, aunque ésta sea de las más atrevidas y grandiosas. Pero una vez junto al edificio, causa verdadero asombro por la altura de sus torres y de sus muros, por la gallardía y majestad de la gran cúpula del centro, y por lo severo y grandioso del conjunto.

Las fachadas son magníficas y admirablemente proporcionadas, armonizando en ellas con gran acierto varios órdenes de arquitectura, entre los que predomina el dórico-romano. Nótase allí desde luego el genio y la inspiración de dos grandes artistas, especialmente del célebre arquitecto Juan Herrera, que impuso á todas las obras verdadero carácter, desde el segundo cuerpo del edificio.

Pero á pesar de todas estas bellezas y perfecciones tiene un aspecto marcadamente lúgubre y sombrío, que entristece y desazona el ánimo. El color terroso y ceniciento de los muros, la pizarra y el plomo de los techos, la oscuridad de las cúpulas y las torres, la misma forma del edificio, que figura las parrillas donde quemaron á San Lorenzo, todo allí revela austeridad y dureza; todo parece hablar del fanatismo, de la penitencia y de la muerte. Diríase que en aquella oscura y gigantesca mole de granito está petrificado el genio terriblemente sombrío, austero y receloso del monarca que la erigió.



Es version generalmente admitida, y la confirma el acta de fundacion de este Monasterio, que lo hizo construir Felipe II para conmemorar la célebre batalla de San Quintin, ganada por las tropas españolas al mando de Manuel Filiberto, duque de Saboya, el dia de San Lorenzo (10 de Agosto de 1557).

Dícese además que su padre, el emperador Cárlos V, le había encargado la construccion de un gran mausoleo para sepultura de los reyes. Quiso, pues, realizar los dos proyectos en una sola obra, á la que agregó además un templo suntuosísimo y un gran palacio destinado á la vivienda real. Hizo construir en éste una celda sombría, sin adornos de ningun género y con el pavimento de ladrillos, desde la cual podía comunicarse con el coro de la basílica, por una puerta oculta, y allí pasó, entre tirano y penitente, los últimos dias de su existencia.



Un ugiar nos acompañó á la portería principal del convento, en donde suele haber guias prácticos para conducir por en-

tre aquel asombroso laberinto de salas, templos, celdas, patios, pasillos y galerías á las personas que deseen visitar el famoso edificio. Desde allí empieza á notarse la oscuridad imponente y lúgubre que reina en todo el Monasterio. Aquellas paredes desnudas y enormes, de maciza y oscura piedra, parece que devoran la poca luz que logra penetrar por las ventanillas de la fachada.

Mientras que mis compañeros interrogaban al ugier acerca de las horas en que se permitía ver ciertos lugares del edificio, iba yo recorriendo trabajosamente con la vista, en aquella semi-oscuridad, unos cuadros de fondo negro que representan santos, monjes y pasajes místicos, y al llegar junto á una puerta oí un extraño murmullo como de palabras dichas en voz muy baja. Miré al rededor y no ví á nadie por allí. Mis amigos hablaban con el ugier cerca de un altar situado en el otro extremo de la portería. ¿De quién era entónces aquella voz?

Entré en la pieza inmediata y no ví á nadie tampoco; pero en el instante en que daba la vuelta para salir, sonaron claramente estas palabras, como dichas en secreto y con la boca puesta sobre mi oído:

—Caballero, Dios le guarde.

Y cuando yo buscaba inquieto con la vista la persona que me había hablado, añadió la voz:

—Estoy á las órdenes de usted.

Creció mi asombro, volví á mirar y sólo distinguí á lo léjos un bulto que se movía lentamente en el otro lado de la sala.

Mis amigos habían acabado de conferenciar y se acercaban en busca mia, produciendo bajo aquellas altas bóvedas un rumor triste y confuso, como el de un trueno lejano.

Llegaron, y me dijo al instante el jóven músico :

—¿Qué hace usted solo aquí, en la *sala del secreto* ?

Avivó mi curiosidad este nombre, y entónces me explicó Guaza que allí se producía un notable fenómeno acústico, debido á la construccion especial de aquel departamento. Dos personas colocadas en opuestos ángulos de la sala, pueden sostener perfectamente una conversacion en voz baja, sin que se enteren los demás individuos situados en el medio ó en cualquier otro punto del local.

Entónces empecé á explicarme el por qué de aquellas voces que había oido poco ántes, sin saber de dónde procedían.



La persona que yo acababa de distinguir en el otro extremo de la sala, y que en aquel instante se acercaba hácia nosotros, era una vieja de figura tan extraña y horrible, que al verla no pudimos contener una exclamacion de sorpresa. Parecía una vision escapada del coro de brujas de *Macbeth* ó de algun lienzo terrífico de Caravaggio ó de Rivera. Su cuerpo alto, seco, anguloso como el de una momia, sostenía con tal desgaire un vestido pardo, raído y mugriento, que parecía colgado de una percha. El rostro, apergaminado y lívido, estaba lleno de arrugas en todas direcciones, que se ahondaban y contraían con cualquier mueca ó guiño de la bruja, formando asperezas, remolinos y sinuosidades increíbles. Algunos lunares y chichones agravaban la fealdad repulsiva de aquel semblante, y como si todo esto no bastara, tenía un bigote ralo y gris tendido como un fleco de espigas sobre el lábio superior, y una porcion de pelos voluntariosos, formando bosquecil'o en torno de un lunar hácia uno solo de los lados de la barba. Era su boca hundida y desdentada como un

antro de tinieblas, por encima del cual parecían querer unirse, formando puente, la punta de la barba y la nariz. Un pañuelo negruzco, puesto sobre la cabeza y parte de la frente, á manera de capuchon, terminaba el tocado y el empaque de aquella vieja singular.

Nos hizo varios cumplidos grotescos, se ofreció á servirnos de Ciceron (quería decir *cicerone*) en nuestra visita, y sin esperar la respuesta empezó á mostrarnos salas y galerías, y á charlar como una cotorra, dándonos detalles prolijos y disparatados acerca de los lugares célebres á donde nos conducía.

*
* *

Junto á la magnífica bóveda rebajada del atrio, cuya nave central, casi plana, sostiene el enorme peso del coro, con el célebre facistol que pesa más de 500 arrobas, detúvose la vieja para decirnos que aquella obra había sido hecha por un *herrerero* (quiso decir Juan Herrera), hombre que sin duda tenía pacto con el demonio. —Lo digo, añadió, porque esas grandes piedras puestas ahí *boca abajo* y for-

mando una extension llana enteramente, no se podrían sujetar si no la sostuviera en el aire a'gun *maleficio*. Yo siempre paso corriendo por este lugar, no sea que lo que no sucedió en tantos años suceda en una mala hora.... Pero subamos por aquí, que arriba hay mucho que ver..... Miren ustedes esta bóveda, en la que hay pintado un cielo con todos los santos. ¡Cuidado que había ya gente en la gloria cuando se hizo eso! Pero es pintar como querer, porque el mismo que lo hizo, un tal Can..... Can.....

—Cangiasi, dijo Guaza, auxiliando la memoria de la estantigua.

—¡Ese, ese! Pues bien, el muy tuno se pintó así mismo en la gloria eterna. Mírenlo ustedes detrás de aquel fraile que está allí junto á la entrada. Y todo porque se enfermó pintando esta bóveda, y conoció que se iba á morir y quiso asegurarse.... ¡Buena pieza sería él!.... Ahora vean acá abajo. ¡Qué soberbio atril! ¡Y qué librotos tan grandes los que sostiene! Están montados en ruedas para poderlos mover. Cada hoja es una piel de vaca, y sólo tiene seis renglones de letras como puños. Los hicieron así los frailes para poder leer y cantar lo

escrito desde lejos, sin levantarse de aquellos sillones tan labrados. El más ancho de todos, este de la esquina, es el del rey Felipe II. La puertecilla que está detrás es de una celda en donde estaba ese mismo rey cuando le dieron la noticia de que se había perdido la Armada *invisible* (quería decir *invencible*), y allá en el coro de la *iglesia vieja* recibió la noticia de haberse ganado la gran batalla *del espanto* (quería decir de *Lepanto*). Ahora vean ustedes este gran Crucifijo de mármol blanco, metido ahí, en el recorte del muro..... ¿qué tal? Parece que les gusta, ¿eh? ¡Ya lo creo! Como que es la mejor *estatua* del Escorial. Aquí abajo está el nombre del autor. Le tengo siempre en la punta de la lengua y no acierto á decirlo bien....

El crucifijo era, en efecto, una magnífica joya de arte, y la inscripción decía: *Benvenutus Zelinus, civis florentinus, facebat, 1562.*



Siguió luégo mostrándonos los objetos y los lugares más famosos de la Iglesia

y sus inmediaciones, acompañando la acción con relatos y noticias extravagantes que provocaban con frecuencia nuestra risa, aun en medio de aquella ciudad muerta, en donde todo tiende á entristecer el ánimo, predisponiéndole á una muda y melancólica admiración. Notábase desde luego que la vieja conocía al dedillo los citados lugares y objetos, y que había oído hablar de ellos durante muchos años, adquiriendo de este modo cierta *erudición* local de la que se envanecía y que á todo trance procuraba demostrar. Pero esta erudición era tan disparatada y mal entendida, que frecuentemente daba lugar á equívocos risibles y grotescos.

Causaba diversion oírla frente á las galerías de cuadros pictóricos, explicando asuntos y diciendo los nombres de los pintores respectivos.

Nos enseñaba una copia de *El pasmo de Sicilia*, diciendo que era el salmo de Santa Cecilia; á *La cena de los Apóstoles*, por Tiziano, llamábala cena de Baltasar, por Tocino; á *La Reina Ester*, por Tintoretto, la llamaba reina Estera, por Tintorero, y nos presentó con el nombre de San Pedro de la cántara, por Zurbarán, al *San Pedro de Alcántara*, de Zurbarán. Llamaba al *Greco*, Hueco; á *Van-Dick*,

Bandido; á *Carducci*, Cartucho; á *Basentini*, Mazzantini; al *Dominichino*, el Domine Chino, y cambiaba el nombre de *Caracci* por una interjeccion de mala ley.

*
* *

Guiados y divertidos por aquella momia parlante, íbamos nosotros de sala en sala y de capilla encapilla, admirando la soberbia mole de la fábrica, las magnificas obras de arte y las grandes riquezas de ornamentacion casi ocultas en aquellos vastos dominios de la sombra.

La entrada al templo por el Patio de los Reyes es de una grandiosidad imponente y severa. Una vez en el interior no es posible dominar un grave sentimiento de asombro. Todo allí abrumba y entristece el ánimo. Los cuatro machones que sostienen la bóveda central, parecen obra de gigantes. Miden cerca de 120 piés de elevacion por 53 de ancho, y están formados por enormes sillares de piedra berrequeña. La altura interior del templo, por la parte del cimborrio, pasa de 330 piés. Ante este soberbio espectáculo parece como que se duda un momento de la

realidad, ó que nos hallamos bajo la influencia de alguna ilusion optica que agranda las distancias y los objetos.

Pero aun en medio de tanta elevacion sigue dominando la sombra. Piedra gris en muros, columnas y pilares; mármol negro, sanguíneo ó verde oscuro en zócalos, jambas, dinteles, altares y tabernáculos; bronce, pórfido y jaspe oscuros y mármol negro en las altas tribunas, (donde están arrodilladas en actitud de orar las estatuas de varios reyes y reinas), así como en el coro, en los oratorios y en los enterramientos reales, todo contribuye á mantener allí una penumbra perpetua.

Sólo en las altas bóvedas, decoradas con magníficos frescos de Giordano, se esparce y distribuye suavemente la poca luz que penetra por las ventanas y los medios puntos de la cúpula.

La arquitectura interior de esta basílica pertenece al órden dórico; pero hay preciosas muestras de todos los órdenes en la capilla mayor y en su magnífico tabernáculo, obra maestra de Jacobo Trezzo, hecha con arreglo á planos y dibujos de Juan Herrera.



La Sacristía es una gran sala con altares, bóveda, y pavimento de mármol como una iglesia. En uno de los testeros está la célebre capilla de la *Santa Forma*, cubierta por el cuadro famoso de Claudio Coello, el último de nuestros grandes pintores del siglo XVII. El cuadro de la *Santa Forma* es una maravilla del arte pictórico, no sólo por su tamaño y por la grandeza del asunto, sino por la admirable expresion de verdad en las personas y los objetos, por la valentía del color y de los tonos y por la importancia de la perspectiva.

Hay en la bóveda hermosos frescos de Granelio y Fabricio Bergamasco, y en las paredes un gran número de pinturas, entre las que merecen mencion especial *La adoracion de los Reyes* y *La sacra familia*, por Verones; *El entierro de Cristo*, *San Pedro en la cárcel* y *San Gerónimo*, por Ribera; *Cristo cargado con la cruz*, por Guido Reni; *La Magdalena*, por Tintoretto; un *Cristo* del Tiziano: *San Francisco en el desierto*, por Zurbarán; *Job*, por Giordano, y una buena copia italiana de *La Perla de Rafael*.



—Bajémos al Panteon, añadió la vieja, despues de habernos dicho á su modo los títulos y los autores de aquellos cuadros.

Yo la miré un tanto sorprendido. *¡Bajar al Panteon!* Pues, qué; ¿aún había cabidades y departamentos más abajo de donde me hallaba?

Desde que entré en aquel inmenso y lóbrego recinto creía estar en un profundo subterráneo.

La vieja sacó de no sé dónde un pedazo de cirio, lo encendió miéntras descendía en direccion á la soberbia portada del mausoleo, y poco despues trasponía los umbrales de éste para bajar por una escalera de mármol negro.

—Por aquí, señores, gritó con voz cavernosa, que resonó tristemente allá abajo, en el profundo seno de la cripta.

Era en verdad una vision original y fantástica la de aquella espantosa mujer, con la mitad del rostro bañado por ténue y macilenta luz, ensayando sonrisas que más bien parecían horribles muecas, y hundiendo su angulosa figura de momia en aquel recinto de la muerte.

Nosotros descendímos en silencio tras de aquella especie de fantasma, cuya silueta se recortaba, con rasgos de carica-

tura, sobre el mezquino resplandor del cirio. Despues de bajar unos 50 escalones próximamente, se detuvo y anunció que habíamos llegado.

El panteon es octógono y está debajo del altar mayor de la iglesia. Tiene cerca de 40 piés desde el pavimento á la bóveda. La puerta ocupa una ochava, y en la del frente hay un altar de mármol negro con un crucifijo de bronce, tamaño natural. Fuera de esta escultura y de una gran araña que pende de la bóveda, obra de mérito aunque un tanto recargada de altos relieves, alegorías y atributos reales, todo lo demás revela el mal gusto dominante en la época en que se construyó, que fué cerca de un siglo despues de la fábrica general del Monasterio. Hay allí profusion de molduras, capiteles y adornos de bronce dorado, pórvido y mármol de diversos colores, jaspes de color sanguíneo en zócalos y pilastras, y otros detalles chillones y churriguerescos, nada propios de la severidad de una estancia mortuoria. La misma disposicion de los nichos ó compartimientos para las urnas cinerarias, tiene un aspecto de anaquelaría que revela el pobre sentido estético del autor. Allí están, colocados por orden cronológico, los restos mortales

de los reyes de España, desde Cárlos V á Fernando VII, con excepcion de Felipe V y Fernando VI, que, por la enemiga que tuvieron con la casa de Austria ó por otros motivos no revelados, eligieron para sepultura el Real Sitio de San Ildefonso y las Salesas Reales, respectivamente.

En las ochavas del lado izquierdo del altar están los huesos de las reinas, desde la emperatriz Isabel hasta D^a María Cristina de Borbon. En la urna correspondiente á D^a María Luisa de Saboya se lee el nombre de "Luisa," escrito por esta misma reina con la punta de unas tijeras.

Buscábamos en vano entre los rótulos el nombre de la infortunada Isabel de Valois, y Alarcon recitó aquellos magníficos versos que Quintana pone en boca de la bella madrastra del Príncipe Don Cárlos, en *El Mausoleo del Escorial*:

Pedí por tí con lágrimas; mis ruegos
Cual si de un torpe amor fuesen nacidos,
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y, sin salvarte, perecí contigo:
¡ Ay, infeliz de la que nace hermosa !

—¡Qué! ¿Hablabas conmigo, caballero?—dijo la vieja aproximándose.

—No, no lo decía por usted, contestó Guaza sonriéndose.

—¿Qué sabes tú si fué guapa cuando jóven?—dijo Sanchez en voz baja.

—Aun dudo que haya sido jóven alguna vez. Más bien parece que brotó, como hoy la vemos, de alguno de estos lúgubres panteones.

La vieja tomó el pedazo de cirio que había dejado sobre el altar, y se dirigió á la puerta diciéndonos con zalamería:

—Les voy á enseñar el *pueridero*.

—¡Tape y conténgase usted, señora!—dijo con cierta gravedad cómica el amigo Alarcon.—No hemos venido á ver cosas tan feas.

—Como ustedes gusten,—gruñó ella un tanto amostazada, y empezó á subir la escalera. Detúvose al llegar al primer descanso, y señalando dos puertas cerradas nos informó que por una de ellas se iba al *pueridero* de los reyes, y por la otra al *pueridero* y al panteon de los infantes y las reinas consortes que no habían tenido sucesion. Dijo que los viajeros ingleses gustaban mucho de ver aquellos sitios, donde se descomponían los cadáveres durante

algunos años, ántes de trasladar sus restos á las urnas.

Añadió que los tales ingleses empeñábanse en ver á Cárlos V, que se mantiene en estado de momia, y que algunos rompían á martillazos el jaspero y el granito de los panteones, para llevarse algunos pedazos como recuerdos del Escorial.

*
* *

El Claustro bajo del Monasterio es una galería larga y espaciosa, con bellas pinturas de Tibaldi, Cincinato, Barroso y Carbajal. Siguen despues las Salas Capitulares, la Vicarial, la Prioral y otras muchas, en las que hay distribuidos cuadros de pintores tan notables como Tiziano, Rizzi, Veronés, Tintoretto, Corregio, Vander-Weyden, Perugino, Carducci, Rivera, Zurbarán, El Greco, Navarrete, Pantoja, Carreño, Bosch, etc.

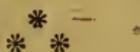
En la parte alta se repiten estas mismas salas y galerías con nombres análo-

gos, y con numerosas pinturas de mérito, y sigue despues arriba y abajo un interminable laberinto de claustros menores, celdas, pasillos, cuartos de capas, noviciado, refectorio y otras muchas dependencias del convento.



Es notable la escalera principal, y dignos de mencion los frescos de Giordano que la decoran. En uno de ellos hay un detalle famoso. Giordano había dejado á uno de sus discípulos en el andamio, para atender á las obras de otra seccion, y al volver vió que había una rasgadura en la tela del techo, que con tanto trabajo y esmero acababa de pintar. Juró enfadado el maestro, en vista del destrozo, y reprendió duramente al aprendiz; pero éste dijo que aquello no era más que un poco de pintura que se podía borrar en un instante. Giordano entónces alabó la habilidad y destreza de su discípulo, y no le permitió

que borrarla de allí el *rasgon* tan admirablemente imitado.



La Biblioteca ocupa un salon espléndido, de 200 piés de largo, próximamente, amueblado y decorado con lujo y arte. La estantería fué trazada por el famoso arquitecto Juan Herrera, y los frescos de la bóveda son de Tibaldi y Carducci. Hay además varios cuadros y retratos notables distribuidos en los testeros del salon.

A pesar de los tesoros bibliográficos que han desaparecido de allí con motivo de varios incendios y de la invasion francesa, quedan aun 40 000 volúmenes impresos y manuscritos, algunos de éstos de mérito extraordinario, entre los que figuran unos 2 000 códices árabes, el famoso *Libro de oro*, un *Apocalipsis* del siglo XIII, las *Cantigas* de Alfonso el Sabio y otros de gran valor, debidos en parte á la diligencia del erudito Arias Montano, primer bibliotecario del Escorial.



Después de la Biblioteca vimos rápidamente el *Colegio* y el *Seminario*, que también forman parte del gigantesco edificio, y entramos en el Palacio Real, que es grande y suntuoso, aunque participa algún tanto del carácter sombrío del Monasterio. Hasta el jardín situado frente á la cámara real carece de matices vivos y alegres. No hay en él una sola flor que lo esmalte y anime: sus adornos consisten en bosquecillos de boj, cuyo verde oscuro resalta sobre el blanco de los senderos y de las fuentes, formando escudos, cruces y coronas.

En el Palacio hay gran riqueza de muebles históricos, de esculturas, de cuadros, de frescos y de tapices primorosos, hechos en Madrid y en Flandes, sobre dibujos de Goya, de Teniers y de otros pintores de costumbres.

Hay una sala cuyas paredes, pintadas al fresco, representan batallas famosas y afortunadas expediciones marítimas.

Es digna de verse la sala de corte, por los tapices artísticos que la decoran,

procedentes de la fábrica nacional. Los gabinetes de despacho de la reina son admirables por la variedad de *maderas finas* que contienen, y por los primores de talla y de incrustacion de los muebles, puertas y ventanas.



Es asombroso el número de cuadros distribuidos en todas las secciones del convento, las iglesias y el Palacio Real, y cuando el visitante cree que acabó de verlos todos, le anuncian los guías que apenas ha visto la mitad, porque el museo de pinturas propiamente dicho está en la *casita de abajo*.

Se dá este nombre á una casa que parece pequeña porque está junto al grandioso edificio, pero que mide más de 100 pies de longitud. La construyó el príncipe Don Carlos (hijo de Carlos III), y está espléndidamente decorada con techos de Zapelli, Duque, Gomez y Moella, con

porcelanas bellísimas, estatuas de mérito y delicadísimos bajo-relieves de marfil.

Diseminados en las galerías, salas y gabinetes de esta casa, hay más de 250 cuadros de pintores antiguos, nacionales y extranjeros, entre los que figuran Rafael, Durero, Reni, Giordano, Teniers, Van-Ostende, Borgoñon, Fiori Corrado, Herrera, Menendez, Cisneros, Goya, etc.

Alrededor de esta casa y de otra llamada la *casita de arriba*, situada al Oeste del Monasterio, hay hermosos jardines de flores, en donde se recrea y regocija el ánimo, entristecido bajo las bóvedas de aquella gigante mole. Son las primeras sonrisas de la Naturaleza que nos halagan al salir del austero y lóbrego edificio del Escorial.



Oscurecía ya cuando volvimos á Madrid. Nuestro viaje de regreso fué ménos alegre que el de por la mañana. Mientras el tren serpenteaba y rugía por entre los áridos peñascales de Villalba y Torre-

lodones, mis compañeros y yo—hablábamos de Felipe II, de su época y de su obra monumental, y discutíamos sobre si era ó no fundado el terrible juicio de Quintana cuando decía:

¿Qué vale ¡ oh Escorial ! que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si al fin eres padron sobre la tierra
De la infamia del arte y de los hombres?

XVIII.

LA COLONIA ANTILLANA.

Cubanos y puertorriqueños.—Labra.—Vizcarrondo.—Corton.

Miéntras estuve en Madrid fuí objeto de exquisitas atenciones por parte de la colonia antillana.

En mi habitacion había casi siempre tertulia de cubanos y puertorriqueños, la mayor parte de ellos estudiantes, y todos se complacían en demostrarme su afecto, con esa vehemencia y generosidad propias de los hijos de los trópicos.

Jefe y protector de esta colonia es el célebre tribuno Don Rafael María de Labra, hombre verdaderamente extraordinario por su elocuencia y talento, su gran ilustracion, su honradez inmaculada y sus excelentes condiciones de carácter.

Es de regular estatura y de gallarda presencia. Frente despejada y espaciosa, con tendencias á ensanchar sus dominios

por medio de una de esas calvas prestigiosas, que revelan á primera vista la majestad suprema del saber; ojos grandes y vivos, de mirada inteligente; facciones varoniles aunque no exentas de correccion, y barba abundante y hermosa, entre negra y blanca, como expresion de dos cualidades distintivas del carácter del Sr. Labra: la energía y la autoridad.

Su elocuencia es fluida, brillante, rica de ideas, impetuosa y vehemente en ciertas ocasiones, pero siempre intencionada, razonadora y persuasiva.

Hay pocos oradores que rivalicen con el Sr. Labra en esta última cualidad. A la inspiracion, el entusiasmo y la afluencia de un gran orador latino, reúne la dialéctica, la prevision y el sentido práctico de un buen estadista de la raza sajona.

En un admirable discurso que pronunció en las Cortes el año 1871, aconsejaba al Gobierno que pusiese fin á la guerra de Cuba por medio de una transaccion honrosa, tal como se realizó siete años más tarde, con el concurso y el aplauso de los mismos que protestaban furiosos al oír en el santuario de las leyes aquella sabia y patriótica proposicion, que si hubiese sido atendida habría evitado muchos horrores y desgracias.

En 1876 inició en Astúrias la idea de la *Union democrática*, y la sostuvo en Madrid contra la voluntad de federales y progresistas eminentes, que despues de nueve años de luchas y divisiones concluyeron por coaligarse y unirse, como lo aconsejaba el primero.

Sus campañas gloriosas y eficacísimas por la abolicion de la esclavitud; su intervencion decisiva en favor de la actual vía férrea de Pajares y del puerto de Musel, que le conquistó en Astúrias tan merecida popularidad; la realizacion lenta pero segura de gran parte de su programa de reformas antillanas, cuya sola enunciacion producía escándalos no hace mucho tiempo en las mismas cortes nacionales; los rápidos y admirables progresos de la opinion defendida por él, acerca del régimen autonómico de las Antillas, y otros hechos notables de su vida politica, demuestran un gran sentido práctico, un talento clarísimo y previsor, y un espíritu propagandista de primer orden.

Es verdaderamente asombrosa la actividad de Labra, y la variedad y eficacia de sus constantes manifestaciones.

Si vais á la Cámara de Diputados, allí está él entre los principales oradores, y allí resuena frecuentemente su palabra

armoniosa y viril en los grandes torneos de la elocuencia parlamentaria.

Si vais á la Audiencia ó al Tribunal Supremõ de Justicia, tambien oireis allí el nombre de Labra alternando con el de los oradores forenses más ilustres y más asíduos en los trabajos de la abogacía.

Si vais al Ateneo vereis que Labra es allí de los principales oradores, y que su retrato figura en la galería de los Presidentes.

En la *Institucion Libre de Enseñanza* es Rector desde hace muchos años, y desempeña con frecuencia cátedras de Historia y de Derecho.

Consagra asímismo gran parte de su actividad y su saber al mejoramiento de las clases productoras desde la Presidencia y la tribuna de *El Fomento de las Artes*, y realiza trabajos de grandísima trascendencia en la *La Sociedad Abolicionista Española*, que él dirige desde el año 1868.

Y como si aún no bastara todo esto para dar empleo á una laboriosidad tan prodigiosa, compone uno ó dos libros cada año; publica gran número de folletos; redacta casi todos los artículos que insertan los periódicos de Madrid sobre política y administracion antillanas; sostiene una correspondencia epistolar abrumadara, y aún

emprende nuevos derroteros prestando servicios importantes á la *Sociedad de Legislacion Comparada*, de París, y al *Instituto Internacional*, de Gante, de los que forma parte, así como al *Instituto de Coimbra* que le ha laureado por su precioso estudio sobre los códigos portugueses.

En la actualidad, y sin perjuicio de ninguna de sus habituales tareas, escribe á ratos una *Historia de las Instituciones políticas de la edad moderna*, de cuya obra tiene ya terminados seis tomos sobre el *Absolutismo*, la *Esclavitud* y la *Intolerancia religiosa*.

Es hombre de extraordinaria entereza, de una probidad espartana y de una independencia absoluta.

Su porte es aristocrático; su trato afable y sencillo; su carácter bondadoso, franco y servicial.

Su conducta privada es de una pureza y limpidez ejemplares.

Es uno de esos nobles caractéres ante los cuales se reconcilia con la humanidad el espíritu más desilusionado y pesimista.

Cuando yo llegué á Madrid se agitaba entre los republicanos de diversos matices la idea de dar un gran banquete á Labra, con motivo de un brillante discurso que acababa de pronunciar en el Congreso;

y fué tal el número de los admiradores asociados para aquél fin, que no cabían en Fornos, ni en casa de Lardy, ni en el *Restaurant Duré*, y fué necesario organizar el banquete en los jardines del Buen Retiro.

Asistieron á él más de 200 personas, entre las que había diputados, oradores, publicistas, abogados, representantes de la prensa y de las asociaciones republicanas, y gran número de amigos y admiradores del obsequiado, entre los que tuve yo la honra de ser admitido.

El banquete fué espléndido.

Estaban prohibidas en aquella época las manifestaciones republicanas, y los agentes de policía rondaban á menudo por aquel sitio, con marcadas intenciones de sorprender alguna frase que les diera pretexto para disolver la reunion. Era preciso mucha cordura y habilidad en los brindis, y se convino en que no hablasen más que el presidente de la comision organizadora y el Sr. Labra.

Llegada la hora del *Champagne*, empezaron los discursos. Miéntas el presidente felicitaba al obsequiado en nombre de las diversas fracciones del partido republicano allí representadas, y hacía el elogio del discurso que había motivado el banquete, corrió por los jardines la noticia de

que iba á hablar el Sr. Labra, y al instante se agrupó un inmenso gentío al rededor de la mesa. Los diversos espectáculos con que aquella noche se amenizaban las veladas del Buen Retiro, quedaron casi desiertos miéntras duró el discurso del gran orador abolicionista.

Tenía éste que vencer grandes dificultades hablando de la union republicana y confirmando lo principal de su discurso en el Congreso, precisamente cuando estaban prohibidas las manifestaciones republicanas de carácter colectivo. ¿Cómo poner límites en aquel acto á una elocuencia fluida y vehemente, como la del Sr. Labra, llena de generosos arranques y de noble y honrada sinceridad? ¿Cómo impedir que los comensales y aun los oyentes, acentuasen con sus aplausos la significacion ó alcance de alguna palabra, que diera lugar á la enojosa intervencion de la policia?

La situacion era en extremo difícil; pero no era posible retroceder. Labra habló, y lo hizo admirablemente, venciendo todas las dificultades con singular maestria.

Dijo todo lo que quiso decir, sin reticencias ni embozos; pero con tal habilidad y tan perfectamente dicho, que le aplaudieron y victorearon hasta los mismos agentes

de policía. De tal manera logró cautivar la atención de aquel inmenso auditorio, que mientras duró el discurso no hubo allí voluntad más que para seguir y admirar los armoniosos giros de aquella elocuencia privilegiada.

No recuerdo haber presenciado nunca tan espontánea, completa y magnífica ovación.

Algunas noches después asistí á la tertulia de este gran tribuno de las libertades antillanas, y en ella tuve el honor de conocer á muchas celebridades de la política, de las letras y de las artes. Las colonias cubana, puertorriqueña y filipina, tienen allí constante y autorizada representación.

También asisten hermosas y distinguidas damas, que dan alegría y animación al concurso.

Con tales elementos, realzados por la amabilidad de la bondadosa Enriqueta y por el trato aménísimo del Sr. Labra, no es extraño que la fama señale esta tertulia como una de las mejores de Madrid.



Otro de los patriarcas de la colonia antillana es D. Julio Vizcarrondo, antiguo

periodista puertorriqueño, filántropo incansable y escritor político de acerada frase y de ingenio festivo y sutil.

Es hombre de gran resolución y de poderosa iniciativa. Cuando en Puerto-Rico no se podía sostener una pequeña hoja semanal, fundó un diario; cuando no se podía escribir siquiera contra los agentes de policía, escribió contra el Capitan General.

Fácilmente se comprenderá que un hombre de tales condiciones no podía vivir mucho tiempo en la colonia.

—¿Escritorcitos á mí?—decía furioso el mandarin omnímodo, estrujando el periódico entre sus manos crispadas.—¡Eh, Secretario! Hay que desterrar de la isla á este atrevido colono, antes que se me antoje hacer con él otra cosa peor.

Y D. Julio Vizcarrondo, que sabía por experiencia el alcance brutal de las iras de un mandarin en Puerto-Rico á mediados del presente siglo, no tuvo por conveniente esperar á que le desterrasen, y se fué; no sin dejar antes el testimonio de su naciente y generosa iniciativa en la organizacion del Asilo de huérfanas pobres, llamado de *San Ildefonso*, y en el proyecto de la Casa de Párvulos, que realizó más tarde el Obispo Carrion.

Poco despues de haber fijado el Sr. Vizcarrondo su residencia en Madrid, dió brillantes pruebas de sus caritativos sentimientos y de su instinto organizador, convirtiendo su casa en hospital de coléricos durante la terrible epidemia de 1865, y fundando la *Sociedad de amigos de los pobres*, que fué tan beneficosa en aquella triste ocasion.

La *Sociedad Abolicionista Española*, en la que el Sr. Labra realizó tan admirables progresos, y la *Protectora de los niños* que ha hecho y hace tantos beneficios en España y en el extranjero, deben su fundacion á la generosa iniciativa del señor Vizcarrondo.

Es admirable la disposicion y el acierto de este infatigable bienhechor de la humanidad, para idear instituciones benéficas y para ponerlas bajo el amparo de los hombres más á propósito para darlas el más alto grado de prestigio, eficacia y desarrollo que sea posible alcanzar.

Como político se distingue por la rectitud y firmeza de sus principios, por su independenciam de carácter, y por la fé, el ardor y el desinterés con que ha batallado constantemente por la idea de la libertad.

Dispuesto siempre á luchar por las causas grandes y por las ideas generosas,

trabajó activamente con peligro de su existencia en los momentos más azarosos de la Revolución del 68, sufrió persecuciones y destierro en los últimos meses del reinado de Isabel II, y cuando la libertad triunfó y regresaron de Francia los revolucionarios expatriados, Vizcarrondo volvió tranquilamente á ganar la vida con su trabajo habitual, sin admitir empleos ni recompensas, mientras que sus compañeros de infortunios disfrutaban los honores y beneficios de la victoria.

Pero ni la índole y la magnitud de sus empresas de filántropo y de revolucionario, ni los trabajos indispensables de su profesión, ni la circunstancia de vivir lejos de Puerto-Rico han bastado para entibiar ni distraer su amor hácia esta Antilla y su entusiasmo por cuanto á ella se refiere.

Escribe casi exclusivamente para el público puertorriqueño, y estudia con especialidad aquellos asuntos que puedan ser más provechosos para el progreso de la pequeña Antilla. Miétras imperó en ésta la prévia censura y la escluvitud del pensamiento, utilizaba la mayor amplitud de las leyes de la Península escribiendo en *Las Novedades*, en la *Revista Hispano-Americana* y en otras publicaciones de Madrid, dedicadas expresamente á Cuba y Puerto-

Rico; pero en cuanto fué posible ejercer el periodismo con alguna libertad en esta isla, empezó á escribir aquellas jugosas correspondencias decenales que tanto deleitan al público puertorriqueño.

Son unas crónicas políticas de Madrid, escritas con gran ingenuidad y desenfado, llenas de intencion y de interés, y discretamente amenizadas con anécdotas, dichos y alusiones de sabor local.

Estas correspondencias, que los paisanos del Sr. Vizcarrondo solicitan y leen con avidez extraordinaria, constituyen una verdadera especialidad. No hay en ellas estudios graves, juicios profundos y razonados, extensos análisis de una situacion dada ó de un sistema, rasgos grandilocuentes ni primores académicos de diction; pero tienen originalidad y gracia, revelan honradez, independendencia y conocimiento práctico de los hombres y de las cosas á que se refieren, y estan escritas en un lenguaje pintoresco y vivo que las hace muy agradables.

A veces riñe batallas de acometida ó de defensa en estas mismas cartas, y entónces su pluma hiere y corta como un puñal, ó fustiga despiadadamente con el terrible azote del ridículo.

El Sr. Vizcarrondo conoce admirable-

mente el gusto del país para quien escribe, y acomodándose á este gusto en sus correspondencias ha contribuido á desarrollar el hábito de la lectura del periódico en la pequeña Antilla.

Algunas de las frases chistosas y epigramáticas que abundan en sus correspondencias pasan en Puerto-Rico á la categoría de refranes, y se conservan largo tiempo en la memoria del público, que las encuentra perfectamente adecuadas á su manera de pensar y de sentir.

Tiene Vizcarrondo en su trato las mismas ocurrencias y la misma espontaneidad que en sus revistas citadas. Es franco, generoso, entusiasta, impresionable, gran fumador de cigarrillos y muy chistoso y ameno en su conversacion.

Su estatura, es alta y esbelta; sus patillas, largas; su fisonomía, entre seria y burlesca, aunque de expresion muy agradable; su edad pero no hablemos de la edad, que es algo problemática en Vizcarrondo. Parece viejo por su experiencia, jóven por su actividad y alegría, y niño por la viveza del espíritu y la ternura del corazon.

Todo lo que sea de Puerto-Rico le entusiasma y le atrae.

Reune con frecuencia en su habitacion

las familias y los estudiantes puertorriqueños residentes en Madrid, é improvisa bailes á estilo de la pequeña Antilla, con sus danzas de una languidez melacólica, su expresivo *seis enojao* y todos los aires musicales de este país. Hasta en los refrescos y los dulces se conservan allí los gustos y las costumbres particulares de la tierra querida. Aquella es una casa puertorriqueña, trasportada con gente y todo al espléndido barrio de Salamanca.

Contribuye mucho á dar animacion y vida á tan hermoso cuadro la buena y entusiasta Hattie, esposa del Sr. Vizcarrondo. Tiene la actividad é inteligencia propias de la mujer norte-americana, la jovialidad y la gracia de una hija de los trópicos, y el delicado gusto artístico de una parisien. Habla varios idiomas, tiene gran aptitud para los trabajos de escritorio, en los que auxilia y sustituye á su marido cuando es menester, y pinta cuadros al oleo, muy apreciables por la correccion del dibujo y la suavidad y belleza del color.

*
* *

Si la colonia puertorriqueña de Madrid tuviera organizacion de Junta ó de

Ayuntamiento, Antonio Corton sería de fijo el secretario, no sólo por sus honrosos antecedentes en este empleo, que tambien desempeña en la Sociedad de Escritores y Artistas, sino por ser el que mejor *plumea*, literariamente considerado.

Es, en verdad, un excelente escritor, por más que digan sus numerosos desafectos. Porque es preciso hacer constar, ante todo, que este apreciable puertorriqueño que ni siquiera ha sido gobernador civil, tiene más enemigos que un ministro de la Corona.

Es un capricho como otro cualquiera.

Hay quien colecciona clavos, medallas, conchas, botones y hasta sellos de correo: Corton coleccionó enemigos cuando era muchacho, y aun suele añadir de vez en cuándo alguno que otro ejemplar á la coleccion.

Recuerdo que en una carta suya, escrita en años atrás, me decía estas ó parecidas palabras. “Lo poco que represento y valgo en el mundo de las letras, lo debo á mis enemigos.”

La frase, aunque expresiva, tiene algo de paradójica y de inexacta; porque en rigor de verdad los enemigos no crean el mérito. Son como ceros que mantienen y aun multiplican en ciertos casos el valor

de las unidades, pero que no las forman jamás.

Corton vale por sus propios méritos. Si algo han hecho por él sus enemigos, ha sido llamar la atención hácia aquellos, dándoles merecida notoriedad.

Pero aun cuando insistiese en la idea de que las enemistades son útiles en aquel concepto, no sería capaz de buscarlas voluntariamente. Es pura broma mia eso de las colecciones de enemigos. Los tiene sin duda el Sr. Corton, pero muy á pesar suyo, y por causas independientes de su voluntad.

¿Tiene él, v. gr., la culpa de haber nacido con talento? ¿Es culpa suya el tener un carácter demasiado franco, demasiado explicito, y una irresistible propension á decir y aun á publicar en letras de molde algunas cosas que siente?

Y si á esto añadimos un poco de ese aturdimiento natural de la juventud, y otro poco de ese prurito de enderezar entuertos y de llevar las cosas á punta de lanza, que suele acometernos de vez en cuándo á los descendientes del gran español de la Mancha, se comprenderá sin esfuerzo el porqué de aquellas enemistades.

Por lo demás, Antonio Corton es un guapo chico (sin agravio de lo presente),

y nadie al verle creería que puede inspirar sentimientos desagradables ni aun entre las gentes más vidriosas y enojadizas.

Es jóven, alto, grueso y de arrogante figura; rostro ovalado y varonil, de una palidez limpia y marmórea, y de correctas facciones; ojos vivos y grandes, de inteligente y bondadosa expresion; buena frente, mejor cabeza, pelo abundante y rizo, y un bigote sedoso, juvenil, que parece haber nacido á pesar suyo, para velar un poco aquellos labios baironianos de una expresion característica, entre desdeñosa y sensual.

Tiene excelentes condiciones literarias. ¡ Así tuviera resolucion y constancia para sacar de ellas todo el partido posible !

Tiene inteligencia clara y poderosa, bastante imaginacion, y sobre todo un ingenio ático y fecundo como pocos, y un instinto analítico de primer órden.

Es uno de los buenos críticos de España (que no abundan en nuestros días), y sería más perfecto aun si una invencible propension de su espíritu pesimista no le llevara constantemente á la sátira desesperada y cruel. Tiene admirable facilidad para descubrir el lado ridículo de las cosas, y su implacable pluma tiene insistencias y ensañamientos capaces de exasperar al mis-

mísimo Job si Job resucitara convertido en mal poeta ó en diputado de pacotilla.

Posee Corton una cultura intelectual rica y variada, que no se manifiesta en alardes pedantescos ni extemporáneos, sino que se trasluce en la claridad y firmeza de los juicios (algo absolutos á veces) y en el dominio fácil y general de las diversas materias que trata y analiza en sus producciones.

Su diction es abundante, fácil y correcta, y su estilo nervioso, acerado, incisivo, acre y mordaz en ciertos casos, sarcástico y zumbon en otros, y siempre con marcado sello personal.

Predominan en las obras de Corton un tono de amargura elegíaca y un humorismo sombrío y displicente, que se notan aun en los pasajes más regocijados y apacibles. Se inclina más á la desesperacion satírica de Larra, que á la burla juguetona de Mesoneros Romanos.

Pues bien, este apreciabilísimo escritor, fecundo y original siempre que se propone serlo, de sólida y copiosa educacion literaria y admirablemente dotado de las facultades que requiere el ejercicio de las letras en sus más elevadas manifestaciones, es ¿lo digo? Pues, sí; es algo perezoso, y demasiado escéptico en lo que

se refiere á la gloria y aun á la utilidad positiva de la produccion literaria.

—¿Por qué no emprende usted una obra literaria de empeño?—le decía yo una tarde que paseábamos por la calle de Alcalá.

—¿Para qué?—me contestó desdeñosamente.

—Hombre, para adquirir gloria y provecho.

—¡La gloria....! ¡Bah! ¿Quién se acuerda por aquí de Hartzzenbusch ni de García Gutierrez, que murieron ayer? ¡El provecho.... la utilidad....! Poco faltó para que se nos muriese de hambre el gran Zorrilla, y á Pelayo del Castillo lo recogieron en dias pasados con una espuerta en la calle de Sevilla, para llevarlo al Hospital.

No me convencieron del todo estas y otras razones que me expuso; pero como yo, pecador, soy tambien algo perezoso, renuncié á la gloria de convencerle y nos fuimos á comer. Luégo él ha seguido en su habitual sistema de vida, durmiendo largamente la mañana, estudiando el resto del dia y dedicando parte de la noche á los teatros, á las juntas y solemnidades literarias, y á tal cual pecadillo galante de buena ley.

De vez en cuándo, y por satisfacer quizás una exigencia imperiosa de su temperamento satírico y batallador, escribe esos hermosos artículos y esas picantes correspondencias que distribuye entre los periódicos de Madrid y de Puerto-Rico, y que á pesar de su índole desinteresada y de la precipitacion con que los escribe, le han dado un honroso y merecido puesto entre los escritores contemporáneos.



Mientras yo estuve en Madrid, Antonio Corton fué uno de los antillanos que más me favorecieron con su compañía y con sus constantes y exquisitas atenciones.

A él debí el conocimiento y el trato de Nuñez de Arce, el gran poeta lírico, y de Casado del Alisal, uno de los primeros pintores de Europa. Tambien debí á los buenos oficios de Corton la intimidad valiosísima de Don Julio Nombela, uno de los escritores más apreciables y de los más honrados y bondadosos caracteres que he conocido, y la de otros varios escritores y artistas de gran valer.

Me acompañó á casi todos los museos y los edificios célebres, y se esforzó cuanto

pudo por hacerme útil, instructiva y agradable mi visita á la capital de España.

Tambien debí atenciones y obsequios generosos á otro jóven puertorriqueño de gran corazon, Don Federico Degetau y Gonzalez, y á otros muchos puertorriqueños y cubanos, cuyos nombres propios no cito por temor de omisiones injustas.

De todos conservaré un grato recuerdo unido para siempre al de mi viaje DE PUERTO-RICO Á MADRID.

Mayo de 1886.

ÍNDICE.

Páginas.

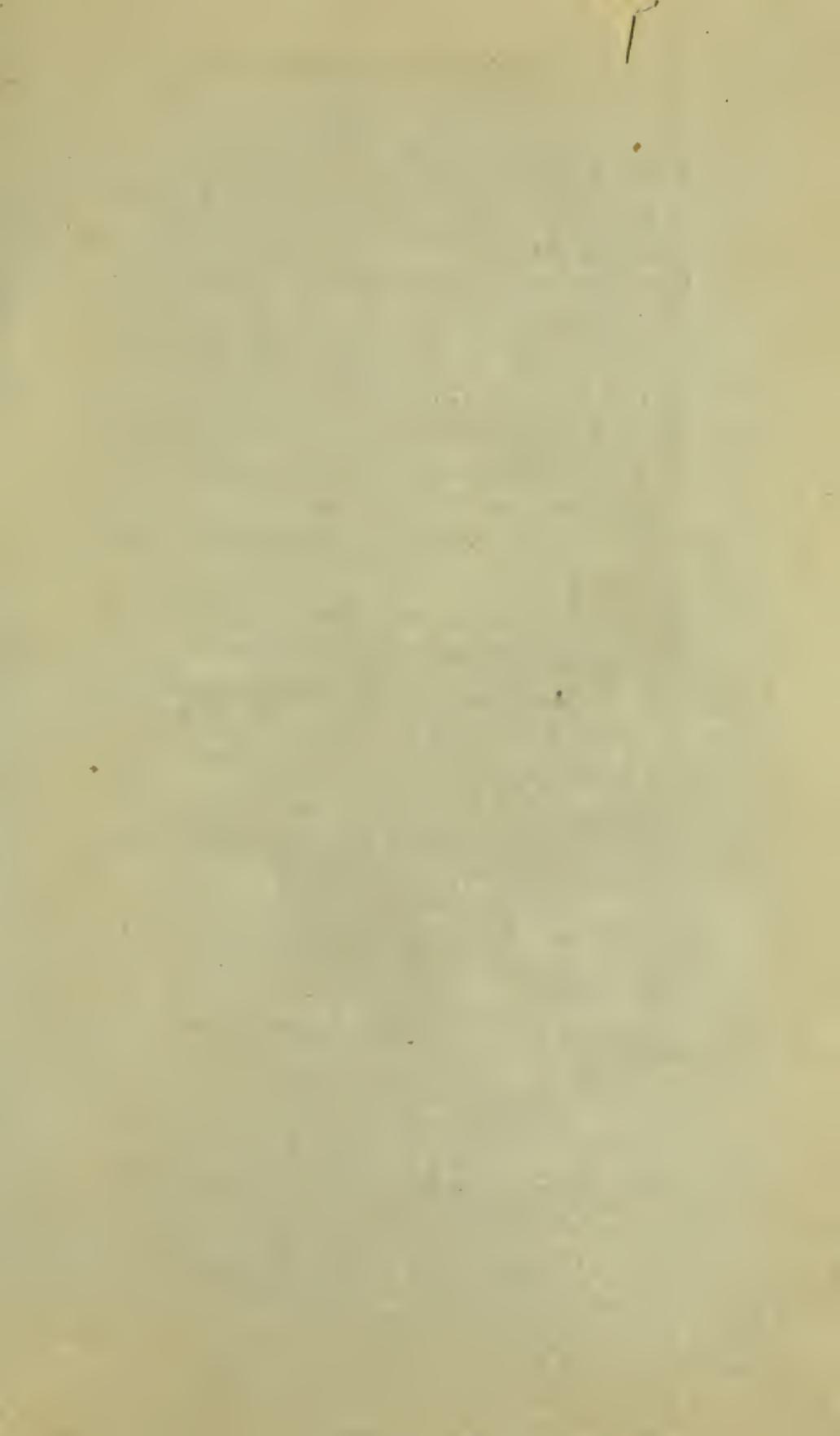
I	CADIZ.—La ciudad vista desde el puerto.—El amanecer.—Matices y cambiantes.—El cielo de Andalucía.—Expresion de Byron.—Los boteros.—La procesion del <i>Corpus</i> .—La enramada.—Aspecto de las calles.—Devocion andaluza.—Oraciones y chico-leos.—La verbena.—La ciudad blanca.—Edificios notables.—La Catedral.—Panteon subterráneo.—Obras de arte.—Tradicion.—La iglesia de San Felipe Neri.—Las Córtes del año 12.—La casa de Argüelles.—Santa Catalina.—La última obra de Murillo.—Pinturas y pintores.—Parques y jardines.—Esculturas.—El cardenal Silos Moreno.—¡ <i>A los toros!</i> —El Ayuntamiento.—Sala Capitular.—Cuadros y bustos.—Antigüedades.—Academia y Museo de Bellas Artes.—Sus obras principales.—Galería Saenz de Tejada.—Riqueza pictórica.—Decadencia comercial de Cádiz.—Causas principales que la determinan.—Costumbres populares.—Las tabernas andaluzas.—Manzanilla y amontillado.—Alegria y buen humor.—Lo flamenco.—¡ Ole!—¡ Venga de ahí!—Carácter del pueblo gaditano.....	5
II	LA NOVELA DE UN ESTUDIANTE.—(Inter-medio).....	31
III	EL CISNE DE VILAMORTA.....	77
IV	CORUÑA.—Lo mejor de la Coruña.—Vista de la ciudad y sus cercanías.—Las campesi-	

	nas gallegas.—Las dos ciudades.—Coruña y Marinada.— <i>La Tribuna</i> .—Comparacion y parecido.—Emilia Pardo Bazan.—Su gabinete de estudio.—Su conversacion.—Sus proyectos literarios.—Sus niñas.—Jaime.—El banquete.—Finezas y atenciones.....	85
V	SANTANDER.—Aspecto de la poblacion.—Su poca importancia monumental.—Sus progresos recientes.—El muelle y sus edificios.—Templos y casas solariegas.—Un gran pintor de tipos y escenas populares.—Don José María Pereda.—Su casa de Santander.—Su <i>observatorio</i> .—Su <i>taller</i> .—Trabajos del novelista.—Su conversacion.—Rasgos característicos.....	97
VI	CAMINO DE ASTÚRIAS.—Viaje en diligencia.—Emociones.—Recuerdos.—Escenas y paisajes.—Compañeros forzosos.—Política y cigarros.—La bota de chacolí.....	103
VII	ASTÚRIAS.—LA LLEGADA.—Mi padre.—Sus manifestaciones de alegría.—El hogar donde nació.—La llegada de un <i>indiano</i> .—Visitas.—Mis condiscípulos.—Recuerdos de la niñez.....	109
VII	— LOS TESTIGOS DE MI INFANCIA.—Renacimiento.—La escuela de Moro.—Instruccion y palos.—El <i>maestrín</i> .—¡Cuarenta años de Magisterio!—Pedagogía sangrienta.—El porvenir de un maestro.—Abnegacion sublime.—Sitios y objetos queridos.—La tumba de mi madre.—La capilla.—El rezo.—¡Dichosos los que creen en la eficacia de la oracion!.....	113
VIII	— PAISAJES Y PAISANOS.—Bellezas naturales.—La primavera en Astúrias.—Carácter, usos y costumbres.—El amor y las flores.—La <i>Fila</i> .—Preliminares de bodas.—Los casamientos.—El carro del ajuar.—Las romerías.— <i>Bailes al fresco</i> .—Rosquillas y avellanas.—Covadonga.—Cintas y relicarios.—El agua de la fuente.—Creencias y supersticiones.....	123
IX	— OBSERVACIONES GENERALES.—Dialecto asturiano.—Cantares.—Preocupaciones y rutina.—El trabajo.—La caridad.—Instruccion pública.—Riqueza y porvenir de Astúrias.....	143
X	— GIJON Y OVIEDO.—Astúrias monumental.—Arquitectura asturiana.—Gijon.—Su importancia histórica.—Desarrollo ur-	

Páginas.

	bano.—Movimiento marítimo y comercial.—Industrias.—El Instituto de Jovellanos.—Las cátedras.—Escuela de náutica.—Biblioteca.—Sala de bocetos.—Doña Concepción Arrenal.—Oviedo.—Aspecto de la población.—Carácter jovial de sus vecinos.—La Catedral.—La Cámara Santa.—La tumba de Alfonso el Casto.—Retablo del altar mayor.—Otras iglesias de Oviedo.—Recuerdos de Feijoo.—El Obispo y <i>La Regenta</i> .—Clarín (D. Leopoldo Alas).—El parque de San Francisco.—Camino del Hospicio.—Teodoro Cuesta.—La quinta de Abuli.....	153
XI	LA MUERTE DEL DIABLO.—(Intermedio)...	171
XII	DE PAJARES Á GUADARRAMA.—El ferrocarril de Astúrias.—Túneles y viaductos.—La subida del puerto.—Recuerdos históricos.—Leon.—Llanuras de Castilla.—Sahagun.—Palencia.—Valladolid y Ávila.—Las Navas.—Delante del Escorial.—Aspecto de las cereanías de Madrid.....	183
XIII	MADRID.—La llegada.—Estacion del Norte.— <i>Hotel Peninsular</i> .—Sus antecedentes.—El patio que describió Larra.—La Puerta del Sol.—Su aspecto.—Una Babel española.—Los dos públicos.—Carácter general del pueblo de Madrid.....	189
XIV	— DIVERSIONES PÚBLICAS.—Los teatros.—Paseos principales.—El Salon del Prado.—La Castellana.—Recoletos.—Atocha.—Paseo de carruajes en el Retiro.—Revista de personajes.—El Parque de Madrid.—Los jardines del Buen Retiro.....	197
XV	— LOS MUSEOS.—El de pinturas del Prado.—El de pinturas del Ministerio de Fomento.—El Arqueológico.—El Antropológico.—El de Ciencias Naturales.—El del Botánico.—El de Anatomía.—El de Artillería.—El Naval.—El de Ingenieros.—La Armería Real.—Carrozas y coches régios..	209
XVI	— VARIAS COSAS.—La Biblioteca Nacional.—La sombra de Hartzenbusch.—Emilio Ferrari.—Códices y autógrafos célebres.—El testamento de Isabel la Católica.—El devocionario de Carlos V.—Primeras ediciones del <i>Quijote</i> .—El Ateneo.—El Congreso.—Ultimos discursos de un debate.—Cuadros notables.—El leon sin cola.—Precauciones prudentes.—El Senado.—San Francisco el Grande.—Las Salesas.—Atocha.—	

	Paginas.
	El palacio real.---Regios mamarrachos.--- La Cárcel-Modelo.---Sistema celular.---Es- critores presos.--- <i>Delitos</i> de opinion.---Co- rridas de toros..... 227
XVII	LA OCTAVA MARAVILLA.---Una vi- sita al Escorial.---Mis compañeros de viaje. ---La llegada.---Aspecto exterior del edi- ficio.---En la portería.---Una vieja original. ---La sala del secreto.---La Iglesia.---La sa- cristía.---La bóveda del atrio.---El coro.--- El Convento.---La Biblioteca.---El Palacio. ---El Panteon.---Cuadros y tapices.---Cer- cancias del Monasterio.---Regreso á Madrid. 239
XVIII	LA COLONIA ANTILLANA.---Cubá- nos y puertorriqueños.--Labra.--Vizcarron- do.---Corton..... 267



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- TIPOS Y CARACTÉRES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885... \$“ 75
- COSTUMBRES Y TRADICIONES DE PUERTO-RICO, obra premiada en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885..... “ 75
- VARIAS COSAS, caleccion de artículos, narraciones satíricas, semblanzas y juicios literarios..... “ 75
- BERNARDO DE BALBUENA, estudio biográfico y crítico..... “ 25
- HABANA Y NUEVA-YORK, estudios de viaje, (primera série)..... “ 25
- EL BUSCAPIÉ, semanario popular de crítica literaria, artística, política y social. Premiado en la Exposicion Literaria y Artística de Madrid, 1885. Van publicados diez tomos y cada uno se vende á..... \$6

EN PRENSA.

SEMBLANZAS PUERTORRIQUEÑAS.

EN PREPARACION.

PICA-PICA, novela de costumbres.

LIBRARY OF CONGRESS



0 012 609 479 6